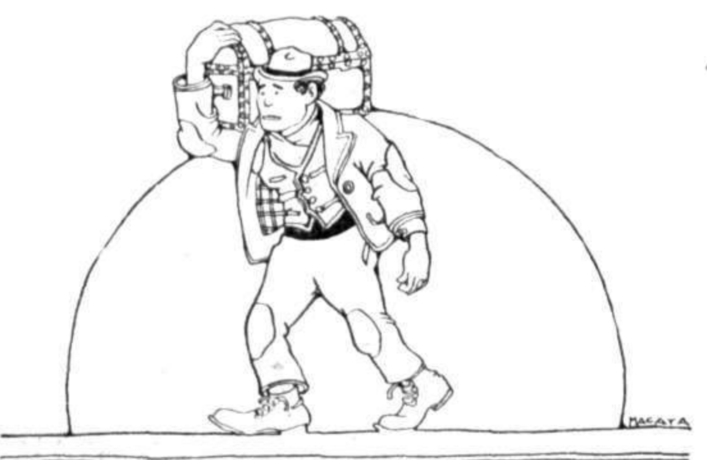


CARAS Y CARETAS
¿CUAL DE LOS DOS?
L PAYADOR
ANTIPERSONALISTA
1.ª COPLA
Marcelo por ti me abraso,
adoro con frenesí!
En voz baja
Hipólito no hagas caso:
quien adoro es a ti).
2.ª COPLA
— Por ti, Hipólito, me abraso,
¡Te adoro con frenesí!
En voz baja
(Ché, Marcelo, no hagas caso;
a quien adoro es a ti).



EL LABRIEGO DE VIMIANZO

NOVELA CORTA Y VULGAR

Antonio Jiménez saltó del bote a la escalera del antiguo muelle de pasajeros con el espíritu conturbado. El botero le alcanzó el pequeño y casi vacío baúl que trajera de su pueblo, en el que la madre amorosa había puesto, además del escaso ajuar, un escapulario, una estampa de la Virgen y un libro de devociones. Cogió el baúl, se lo echó al hombro, recorrió toda la extensión del muelle, y cuando llegó a tierra firme, frente a las casillas del resguardo, en el Paseo de Julio, y enfilando con la vista la calle de Cuyo, puso en el suelo su carga, se sentó sobre ella y hundió la cara en las palmas de las manos, apoyando los codos sobre las rodillas. Estaba entre jubiloso y triste. En el fondo de los ojos tenía la imagen de la madre ausente; en el fondo del alma tenía puesta su esperanza en la tierra de promisión a la cual acababa de llegar. Era una mezcla de lágrimas furtivas y de sonrisas leves, luminosas, como relámpagos de una dicha futura, que pasaban veloces como alondras por su espíritu joven y fuerte en el ansia de una conquista soñada allá, en el viejo terruño, en su adorada aldea de Vimianzo, donde estaban sus mayores vegetando sobre el pedazo de tierra que cultivaban con el escaso empeño que dicta la ley de la costumbre y el hábito de vivir.

Este trabajo en el que campea la bondad y el carácter que imprimía a todos sus escritos D. Pablo Della Costa, es una de sus producciones póstumas, que "Caras y Caretas" exhuma en homenaje a su conceptuado, viejo y querido colaborador.

Tenía diez y siete años y era robusto como un roble. En la aldea le llamaban el gigante, en razón de su desarrollo físico y de su recia musculatura. Desde chico había dominado a pescozones a todos los muchachos del pueblo que tenían su edad, de tal manera que ninguno se atrevía a discutir ni a pelear con él. Sin embargo, su fondo era bueno. Cuando veía que algún grandullón perseguía a cualquier rapazuelo endeble y canijo, Antonio tomaba decididamente su defensa, ahuyentando con el poder de su puño al malandrín que se atrevía a molestar al indefenso, al que acariciaba después de haberlo salvado del duro trance. Tenía el sentir sincero y limpio como el agua de una fuente, y si por su juventud no había una arruga en el cuerpo, por su moral aldeana tampoco la tenía en el alma.

No era tonto, pero ignoraba la vida. Deletreaba malamente los poco comunes impresos que le llegaban a las manos, y no había aprendido más porque un día el cura de la aldea, que le enseñaba a leer, le regañó a causa de haberle pillado subido a una higuera de su huerto de la que se atiborraba con los más maduros y sabrosos frutos. No volvió desde entonces al patio de la casa del cura, donde éste daba sus lecciones a los niños del pueblo, y ésta fué la causa por la cual apenas llegó al fatigoso deletreo que poseía y que tampoco se había preocupado mucho en perfeccionar, en razón de que había estimado, junto con sus padres, que no se necesitaba saber leer correctamente para ordeñar la vaca, sembrar habichuelas o cortar los racimos de las parras cuando venía la época de la vendimia. ¿Acaso había nacido él para cura o para maestro de escuela o para alcalde de Vimianzo? ¿Tenía acaso su familia capital bastante para hacerlo boticario, o ventero, o dueño de cualquier comercio para el cual se necesitaba saber leer y escribir con cierta propiedad? No, ¡pues! Ese era un lujo que podían gastar con sus hijos las gentes de algún viso, las que hubiesen conseguido acumular algunos centenares de duros, favorecidas por la buena fortuna. Pero sus padres vivían al día, matando y salando el cerdo anual, comiendo las berzas que con sus manos sembraban, poniendo en el horno el pan moreno que semanalmente amasaban, gracias a los pocos duros que el padre ganaba en la heredad de un vecino adinerado que hacía vino recio para el consumo de los poblados de los alrededores.

En aquella vida monótona que llevaba la familia

se notó un día que Antonio, si no estaba demás en la casa, tampoco producía cuanto consumía, porque la tierra era chica y el producto escaso. Sus padres vieron con los ojos del alma a la América lejana, misteriosa, como envuelta en una nube dorada, llena de promesas, sirena que llamaba con sus cantos seductores a los jóvenes, a los robustos, a los emprendedores, que los acogería en sus senos palpitantes de calor y de fortuna. Y una noche, a la luz humosa del viejo quinqué cargado de petróleo, se decidió que Antonio fuese a América a enriquecerse, a cargarse de oro, que les serviría más tarde de amparo a su vejez, que se iba acercando lenta pero fatalmente, como se acerca la noche cuando va muriendo el día...

Hubo necesidad de empeñar la tierra que poseían para poder comprar el pasaje de tercera del futuro millonario, amén de agregar las pocas pesetas que se habían ahorrado con ingentes sacrificios durante el último año. Muchas eran las esperanzas paternas y muchos eran los anhelos de Antonio. Está bueno que el tío Joaquín, que se había establecido en América desde hacía algunos años, no había logrado ponerse rico, pero el tío Joaquín no era un hombre serio, puesto que todo se lo gastaba, o, más bien dicho, lo tiraba, en francachelas, holgorios y amoríos fugaces. No le pasaría lo mismo a Antoñico, que era bueno, juicioso, amante de sus padres, y con tales condiciones del vástago primogénito contaban cuando se decidieron a empeñar la tierra y a desprenderse de los escasos duros que poseían, en aras de una dicha mejor en tiempo no lejano. Cuando, entre lágrimas y estrechos abrazos, los padres lo dejaron en las lindes de Vimianzo, antes de darles la espalda en dirección al puerto de la Coruña, Antonio les dijo dulcemente:

—¡Padrecitos míos, está lejos la América, pero yo estaré siempre al lado de vosotros, porque sois el alma de mi alma!...

❖ ❖ ❖

Cuando Antonio levantó la cabeza, después de su largo ensimismamiento, había dejado de ser un niño. Se sintió un hombre en toda la plenitud de sus facultades, capaz de acometer las empresas más arduas, los trabajos más difíciles, los sacrificios más dolorosos, con tal de poder no solamente vivir, sino ser el amparo permanente de sus padres. El país nuevo había encendido en su cerebro una luz intensa y misteriosa, que jamás se apagaría, precisamente porque se había hecho el propósito, en aquel breve instante de meditación, de triunfar a toda costa. Cogió de nuevo su baúl, averiguó a un mozo de cordel dónde quedaba la calle en que vivía el tío Joaquín, y, así que obtuvo las señas, con paso ligero, alegre y confiado en su buena estrella, fué en busca del pariente. Lo halló en el fondo de un conventillo, con las barbas largas y canosas, la nariz enrojecida por el alcohol, casi desdentado, con poco aseo en la cara y en el cuerpo, trasudando del cutis grasiento un vaho de abandono, de crápula y de vicio. La primera impresión de Antonio fué de disgusto. El tío, que no lo esperaba ni sabía que venía a América, lo recibió malamente. Le dijo que el país era malo para trabajar, que no haría nunca fortuna, que se volviera a Vimianzo tan pronto como pudiera, porque en los campos argentinos los indios mataban a lanzadas a los españoles. No le ofreció amparo alguno porque no tenía nada que darle, pero que aquella noche podía dormir en su cuartujo, siempre que al día siguiente tratase de colocarse. La primera impresión le resultó fuertemente ingrata. Estaba solo, en un mundo nuevo, sin experiencia, con recursos limitadísimos, y vió ante sus ojos el fantasma de la miseria si no llegaba a conseguir trabajo inmediatamente. Sin embargo, durmió toda la noche de una sola pieza. La juventud puede más que las desazones. A la mañana siguiente se levantó bien temprano, alegre, lleno de fe en sí mismo y dispuesto a trabajar en cualquier cosa que fuese, con tal de ganarse el sustento. El tío, a quien se le habían pasado los vapores del vino, estuvo más humano.

—Mira —le dijo:— te llevaré al almacén de don Manuel, que necesita un chico para el despacho de bebidas; atenderás a los bebedores y lavarás las copas. Es trabajo fácil y pronto lo aprenderás. Por lo menos tendrás techo y comida, que, en cuanto a hacer la fortuna que has soñado, vendrá seguramente para ti cuando las ranas críen pelo.

Dicho y hecho: Antonio ingresó al almacén de don Manuel sin sueldo y con mucho trabajo, de seis de la mañana a once de la noche, y parcamente alimentado. Al poco tiempo, como era trabajador, fuerte, sufrido y callado, don Manuel le fijó el primer sueldo, que fué creciendo sistemáticamente cada tres meses. El muchacho había resultado oro en polvo, y don Manuel no era tan avaro que no supiese recompensar a quien tan bien le servía. El hablar con los clientes de la trastienda le había enseñado a conocer el país en los tres años que estuvo lavando copas y escanciando alcoholes. «Hay que ir a trabajar al campo para hacer fortuna», le decían los clientes más conversadores; «aquí no se llega nunca a nada». Y Antonio, que oía bien lo que le decían, ahorraba la totalidad de sus sueldos, no salía nunca de paseo, no se permitía esparcimientos de ningún género. El único placer realmente sincero que experimentaba era cuando tomaba un giro de veinte o cincuenta pesetas para enviarlo al lar paterno, al terruño donde vió los primeros días.

Y un día, tres años después de su llegada al país, pudo despedirse cariñosamente de don Manuel y olvidarse del tío Joaquín, que no le había servido para maldita la cosa, con el mismo modesto baúl que trajera de su casa, con algunos centenares de pesos en el bolsillo, dueño de la experiencia adquirida detrás del mostrador, con los oídos atiborrados de consejos y de prevenciones, pero con un deseo incontenible de hacer fortuna, tomó un tren del Sur y fué a parar a treinta leguas de la capital provisional de la república. Se iniciaba en aquella época, por los propietarios, el alambrado de los campos. Antonio se hizo alambrador. Tomó varios peones a su cargo, trabajó con ellos y mucho más que ellos, porque era más fuerte, más activo y más ambicioso. Zanjeaba y alambraba, ganando mucho dinero con su esfuerzo y el ajeno, que explotaba acabadamente por el estímulo que sus inagotables esfuerzos inspiraban a los demás.

A los veinticinco años ya era dueño de un almacén en el que, además de vender mucho alcohol y mucha yerba, acopiaba frutos del país, cuya procedencia, no siempre absolutamente legítima, aumentaba su caudal en forma desmesurada. Un día pensó en su ilustración escasa. En Vimianzo no hacía maldita la falta tener buena caligrafía, conocer las cuatro reglas de la Aritmética, leer y entender con propiedad lo que leía; pero aquí las cosas cambiaban de aspecto. Había que tener el decoro mental que la posición exigía, y por eso Antonio dedicaba todos sus momentoas libres a aprender todo lo que ignoraba. Y puso en ello un ahinco formidable. Comprador de tierras baratas, tuvo tratos con los escribanos, con los rematadores, con los abogados, para estudiar los títulos de los campos que adquiría, para darse cuenta de que no le en-

gañaban. Y así llegó, con su inteligencia natural, con su clarividencia de los buenos negocios, con la inagotable buena fortuna que le perseguía con una tenacidad incansable, a ser dueño de muchos campos, chicos y grandes, en los que ponía vacas y toros, pensando que la madre naturaleza, pródiga en dones, habría de multiplicarlos espontáneamente aunque sin selección de sangre, desde que nadie había pensado todavía en achicar las guampas enormes de los cornúpetos primitivos.

Mientras tanto, los giros a Vimianzo aumentaban en progresión geométrica, tanto en el valor como en el número. Y eso era bueno para su espíritu de hijo amantísimo...



Un día, cuando ya tenía mucho dinero y treinta y cinco años, se miró al espejo. Se vió simpático. Había perdido totalmente la rudeza de sus primeros años. Estaba bien vestido; era casi elegante. Pero su casa, donde no le faltaba nada, era fría. Tal vez si pusiese al lado de su cabeza la cabeza de una mujer y ambos se mirasen en el mismo espejo, las paredes, las cortinas, el comedor, el escritorio, la alcoba, despedirían más calor. Le habían hecho socio del Club, que poco frecuentaba en razón de sus muchas ocupaciones. Una vez que se realizaba una fiesta de caridad, a la que concurrió por excepción y en la que dió una fuerte suma de dinero en favor del hospital, supo que las chicas del pueblo le habían puesto un mote: le llamaban el «oso bonito», y quien le había obsequiado con el apodo era una niña interesante, de mirada picaresca y traviesa, que tenía un mohín lleno de gracia en la comisura de los labios, que andaba con garbo, que se vestía elegantemente, que era hija de un hombre rico, catalán y rudo, y que muchos eran los pretendientes a la mano de esa perla campesina de modales desenvueltos y distinguidos. Recordó todo esto delante del espejo y le pareció que, si llegaba a atreverse, quizás no fuese rechazado. No estaba enamorado, pero su figurita le interesaba.

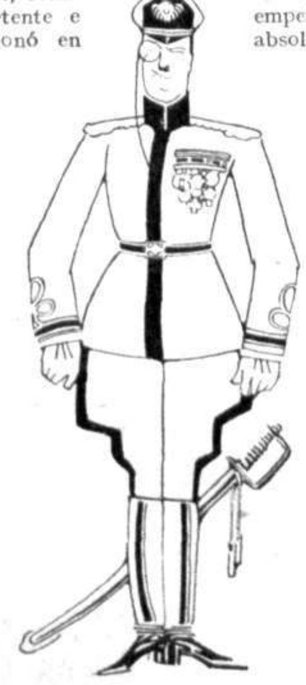
Ella le había mirado dos o tres veces insistentemente, y le había parecido que, como Musetta, tenía «un far compromettente e lusinghier». La figurita se obsesionó en sus ojos y poco a poco fué penetrando más adentro, escondiéndose recónditamente en los pliegues secretos de su ánimo de hombre sincero.

Cortejó con delicadeza, se insinuó levemente, y, después de algunas esquiveces simuladas, ella, que había desoído a tantos pretendientes, dió audiencia al reclamo del futuro millonario, prometiéndose en su fuero interno amarle con sinceridad en el caso de que se sometiese a sus más mínimos caprichos. Así fué cómo, seis meses más tarde, se realizó en el pueblo la suntuosa boda de Antonio *Jiménez con Alicia Monteret*, boda que hizo época por su deslumbradora esplendidez, por el mundo de invitados que asistió a ella, por los regalos recibidos, por los plácemes y los augurios copiosos de que fueron objeto los felices desposados. Antonio había colmado todas sus aspiraciones: era un triunfador de la América, por el trabajo, por el amor, por la fortuna. Sólo le faltaba perpetuar su nombre, radicarlo nativamente al suelo que tan cariñosamente le había acogido, dándole una prole digna de su esfuerzo. Mientras tanto sus campos se valorizaban, sus haciendas aumentaban, los negocios, cada vez más favorables, afluían como en bandadas trayendo montañas de oro y de billetes al caudal ya crecido del animoso emigrante. Una vez, cuando ya había llegado a multimillonario, Alicia le murmuró al oído la feliz nueva de su próxima maternidad. Y, entre mimos, caricias y zalamerías, agregó:

Tendremos que educar al nene en Buenos Aires...

Un tierno abrazo de Antonio selló la promesa afirmativa. Alicia, con su pedido satisfecho, realizaba la más grande de sus aspiraciones. Nunca había querido ser una modesta lugareña millonaria. Desde niña había soñado brillar en los grandes salones, deslumbrar, dominar, y si casó con Antonio fué no por amor, sino contando que los millones que ganaría su esposo la llevarían seguramente al logro de sus escondidas ambiciones aristocráticas. Había ocultado su vanidad y su orgullo como el avaro esconde su tesoro. Falsamente humilde, había logrado apoderarse del corazón y de la voluntad de su compañero de lecho. Y el bueno de Antonio vino a la capital, compró un pedazo de tierra en el barrio más aristocrático, llamó al arquitecto más renombrado y mandó construír un verdadero palacio para la dueña de su vida y su alma, para la madre de sus hijos, para los nietos de sus padres ausentes y nunca olvidados.

Tres años más tarde, cuando los moblistas, los tapiceros, los decoradores se retiraron del palacio, cuando fueron colocados los cuadros, los bronces, los mármoles; cuando la riquísima vajilla de plata adornó los muebles y los anaqueles del comedor; cuando la biblioteca estuco bien cubierta de libros de grandes autores; cuando estuvo hecha la selección de los cocheros, de los lacayos, de los cocineros, pinches, mucamos, nodrizas, etc., los esposos se instalaron en la mansión principesca con las dos hijas que habían tenido: Noemí, de dos años, y Leonor, recién nacida.



El oro abre todas las puertas. Alicia quería penetrar en el gran mundo, en la alta sociedad, y desde ese día puso todo su empeño en ello. Si bien por su apellido era absolutamente resconocida, contaba para conseguirlo con el renombre que su esposo había alcanzado, no sólo por su fortuna, sino por la inteligencia que en los grandes negocios había desarrollado. Le instigó para que se hiciera socio de los grandes centros, el Jockey Club, el Círculo de Armas, el Club del Progreso; y en todos ellos, por ser un verdadero «pionner», tuvo fácil acogida. Formó parte de sociedades comerciales, industriales y bancarias; se le nombró, por el número de acciones adquiridas, miembro de diversos directorios, y, de vinculación en vinculación, llegó a formarse un núcleo de extensas amistades que alcanzaron a su esposa y a las esposas de los potentados y de aquellos que traían rancios abolengos de la historia patria, desde la conquista hasta la emancipación.

Alicia había realizado todos sus sueños de vanidad; la lugareña envidiosa no lograba, sin embargo, deslumbrar a sus nuevas amigas

con el brillo de sus millones. Le faltaba algo, un blasón, una enseña, un escudo, que el paterno hogar catalán no había podido darle, como tampoco lo tenía el ya famoso inmigrante de Vimianzo.

Una carta paterna y el deseo de realizar un viaje de placer por Europa decidieron a Antonio a invitar a su esposa a una jira de seis meses por las grandes capitales del mundo civilizado. Alicia aceptó con placer la invitación. Le serviría para conocer los íntimos detalles de la vida aristocrática europea; trataría de apoderarse de los últimos adelantos de la moda femenina; procuraría imbuirse en una distinción social que hasta ahora le resultaba un poco escasa. Y todo ello para poder, a su regreso, hablar de París, de Londres, de Roma, de Berlín, de Viena y hasta de Madrid, que para ella era la ciudad capital más atrasada del mundo, ciudad de «gallegos» insignificantes, donde las mujeres usaban todavía mantilla y claveles rojos en el cabello. La jira se hizo. Antonio llevó a Alicia a todas partes, a los paseos, a los balnearios, a los teatros, a los museos — que la aburrieron bastante — y, finalmente, ya de regreso del largo ambular, fueron a parar a Vimianzo, al viejo solar paterno de Antonio, convertido en rica y amable vivienda de los ancianos progenitores. Decir los agasajos con que el «indiano» fué recibido por las gentes humildes de la aldea y las lágrimas de gozo que derramaron sus padres al estrecharle entre sus brazos, no es para contado. Muchos cariños hicieron también a Alicia, cariños que ésta recibía sin efusión, con serias reservas mentales, porque tanto el pueblo como «los viejos» andaban muy por debajo de sus fantasías aristocráticas. Pasaron allí unos quince días, y después que Antonio hizo abundantes dádivas en beneficio de los pobres del pueblo, que le valieron loas y agasajos, emprendieron el viaje de regreso por el mismo puerto coruñés que treinta años antes había visto embarcar hacia el muno fabuloso al niñohombre, al hombreacción, convertido en triunfador americano.

Una tarde, durante la travesía del Atlántico, apoyados los esposos en la borda del vapor, mientras el sol se hundía en el horizonte en un crepúsculo deslumbrador, Antonio dijo a Alicia:

— ¿Viste qué buenos son mis padres?...

— ¿Buenos?... Sí... pero muy rústicos...

Antonio sintió como una puñalada en medio del corazón. Alicia renegaba, con esto, de la humildad de la cuna de los Monteret y de los Jiménez, ya que los respectivos ascendientes de los esposos eran de idéntica alcurnia, labriegos, aldeanos, gentes de las breñas o de los valles que no sabían de la vida sino la rústica sencillez del lugar, que no conocían más mundo que el campanario de la pequeña iglesia, la casa del cura, la plaza, la fuente, la feria, las mozas garridas, los mozos forzudos y tostados por el sol, la pinta del tinto y el caldero humeante sobre las brasas rojizas en tren de bullir el cocido hogareño. Un vago sentimiento de tristeza, una angustia lenta comenzó a dominar todos los sentidos de Antonio. Veía que Alicia era inferior a él, que no tenía la exquisitez de alma que había presumido en ella cuando la llevó al altar, y sintió que el dorado palacio de sus ilusiones había sufrido un fuerte sacudimiento, hasta hacer temblar la rudeza con que había sido edificado.

Mientras tanto, las hijas iban creciendo, flores de belleza, entre los halagos incontables del padre y las exigencias de la madre por convertirlas en futuras reinas de la sociedad. Todos los refinamientos de la instrucción, todos los mejores maestros atendieron su niñez y su adolescencia, y las mejores modistas vistieron aquellos cuerpos gentiles en la pubertad y en la juventud. Había mucho dinero en la casa y no se le escatimaba en la educación de aquellas dos criaturas que podían transformarse en figuritas ideales, en sensibles y delicadas plantas de invernáculo, en marfiles rosados de salón, en cristales sutiles y delicados que vibraran al menor soplo del aire. Noemí tenía el alma del padre y Leonor era un vivo reflejo materno. En la primera una ola suave de vago romanticismo adornaba la dulzura de su carácter. En la segunda un soplo leve de prepotencia, una inclinación casi epidérmica de orgullo nativo traslucía la fibra recóndita de la heredada soberbia catalana. Antonio comparaba a sus hijas, y mientras una gran beatitud llenaba su ser cuando ponía su pensamiento en Noemí, una sensación de tristeza, como aquella que tuvo a bordo del trasatlántico, de regreso a su patria de adopción, llenaba su espíritu cuando juzgaba a Leonor con toda la claridad de su inteligencia siempre despierta.

Presentadas en los salones de la aristocracia porteña, fueron ambas acogidas con toda la deferencia que imponen los millones y la educación esmerada. Sin embargo, Noemí, más retraída, más amante del arte y de la lectura, más soñadora, más idealista, no se avenía mucho con el brillo deslumbrador de los salones. Le gustaba más la serena tranquilidad de su casa, la quietud de la biblioteca, donde pasaba largas horas nutriéndose espiritualmente en el seno de los poetas y de grandes autores, que todo el ruido y el boato de la sociedad, que encontraba un poco frívola, un poco superficial, un poco alejada de ese calor suave y dulce del hogar intensamente amoroso. En cambio, Leonor no perdía una sola fiesta, estaba en todas partes, en la Opera, en el paseo, en el baile, en el funeral, en la comisión de las sociedades caritativas, en los «five o'clock teas», dondequiera que ella o su madre fuesen invitadas. Su asiduidad a las fiestas despertó muchos celos y emulaciones entre las que, menos bellas, menos jóvenes, menos ricas pero con más rancio abolengo, se sentían visiblemente desalojadas ante los posibles pretendientes. Por eso se dijo un día que no era más que «una galleguita pretenciosa», y por eso la calificación despectiva se hizo carne en un vasto círculo de jóvenes aspirantes al matrimonio. Cuando la imputación malevolente llegó como un murmullo a los oídos de Antonio, sintió otra viva punzada en el corazón. ¡Cuarenta años de trabajos, de sacrificios, de lucha, de honradez, de virtud acrisolada, no bastaban para borrar la modesta humildad de su cuna de labriego que tanto adoraba!...

El fallecimiento del catalán Monteret había aumentado enormemente la fortuna de Alicia, que, única heredera, se ocupó más de terminar rápidamente la testamentaría que de llevar flores y derramar lágrimas sobre la tumba de su padre. «De todos modos — decía ella, — papá no ha figurado nunca en la buena sociedad; ha querido mantenerse encerrado en sus estancias y por eso nadie le conocía. No vale la pena guardarle mucho luto». Y, en efecto, no había llegado el primer aniversario de la muerte, cuando Alicia y Leonor volvían a penetrar en los salones y a dar recibos, aunque de carácter íntimo. Antonio y Noemí vieron con disgusto ese

actitud de despego por el muerto, pero no se atrevieron siquiera a insinuar una protesta porque ambos, que se entendían sin hablarse, preferían mantener la paz del hogar a costa de cualquier desencanto. Para ellos, Alicia y Leonor estaban perdidas. Se habían dejado arrastrar por la bórágine de una soberbia desmedida, entre el ruido de las fiestas, soberbia que se había acrecentado con la posesión de una fortuna propia, sobre la que su esposo no podía ejercer vigilancia alguna — que tampoco hubiera pretendido ejercer por delicadeza, — dejándola correr al arbitrio de sus incesantes caprichos.

Hubo un brillantísimo sarao durante las fiestas del Centenario de Mayo, dedicado especialmente a la infanta Isabel de Borbón, al que asistió el Presidente de la República, los embajadores especiales, los diplomáticos, los agregados militares y navales de todas las naciones representadas, la nobleza de todos los países que había llegado en homenaje al grandioso acontecimiento patrio. A esta fiesta fué invitada la familia de Jiménez. Deslumbrantes de luces la calle, el pórtico, la fachada, los jardines, los salones, el palacio del magnate donde la recepción se realizaba parecía una inamensa ascua de fuego destacándose en la tiniebla de la noche. Dos horas duró el desfile de carruajes de gala y de utomóviles que dejaban en el pórtico y bajo la elegante marquesina a los centenares de invitados, que penetraban entre una doble fila de lacayos a la suntuosa morada. Era un río de entorchados, de galones, de casacas floreadas de oro, de trajes vistosos en los hombres, y era un desfile maravilloso de bellezas femeninas, con sus blanquísimos hombros desnudos, sus joyas rutilantes, sus vestidos luciertes y encantadores. Tantas eran las mujeres hermosas que se habían dado cita en la fiesta aristo crática, que en cierto momento la princesa obsequiada llegó a preguntar, y no a título de galantería:

— ¿Es que habéis escondido a todas las mujeres feas?...

Es que, en realidad de verdad, el tipo de la mujer argentina, con la mezcla de razas operada en el país, había despertado en el espíritu de la infanta una sensación legítima de asombro y de admiración. Noemí, con su elegante estatura, sus grandes ojos garzos, un poco melancólicos y soñadores, había merecido de la serenísima señora una palabra de amable elogio a su belleza cuando supo que era hija de un español y de una nativa del país. Después del elogio, el embajador de España la tomó del brazo y le hizo algunas presentaciones de personajes de las distintas embajadas. En un grupo de agregados militares extranjeros, Noemí causó verdadera sensación. Eran todos jóvenes y apuestos, elegantes y varoniles, tipos de salón, hombres de mundo. Uno de ellos, alto rubio, elegante, vestido con el uniforme de los coraceros del Aguila Negra, que era el regimiento escolta del emperador de Austria, solicitó del embajador español el honor de ser presentado a Noemí. Concedido el favor, el gallardo militar se inclinó para besar la mano enguantada de Noemí, mientras el diplomático decía:

— El señor Federico Klingelfuss, barón von Roosenthal...

El brillante capitán de los coraceros de Francisco José solicitó la distinción de ser, durante la noche, el «cavalier servant» de Noemí, distinción que obtuvo, ya que el apuesto militar hablaba en correctísimo francés, que también ella dominaba admirablemente. Iniciada la conversación, von Roosenthal hizo una verdadera apología de la belleza femenina bonaerense, de su distinción, de su elegancia, pero reservándose el derecho de creer que Noemí era la reina que sobresalía sobre todas las princesas de la distinción y la hermosura que había en la fiesta. Gentil y amable el elogio, no la conmovió mucho, porque soñaba con otras cosas. Pasaban por su imaginación las figuras fabulosas de la Mitología germana y escandinava. Veía pasar a Lohengrin y a Parsifal, iba y venía entre las nebulosas leyendas de los Nibelungos y las románticas creaciones de Goethe y de Schiller, coronadas por las melancólicas amarguras de Heine, y si en esas ensoñaciones poéticas llegó a establecer que ninguno de esos personajes fabulosos ni los autores que los crearon eran austriacos, no por eso olvidó que la raza era la misma, que el Rin, el río de oro, bañaba también las orillas rutilantes de verdura del país del bizarro soldado, soldado que llevaba un título y un nombre ilustres...

Cuando la brillante fiesta terminó, así que llegó el momento de las despedidas, el barón von Roosenthal afirmó con voz segura:

— Me gustaría mucho vivir en este país amable y rico, que posee mujeres tan hermosas...

— Nadie se lo impide... — murmuró a media voz Noemí.

Al día siguiente Noemí pasó toda la tarde encerrada en la biblioteca. Su imaginación, en la semiobscuridad de aquel salón severo, cuyas estanterías de libros se elevaban hasta los artesonados, vagaba alrededor de la figura del capitán de coraceros y el rostro de su buen padre, a quien no sugestionaban los fulgores de la aristocracia empingorotada y llena de preocupaciones sociales y de sangre azul. El le había hablado muchas veces de la nobleza del trabajo, de los timbres limpios de la honradez, de la lucha virtuosa por la vida, de las virtudes sin mácula de sus padres cristianos, de quienes había tomado vivo ejemplo. Al propio

tiempo venían a su memoria los reproches que Antonio hacía a Alicia por su ansia desenfrenada de exhibición en el gran mundo, al cual no debía aspirar por la propia humildad de la cuna de ambos. Por otra parte, si bien el barón von Roosenthal no la había herido en medio del corazón, había dejado en su espíritu una sensación simpática y agradable. El no le había dicho nada que fuera fundamental. Se había limitado a ser un verdadero «cavalier servant», un gentilhombre perfecto, y si su frase «me gustaría vivir en este país amable y rico» podía ser una insinuación, también podía tener la intención de una simple galantería cortesana para el país y para la mujer a quien llevaba colgada del brazo. Y entre estos pensamientos se mezclaban las visiones lejanas de los pueblos del norte, tan poblados de leyendas, de misterios de los tiempos pasados, de héroes, de semidioses, de vírgenes inmaculadas y de caballeros místicos...

Cuando llegó la hora del te, Alicia y Leonor penetraron en la salita íntima llenas de alegría; Noemí parecía como fatigada, como si hubiese descansado mal de la fiesta. En cambio traía su serenidad de siempre, su inalterable tranquilidad de espíritu el jefe de aquella familia forjada sobre el vibrante yunque de su exclusivo esfuerzo. Se habló de la fiesta. Leonor había sostenido una larga e interesante conversación con el doctor Lamadrid, nieto del prócer general Aráoz de Lamadrid, y le había pedido permiso para que su padrino, el presidente de la Corte Suprema, se presentase a Antonio en misión de la mayor transcendencia, permiso que a la vez solicitaba Leonor de su padre. Alicia estaba encantada. El embajador austriaco la había colmado de atención y hablando del barón von Roosenthal le había informado que descendía de la más alta nobleza del Imperio, que su abuelo, el general Klingelfuss, había sido un militar de renombre, que durante la guerra y la dominación de Austria en Italia se había conducido como un valiente, contribuyendo a asegurar para la corona las provincias de Trieste y de Trento, que daban salida por el Adriático a los productos de su patria. Después, Alicia hizo un elogio desmedido de las condiciones morales del gallardo militar, de su belleza física, de la distinción de sus modales que le exhibían como a un acabado hombre de salón. Y terminó diciendo a Noemí, en forma casi imperativa:

— Debieras casarte con él... Serías baronesa...

— Es que el barón de Roosenthal no me ha dicho una palabra — contestó rápidamente Noemí.

— No importa; ya te la dirá. Por de pronto he pensado que debemos dar una comida en honor de la embajada austriaca, con todo su personal, si tú no te opones — dijo Alicia dirigiéndose a su esposo.

Antonio se encogió de hombros; fué esta actitud, para Alicia, una forma de asentimiento tácito. Después del te, Antonio llevó a Noemí a su escritorio y la interrogó sobre si el barón le interesaba. Al principio la joven no supo qué contestar. Sentada en un gran sillón, con la cara puesta entre las manos, pasó un largo rato sin dar respuesta. Miraba con los ojos del alma la ambición materna por conquistar un título de nobleza para agregar al nombre de su familia, miraba a su hermana persiguiendo apellidos de próceres, miraba al mundo social que no considera a los humildes, miraba a su padre que no quería desprenderse de su acendrado afecto al viejo y modesto terruño, y después, como si hubiese tomado una resolución definitiva, le preguntó:

— ¿Y a ti te interesa?...

La pregunta fué una sorpresa para Antonio. No era una contestación categórica, pero importaba someter a su exclusiva decisión el problema de la futura felicidad de su hija. ¿Noemí había hablado con el corazón o con la cabeza? ¿Amaba ya al barón Roosenthal?... ¿Merecía aquel hombre, aparecido de improviso, la mano de aquella niña, dócil, buena, rica, encanto de belleza, flor de cultura? ¿No sería mofa de las envidiosas agregar una luciente baronía al modesto solar de los Jiménez de Vimianzo, por aquello de que a Leonor se la había motejado de «galleguita» pretenciosa?...

Estas y muchas otras preguntas se hizo íntimamente Antonio en menos de un segundo. No era fácil hallar respuesta a todas ellas. Se levantó, cogió entre sus brazos a Noemí, la miró profundamente en el fondo de los ojos transparentes y límpidos, de los cuales se escapó una perla líquida, y le dijo:

— Hablaremos después de la comida a la embajada austriaca.

❦ ❦ ❦

La fiesta se realizó con todo el esplendor deseado. Además de la embajada, asistió a ella un buen número de personas invitadas, entre las íntimas de la familia Jiménez. Después de comer se hizo una larga tertulia, durante la cual el barón von Roosenthal tuvo oportunidad de conversar largamente con Alicia, con Noemí y con Leonor. Puso todo su empeño la dueña de casa en aclarar bien la antigüedad de la noble alcurnia del barón, y éste, deferente, habló de torreones, de castillos, de puentes levadizos, de fuertes armaduras y de templados aceros. No menos de cuatro siglos hizo pasar el señor Klingelfuss ante la sonrisa complacida de Alicia. Siguiendo la tradición de la familia, el barón se había dedicado a la carrera de las armas, y, dado su abolengo, el emperador le distinguía entre los militares de su generación. Lo probaba el hecho de haber sido agregado a la embajada de que formaba parte y que tan felices momentos le proporcionaba. No era grande la fortuna de sus mayores, pero a él le bastaba para dar brillo a su nombre, no sólo como hombre de armas, sino como hombre de sociedad, pues los salones, los clubs, los centros de reunión aristocrática estaban abiertos para él de par en par. Decía estas cosas con una naturalidad sencilla y simpática, con voz insinuante, como si hubiese querido interesar fuertemente a sus oyentes.

Lo consiguió prontamente en el ánimo de Alicia y de Leonor. Para ambas el barón era la realización inmediata de sus sueños de incorporación definitiva y de absoluto derecho a la alta aristocracia bonaerense. Si, además de esto, Leonor lograba unir su apellido al de un descendiente de prócer, ya nadie podría objetarle que era una pretenciosa. Noemí, por su parte, había escuchado el relato del barón con interés pero sin el entusiasmo que habían demostrado Leonor y Alicia. El barón era simpático, fuerte, elegante, fino, culto, pero tenía cierto brillo en los ojos, cierta manera de expresarse, ciertas formas de insinuación que la hacían dudar de la perfecta sinceridad de sus palabras. Un poco cavilosa, llena de admiración por la autoridad paterna, recta en el fondo como su progenitor, Noemí hubiese deseado que el abolengo del barón y las gestas de sus antepasados hubiesen sido más sencillas, menos exaltadas por el entusiasmo del último heredero de la noble extirpe. Sin embargo,

se sentía inclinada hacia él por sus lecturas, por su aspecto varonil, por sus modales de perfecto caballero y un poco también por satisfacer la incontenible vanidad de su madre y de su hermana, que nunca le habrían perdonado el fracaso de aquella conquista.



Porque, efectivamente, el barón, durante la comida, y estando sentado al lado de Noemí, había lanzado una insinuación más directa: había dicho que sería el hombre más feliz del mundo si lograra radicarse en el país al lado de una compañera ideal, dulce y suave como ella, dejando para siempre su patria y su carrera, en aras de un amor que ambicionaba, como broche de oro de su vida. Noemí recibió serenamente aquella declaración. Abrió sus grandes ojos y los posó sobre los ojos del barón como para asegurarse de que no eran mentidas sus afirmaciones. Von Roosenthal sostuvo la mirada de Noemí sin pestañear, aunque un fulgor extraño, un relámpago fugitivo iluminó las pupilas del capitán de coraceros del emperador de Austria. Cuando iba a terminar la fiesta, Federico se dirigió a Antonio y le manifestó que la embajada se ausentaría dentro de un mes, así que hubiesen terminado los festejos del Centenario y cuando ellos hubiesen retribuído las atenciones sociales que habían recibido. Mientras tanto solicitaba permiso para cumplimentar a la familia durante su estada en el país, siempre que no fuese molesto. Obtuvo tal venia, que agradeció efusivamente, y la reunión fué disolviéndose poco a poco, hasta quedar solos los dueños de casa.

Cuando ya no quedaron invitados en la regia mansión, Noemí llevó a su padre al escritorio, y, sin otro preámbulo, le preguntó:

—¿Te interesa?...

—Poco hablé con el barón — contestó Antonio; — no he podido estudiarlo a través de su cortesía impecable, de esa capa de serenidad que cubre a todos los diplomáticos, aunque sean militares, así es que nada puedo decirte de él. Pero te he de decir que, a veces, su mirada no me gusta. No sé qué extraño brillo despide de vez en cuando. Puede que sea una aprensión mía, una legítima desconfianza sobre un hombre a quien no conozco íntimamente, puede ser que mi cariño de padre me haga ver peligros para ti remotos e injustificados, pero, lo repito, la mirada del barón de Roosenthal, en ciertos momentos, no me tranquiliza del todo. Sin embargo, si es de tu agrado, si te sientes inclinada hacia él, si piensas que algún día puedes amarle y hacerte amar, yo no puedo ni quiero oponerme a tu felicidad.

Noemí, en su alcoba, sola con sus pensamientos y sus ensueños, luchaba con la duda. ¿Sería un simple aventurero, que tiraba un golpe de fortuna? ¿Sería un gentil caballero de aquellos que conocía por las leyendas fabulosas de los tiempos pasados, que venía a colocarla en un trono de oro y marfil? ¿Tendría el alma poética e idealista que ella necesitaba para completar su vida dulce y melancólica de soñadora? Sentía que comenzaba a amarle; su voz insinuante sonaba en sus oídos como una música suave, como un halago fresco y generoso que llenaba de una infinita transparencia su alma; pero aquellos ojos, aquel mirar que fulguraba a ratos sobre su rostro varonil como un fuego de perversión la hacía temblar como si estuviera al borde de una honda y negra sima. Cayó de rodillas, levantó los ojos al cielo y, como una intensa súplica escapada del fondo de su corazón, exclamó:

—¡Dios mío, ampárame y hazme feliz!...

❖ ❖ ❖

Un mes después, y dos días antes de que la embajada austriaca se alejase del país, los diarios dieron la noticia del compromiso matrimonial de Noemí Jiménez con el señor Federico Klingelfuss, barón de Roosenthal. Se habían cumplido todas las formalidades del caso. Federico había hecho varias visitas a la familia de Jiménez, durante las cuales había sido explícito con Antonio y con Alicia. Había declarado que amaba a Noemí, que dejaría todo lo que tenía en su tierra, su patria y su carrera para radicarse en el país, que vendría a acrecentar su fortuna en el suelo argentino, que era un hombre de honor y que se haría digno de los nuevos padres que tendría. Después vino el pedido en forma de la mano de Noemí, hecho por el mismo embajador de Austria, junto con la promesa de que el barón von Roosenthal estaría de regreso seis meses más tarde, después de haber liquidado sus intereses en su patria. Noemí fué muy felicitada por sus amigas, y fué tierna y conmovedora la despedida de los novios en el momento en que el trasatlántico iba a soltar las amarras que lo sujetaban a los murallones de la dársena Norte.

Los seis meses de ausencia de Federico sirvieron para acrecentar la simpatía que Noemí tenía por su novio, pues las cartas que de él recibía por cada correo, a las que contestaba inmediatamente, eran verdaderos poemas de ternura, odas al amor y a la gloria de la vida, promesas de dicha inextinguible, horas de inefable deleite que pasarían para ellos como una eternidad de bonanza. Noemí había

llegado a creer, mediante esas cartas, no sólo en la sinceridad del amor de Federico, sino en su espíritu caballeresco de hombre noble. Aquella mirada del barón, que tanto la había impresionado en los primeros momentos, se había desvanecido por completo, y, a la distancia, lo encontraba un hombre perfecto, ideal, física y moralmente. Hizo esta confidencia íntima a su padre, y el bueno de Antonio, conmovido ante la futura felicidad de su hija, la estrechó entre sus brazos tiernamente, mientras una lágrima de regocijo se escapaba de sus ojos de anciano.

Volvió el ausente en la fecha fijada y fué el bienvenido. Había alegría en la casa de Antonio. Mientras se iban haciendo los preparativos de la boda, que duraron más de seis meses, Alicia y Leonor no se ocupaban sino de hacer notar a sus relaciones que pronto Noemí sería baronesa, una baronesa auténtica de viejos y respetables pergaminos, en tanto que Noemí y Federico prolongaban su idilio, vagando por los jardines de la mansión principesca. Cuando todo estuvo preparado, cuando el acto solemne de la firma del contrato matrimonial se hubo realizado, los nuevos esposos encontraron en su canastillo de bodas el título de propiedad de un precioso chalet en el barrio aristocrático, que el padre les regalaba, y un cheque de quinientos mil pesos que Alicia había delizado, de su propio peculio, entre las suaves malinas de la ropa de la desposada.

Tanto Antonio como Alicia se habían enterado de que la fortuna de Federico no era cuantiosa. Gozaba, sí, de una renta modesta, que le permitía vivir sin grande holgura, y por eso ambos se preocuparon de alhajar la casa de los novios y asegurarles la vida durante algún tiempo y mientras el yerno fuese, con su trabajo, labrándose una posición independiente, ya que el régimen dotal no está instituído en nuestros hábitos y en contratos matrimoniales.

Y el idilio duró un año. Cuando Noemí cayó desfallecida entre los brazos amantes de Federico, éste le murmuró dulcemente al oído:

—¡Mía, siempre mía, eternamente mía!...

—¡Mío, siempre mío!... — repuso ella en un hondo suspiro de felicidad colmada. Y le miró en el fondo de los ojos y otra vez la mirada extraña, llena de fulgores inexplicables, brilló en los ojos del barón von Roosenthal, llenando de fugaces temores el alma sensitiva de la hija del labriego de Vimianzo. La nube pasó, voló a lo infinito, como un átomo de polvo llevado por el viento. Era una mera ilusión de sus sentidos, un secreto temor que las primeras caricias borraron, e instintivamente volvió a ver a su noble barón, al dueño de su cuerpo y de su espíritu convertido en un caballero ideal, en el Lohengrin soñado, en el ser superior y poético apetecido por su ansia de vida superior, bebida en las leyendas fantásticas de los tiempos pasados. Renovado cada día el placer de aquella unión espiritual que ella creía sinceramente compartida, pasó el primer año en la beatitud serena de un poema nunca turbado. La oda del amor y de la dicha cantaba al oído de Noemí las estrofas más dulces que jamás soñara, y creyó que la canción sería eterna...



Los deberes sociales dieron motivo para que Federico reclamase, después del primer año de matrimonio, el derecho de alternar con sus amigos del Club. Durante aquel tiempo no había iniciado ningún negocio, no había fijado rumbos a sus esperadas actividades, no había hecho esfuerzo alguno por independizarse de la largueza de sus padres políticos, ya que sus propias rentas no bastaban a llenar las exigencias de su vida. Dijo que el idilio era adorable, pero que era bueno retornar a la realidad práctica de la existencia. Por eso necesitaba de toda su libertad de acción; por eso debía vincularse a los grandes negocios y a las empresas reproductivas; por eso necesitaba del contacto de los hombres de valía en la banca, en la política, en el comercio, a fin de tomar derroteros seguros. Y así fué cómo, todas las noches, después de comer, Federico penetraba en el club aristocrático, donde pasaba largas horas en compañía de los hombres más jóvenes y más arriesgados en los azares del juego. El lecho conyugal se iba enfriando lentamente. Las caricias eran cada vez menos apasionadas y menos efusivas. Se iba levantando una barrera entre los esposos, que se hizo más alta una noche en que Federico le manifestó que tenía un compromiso de honor que debía solventar al día siguiente. Había entrado, por pasatiempo, en una partida de naipes, y como, según él, no era jugador, había perdido una gruesa suma de dinero que no poseía. Noemí le entregó la suma y le rogó que no jugase.

Un día, Lamadrid, que continuaba cortejando a Leonor, con quien se casaría seguramente, dijo en casa de sus futuros suegros que Federico jugaba «demasiado bien» razón por la cual casi siempre ganaba dinero en el club. La afirmación no era muy exacta, pero no dejó de causar impresión en en el espíritu de Antonio. Se puso alerta respecto de los procederes de su yerno. Una vez el barón informó a Noemí que se le había propuesto la compra de unas minas en la Rioja, cuyos estudios aseguraban una fortuna incontable. Pero para ello se requería un capital que él no poseía. Noemí, que quería atraer a su esposo y desvincularlo de sus amigos del club, puso a su orden, en el banco, todo lo que poseía, para que Federico trabajase. Durante algún tiempo el barón simuló conferencias en su casa con capitalistas, ingenieros y exploradores de minas, que no eran sino sus amigos, sus malos amigos, jugadores, dilapidadores de fortunas, calaveras impenitentes y desvergonzados, perseguidores de mujeres fáciles, bebedores y morfinómanos envilecidos, que en dos años lograron acabar con el caudal destinado a la explotación de las supuestas minas. Federico había hecho total abandono del hogar, y cuando Noemí se permitía algún reproche tímido sobre su conducta, él se contentaba con decirle que ella no era una mujer de mundo, que no conocía la libertad de que gozaban, en Europa, los hombres de su condición, que no tenían a su esposa sino a título de adorno de salón y nunca como burguesas matronas encargadas exclusivamente de la tranquilidad y del sosiego del hogar.

Cayó Noemí en una profunda melancolía. Todas sus ilusiones, sus dulces idealidades, se iban derrumbando una tras otra. Su marido era indigno de su respeto y de su amor. Separado el lecho conyugal, Federico era apenas un huésped pasajero en la casa de Noemí. La infeliz esposa no quiso nunca participar a su padre cuánta desdicha pesaba sobre ella. Pero Antonio había logrado darse cuenta de aquella situación. Había averiguado, además, la vida anterior del barón von Roosenthal. Supo que en Viena habían sido sonados los escándalos sociales del brillante capitán de coraceros; supo que en poco tiempo había dilapidado la mayor parte de la fortuna de sus mayores y que la escasa suma que le quedaba la había traído a Buenos Aires para contraer un enlace de conveniencia

con «una villana millonaria» que le había salido al paso, ansiosa de poseer un título de nobleza, siquiera fuese comprándolo, para colmar su vanidad. Corrieron todas esas especies por la capital austriaca, y llegaron, en alas de los vientos rumorosos, hasta los oídos de Antonio.

Federico había caído en la mayor abyección. En su ansia de ganar dinero, se había vuelto un jugador de mala fe. Hizo trampas en una partida de póker, y, descubierto, se le rogó que abandonase la mesa de juego, sin otra penalidad, en razón del prestigio de que gozaba el nombre de Antonio Jiménez. Aquella noche bebió hasta el desborde. Cuando llegó a su casa, tambaleante y descompuesto, se dirigió a la alcoba de Noemí, a la que despertó bruscamente. Federico tenía en los ojos aquel fulgor extraño e inquietante que Antonio y Noemí habían descubierto más de una vez y que tanto les había preocupado.



— Levántate — le dijo siniestramente; — levántate y vístete ahora mismo; ve a casa de tu padre y dile que antes de las doce del día necesito tener en mi poder cien mil pesos... No protestes, no hables; obedece y calla, porque si no... — Y Federico, el noble barón de Roosenthal, el bello y gallardo capitán de los coraceros del Aguila Negra, puso a pocos centímetros de la frente de Noemí el cañón luciente de un revólver...

Ya no había duda: la mirada siniestra de Federico era el espejo de sus instintos criminales. Una angustia de muerte invadió el alma de la romántica soñadora. No habló, no protestó. Fué vistiéndose lentamente para esperar que adelantase el día, y a las ocho de la mañana cayó, llorosa y desesperada, en los brazos de su padre a quien narró todas sus desdichas, desde el primer día del desvío de Federico hasta su última amenaza de muerte. Antonio la oyó sin inmutarse, sin hacer un solo gesto de dolor o de ira. Cuando Noemí terminó su relato, Antonio la tomó entre sus brazos, la besó con intenso cariño y con la más íntima dulzura le dijo:

— Todo esto lo sospechaba. No te aflijas, Noemí, espérame aquí. Yo mismo voy a llevarle a tu esposo los cien mil pesos; todo esto se arreglará convenientemente y pronto volverás a ser feliz...

ꕥ ꕥ

Antonio salió de su casa media hora más tarde, y poco después llegó al suntuoso chalet de su hija. Penetró en el dormitorio de su yerno, que dormía en un sopor pesado por efecto de la embriaguez. Antonio lo despertó, sacudiéndolo fuertemente de un brazo. Sobre la mesa de noche estaba el revólver con el cual Federico había amenazado a su esposa. Antonio lo tomó por el cañón, y cuando Federico estuvo bien despierto le dijo, con un acento que no admitía réplica:

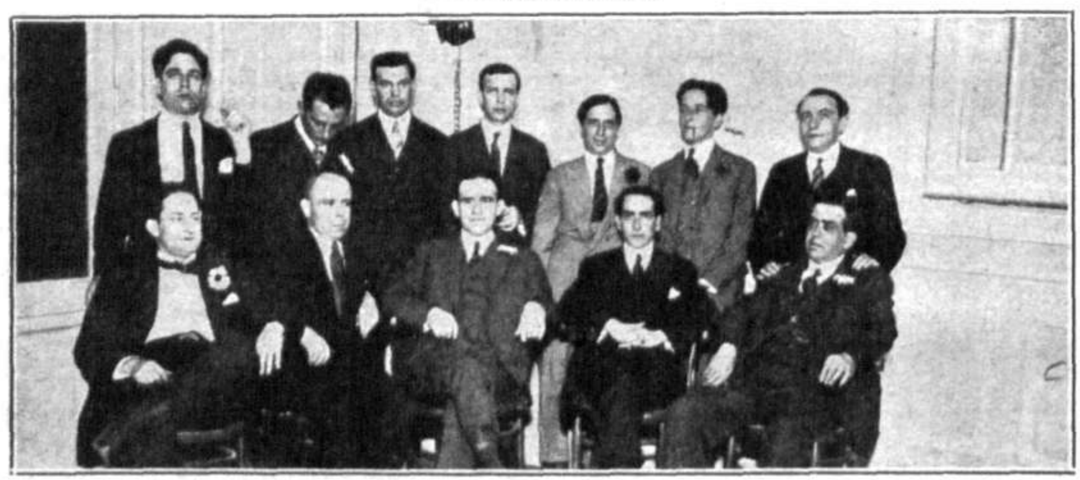
— ¡Usted es un miserable!... Cuando un hombre deshonra el apellido de sus mayores; cuando llega a la villanía de ser un fullero; cuando juega, se embriaga y llega al extremo final de querer matar a su esposa por un puñado de dinero, ese hombre cobarde, bajo y vil, no tiene el derecho de continuar viviendo. Es usted el más abyecto de los hombres que he conocido en mi vida. Tome usted el revólver con que amenazó matar a mi hija y hágase saltar la tapa de los sesos...

Y Antonio puso en las manos del indigno y siniestro personaje el arma. Cuando el padre de Noemí bajaba las escaleras del lujoso chalet, sintió que sonaba una detonación.

— Esto ha concluído como debía concluir — murmuró tranquilamente el anciano labriego de Vimianzo...



Demostración



El señor Luis Prats, rodeado por un núcleo de amigos que lo hizo objeto de una demostración de aprecio, con motivo de su próximo enlace.

UN SERVICIO IDEAL DE TELÉFONOS.

Más o menos el servicio de teléfonos deja siempre que desear en casi todo el mundo.

Donde parece que el teléfono ha llegado al más alto grado de perfeccionamiento es en Suecia, particularmente en Estocolmo, habiéndose hecho una serie de innovaciones tan curiosas como útiles.

Desde luego, las comunicaciones se obtienen con una regularidad casi absoluta, y véase ahora cuáles son los nuevos servicios que se ofrecen al público: tanto de noche como de día, se puede pedir a las oficinas de la compañía Stokholm-Telefon la hora, y se comunica la exacta, dada por el observatorio nacional.

Las mismas oficinas se encargan de despertar a los abonados que lo soliciten, llevando un registro especial de los mismos, con todos los datos pertinentes.

El número, término medio, de los inscriptos para este servicio, llamado de los dormilones, es de 4.500 en invierno y 5.500 en verano.

¿Un abonado del teléfono se ausenta? La oficina del radio en que vive se encarga de responder por él, de acuerdo con las instrucciones que ha recibido, sobre distintos asuntos.

Este servicio resulta importante durante las vacaciones. Los médicos y los abogados, por ejemplo, hacen conocer a sus clientes, por intermedio del teléfono, la fecha de su partida y de su regreso; los comerciantes hacen anotar los encargos de sus clientes, llevando la oficina un registro minucioso de los llamados recibos, encargos hechos, etc.



Nutre los nervios, fortifica los músculos y renueva la sangre.

Es preparado para convalecientes y en general para cuantos están débiles y agotados.

Es un tónico reconstituyente que da fuerza y salud, que hace llegar sus benéficos efectos a todos los órganos vitales.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci. Firenze (Italia). — Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

UNICO CONCESIONARIO - IMPORTADOR EN LA REPUBLICA ARGENTINA:

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871 **BUENOS AIRES**

LOS LIBROS

POEMAS MEDIOEVALES

POR MANUEL LUGONES

Bien se ve que el autor de este libro de versos ha estudiado con amor y cuidado el que, bien que no del todo exactamente, podría llamarse espíritu poético de la Edad Media en sus décadas más cercanas al Renacimiento; pero no se ha dejado vencer por la tentación de escribir precisamente en la forma en que lo hacían los poetas de esa época, en lo cual ha hecho muy bien, pues, así, sus composiciones tienen una gracia y una frescura que se nos ocurre incompatible con la polilla artificial de los meros imitadores de la forma externa, sin comulgar con el espíritu. Tiene mucho mérito, pues, el libro del señor Lugones, obra de un poeta que no por prurito de anacronismo verbal, sino por afinidad espiritual, ha encontrado en el acerbo poético de la Edad Media, delicada, bien que peligrosa, fuente de inspiración.

LEYENDAS ABORÍGENES

POR VALENTIN M. GRACIANO

Esta vez no se trata de leyendas de aquellas que pueden ser comprendidas en el que podría llamarse ciclo incásico, que han sido y con mucho las favoritas de los aficionados al folklore aborigen, sino de leyendas de los indígenas que habitaron el Chaco, el Paraguay y la Mesopotamia Argentina, de los cuales no se sabe, en realidad, tanto como se debiera, a pesar de los esfuerzos de algunos estudiosos serios, como el doctor Fulgencio Moreno, por ejemplo, cuyos artículos de «La Prensa» acerca de asuntos relacionados con algunas de esas poblaciones nativas, son del mayor interés. Resultado de esos y otros estudios ha de ser un conocimiento menos vago del grado de civilización a que aquellas alcanzaron; entretanto, el señor Graciano ha recogido en su libro algunas leyendas que a su juicio demuestran la bondad de sus hipótesis sobre las condiciones intelectuales de la raza, junto con encerrar bellezas originales y tener, de ordinario, un fondo nada común de moralidad. Es posible que los especialistas, que son siempre muy exigentes, encuentren que en el libro del señor Graciano no se dan explicaciones suficientes que garanticen que se trata de leyendas verdaderamente aborígenes, y no de leyendas atribuídas a los indígenas y nada más; pero para el lector curioso y sentimental, esa reserva vale poco, pues lo esencial es que este libro, que está muy bien escrito, le proporciona unas cuantas horas de positivo e instructivo deleite.

TINIEBLAS

POR ELÍAS CASTELNUOVO

Nos parece que el prologuista de esta obra tiene razón sobrada cuando previene al lector que cree «sinceramente que el sentido trágico de las cosas que campea (en ella) es todavía un poco artificioso y otro poco reflejo de sus lecturas (del autor)». El señor Castelnuovo es, sin duda, un escritor dotado de excelentes condiciones de observación y dueño de un espíritu lleno de las cualidades que se designan con el genérico nombre de «humanitarismo», que no es sino la vieja filantropía de los filósofos de hace un siglo, hija laica, por decirlo así, de la aun más vieja (naturalmente) caridad de los teólogos; pero la observación de su prologuista nos da la clave de cierta impresión de cosa aprendida que hace la lectura de muchas de sus páginas. El señor Castelnuovo sufre en grado agudo la influencia de ciertos escritores rusos cuyo valor primordial está precisamente en la circunstancia de que son rusos, es decir, tienen una imaginación y una mentalidad que son producto de las condiciones especialísimas, intelectuales, morales y hasta materiales, en que ha vivido durante siglos y todavía sigue viviendo el pueblo ruso. Porque el dolor humano no es en todas partes igual, puesto que la sensibilidad de todos los pueblos no es igual. Mas, a pesar de todo, el autor de este libro nos autoriza con él a esperar con confianza «el fruto de un talento promisor de cosas mucho más bellas», como dice también su prologuista.

UN HOGAR

POR SAMUEL EICHELBAUM

Es un hogar singularmente lastimoso el que el autor ha pintado en esta que él llama comedia, estrenada hace mas de un año en un teatro de Buenos Aires. Ignoramos la impresión que hará en la escena la obra del señor Eichelbaum, porque no la hemos visto representar; en cuanto a su lectura, debemos reconocer que deja un gusto amargo en la boca, como se dice, pues la humanidad que en ella se encuentra, con una que otra excepción, no es de lo más consolador, desde el punto de vista del proceso plasmador de nuestra sociedad. No hay derecho para dudar de que en «Un Hogar» el autor ha trasuntado una realidad; pero es una realidad cuya contemplación sería indeseable si no fuese necesario conocer los males para curarlos. En cuanto a lo que su obra significa como valor teatral, entendemos que el autor es uno de los más aplaudidos en los escenarios nacionales, y la lectura de «Un Hogar» explica perfectamente esos aplausos.

EL JARDIN SECRETO

POR EVAR MÉNDEZ

Quien quisiese escribir, sin otro material que este libro, un estudio crítico sobre el autor, y quisiese como buen crítico clasificarlo poniéndolo en la casilla correspondiente del amplio casillero de géneros y maneras que todo crítico que se respeta tiene para su uso personal, se encontraría bastante perplejo, pues el señor Evar Méndez — ya tan merecidamente estimado por libros anteriores — se nos presenta, en este «Jardín Secreto», de una «efugiedad» desconcertante para quien quisiese llevar a cabo tal empeño. Mas, cuando se trata de poetas, semejante empeño es incongruente y mucho más si el autor se adelanta a decir que «estos fueron motivos de poemas, rápidas anotaciones, las más, a fin de no perder para siempre la fugaz emoción, el recuerdo, la idea oportuna.» No intente, pues, el lector clasificación alguna; limítese a leer el libro del señor Méndez con la seguridad de que la lectura ha de proporcionarle momentos singularmente agradables.

MATRONAS Y MAESTRAS

POR ALBERTO MEYER ARANA

Bien conocido y apreciado es el autor de este libro por sus obras históricas acerca de la Sociedad de Beneficencia, que han puesto de manifiesto, junto con un noble espíritu, un profundo conocimiento de épocas aún no completamente dilucidadas de nuestra historia.

Y como era natural, el señor Meyer Arana no podía dejar de sentirse irresistiblemente atraído por las bellas y austeras figuras de las mujeres de tales tiempos, en alguno de los cuales ya el mero vivir era ganar una batalla, y a perpetuar su recuerdo en el libro ha dedicado algunas de sus vigilias de estudioso infatigable. De ahí el encanto especial de este pequeño libro, en el cual se traba conocimiento con algunas de esas mujeres superiores, de las cuales dice el autor que «descendían a maestras las lisiadas de la fortuna, apenas separadas de las maestras por un escaño más ancho que alto y tan fácil de subir como de vejar, si las primeras continuaban mostrándose modestas, aventajaban en retórica a las segundas».


¡Señora, Vd. tiene canas!
No faltará un insolente que la trate de vieja y desde ese día dejará Vd. de ser la hermosa o la simpática señora Fulana; ya nadie le hará caso; los hombres no suspirarán más a su lado.
¿Por qué deja Vd. que las canas invadan su cabellera?
¿No sabe Vd. que sus amigas Zutana y Mengana, sin decirlo a nadie emplean la famosa
AGUA SALLES
que devuelve al cabello canoso su color primitivo?
¡Haga Vd. como ellas! Son tan naturales los colores del pelo regenerado por el AGUA SALLES, que nadie puede sospechar que no sean naturales.
El AGUA SALLES existe en dos tipos: progresiva e instantánea, elija Vd. la que quiera; úsela de acuerdo con las instrucciones y volverá a ser joven. ¿No es esto deseable y agradable?
El AGUA SALLES, no es difícil de emplear; no ofrece peligro y no necesita ser usada cada día.
VENTA EN FARMACIAS, PERFUMERIAS Y TIENDAS
LOURTAU y Cía.
PARANA, 182 - BUENOS AIRES



EGIPTOLOGOS

Dos desenfrenados
sabios de ocasión
hablan, exaltados,
de Tutankhamón:
— Hoy, en todos lados,
los historiadores
tratan de sus trajes,
de sus servidores,
de sus equipajes,
de sus magistrados, de su protocolo,
de su manicura, de su palafrén.
Hoy se ocupan sólo
de Tutankhamón.
— De Tutankhamén.
— ¡No sea Vd. necio!
— ¡No sea Vd. bolo!
Yo lo digo bien.
Puesto que según
los que saben mucho de egiptología,
ese rey debía
ser Tutankhamón.
— No; Tutankhamún.
— ¡No sea rocín!
— ¡No sea patán!
— ¡Fué Tutankhamín!
— ¡Fué Tutankhamán!
— Yo sé muchas cosas
de ese gran monarca.
— Tuvo unas ideas poco religiosas
y era un oligarca.
— Recogió brillantes, dípteros y rosas
que guardó en un arca.
Y una barca tuvo de las más grandiosas
que se hundió en un charco.
— ¡No; fué en una charca!
— ¡No sea pedante!
— ¡No sea inocente!
— ¡No sea ignorante!
— ¡No sea imprudente!
— Yo sé lo que digo.
— Siempre se equivoca.
— Deje hablar, amigo.
— ¡Cállese la boca!
— Pues, como decía, desde que en su infancia
dió pruebas sublimes de su inteligencia,
nadie en importancia
le ganó. ¡Qué ciencia
la del soberano!
— Diga: ¡qué elegancia!
— Lo de la elegancia no tiene importancia.
— ¡Vaya una insolencia!
— Digo, y lo sostengo, que desde chiquito,
quiso ser famoso,
bien por su apetito,
bien por lo gracioso,
bien por lo erudito,
bien por lo orgulloso.
¡Tutankhamoncito,
fuiste delicioso!
— Todo lo que afirma no me importa un pito.
Yo sé algo más noble y algo más grandioso
de Tutankhamón.
— ¡A que sale ahora con que inventó el flan!
No es mala invención
la del que esas cosas trata con desdén.
¡Lo que nos refiere de Tutankhamán
o Tutankhamún o Tutankhamén
o Tutankhamín
tanto charlatán,
tanto parlanchín!
— ¡Basta ya, grosero!
— ¿No oyen? ¡Qué ordinario!
— ¡Tutankhamonero!
— ¡Tutankhamonario!





Discos Dobles "NACIONAL"

Las últimas novedades y los éxitos más populares y de actualidad.

DUO GARDEL - RAZZANO

(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

Discos Dobles «NACIONAL» de 25 ctms. a **$ 3.25**

18087 { **Tu Vieja Ventana.** Vals. Dúo. Río-Barbieri.
Desdichas. Tango. Solo Gardel. Contursi-Gentile.

18089 { **Tierra del Fuego.** Tango. Solo Gardel. F. y O. Lomuto.
Cartitas Perfumadas. Tango. Solo Gardel. Caruso-Greco.

ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica y Jazz-Band.

Discos Dobles «NACIONAL» de 25 ctms. a **$ 3.—**

6237 { **El Zorzal.** Tango. Típica. Portela.
Aure. Vals. Típica. A. Santoro.

6239 { **Wagneriana.** Shimmy. Jazz-Band. M. Ivain.
Cuesta Arriba. Tango. Típica. García-Zavaleta.

FRANCISCO CANARO. Orquesta Típica y Jazz-Band.

6950 { **C'Est Jeune Et Ca S'Ait Pas!** Shimmy. Jazz-Band. Borel-Clerc.
Beso Ingrato. Tango. Típica. Tuegols.

6953 { **Himayata.** Shimmy. Jazz-Band. J. Pollero.
Fué una Noche. Tango. Típica. E. Bianchi.

6965 { **Nuits de Chine.** Fox-Trot oriental. Jazz-Band. F. L. Benech.
Sobre el Pucho. Tango. Típica. S. Piana.

ELEUTERIO YRIBARREN. American Jazz-Band.

8012 { **Falstaff.** Shimmy. G. Calarco.
La Chula de Madrid. Pasodoble. A. Soler.

ORQUESTA TIPICA PACHO. (Juan Maglio).

7415 { **Herencia Tanguera.** Tango. E. J. Nervo
Galerita. Tango. A. Pugliese.

ORQUESTA TIPICA LOMUTO

7602 { **Nunca más.** Tango. F. J. Lomuto.
El Consentido. Tango. Iribarne-Valdez.

IGNACIO CORSINI

(Con acompañamiento de 2 guitarras).

223 { **Entre Criollos.** Tango. Caruso-Rodríguez.
Fin de Fiesta. Tango. Flores-Corsini.



Fonógrafo Glücksmann sin bocina

La máquina parlante más perfecta, sólida y barata. Precio, con 200 púas .... $ 45.—



Festival Benéfico



Vista parcial de la concurrencia al festival que, con todo éxito, organizó la Asociación de Fomento Cornelio Saavedra a beneficio de la Biblioteca pública que sostiene dicha entidad.

De La Plata



Grupo de damas que, bajo la dirección de la señora Rosa F. M. de Vidal, organizó un homenaje a los caídos en la revolución de 1905. La señorita Rosa Orello, pronunciando un conceptuoso discurso.

UNA ANÉCDOTA DE RODIN CONTADA POR ANATOLE FRANCE

«Acababa Rodin de terminar en yeso una estatua imponente de Víctor Hugo. El poeta erguíase todo derecho en la punta de una peña. Todas las clases imaginables de Musas y Oceánidas bullían a su alrededor.

»Una mañana condujo el escultor a su estudio a una caravana de periodistas ansiosos de contemplar su nueva obra.

»Por desgracia, habíase olvidado la noche anterior de cerrar una ventana, y como aquella madrugada estallara una terrible tormenta, una tromba de agua había reducido el inmenso grupo a una informe papilla. La peña habíase desplomado sobre las danzantes deidades. En cuanto a Víctor Hugo, habíase caído en un océano de fango.

»Empujó Rodin la puerta, hizo pasar a sus convidados, y de pronto notó el desastre. Por poco si se arranca las barbas de desesperación.

»Pero ya llegaba a sus oídos un concierto de elogios:

»— ¡Inaudito! ¡Prodigioso! ¡Formidable! Ese lago de fango de donde emerge Víctor Hugo. ¡Qué símbolo, Maestro: ¡ésto es un destello del genio! ¡Usted ha querido representar la ignominia de una época en que sólo descollaba noble y pura la inspiración del bardo sublime! ¡Qué hermoso es ésto!

»— ¿De veras? — preguntó tímidamente Rodin.

»— ¡Cómo que si lo es! ¡Es la obra maestra de las obras maestras! ¡Oh, sobre todo, maestro, no la retoque usted!»





De sabor agradable, sin ser dulce.
Estimula el apetito.
No es la más barata.
De esmerada fabricación.

Para las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes, es lo mejor.

Venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla, diríjase a sus únicos importadores:

1170, BARTOLOME MITRE, 1174

TELÉFONOS: U. T., Rivadavia, 1990 — C. T., Central, 133

De Avellaneda



Comisión Directiva del Club de Regatas América, presenciando la brillante fiesta a que dieron lugar las diversas pruebas realizadas.

Señoritas Elida Matysiak, Alba Fumaroni, y Julia Mailhes, ganadoras de la carrera de doble par para damas, en la distancia de 400 m.



POR

SEAMARK

TOMÁS Masterick miraba estúpidamente el pequeño cuadrado de cielo gris, más allá de la alta ventanilla de su celda. Había llegado a considerarlo como una entidad, como algo que casi tenía vida. Poseía una cualidad peculiar: era la única cosa de la celda que siempre cambiaba. Era un pequeño cuadro que se movía lentamente en un mundo fijo y sin movimiento. Masterick le hablaba en voz baja, monótona, que tenía algo del mugido de la vaca en su completa falta de expresión. Durante quince años había estado hablando los diversos objetos de la celda, razonando vagamente con ellos sobre su amargo rencor contra la vida.

No era rencor en el ordinario sentido de la palabra, porque no había ni sombra de resentimiento en el alma de Tomás Masterick. Solamente una perplejidad ofuscada, un jeroglífico que no quería someterse a descifración alguna, por mucha que fuese la ansiedad con que él lo intentase. Todo lo que pedía a la vida era una explicación, una razón que justificase la más bien desleal manera con que la vida le había tratado. Y no podía nunca dar con la explicación, que siempre se le escapaba. Mil veces había intentado dar con la verdadera razón, y no lo había conseguido. Después se dió cuenta de que probablemente el obstáculo estaba en que ya no podía pensar tan fácilmente como solía.

— Lo malo es — le decía al cuadrado gris — que he pensado demasiado; que he pensado muchas veces en ello. Ya sé lo que tengo, porque cuando intento pensar realmente bien, lo único que saco es un vértigo. Y esos vértigos me dan dolor de cabeza... La gente puede decir lo que quiera; lo único que no puede decir es que yo maté a Fred Smith. Pueden decirlo y lo dicen, lo dicen, lo dicen; pero con eso no hacen que yo le haya muerto.

Se sentó al borde de un banquito y hojeó rápidamente una Biblia que había en la mesa de madera blanca.

— Por supuesto — siguió diciendo, — la otra cosa mala es que creen que lo hice, y por eso me condenaron. Y lo que me inquieta más es que de nada vale que diga que no lo hice cuando siguen diciendo que lo hice. No me creen a mí más que yo les creo a ellos... El que empezó a decir que yo había sido, fué ese hombre vestido de negro, el peor de todos. En mi vida he visto un demonio más mentiroso. De pie delante del tribumal — delante del tribunal, fíjense — sostenía firmemente que yo había muerto a Fred Smith; y había un infierno de gente oyéndole. Todos oían. No podían dejar de oír... Pero, ¿cómo lo sabía él? Reconocía que en su vida había visto a Fred Smith, y cuando yo se lo pregunté se echó a reír. No me gustó esa risa. Reconoció también que nunca me había visto; entonces, ¿cómo sabía?... Y sin embargo, probó que yo había muerto a Fred Smith... ¿Y las preguntas que me hizo?... Probó que yo era un mentiroso y un perjuro y un ladrón; y después probó que había muerto a Fred Smith... Y yo no maté a Fred Smith; no le había visto ese día... Pero no quisieron oír mis razones... Yo nunca he mentido, nunca he jurado en falso, nunca he robado nada a nadie. Y el juez me dijo que iban a ahorcarme.

A mí me parece que tal vez fué Jack el que mató a Fred Smith; pero yo no lo maté... Pero cada vez que pienso en estas cosas me dan vértigos. Entonces leo la Biblia... Pero el hombre vestido de negro que dijo que yo había muerto a Fred Smith, es un mentiroso como no hay otro... Y yo llego a creer sinceramente que Fred Smith no está muerto. Creo que se embarcó el mismo día que dicen que le maté. Si volviese de repente... Jack debe saber algo, porque siempre viaja mucho... No puedo creer que el cadáver que encontraron apuñaleado fuese el de Fred Smith. Era marinero y nunca tuvo reloj-pulsera. Apostaría también que nunca se había puesto botas. No le conocían; sin embargo, dijeron que era Fred Smith, y no quisieron creerme a mí después de lo que el hombre vestido de negro dijo.

Masterick oyó rumor de pasos en una escalera distante, y el tintineo metálico de unas llaves.

— Es el viejo News — observó. — Viene a abrir las puertas para la comida. Hoy también tendremos carnero cocido y verdura. También tendremos pan y después un baño. Y después el 631 nos raspará la piel de la cara con su mala navaja...

II

RECHINARON los cerrojos exteriores del visillo de la celda, y Tomás Masterick recibió su ración. El guardián asomó la cabeza y dijo:

— Número 3-5-4, hoy no saldrá usted después de la comida. Se quedará en su celda hasta que venga el capellán. Lo verá a usted esta tarde.

— Está bien, gracias.

El guardián miró fijamente al reo.

— ¿No se siente bien? — le preguntó.

— Estoy perfectamente bien; pero temo que me dé uno de mis vértigos. Todo irá bien después de que haya comido.

— Es necesario que tenga mejor aspecto cuando venga el capellán, si no quiere que lo lleven a la enfermería. Usted no quiere ir a la enfermería, ¿verdad?

Masterick miró al guardián con infantil incredulidad. De todas las delicias deseables en la prisión, la enfermería era la más dulce, la mejor.

— No pienso ir a la enfermería — dijo Tomás. — Hay mucha bulla.

Sin preocuparse de continuar su misión, el guardián entró en la celda.

—Diga, 354, ¿no sabe lo que le va a suceder?

Masterick lo miró con expresión de miedo en la mirada.

— Mañana va usted a salir, 354. ¿No lo sabe usted? ¡Desgraciado!

Esto último lo dijo el guardián porque Masterick se puso a temblar y luego se dejó caer abatido en el suelo, derramando el caldo del cordero cocido.

— ¡Caramba! — decía media hora después el guardián en el comedor. — No sé para qué diablos va a servir ahora el 354. Es el primer preso que he visto que no puede decir, con diferencia de un segundo, el tiempo que ha estado aquí.

En los mismos momentos, Tomás Masterick conversaba con su escudilla:

— Durante varios años llevé la cuenta de los días que iba pasando aquí. Con una astilla que saqué de una tabla del piso, marcaba cada día en la pared, y luego, cada diez días, hacía arriba una marca más grande. Así llegué a contar cuatro mil cuatrocientos ochenta días; pero una tarde, mientras estábamos en el baño, blanquearon la pared y perdí la cuenta.



Cuando el capellán llegó encontró a Masterick tranquilo.

— ¿Cómo está usted, 354? — le preguntó con austera amabilidad.— Espero que bien... y preparado para su grande aventura de mañana... Deseo muy sinceramente no volver a verle nunca por acá.

Masterick volvió la vista hacia el cuadrado de cielo gris.

—Estoy bien, pero todo depende de lo que *ellos* piensen ahora — contestó como distraído.—Yo nunca he sabido lo que pensaban hacer conmigo. Porque yo no maté a Fred Smith; usted lo sabe porque yo se lo he dicho.

— Sí, pero yo quiero saber lo que va usted a hacer; es posible que pueda ayudarle a prepararse una nueva vida. ¿Tiene usted alguien a cuya casa ir cuando salga de aquí?

— No puedo decirlo. He estado aquí mucho tiempo, y lo más probable es que haya muerto toda la gente que conocía. Quién sabe si hasta Fred Smith ha muerto ya.

— Es una verdadera lástima que no tenga usted a donde ir. Quizás yo podría...

— Es que tengo algo que hacer...

— ¡Ah! ¿Sí? Entonces todo irá bien. ¿Va usted a trabajar en algo?

— Es posible. Deseo encontrar al hombre vestido de negro que probó que yo había muerto a Fred Smith. Porque yo no maté a Fred Smith.

III

El capellán, que había oído repetir tanto esas palabras, hasta el extremo de que había llegado a creerlas, pensó que Tomás Masterick era un sujeto que convenía fuese vigilado cuando saliese de la prisión.

Pero no ocurrió nada. Dos meses después de puesto en libertad, las autoridades reconocieron que eran infundadas sus sospechas sobre la conducta de Masterick, y suspendieron la vigilancia de que había sido objeto. No había manifestado ningún rencor con los que habían intervenido en su proceso — proceso que, salvo la circunstancia de que Masterick no había muerto a Fred Smith — había sido llevado hasta el fin con la mayor corrección. En realidad, Masterick fué calificado como un buen caso de «reforma». Consiguió trabajo en el puerto y se dedicó con toda seriedad a hacerse un nuevo sitio en la vida civilizada. En su caso, no era de temer una reincidencia.

Y sin embargo, poco tiempo después, *ellos* se vieron en el caso de reconocer que habría sido mucho mejor para ellos y para la pompa y vanidad de todo el mundo legal, que Tomás Masterick, al salir de la prisión, hubiese comprado un revólver y mandado al infierno a diez personas, de acuerdo con las medio apagadas luces de su inteligencia. Porque el problema que Tomás Masterick les planteó con fría y bien calculada deliberación, cuando llegó el momento oportuno, fué un golpe terrible para los jueces y demás ministros de justicia. Fué también un golpe para la ley misma. Los viejos jurisconsultos del país debieron echar mano a viejos y polvorientos volúmenes para encontrar alguna luz y guía en el caso; pero no hubo luz ni guía. Tomás Masterick los había vencido total y completamente, cruel y horriblemente.

Porque cuatro meses después de haber sido puesto en libertad, y por mero accidente, Masterick se encontró con el hombre vestido de negro que había convencido al tribunal de que él había asesinado a Fred Smith. Miembro de un alto tribunal, llevaba en el ojal del jaquet un botoncito azul, correspondiente a una condecoración.

Masterick no lo sabía, ni le habría importado un comino saberlo.

Se acercó a él, en una calle muy concurrida, y le dijo:

— ¡Oiga, señor! ¿Se acuerda usted de todas las mentiras que dijo sobre mí?

El señor condecorado le miró despreciativamente y después de un momento, dijo:

—No; no creo haber hecho lo que usted dice.

— Pero no, no puede usted haber olvidado el montón de mentiras que dijo sobre mí en el tribunal. Los ojos del señor se contrajeron ligeramente.

Algo despertaba en él los campos más lejanos de su memoria.

— ¡Ah, sí! — dijo después de un instante de vacilación. — Me parece recordar... Permítame que precise...

— Sí, señor, así fué, y fué mal hecho. Todo

era mentira, porque yo no maté a Fred Smith, a pesar de todo lo que usted dijo. Le juro que no lo hice; y uno de estos días se lo probaré a usted. Le daré la gran sorpresa de su vida, y será también la gran sorpresa de la vida de todos los que lo vieron.

El caballero condecorado respiró larga y suavemente y en voz tan baja que apenas podía ser oída:

— Así es que... ¿acaba usted de salir?... ¿Tiene usted trabajo ya?... Si necesita usted algo...

— Sí, señor; tengo trabajo, regular no más, pero trabajo. Muy lejos de aquí.

— Hay que ser un hombre honrado — y el caballero deslizó un billete de cinco libras en la mano de Tomás. — Para que se compre usted ropa.

— Muchas gracias, señor — dijo Tomás metiéndose el billete en el bolsillo.

Después de un momento, agregó:

— ¿Podría usted darme un consejo, señor?

— Cómo no, cómo no. ¿Qué es lo que le pasa?

— Bueno; supongamos que un día encuentre a Fred Smith, el hombre que usted aseguró que yo había asesinado. Supongamos no más; ¿qué podría hacer yo?

IV

El caballero condecorado respiró con angustia.

— En ese caso — dijo — lo mejor que podría usted hacer sería quizás ir a verme, a mi oficina. Cualquiera le dirá, en el Palacio de Justicia, en dónde está mi oficina.

— Porque en la casa en que duermo, hay un hombre que asegura que ha visto a Fred Smith... después de que usted probó que yo lo maté. Dice que está en San Francisco, de cargador en el puerto. Se habrá cansado de ser marinero.

— Bueno... amigo... si alguna vez lo encuentra usted, vaya a verme. Haré todo lo que pueda para ayudarle.

— Yo desearía probarles a todos los que me condenaron que son unos mentirosos.

— ¿Podría usted hacerlo?

— Claro que podría. Y más que eso también.

El señor condecorado movió dudosamente la cabeza y se alejó, con compasión y ganas de reir al mismo tiempo.

Era buena persona; pero el ácido de la ley corría por sus venas.

Sus percepciones eran siempre demasiado contrarias a las consecuencias de la lógica.

Pero ocurrió que tuvo noticias de Tomás Masterick otra vez. Era un día excepcionalmente propicio. El caballero condecorado estaba tomando el lunch con varios amigos, todos hombres de ley. Había otros señores condecorados, un procurador general y dos miembros de la Cámara de Apelaciones.

El criado del caballero entró y le dijo algo al oído.

— Insiste mucho en verle, señor. Dice que se llama Tomás Masterick y que usted no dejará por nada de recibirle. Parece un asunto muy importante, señor. Y Fred Smith ha venido con él.

— ¡Santo Dios! — exclamó el caballero, mirando asustado en torno suyo. ¿Está ahí Fred Smith?

— Y hay otro hombre con él, señor; otro hombre que parece muy excitado.

— ¡Dios mío, ayúdame!

Y el caballero se volvió a sus compañeros de lunch, y llena de angustia la mirada les dijo:

— Es la cosa más extraordinaria del mundo. Oiganme, amigos. Me está pasando algo que a ustedes no les ha ocurrido jamás. Este es un lunch que ustedes recordarán por muchos años.

Un verdadero cuento de revista ilustrada. ¿Recuerdan ustedes aquel asesinato ocurrido en el puerto hace quince años? Un tal Masterick mató a un tal Fred Smith. Yo tuve que intervenir como fiscal y usted, Rumbold, era uno de los jueces. Masterick fué condenado a la horca; pero el gobierno le conmutó la pena de muerte por quince años de prisión.

Rumbold asintió con la cabeza, y los demás aguzaron la memoria para recordar bien el caso.

— Pues bien, ¡Masterick está aquí y Smith también! — gritó el caballero, ya casi fuera de sí. Después, en pocas palabras, explicó el caso y contó su entrevista con Masterick en la calle.

Concluyó ordenando al mozo que hiciese entrar a los dos hombres.

Entraron, Masterick sereno, bien que un poco sospechoso; Fred Smith visiblemente asustado.

— ¿Quiénes son estos señores? — preguntó Tomás Masterick, mirándolos a todos.

— Son amigos míos, amigos que están tan deseosos como yo de ayudarlo en cualquier cosa. Yo creo que no hay en el mundo un jurisconsulto de más talento que... mi amigo Rumbold... que puede ayudarle...

— Yo no quiero la ayuda de nadie — interrumpió Masterick arrogantemente, y empujó a Smith hacia el centro de la habitación. Me ha costado un triunfo dar con él, y cuando lo encontré no quería venir, hasta que le dije todo lo que había y le conté lo que había hablado con usted, señor. Y ahora no tengo mucho que decir... Tengo miedo de que me dé un vértigo... Pero voy a hablar... Ustedes fueron una banda de demonios en el tribunal. No quisieron oir ninguna razón... Yo les dije cien veces que no había muerto a Fred Smith, y sin embargo, ustedes me condenaron por haberle muerto... Me han tenido quince años en prisión por asesino... Y no había muerto a nadie... Pero ha llegado el momento del castigo...

Y Masterick sacó rápidamente un revólver y le metió una bala en el corazón a Fred Smith, que cayó redondo.

— Ahora — gritó Masterick blandiendo el revólver — he cometido el asesinato por el cual me condenaron hace quince años... ¿Qué tienen ustedes que decir?...

FIN

De Bahía Blanca



Comisión de señoritas y caballeros que tuvo a su cargo la organización de la kermesse patrocinada por *Casa de Galicia* de aquella ciudad, en los salones del Gran Hotel España.


RUEDA
"SPORT"
ZAPATOS
RUEDA - SPORT
Los más apropiados para ser usados durante las próximas Carnestolendas, dado que con ellos los pies se mantienen constantemente frescos y livianos.
LOS HAY PARA HOMBRES, SEÑORAS Y NIÑOS
Pídalos en Todas las Buenas Zapaterías.
SEGURA

El señor Juan P. Oviedo (presidente) y demás miembros de la Comisión pro apertura de la calle General Paz, celebrando el feliz resultado de sus gestiones.

El intendente municipal, señor de Miguel, presidiendo el acto de la inauguración de la nueva calle General Paz.



EL ATORRANTE

Los criados duermen, y el *atorrante* se introduce sin que nadie lo detenga, en la mansión lujosa.

Su primer movimiento ha sido dirigirse a la cocina y merodear en las ollas.

Luego la idea del robo, ante tanta riqueza ha surgido en su cerebro embrutecido.

Pero el *atorrante*, ha sido en su juventud hombre de plata, elegante, de gustos refinados, y un vaho delicioso que parte de las intimidades misteriosas de la *toilette*, lo sorprende de improviso, resucitando en su adormecida imaginación quién sabe qué recuerdos y qué imágenes placenteras.

Se dirige, pues, con paso pesado al solitario retrete, y allí, ante la rica mesa del profuso tocador, se detiene como ante un altar. Sus nervios se dilatan, su boca se entreabre, y sus ojos chispean reflejos del pasado.

Extiende por fin como una garra su mano sucia y grosera y entre todos los botes de afeites, entre todos los frascos de aguas, extractos y lociones, va directamente a tomar de entre un platillo de cristal y oro, una pastilla de JABON REUTER, de la que aspira luego el perfume exquisito con verdadera fruición y arrobamiento.

La idea del robo desaparece como por encanto en él, y de todas aquellas cosas ricas y hermosas que lo rodean, lo único que se apropia y esconde entre sus ropas, es el pan aquel de JABON REUTER.

Por la noche, en un sitio apartado de la playa del Río de la Plata, el *atorrante* se da un espléndido baño, jabonándose con el exquisito JABON REUTER.

Este baño y esta jabonada, es una verdadera agua lustral, no tan sólo para el cuerpo sino también para el espíritu de aquel infeliz.

Y ahí tienen ustedes a un hombre regenerado, gracias a la influencia ejercida en él, por el mejor, el más sano, el más inocuo, el más simpático y atrayente por su dulzura y por su aroma de todos los jabones: el JABON REUTER.



La sugestiva cabeza del enfermo de la cama número 10 era la implacable obsesión de sor Cristina. La mirada intensa de sus ojos de tísico; su frente amplia y extrañamente pensativa; sus cabellos ensortijados y revueltos destacándose sobre la blancura de la almohada, habían terminado por ser la continua visión de la hermana de caridad.

Sor Cristina, siempre que pasaba por delante del lecho del enfermo, se detenía un instante y le preguntaba con voz suave:

— ¿Cómo se siente?

— ¡Lo mismo, hermana!

A veces aparecía la religiosa con un ramo de flores en la mano, semejante a una figura de Dante Gabriel Rosetti, y, despertando el asombro curioso de los demás enfermos, las depositaba en la cama de su misterioso predilecto.

— Las he cortado hace un momento — le decía; — se las dejo para que tenga con que distraerse.

La cabeza del enfermo se movía agradeciendo la olorosa ofrenda de la monja. Los ojos pensativos, rodeados de profundas ojeras violáceas, se clavaban con infinita ansiedad en el rostro suavemente ruboroso de Sor Cristina, que inclinaba la frente para ocultarse bajo la albura de su toca, como temerosa de que el enfermo descubriese su tortura interior.

II

La cabeza del tísico se hacía cada vez más sugestiva. A medida que el mal implacable continuaba su marcha fatal, la cabeza del joven desconocido iba adquiriendo una belleza rara, como si la terrible enfermedad se entretuviera en embellecerla.

Mientras tanto, el sueño de la monja era interrumpido por la mortal obsesión que la perseguía. En la soledad de su celda lloraba el impulso ciego que la arrastraba con fuerza inaudita hacia las ideas que, como sierva de Dios, rechazaba más tarde con toda la voluntad de su espíritu y de su corazón. Pero a pesar de todo, la visión del enfermo flotaba perpetuamente ante sus ojos de atormentada, así como una tentación diabólica, con sus cabellos ensortijados y negros, su frente nívea, su boca húmeda y levemente roja y sus ojos extraños llenos de ternura.

Una mañana, después de haber pasado la noche completamente insomne, fuése al florecido jardín del hospital, y cortando un manojo de lirios blancos y morados encaminóse hacia la sala como si obedeciera a una fuerza poderosa y fatal.

Después de atender solícita y benévola a unos y a otros, dirigió sus pasos hacia la cama de su incógnito amigo. Este, de espaldas en el lecho, cubierto con las colchas hasta el mentón, dejaba ver su cabeza más bella que nunca; sus ojos ligeramente entreabiertos le daban un aspecto de melancólica beatitud. La monja se detuvo a contemplarlo como encantada de su imposible belleza; y creyéndolo dormido, se acercó más y depositó el ramo de lirios sobre la almohada, con la secreta esperanza de que el enfermo, al despertar, sonriera por ella. Pero al retirar las manos, tocó sin querer la frente marfilina del desconocido, y tornóse intensamente lívida de improviso, quedándose junto al lecho inmóvil como una estatua.



Poco a poco se fué serenando, y doblándose con lentitud sobre el enfermo hasta llegar muy cerca de su rostro, murmuró en un suspiro profundo:

— ¡Hermano!... ¡Hermano!...

Presa de un estremecimiento nervioso apoyó una mano sobre el hombro y lo sacudió levemente:

— ¡Hermano!...

Ya convencida de la dolorosa realidad, se puso de rodillas poco a poco ante el cadáver del misterioso asilado, y rezó con los ojos llenos de lágrimas, con un dolor desconocido hasta entonces.

Y en el silencio matutino de la sala bañada de sol resonaron despaciosamente las voces de los demás enfermos:

«¡Padre Nuestro que estás en los cielos!...»

III

Como no hubo parientes que se presentaran a reclamar el cadáver, el médico de la sala ordenó que lo transportaran al anfiteatro.

IV

Era el crepúsculo de aquel mismo día y las últimas violetas de la tarde se deshojaban sobre la fría soledad del anfiteatro. Sor Cristina, a pasos lentos, se dirigía hacia él como una sombra, caminando con cautela, como temiendo ser sorprendida, y al llegar a la puerta fúnebre miró a lo largo de los senderos, y luego se introdujo con presteza en el recinto. Sobrecogida de un terror subitáneo, se detuvo, pero una vez serenada empezó a caminar ansiosamente mirando los cadáveres que yacían sobre las frías mesas marmóreas. De pronto quedóse inmóvil. En una de las mesas estaba la cabeza del tísico separada del tronco, hermosa, sugestiva, en su perpetua inmovilidad, bañada por los postreros fulgores del sol.

Sus ojos entreabiertos parecían contemplar la tenue vaguedad de la tarde que se esfumaba en tonalidades de milagro. Sor Cristina, convulsa, trémula, poseída fatalmente por su obsesión, tomó entre sus dos manos crispadas la cabeza del muerto, y en la espantosa soledad del anfiteatro resonó el chasquido de un beso profundo, loco, terrible.

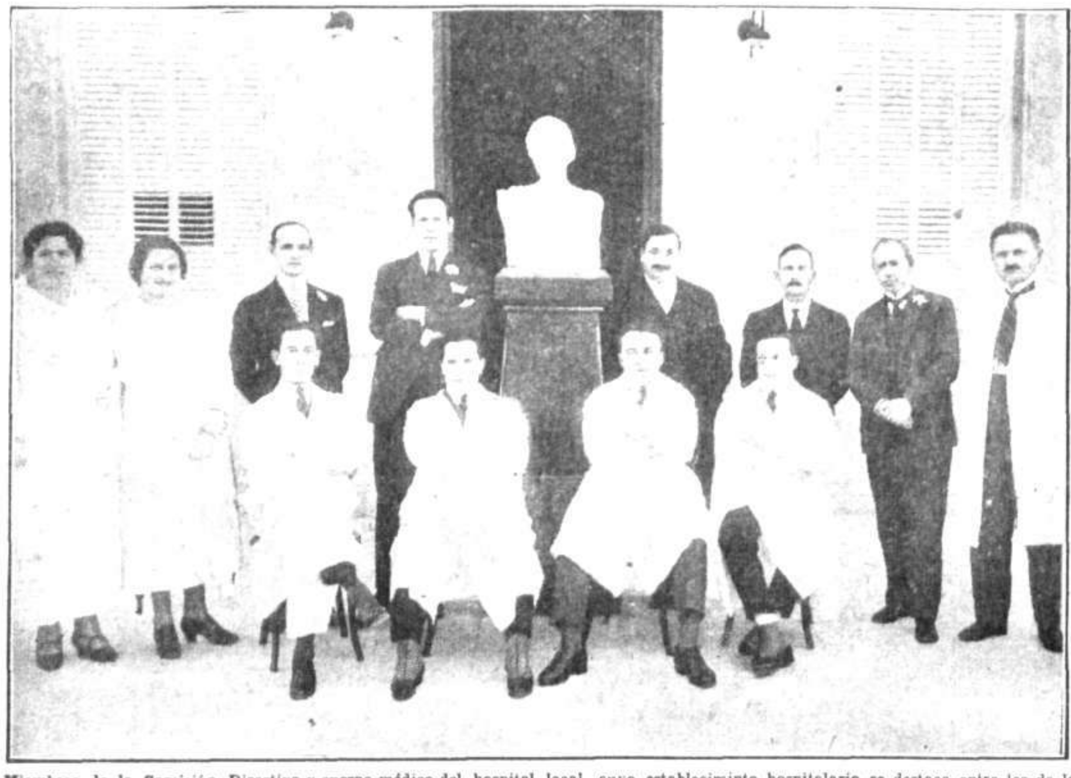
La noche cubrió con su manto piadoso aquella incomparable escena de amor, y la estrella de la tarde filtraba a través de los ventanales su oro celeste.

Al día siguiente un grupo de alegres estudiantes encontró el cadáver de sor Cristina contraído con la boca fuertemente oprimida a la del muerto, como si con aquel beso infinito quisiera resucitar al viajero querido.

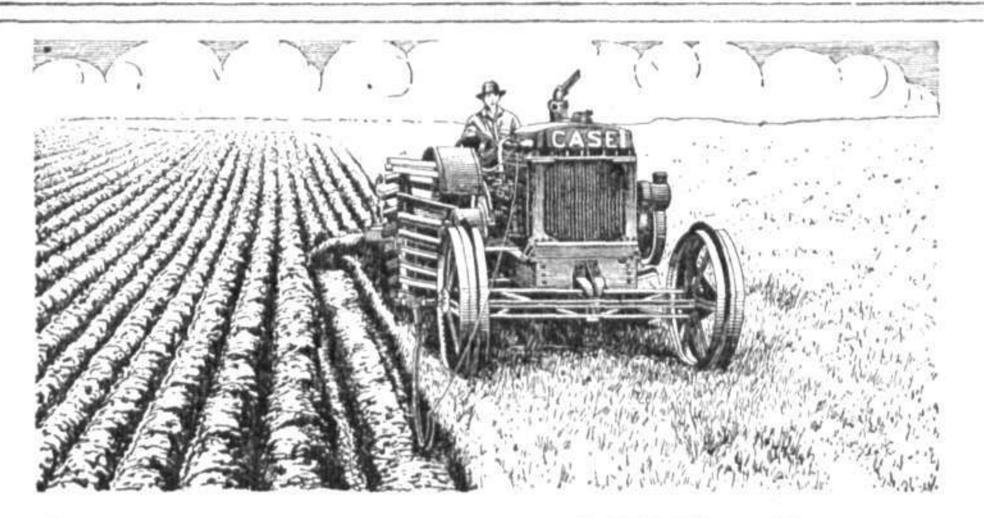
El sol la bañaba toda, como perdonándola y purificándola con su reguero de luz.


El coche para todas las estaciones
El Sedán Ford de cuatro puertas es el automóvil que mejor se adapta a todas las estaciones: fresco y ventilado en verano, abrigado y protegido en invierno; de gran seguridad y fácil gobierno, con amplios y cómodos asientos, se distingue por la elegancia de sus lineas, que le dan ese aspecto realmente atrayente que lo caracteriza.
PIDA UNA DEMOSTRACION
Ford
AUTOS · CAMIONES TRACTORES

De Ayacucho



Miembros de la Comisión Directiva y cuerpo médico del hospital local, cuyo establecimiento hospitalario se destaca entre los de la provincia, por la labor del Director, doctor Ricardo S. Malbrán.



El Exito de los Tractores "CASE" a Kerosene

Es General en todo el Territorio de la República.

YA no es el caso de pensar ***si conviene o no*** adquirir un Tractor CASE a Kerosene, esto ya no se discute: la experiencia de muchos Agricultores de la República está allí para demostrar que los Tractores CASE son eminentemente prácticos, seguros y económicos para cualquier clase de labores agrícolas.

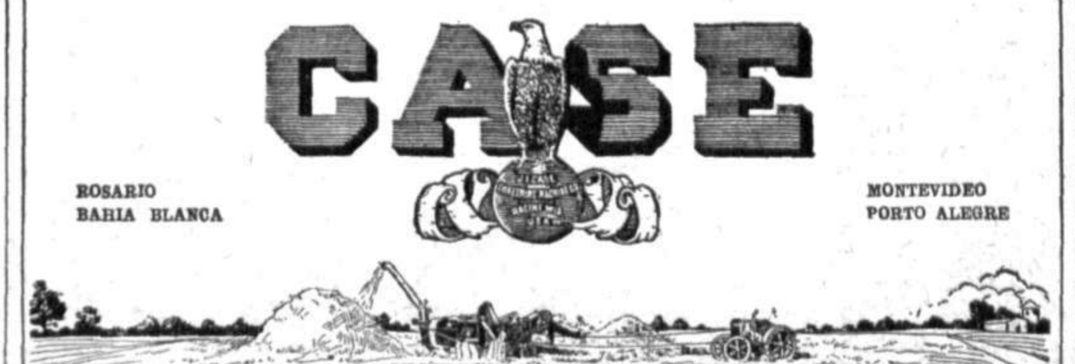
Y ESTE, ahora mismo, es el momento más propicio para hacer la adquisición de un Tractor CASE, porque así se le podrá empezar a usar con los primeros trabajos agrícolas del año, es decir, con el rastreo y la aradura del suelo, para continuar usándolo durante la entera temporada, hasta la terminación de la trilla. De esta manera, el capital invertido estará produciendo ganancias durante todo el año, ganancias que el Agricultor precavido habrá sabido obtener sobre la base de la experiencia ajena.

Los Agricultores que durante el año pasado han estado usando los Tractores CASE se hallan completamente satisfechos de los resultados obtenidos. Con un mismo Tractor han podido rastrear, arar, sembrar, cortar y trillar sus cereales.

Con el fin de conocer más a fondo las ventajas de los Tractores CASE a Kerosene, solicítenos el folleto "Testimonios de Agricultores Satisfechos" y el Nuevo Catálogo N.º T 24/11.

J. I. CASE THRESHING MACHINE Co.

Paseo Colón esq. Belgrano. - Buenos Aires.





Miembros de la Sociedad Recreativa "Los 30 amigos reunidos", que concurrieron al atrayente picnic realizado en honor de las señoritas que integran la Comisión de Fiestas.

UN NUEVO DEPORTE INGLÉS

En Inglaterra, el país deportista por excelencia, donde tuvieron su cuna casi todos los deportes conocidos, ha comenzado a cultivarse un nuevo juego, que no tardará en hacer su aparición en los demás países.

El nuevo deporte, dedicado más especialmente a las señoras, se llama el «net ball», y es una variación del popularísimo «foot ball», que tanto apasiona los ánimos en nuestro tiempo.

Pero como no estaría bien que damas y damitas deformaran y estropearan sus lindas piernas en el violento ejercicio del balompié, que dijo Cavia, en el «net ball» los balones se impulsan con las manos.

Como en el «foot ball», juégase el nuevo deporte por dos bandos, y el objetivo está en meter el balón en el campo contrario, burlando a los guardadores de la portería.

En los colegios de señoritas de Inglaterra parece que se juega ya mucho el «net ball». Sus reglas no tardarán en traspasar el Canal de la Mancha y las fronteras, para que el nuevo deporte se imponga en los demás países.

Sin embargo, como variedad de «foot ball», el nuevo juego ofrecerá mucho menos interés, y como juego de pelota será inferior al «tennis» y aun al de pelota vasca.

UNA VERDADERA OPORTUNIDAD UNICA Y EXCEPCIONAL EN

KODAK'S

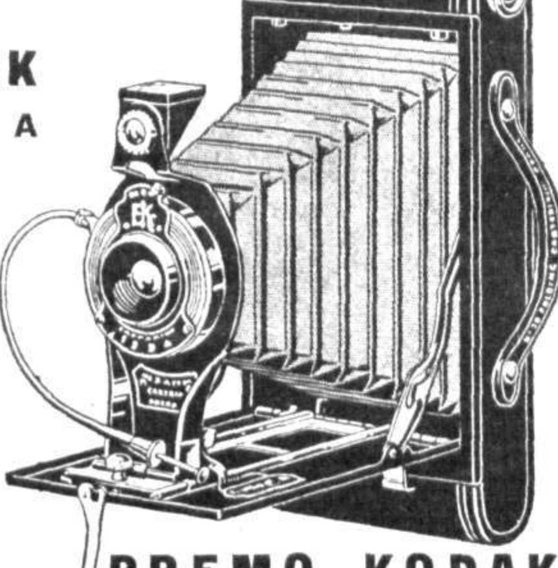
PREMO KODAK

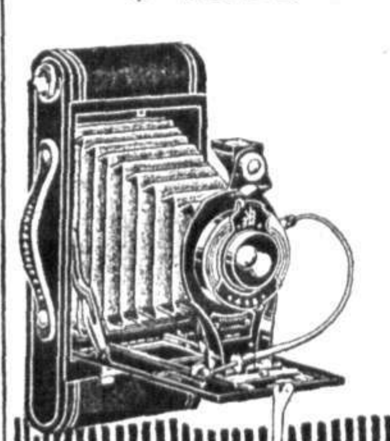
PLEGADIZO, N.º 3 A

para fotografías de 8 x 14, centímetros tamaño postal. Capacidad del rollo: 6 y 10 exposiciones.

PRECIO EXCEPCIONAL

$ 45.00





PREMO KODAK

PLEGADIZO, N.º 2

para fotografías de 6 x 9 cms. Capacidad del rollo: 6 exposiciones.

Precio excepcional $ **24.00**

REVELACION E IMPRESION DE PLACAS Y PELICULAS COPIAS EN EL DIA



ANTEOJOS Y LENTES PARA CUALQUIER DEFECTO DE LA VISTA EXACTAMENTE LOS QUE SU MEDICO RECETA

Primer Instituto Optico Oculístico

LUTZ, FERRANDO Y CIA.

FLORIDA 240 — BUENOS AIRES

CABILDO 1916, Belgrano - ALMIRANTE BROWN 1067, Boca - RIVADAVIA 6879, Flores

ROSARIO - CORDOBA - TUCUMAN - LA PLATA - SANTA FE - MAR DEL PLATA

DE LA VIDA INQUIETA

EL "DIVINO" ALEJANDRO

TAMBIEN y recordando la singular teatralidad de sus gustos, acciones y palabras, solíamos llamarle Alejandro «el Magnífico», o el «Excelso». Hablo de Alejandro Sawa.

El autor de *Noche*, de *La mujer de todo el mundo*, de *Iluminaciones en la sombra* y de otro libro notoriamente influenciado por el «naturalismo» entonces prepotente, fué un temperamento excepcional. Aunque exiguo y afeado de continuo por vocablos y giros exóticos, en su léxico había una inexplicable elegancia, una musicalidad enfática y sencilla a la vez, enteramente «suya», adjetivaba de manera desconcertante, y todos sus personajes aparecían impregnados de solemnidad. En Sawa, lírico fastuoso y grandilocuente, «el hombre» avasallaba al escritor. Comparadas con él, sus novelas eran mezquinas migajitas caídas de la mesa del gran banquete bizantino de su alma inflamada, y he aquí porqué el recuerdo de su figura ha sobrevivido a la huella de su obra.

Ni aun en París, donde la «pose» sirvió de cimiento momentáneo a tantas reputaciones de bazar, conocí tipos capaces de emular al autor de *Carne de nobles*, en egolatría, vanidad y prestancia. Este culto a sí mismo le dió el triunfo. Ni la miseria, que lo acosó implacable, ni tampoco la ceguera cruel de sus últimos años, abatieron su soberbia ni empañaron la euritmia helénica de sus actividades. Nació «gran señor», y hasta cuando solicitaba algo parecía mandar. Tenía el rostro y los ademanes tranquilos y reposada y afectuosa la voz; en sus pies, aristocráticos por lo reducidos y por la nerviosidad de su andar, las viejas botas adquirían prestigio de coturno, y, aunque fuese vestido de andrajos, en toda ocasión su figura descollaba y resplandecía como la de un rey.

Era de vulgar estatura, erguido y bien proporcionado. Llevaba los cabellos, que fueron negrísimos y ondulados, a media melena y partidos en crenchas iguales, y el pálido rostro de perfil judaico enmarcado por una barba nazarena. Se parecía a Daudet. Y reafirmaba la expresión desdeñosa, más que altiva, de su hermosa cabeza meridional, la miopía que le afligió desde mozo y le obligaba a retreparse con orgulloso estiramiento ante sus interlocutores y a mirarles un poco de arriba abajo. Entonado, ajeno a cuanto sucediese a su alrededor, superhombre y ecuánime, «el divino Alejandro» había sabido hacer de la humildad de la tierra un pedestal.

En París, donde vivió muchos años la bohemia artística de Montmartre y del Barrio Latino, olvidó su hablar nativo — Sawa era andaluz, — y regresó con un acento marcadamente exótico, que convertía las «erres» en «ges»; una enorme pipa, regalo de Verlaine; una corbata flotante, un recio bastón en forma de cayado, y un perro magnífico. ¡Todo grande!... El perro, la corbata, el bastón y la pipa. Poseía aquel hombre, como nadie, el secreto de lo decorativo, la ciencia de «obtener efectos» y de dar proporciones ingentes a lo infinitesimal. La hipérbole le acompañaba, le envolvía radiosa, semejante a una luz cenital, y sus manos blancas, elocuentes y pulidas, en las que cada dedo representaba una elegancia, parecían jugar con lo extraordinario. Los que no le conocían, al cruzarse con él en la calle, sentían la fuerza subyugadora de su personalidad, y, maquinalmente, se volvían para observarle. En el arte difícil de «llamar la atención» era un maestro, un príncipe, y él lo sabía y abusaba de ello.

Al entrar en un café, por ejemplo, aunque fuese aquel café donde concurría a diario, «el divino Alejandro», en el instante de destacarse del vano de la puerta, dejaba caer el bastón y escapar el perro. Con un gesto vago de ciego miraba a su alrededor y, sin moverse, extendía una mano buscando su bastón, que siempre algún espectador compasivo se aceleraba a ofrecerle. Entonces gritaba, con voz tonante, al perro:

— ¡Viens ici!...

El can, como si supiese lo que debía hacer, ladraba, brincaba, y sacudiendo ruidosamente su cadena acercábase a su amo. Al sentirle a su lado, sumiso, Sawa repetía:

— ¡Viens ici!

Y, llevándole cogido por la carlanca, cruzaba despacio y triunfal el salón, bajo la mirada expectante del público.

÷

UNA noche «Claudio Frollo», otros dos amigos y yo nos tropezamos en el cruce de las calles Pez y San Bernardo con Alejandro Sawa. Venía hacia nosotros pausado y señoril, cual haciendo de la desnuda acera un salón alfombrado, y muy tieso entre su perro y el bastón que pendiente traía del antebrazo izquierdo. Las grandes alas chambergas de su sombrero negro, echado hacia atrás, mejoraban la autoridad de su melena, que los años irreverentes comenzaban a platear, y sobre el amplio lazo de su corbata se dibujaba su barba partida de rabí. Aquella corbata tremolante era todo el verbo frondoso del «divino Alejandro».

Al vernos demostró que nuestra presencia le colmaba de alegría; nos llamó «atenienses», dedicó un recuerdo rápido a las noches de su



La madre. — ¡Y pensar, Juan, que dentro de cinco años el nene irá a la escuela; que dentro de veinte se graduará! ¡Cómo pasa el tiempo! Nos estamos poniendo viejos...

juventud, a sus noches de «Paagis», como él decía, y con gentil vehemencia nos invitó a beber un trago de vino en «casa de Manolo». Aceptamos todos la oferta y penetramos en la taberna, situada a cortos pasos de allí, por este orden: primero el perro, después Sawa y luego nosotros. El establecimiento estaba vacío.

— Amigo Manuel — exclamó el novelista con aquella inflexión de voz «suyísima» en la que se confundían el ruego y la orden: — tendrá usted la bondad de servir vino a estos señores, todos ilustres sacerdotes del arte, y de darme un duro que necesito.

La cara soñolienta del interpelado se anubló, encolerizáronsele las cejas, y las mejillas se le acarminaron. Tardó unos segundos en responder:

— Serviré las copas de vino — pudo decir — pues no quiero desairar a nadie, pero esas cinco pesetas no se las doy a usted, don Alejandro, porque usted me debe muchas... ¡y de mí nadie abusa!

Sus palabras resonaron violentas, insultantes, en el silencio de la tienda, y todos nos sentimos cohibidos. Unicamente Sawa, el «Excelso», parecía no haberlas oído. Vuelto orgullosamente de espaldas al mostrador y dueño absoluto de sí mismo, nos hablaba de «Victor Hugoóó» (ortografía suya).

— *Dose* años tenía yo — explicaba — cuando me *aserqué* «al dios», y todavía el recuerdo de su mirada fulgurante me hace temblar.

Manuel, entretanto, había sacado de un cajón un trozo de papel mugriento, escrito con lápiz, y leía:

— Aquí está la relación de lo que usted me debe. Hace tres meses le di a usted un duro... luego dos pesetas... Otra noche vino usted a cenar con un amigo suyo y tampoco pagó. Los otros días me pidió usted diez pesetas, prometiéndome devolvérmelas en seguida... ¡y hasta hoy!... ¡Eso no se hace!...

Alejandro «el Magnífico» prosiguió impávido, sordo, admirablemente inaccesible a las groserías con que su enemigo procuraba mortificarle:

— «Víctor Hugoóó» me acarició los cabellos. «Que la *felisidad*, exclamó profético, deshoje sobre tu cabeza *lag grosas fragantes* del amor y del éxito...» Y me besó en la frente. ¿Queréis creer que, no obstante ser yo un niño, desde aquel día, y *paga* mejor conservar el beso «del dios» me negué en absoluto a lavarme la frente?... Hasta que luego supe que mi hermano Miguel, que vivía conmigo, y es una vulgaridad ¡*pobresito*! me la limpiaba por las noches cuando yo *dogmía* con una esponja húmeda.

Nosotros reíamos. ¡Divino Sawa! ¡Ah, qué libros imperecederos hubiese escrito de saber llevar a las cuartillas el hechizo triunfal de su conversación!...

De pronto el tabernero, que también le admiraba, debió de comprender el enorme desnivel mental que le separaba de su cliente, y tuvo vergüenza de su tacañería y plebeyez, por cuanto declaró de súbito.

— Bueno, don Alejandro, no hablemos más; tome usted sus cinco pesetas, pues ni con ellas ni sin ellas he de salir de pobre.

Entonces, reposado y cortés, «el Magnífico» volvióse hacia Manolo, y presentándole por encima del mostrador la palma de su diestra, suave y blanca, dejó caer estas palabras, dignas de un griego del siglo de Pericles:

— ¡Pues si al fin y al cabo había de darme usted el duro, señor tabernero, ¿por qué no dármelo con una *songrisa*?...



—¡Ahora, pronto! ¡Amárrese usted la cintura y lo levantaré!

EDUARDO ZAMACOIS

ALEJADDRO Sawa murió ciego y miserable en un cuarto de la calle del Conde Duque. Empero hasta el postrer instante su espíritu superior, su elegancia y la gracia de su conversación le acompañaron.

Cuando algunos amigos iban a visitarle, él se adelantaba a recibirles, golpeando el solado desnudo con su bastón, y, majestuosamente, poniendo siempre algo de maestro en el ademán, les acogía entre sus brazos. Hacíase leer los periódicos y hablaba férvidamente de *Paagís*, cuyo recuerdo brillaba en su alma como un foco de luz.

— Ahora — decía — les enseñaré a ustedes mi museo.

Adornaban las paredes de la estancia un pequeño retrato de Víctor Hugo, un autógrafo de Verlaine, metido en un marco, una pipa que fué de Moreas...

Las manos delgadas de Sawa palpaban el muro buscando aquellos recuerdos.

— ¡Esta es la efigie del dios! — exclamaba conmovido; — ésta es la letra del «pobre Lelián!...

Y devotamente cogía los cuadritos y los besaba.

Murió Sawa en belleza, sin una contracción en el hermoso semblante, sin una frase torpe ni un gesto feo. Dentro del ataúd, colocado en el suelo y a la luz de los cirios, parecía una estatua.

Detalle calofriante:

Un clavo, mal puesto, de la caja, le había lastimado una sien, y de la herida salió un hilito de sangre, que cuajó en seguida. Ese clavo, sobre el que apoyaste tu frente para dormir el último sueño—¡infeliz hermano!—es el símbolo despiadado de tu historia triste.

Enlaces



Señorita Catalina Bour con el señor Luis Beltrán Neirot. Santiago del Estero.



Señorita María Echandía Gullerec con el señor Carlos Derudi. Rufino



Señorita Erminda Calina con el señor Tomás Jaime. — T. Lauquen



Señorita Teresa Giannini con el señor Alfredo Cipettini.—Arroyo Seco



Enlace Taverna - Macagno. — Etruria.

De San Fernando



El popular campeón de natación señor Enrique Tirasbochi, rodeado por algunos de los concurrentes a la demostración que le fuera tributada por el Comité Italiano, celebrando su brillante actuación deportiva

De Tigre



Núcleo de señoritas y jóvenes que integran la C. D. de la Sociedad Recreativa y Filodramática «Glorias que nacen», a cuya eficaz dirección débese el éxito obtenido en los festivales patrocinados por dicha entidad.

LAS ARRUGAS DE LA CARA Y LOS ESPEJOS

UN CONSEJO PARA LAS DAMAS

Los espejos de mano producen más arrugas en el rostro de la mujer que su verdadero enemigo, el tiempo.

Cualquiera de nuestras lectoras que ponga en duda el aserto, no tiene más que fijarse en una amiga suya cuando se haya acabado de peinar o quiera arreglarse un bucle, un adorno, etc. Entonces verá cuántas muecas hace para verse por todos lados, armada con el espejito traidor.

Esta operación, violenta en extremo y repetida varias veces al día, trae por consecuencia un desgaste de los tejidos y de los nervios, que algún tiempo después se traduce en una serie de arrugas que en breve plazo desfiguran el rostro más lindo que se puede soñar.

Conviene, por lo tanto, no abusar de los espejos de mano.

PARFUMERIE

L· T· PIVER

PARIS



VIVITZ

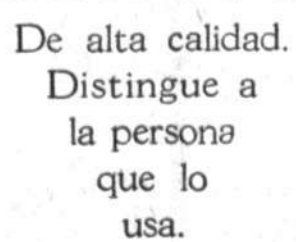
Sus Polvos,
Lociones
y Extractos son
agradables
y persis-
tentes.



AZUREA



Jabón
REINITA



De alta calidad.
Distingue a
la persona
que lo
usa.



POMPEÏA



FLORAMYE

De Trenque Lauquen



Distinguido núcleo de señoritas que tomó parte en el torneo de "tennis" realizado bajo los auspicios del Club Progreso.

LO QUE VALEN LAS PERLAS

En todos los tonos se ha dicho que las perlas estaban expuestas a perder su valor merced a unos prodigiosos descubrimientos japoneses, por los cuales se fabricaban perlas artificiales idénticas a las naturales.

Esto, sin embargo, no ha debido ser una realidad, puesto que ahora, con motivo de un suceso judicial ocurrido en París, cuyo examen no hace al caso (referente al robo de un collar), se ha puesto de relieve el precio que han alcanzado las buenas perlas.

El perito encargado de fijar el valor de cuatro perlas desaparecidas del collar, después de haber sido éste recuperado, ha manifestado en su informe que cuando la joya se adquirió, hace muy pocos años, valía 726.000 francos y que actualmente vale 1.100.000.

La diferencia de valor, es, pues, considerable. En pocos años ha aumentado de valor el referido collar en 374.000 francos.

Ello hace deducir, en términos generales, el gran aumento que en progresión ascendente vienen obteniendo en su valor las perlas por estar de moda.

DICHO Y HECHO, POR MACAYA

LA RENUNCIA DE DON JULIO

Roca. — Yo no me pongo ese disfraz de intervenido.
— Pero si es de última moda.
— No importa; no me gusta disfrazarme. Que se lo pongan a mi sucesor.



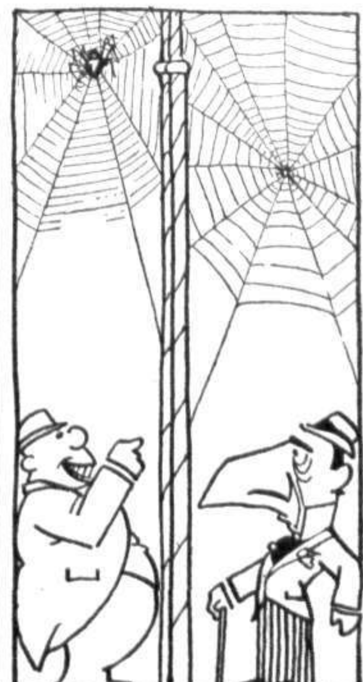
MOMO PLATENSE

Cantilo. — Yo soy el que mejor solemnizo la fecha. Celebro elecciones en Carnaval.



UNA ENTREVISTA

Repórter. — ¿Qué escribe, doctor?
De la Torre. — Mis memorias.
Repórter. — ¿Y cómo titulará el libro?
De la Torre. — «El solitario y su tiempo».



DECORADO ORIGINAL

— ¡Qué bien quedan esas telas de araña! ¿Quién las ha pintado?
— Son naturales, señor Noel. Las hemos sacado de los expedientes de la Intendencia.

De Primera Junta, F. C. O.



Concurrentes al picnic organizado por la C. D. del Club Atlético Primera Junta en honor de las familias de sus socios.

LA ASPIRINA Y LAS FLORES

La aspirina no es útil solamente para suprimir los dolores de reumatismo, para evitar la jaqueca, hacer desaparecer los dolores de muelas y conseguir que desaparezca la fiebre. Si rinde buenos servicios a nuestro organismo, también favorece a las flores.

Basta verter una pequeña cantidad de aspirina en el agua en que se hallen sumergidos los tallos para conseguir que conserven durante mucho tiempo toda su lozanía.

Cuando se quiera prolongar la vida de las flores que han de emplear las mujeres para adornarse, se las impregna del citado producto con un algodón.

LA HOJA ETERNA

En los escaparates de las librerías ha aparecido hace algún tiempo un pequeño bloc-notas o memorándum, que se caracteriza por las siguientes particularidades:

Primera. No es necesario escribir con lápiz ni pluma ni valerse de tinta, sino de un objeto cualquiera que termine en punta, sin que pinche.

Segunda. Se escribe sobre una hoja de papel de celuloide; y

Tercera. Esta hoja reposa sobre una pasta cuyo secreto se ignora.

Si se traza sobre este papel un signo o dibujo cualquiera, éste aparece en seguida por su adherencia con la pasta sobre la que reposa; pero basta levantar esa hoja de papel para que el dibujo o el escrito se desvanezcan, no dejando rastro ni reliquia de lo escrito o dibujado.

De modo que este bloc de una sola hoja puede durar indefinidamente.

Esta innovación es interesantísima para hacer cálculos, croquis o diseños, tomar notas, etc., etc.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 — SOLICITEN CATALOGOS

MODELO N.º 193
Botín gum metal color o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado, con cordones o botones.

$ 14.90



MODELO N.º 199
Botín o zapato en gum metal negro o color doble suela, todo cosido alrededor, con puntera o bigotera.

$ 14.90



$ 14.90

MODELO N.º 59
Botín o zapato con puntera ó bigotera. En anca de potro negro. En gum metal negro. En gum metal color, todo cosido alrededor, doble suela.



$ 14.90

MODELO N.º 58
En gum metal negro. En gum metal color, doble suela, gran moda.



MODELO N.º 218
En cabritilla color sangre y negra. En gamuza negra y marrón. En piel de cocodrilo color sangre. En cabritilla charolada negra.

$ 14.90



MODELO N.º 205
En cabritilla charolada, negra, color sangre y marrón. En gamuza negra, marrón y color sangre.
Taco de 3 1/2 y 5 1/2

$ 14.90



MODELO N.º 216
En cabritilla negra, color sangre y marrón. En gamuza negra. En cabritilla charolada y charolada color sangre.

$ 14.90



MODELO N.º 223
En piel de cocodrilo color sangre. En cabritilla negra lisa. En cabritilla color sangre, lisa. En gamuza negra, lisa.

$ 14.90

Para pedir cualquiera de los modelos expuestos en esta página, no es necesario cortar el dibujo: basta con indicar el número del modelo. Sírvase solicitar nuestro catálogo número 18 A, que contiene 60 modelos distintos.

Notas varias













VILLA DEVOTO. — Señor Jorge Bassi.

OLAVARRIA. — Señor Emilio García Blanco.

SANTA FE. — Señor Celestino Quirelli.

Ganadores del premio instituído por "Caras y Caretas" en los concursos de tiro de esas localidades.

José Díaz, ganador del premio "Caras y Caretas" en el concurso literario organizado por el Centro Ex alumnos de D. Bosco.

Señor José Vaccari, joven tenor argentino que acaba de debutar con lisonjero éxito en el teatro Caicano de Milán.

De San Isidro





Diversos aspectos de la entrada al templo parroquial, después de la solemne misa oficiada con el concurso de un distinguido núcleo de señoritas que integró el coro y colectó fondos a beneficio del Seminario de la Plata.




Poudre Grasse Brissac
POLVO GRASOSO BRISSA
BRISSAC
PARFUMERIE
En los festivales de Carnaval
...donde la mujer luce su gracia y sus donaires, no debe Vd. olvidar que su cutis juega importante papel en sus triunfos.
No olvide pues, que como siempre en el
POLVO GRASOSO
Brissac.
encontrará Vd. el producto de tocador indicado y preferido por las damas como el mejor protector de su rostro.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-65 - U. Telef. 0945, Chacrita.
$ 1.60 la caja
GUARDE ESTE CUPON TIENE VALOR
Serie D
548765
Brissac.
Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.



TERTULIA HABITUAL EN EL CAFE "EL GATO NEGRO" DE MADRID.— Nuestro compatriota Alberto Ghiraldo rodeado por los escritores y artistas Pedro Mata, Diego San José, Andrés González Blanco, José Mas, Maestro Llopis, Maestro Fortea, Ricardo Monasterio, Francisco Pompey, E. Ramírez Angel, Carlos F. Cuenca, Francisco de Iracheta, A. Hernández Mir y otros.

El PEREGRINO CURIOSO

o o o

LOS CAFÉS DE MADRID
UNA INSTITUCIÓN CIUDADANA



El Café es en Madrid una verdadera institución ciudadana. — «Voy al Café, donde me espera Fulano»; «vengo del Café, de estar con Zutano»; «esta noche me veré en el Café con Perengano»; «lo encontraré a usted en el Café esta noche»; «luego arreglaremos *eso* en el Café»; son las frases que todo verdadero madrileño pronuncia a cada hora, a cada instante, porque en el Café realiza su tertulia diaria, combina negocios de toda índole, hace política, escribe cartas, el periodista redacta crónicas, el comediógrafo planea escenas, el novelista trama asuntos, el poeta forja estrofas y hasta el orador ensaya gestos, actitudes y formas de retórica.

El Café es, en realidad, el más grande escenario de Madrid y adonde vamos en busca del político influyente, del autor de moda, del actor a quien nos es difícil hablar en su propio teatro, y, también, deseando pasar una hora agradable y útil, porque allí, mejor que en el mismo círculo, club, casino o Ateneo, nos es más cómodo enterarnos de las noticias importantes, de las novedades literarias y artísticas, de los planes teatrales de la temporada, de la marcha de las empresas editoriales, y también de la influencia de la guerra colonial en la política interna del país.

Cada personaje ilustre tiene su Café predilecto, con especialidad los escritores y artistas.

Una de las notas relevantes de esta ciudad es el espíritu democrático de que está saturada; y así vemos complacidos, cómo a estos grupos, a estas peñas, a estas reuniones de hombres célebres, se acercan los más modestos ciudadanos en tren de camaradería tan simpática como sugestiva, tanto más si se piensa que este pueblo vive bajo la sujeción de una monarquía donde nos imaginábamos encontrar una distancia de clases difícil de transponer. Este espíritu de igualdad ciudadana lo encontramos en todos los ambientes, acentuándose en el Café, por la facilidad en la comunicación y en el trato. Uno de los vicios de Madrid es la conversación. En esta ciudad se vive hablando. Creo que en ella muchas de las energías humanas se pierden en el vacío por medio de la palabra. De aquí el auge del Café, sitio propicio, como ninguno, para dar placer a la lengua. Es curioso el espectáculo ofrecido por un Café de Madrid cualquiera, desde el más lujoso al más modesto, de tres a cinco de la tarde. A tales horas es raro encontrar mesas desocupadas. Convertidas todas en verdaderos racimos humanos, enjambres o *peñas*, como en realidad se las denomina, sólo escucharéis el rumoreo confuso, ensordecedor y único, formado por la emisión de mil voces, confundidas en el más enloquecedor maremagnum, con el ruido de tazas, copas, vasos, botellas y cucharillas entrechocándose sobre los mármoles. A cada segundo veréis cruzar las siluetas lentas de los camareros que nunca se inquietan, posiblemente porque saben que ninguno de sus clientes tiene prisa, en demanda de órdenes, transmitidas a su vez por ellos al mostrador, y seguidos por el conductor del líquido hirviente, conservado en grandes cacharros o «pavas» de las que sale a chorros, en la cantidad que ambicionéis, para ser servido en la clase de vasija determinada por vuestro capricho. Chorro aquí, chorro allí, chorro más allá; hay quien lo pide en todas las vasijas, quizás pensando compensar así en algo la media peseta, el coste excesivo y sin propina de la estimulante infusión.

Hay algunos de estos Cafés con tradición verdadera y con historia, entre ellos el de «Pombo» y el de «El Gato Negro», fundados hace muchos años y por los que han desfilado todos los escritores de Madrid.

Nada más curioso, para un reconstructor de ambientes, que recoger, en un libro, la vida de una de estas casas madrileñas donde tantas horas de labor y de placer se mezclaron, haciendo el proceso de esa fiebre creadora de cerebros excepcionales que poblaron de visiones las salas

ahogadas por el humo; visiones que con el humo salieron a la calle, fugaces o perdurables, para grabarse, al día siguiente, en la página diaria y volandera o, más tarde, en la más cuidada del libro, o pasaron al escenario del teatro preferido, convertidas en diálogos admirables, apreciados por el público, después, como producto de una gestación metódica, realizada en el solemne gabinete de estudio o en el pupitre de la biblioteca augusta y silenciosa.

Los públicos de Café varían de acuerdo con las horas del día. Aunque abigarrados siempre, dada la forma de colocación de las mesas, presentan aspectos completamente distintos. Por la mañana podéis ver sentados, en los mismos divanes en que se repantigarán por la noche os elegantes madrileños, a los modestos obreros o dependientes de tiendas y almacenes. Beben su taza calentita acompañada de la tradicional media tostada, *de arriba o de abajo*, según los gustos. Y después, al *yunque* o al *mostrador*. A *forjar* hierros o a medir géneros, que tanto da, ya que el jornal escasea en el taller y en la tienda. Más tarde, de diez a una, otra clientela, *sui géneris*, invade las amplias salas. Mitad chulos y mitad señoritos, no sabéis en qué renglón social clasificar a estos nuevos parroquianos vestidos en forma tan peregrina como asaz pintoresca. Chaquetas, de corte extraño, ciñen algunos bustos. Sobre la chaqueta, la capa con vueltas rojas o azules. Botín fuerte. Pantalón también ceñido. Y, coronando el indumento, el chambergo de anchas alas o la gorra, más castiza. — ¿Toreros? — pensáis. Si no lo son, se aproximan, decís para vuestros adentros. Averiguáis y sabéis, por boca del camarero, que aquella es gente que comercia en ganado o que se entiende con él... Otros, más refinados, ostentan bombines o galeritas, habiendo suprimido la capa, cambiándola por el cómodo y adornado gabán, que suele lucir terciopelos, astracanes o pieles en los cuellos y puños, orgullosos. Llegan, generalmente, a la hora del almuerzo. Es necesario advertir que la mayoría de los Cafés de Madrid dan de comer, preparando, diariamente, dos o tres platos de cocina, fuera de los infaltables fiambres, mariscos frescos y frutas o dulces servidos a todas horas. En realidad, mucha de esta gente vive de expedientes, más o menos discretos, y, en ocasiones, oscuros.

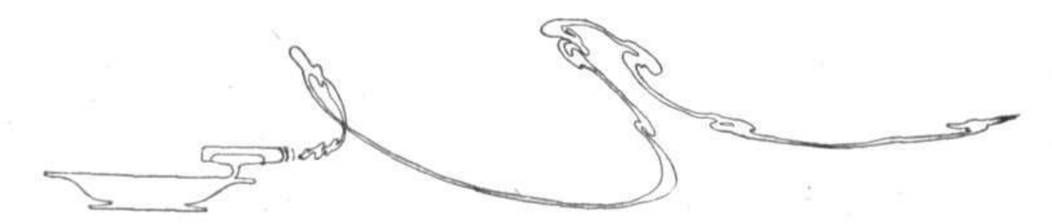
Es la misma de todas las grandes urbes, corcho o resaca, flotante en la marea social. Sin oficio, sin ocupación productora, sin misión verdadera, siempre al acecho de la peseta o el duro, hoy en posesión de un dato, obtenido a las veces con ingenio innegable, facilitan una transacción comercial, y mañana dan caza a un *gili* a quien despluman en pandilla echándolo al medio en la partida de naipes jugada en el salón alto del Café predilecto, donde también se tira de la oreja a Jorge, y en algunos, como en el «Ideal» y en el «Palace», se baila de tarde y noche, el *chotis* español y clásico, la *matchicha* brasileña, endemoniada, cariñosa, lúbrica y loca, y el *tango* melancólico, sentimental, enfermizo y voluptuoso, de los arrabales argentinos.

Pero esta es una nota excepcional en el ambiente madrileño, fuera del que me he propuesto observar en este capítulo. Vaya, pues, ella como paréntesis y prosigamos en nuestra clasificación.

De tres a cinco, nueva mutación. La escena cambia o, más bien dicho, cambian los personajes. Se han levantado los servicios de mesa, manteles y cubiertos; y otras caravanas, alegres y bulliciosas, penetran por las puertas giratorias reemplazando a las salientes. Es la hora de los escritores y de los artistas. Se bebe café y se charla, entonces, de asuntos elevados que interesan al espíritu, y, cuando ha cerrado la noche, hay quien sale rumbo a la redacción del periódico con la crónica del día concebida o realizada, y más de un ilustrador de revistas con su dibujo de la semana, listo y debajo del brazo.

De ocho a diez las salas hierven. Es, quizás, ésta la hora más animada y febril y en que se confunden todos los públicos. A las diez abren sus puertas los teatros para sus funciones nocturnas. Los Cafés se despueblan, quedando silenciosos hasta el momento en que los espectáculos teatrales terminan, lo que ocurre entre doce y una y media, hora en que, por última vez, van las bandadas de aves nocturnas a inundar las salas, en donde les espera el chocolate, perfumado y sabroso, o el vaso de cerveza, doblemente helado; ingeridos conscientemente, como premio postrer de la jornada...

ALBERTO GHIRALDO





La amiga (a la hija de una actriz conocida). — ¿No se ha bañado tu madre hoy?
— No. No hay suficiente luz para los fotógrafos...



ENTRE ANTICUARIOS
— Pero, ¿no ibas a exponer un magnífico moblaje Luis XII?
— Sí... Pero no me lo han terminado los ebanistas...



Le bastará probarlo una vez para sentirse impresionado por la sorprendente riqueza de sabor del

Oporto DOM LUIZ

Pídalo a su proveedor, aproveche su actual precio ventajoso.

BUENOS AIRES, 1.º DE MARZO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1326

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



VISITA PRESIDENCIAL A LA BOLSA DE CEREALES

El primer Magistrado de la Nación, acompañado del Ministro de Agricultura, del presidente y miembros directivos de la institución y de otros destacados personajes, asiste al «lunch» con que fué agasajado durante su detenida visita a todas las dependencias de la Casa, que entonces se hallaba en plena actividad. El doctor Alvear tuvo frases de sincero elogio para la excelente organización y prosperidad que pudo advertir en el citado organismo, reflejo fiel de una de nuestras fuentes de riqueza más importantes.

FOTO DE ARROYO

Homenaje a la memoria de Falucho



El sacerdote Florio de Olivari haciendo una patriótica apología del héroe del Callao en el atrio del convento de Santo Domingo, donde se tributó el acto organizado por el Centro 25 de Mayo en presencia de representantes de nuestras instituciones armadas.

En el American Club



El director general de la Associated Press, mister Frederick Roy Martin, pronunciando su discurso en el banquete ofrecido en su honor por la importante institución, al que asistieron el embajador de Norte América y distinguidas personalidades argentinas.

Demostración al ex-presidente de la Federación General de sociedades italianas

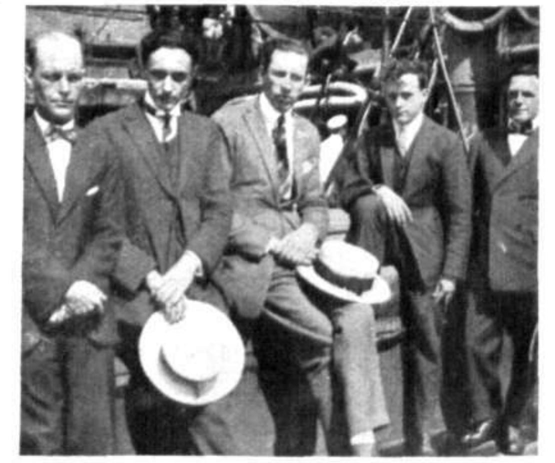


El doctor Alberto Costabel ocupando la cabecera de la mesa y rodeado de los delegados de las sociedades italianas de la capital y del interior que le ofrecieron un banquete para testimoniarle su simpatía por su brillante actuación presidencial y despidiéndole con motivo de su ausencia del país.

Partida del personal del Observatorio metereológico de las islas Orcadas



El Presidente de la República y los Ministros de Marina y Agricultura dirigiéndose a la Dársena Norte para despedir a la nueva comisión científica que partió a bordo del "Guardia Nacional".



El jefe de la comisión, señor A. Dobrowsky, acompañado de los demás miembros que, durante un año, realizarán interesantes estudios en aquellas lejanas islas del Sur de la República.

U N A M U N O

Es un sabio maestro, aunque a él no le gusta tal calificación. Desde hace muchos años colabora en CARAS Y CARETAS, una de sus más queridas cátedras periodísticas, ofreciendo al público argentino enseñanzas inapreciables. Don Miguel de Unamuno, aun en los párrafos en que el lector no comulga con las ideas del gran polígrafo, nos dice cosas verdaderamente instructivas inventadas por él o producto de difíciles lecturas. Filología, etnografía, estética, historia, moral, de todo escribió en estas páginas menos de política. Su fino tacto supo advertir que CARAS Y CARETAS solamente se ocupa de política nacional, y eso en broma caricaturesca y amable. Por lo tanto, no queremos hablar de su discutida actuación política española.



Para nosotros es el sabio digno de respeto que se halla por encima de las luchas partidistas. Es el batallador «viejito» desterrado a Fuerteventura isla aldea de pescadores donde el reposo y el suave clima le ofrecen un refugio propicio para la meditación y el estudio.

Si la «dura lex» del destierro no lo impide, el simpático y bondadoso sabio continuará su labor tan amena en las columnas de su revista favorita, dándonos la miel de su espíritu magnífico. Esta colaboración, que él siempre escribiera «más allá del bien y del mal», seguirá, como siempre, beneficiando al numeroso público hispano americano, y será uno de los esparcimientos plácidos de que disfrute en sus «soledades» el erudito e ingenioso escritor tan universalmente conocido.

ACTUALIDAD POLITICA DE CORDOBA

RENUNCIA DEL GOBERNADOR DR. JULIO A. ROCA



El doctor Roca rodeado de un grupo de amigos que fueron a saludarle luego de darse a conocer su renuncia, cuya noticia tantos comentarios suscitó en todo el país y particularmente en el seno del Partido Demócrata Progresista. La actitud del renunciante ha provocado una honda conmoción en Córdoba, agravándose aun más la crisis porque atraviesa aquel partido.

El mandatario dimitente, acompañado de su secretario el doctor Damián Fernández, saliendo del Plaza Hotel después de haber firmado el texto del sereno y elogiado documento enviado a la legislatura.



Los miembros del Gobierno y el jefe de Policía en seguida de haber presentado sus renuncias solidarizándose con el doctor Roca. De izquierda a derecha: Ministro de Obras Públicas, ingeniero Daniel T. Gavier; de Hacienda, doctor Luis Achával; de Gobierno, doctor Guillermo Rothe, y jefe de Policía, contraalmirante Alfredo Malbrán.



El vicegobernador, doctor Félix Sarriá (hijo), que se ha hecho cargo del mando, y el señor Dionisio Centeno, ex jefe de Policía, saliendo del hotel donde se entrevistaron con el ex-gobernador.

REGATAS INTERNACIONALES EN MONTEVIDEO



El «Ocho» del Buenos Aires Rowing Club, que se adjudicó el Premio Comisión Nacional de Educación Física, distancia 1500 metros, recorridos en 5 minutos 30 segundos.



Brillante aspecto que ofrecía el puerto a todo lo largo del murallón, durante las grandes regatas internacionales en que las tripulaciones argentinas conquistaron en buena lid 7 de las 8 pruebas del programa.



C. Poulsen, el invencible remero argentino, representante del Club Remeros Escandinavos.



La tripulación del bote del Club Canottieri Italiani (argentino), "Novicios Four", que ganó el Premio Municipalidad de Buenos Aires.



Juan A. Gabarda, uruguayo, del "Junior Single Scull", ganador del Premio Club Nacional de Regatas.



Los remeros del Nacional Rowing Club de Buenos Aires, que ganaron la carrera "Junior eight", distancia 1500 metros, premio Comisión Municipal de Fiestas.

Fantástico aspecto del "ring" y de los asientos preferidos durante uno de los "rounds" de la pelea. Fotografía obtenida por nuestro repórter gráfico señor Pedro Arroyo.



El campeón sudamericano en un rincón del "ring" antes de darse principio al tan esperado "match".

LA PELEA FIRPO LODGE

El campeón sudamericano obtiene una nueva y decisiva victoria en el 5.º round.



Lodge, con gesto "ansioso", observa los preparativos de los segundos de su temible contrario.

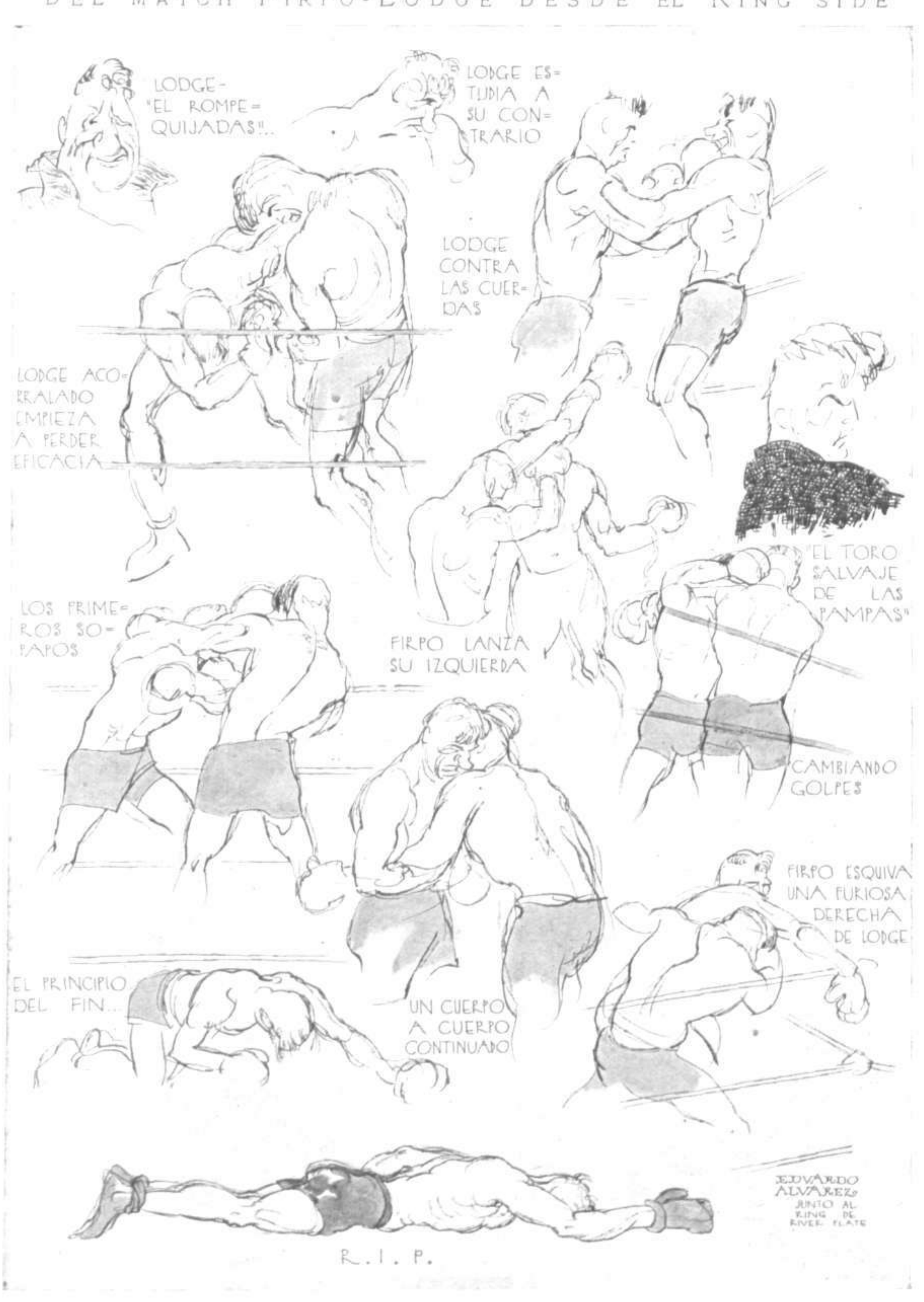
LA expectativa despertada por el «match» que nuestro campeón debía sostener con el fuerte pugil norteamericano, se vió coronada por el triunfo que Firpo logró sobre su rival.

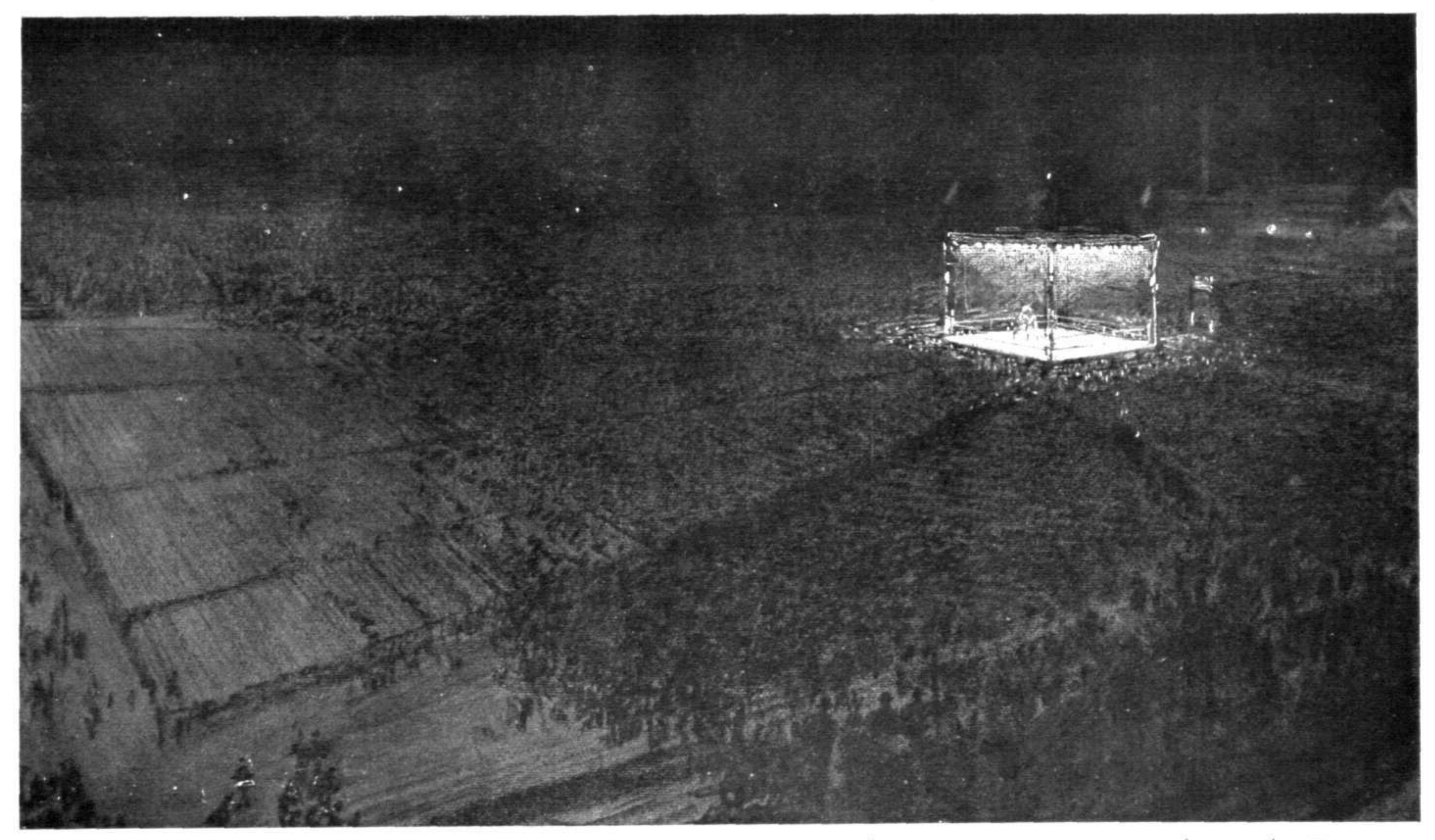
El espectáculo *maravilloso constituído* por el enorme público que llenaba el amplio estadio, siguiendo anhelante las incidencias de la pelea, culminó en una nota de intensa emoción y delirante entusiasmo cuando el gigante, vencido por los tremendos golpes del «toro salvaje de las pampas», se doblegaba lentamente hasta caer extenuado cual largo era sobre el «ring».



El gigante de Minnesota tendido a lo largo del "ring" completamente "knock-out" por efecto de las formidables derechas de Firpo al corazón.

EL DIBUJANTE EDUARDO ALVAREZ TOMA APUNTES DEL MATCH FIRPO-LODGE DESDE EL RING SIDE





RODEADO POR LA INMENSA MULTITUD QUE PERMANECÍA EN LA PENUMBRA, EL «RING» EMERGÍA COMO UN ASCUA DE LUZ, Y SOBRE ÉL RECORTÁBANSE LAS FIGURAS DE LOS DOS GIGANTES EN ENCARNIZADA Y VIOLENTA LUCHA. — APUNTE DEL NATURAL POR NUESTRO DIBUJANTE SEÑOR KUPFER.

CRONICA POLICIAL

Un crimen inaudito



El comisario de Lanús Oeste, Eduardo Bertoni, interrogando al precoz criminal José Ernesto Estévez, matador de su madre.

Únicamente juzgándolo desde el punto de vista de la más absoluta irresponsabilidad, determinada por diversos factores viciosos, puede concebirse la acción increíble de este menor que fríamente, aguarda a la autora de sus días para descerrajarle tres balazos. He aquí cómo se desarrolló el tremendo drama: José Ernesto, de 16 años hijo del matrimonio José Valentín Estévez y Carmen Ramiro, españoles, domiciliados en Lanús Oeste, penetra en su casa y pregunta a su padre cuándo llegará su madre, entonces ausente en Buenos Aires, y luego de obtener la hora aproximada, se retira sin declarar sus intenciones, apostándose cerca de la puerta. No tarda en llegar su madre, con quien se enfrenta; y apenas le dice que desea hablarle y ella se dispone a escucharle, desenfunda su revólver, dispara tres veces y se da a la fuga mientras la infeliz mujer cae muerta.



Carmen Ramiro de Estévez, la asesinada por su desnaturalizado hijo.



Arturo Estévez, hermano mayor de José Ernesto, que ignoraba el terrible suceso cuando éste se refugiara en su casa, declarando ante las autoridades que instruyen el sumario.

Adulteración de documentos de identidad y buena conducta



Duilio Pedro Lorenzone, cómplice, dueño de la casa de cambio.



Jorge Santiago Drago, el falsificador de los documentos



Horacio Cánepa, que se ocupaba de la tramitación de los papeles.



Damián Agapito García, empleado en la agencia de Lorenzone.

Después de prolijas averiguaciones hábilmente conducidas por la policía, se ha descubierto un productivo «negocio» que pudiéramos llamar internacional, ya que consistía en la adulteración de los documentos que se precisan para desembarcar en algunas naciones, principalmente en Norte América, como son certificados policiales de buena conducta y constancia de haber residido 5 años en el país de embarque, los que vendían a los clientes a razón de 700 y 800 pesos por persona. Los cuatro individuos que, obrando en connivencia, realizaban estas buenas ganancias, fueron detenidos, encontrándoseles varios certificados falseados, extendidos a nombre de presuntos viajeros. Uno de los delincuentes, Duilio Pedro Lorenzone, posee una agencia de cambio y de pasajes en la calle Reconquista, lo que facilitaba en gran parte la «selección» de la clientela apetecida, y los otros tres le secundaban repartiéndose el trabajo que exigía la tramitación de los documentos y su visación por los respectivos cónsules extranjeros, procediendo luego a las alteraciones con los datos falsos que autorizarían el desembarco.

Detención de un famoso ladrón sacrílego

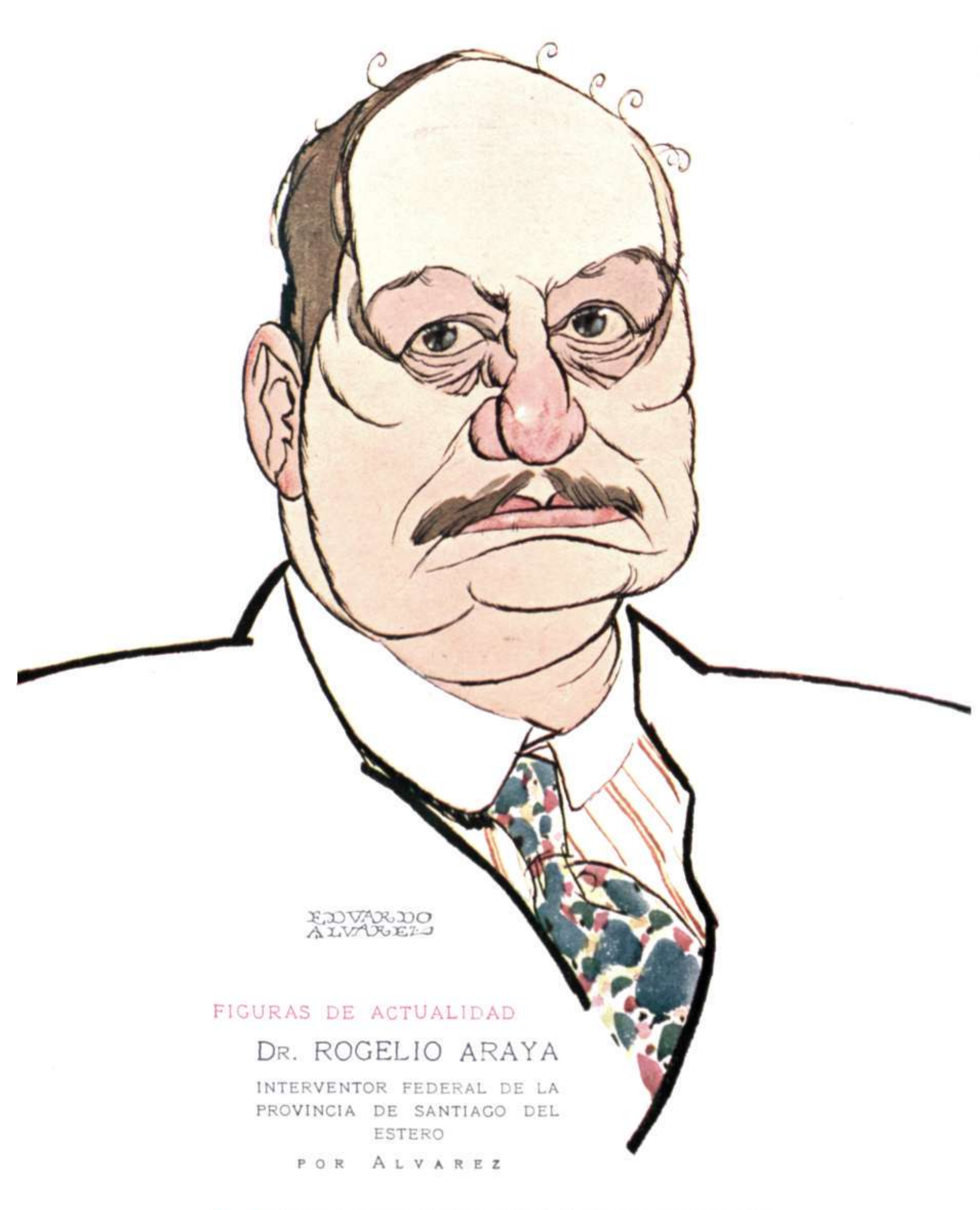


Ernesto Armington, alias "El Francesito", de pésimos antecedentes.

Viejo conocido de la policía, registrando nada menos que 12 procesos por delitos contra la propiedad y deportado en 1920, un sujeto, apodado «El Francesito», volvió de nuevo a sus sacrílegas actividades, especializándose en el robo a las iglesias, a cuyos perversos propósitos había organizado una banda de saqueadores, que capitaneaba, uno de los cuales, el llamado Antonio Alvarez, con 6 procesos encima, también fué detenido. El peligroso jefe de esta gavilla, al ser interrogado por las autoridades, se declaró autor, con otros, de los incalificables robos cometidos últimamente en los templos de Santo Domingo y Monserrat, y asimismo en los de la Concepción, Nueva Pompeya, Nuestra Señora de Buenos Aires, Virgen del Niño del Parque y otras, vendiendo las joyas sustraídas a varios especuladores. Los agentes de investigaciones persiguen activamente a un tercer delincuente, apodado Musolino, copartícipe de algunos de estos escandalosos [illegible]



Antonio Alvarez, que secundaba al jefe de la banda.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

DR. ROGELIO ARAYA

INTERVENTOR FEDERAL DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

POR ALVAREZ

MIEMBRO destacado del Partido Radical, el nuevo enviado por el Poder Ejecutivo, que en su larga actuación política siempre ha demostrado integridad de carácter y brillantes dotes de inteligencia, ha de inspirar todos sus actos en esas dos esenciales condiciones que han dado singular relieve a su personalidad.

LAS BELLAS ARTISTAS VIENESAS MARÍA MINDZENTY Y TILLI LOSCH LUCIENDO, RESPECTIVAMENTE, POR IMPERATIVOS DE LA MODA, UN GRAN SOMBRERO DE ORGANDÍ BLANCO Y UN PEQUEÑO SOMBRERO DE COLOR OBSCURO.



de la Moda



GRAN SOMBRERO DE «VELOURS BRUN» ADORNADO CON ROSAS Y HACIENDO JUEGO CON UNA SOMBRILLA MODERNISTA ORNADA DE «MARABOUTS».

Fotos de nuestro corresponsal en Viena.



LAS PISADAS MISTERIOSAS

POR

G. K. CHESTERTON

Si alguna vez, lector, te encuentras con un individuo de aquel selectísimo club de Los Doce Pescadores Legítimos, cuando se dirige al Vernon Hotel a la comida anual reglamentaria, advertirás, en cuanto se despoje del gabán, que su traje de noche es verde y no negro. Si — suponiendo que tengas la inmensa audacia de dirigirte a él — le preguntas el porqué, contestará probablemente que lo hace para que no lo confundan con un camarero, y tú te retirarás desconcertado. Pero te habrás dejado atrás un misterio todavía no resuelto, y una historia digna de contarse.

Si — para seguir en esta vena de conjeturas improbables — te encuentras con un curita muy suave y muy activo, llamado el Padre Brown, y le interrogas sobre lo que él considera como la mayor suerte que ha tenido en su vida, tal vez te conteste que su mejor aventura fué la del Vernon Hotel, adonde logró evitar un crimen y acaso salvar un alma, gracias al sencillo hecho de haber escuchado unos pasos por un pasillo. Está un poco orgulloso de la perspicacia que entonces demostró, y no dejará de referirte el caso. Pero como es de todo punto inverosímil que logres levantarte tanto en la escala social para encontrarte con algún individuo de Los Doce Pescadores Legítimos, o que te rebajes lo bastante entre los pillos y criminales para que el Padre Brown dé contigo, me temo que nunca conozcas la historia, a menos que la oigas de mis labios.

El Vernon Hotel, donde celebraban sus banquetes anuales los Doce Pescadores Legítimos, era una de esas instituciones que sólo existen en el seno de una sociedad oligárquica, casi enloquecida de buenas maneras. Era algo de todo punto monstruoso: una empresa comercial «exclusiva». Quiere decir que no pagaba por atraer a la gente, sino por alejarla. En el corazón de una plutocracia, los comerciantes acaban por ser bastante sutiles

para sentirse más escrupulosos todavía que sus clientes. Crean positivas dificultades, a fin de que su clientela rica y aburrida gaste dinero y diplomacia en triunfar de ellos. Si hubiera en Londres un hotel elegante donde no fueran admitidos los hombres menores de seis pies, la sociedad organizaría dócilmente partidas de hombres de seis pies para ir a cenar al hotel. Si hubiera un restaurant caro que, por capricho de su propietario, sólo se abriera los jueves por la tarde, lleno de gente se vería los jueves por la tarde. El Vernon Hotel estaba en el ángulo de una plaza, en Belgravia. Era un hotel pequeño y muy inconveniente. Pero sus mismas inconveniencias servían de muros protectores para una clase particular. Uno de sus inconvenientes, sobre todo, era considerado como cosa de vital importancia: el hecho de que sólo podían comer simultáneamente en aquel sitio veinticuatro personas. La única mesa grande era la célebre mesa de la terraza, al aire libre, en una galería que daba sobre uno de los más exquisitos jardines de la antigua Londres. De modo que los veinticuatro asientos de aquella mesa sólo podían disfrutarse en tiempo de verano; y esto, dificultando aquel placer, lo hacía más deseable. El dueño actual del hotel era un judío llamado Lever, y le sacaba al hotel casi un millón, mediante el procedimiento de hacer difícil su acceso. Cierto que esta limitación de la empresa estaba compensada por el servicio más cuidadoso. Los vinos y la cocina eran de lo mejor de Europa, y la conducta de los criados correspondía exactamente a las maneras estereotipadas de las altas clases inglesas. El amo conocía a sus criados como a los dedos de sus manos; no había más que quince en total. Era más fácil llegar a miembro del Parlamento que a camarero de aquel hotel. Todos estaban educados en el más terrible silencio y la mayor suavidad, como criados de caballeros. Y, realmente, por lo general había un criado por cada caballero de los que allí comían.



EL DUEÑO ACTUAL DEL HOTEL ERA UN JUDÍO LLAMADO LEVER.

Y sólo allí podían consentir en comer juntos Los Doce Pescadores Legítimos, porque eran muy exigentes en materia de comodidades privadas; y la sola idea de que los miembros de otro club comieran en la misma casa los hubiera molestado mucho. Con ocasión de sus banquetes anuales, los Pescadores tenían la costumbre de exponer todos sus tesoros, como si estuvieran en su casa, y especialmente el famoso juego de cuchillos y tenedores de pescado, que era, por decirlo así, la insignia de la Sociedad, y en la cual cada pieza había sido labrada en plata bajo forma de pez, y tenía en el puño una gran perla. Este juego se reservaba siempre para el plato de pescado, y éste era siempre el más magnífico plato de aquellos magníficos banquetes. La Sociedad observaba muchas reglas y ceremonias, pero no tenía ni historia ni objeto; por eso era tan aristocrática. No había que hacer nada para pertenecer a Los Doce Pescadores; pero si no se era ya persona de cierta categoría, ni esperanza de oír hablar de ellos. Hacía doce años que la Sociedad existía. Presidente, Mr. Audley; Vicepresidente, el duque de Chéster.

Si he logrado describir el ambiente de este extraordinario hotel, el lector experimentará un legítimo asombro al verme tan bien enterado de cosa tan inaccesible, y mucho más se preguntará cómo una persona tan ordinaria cual lo es mi amigo el Padre Brown pudo tener acceso a aquel dorado paraíso. Pero en lo que a estos puntos se refiere, mi historia resulta sencilla y hasta vulgar. Hay en el mundo un agitador y demagogo, ya muy viejo, que se desliza hasta los más refinados interiores, contándoles a todos los hombres que son hermanos; y adondequiera que va este nivelador montado en su pálido bridón, el Padre Brown tiene por oficio seguirlo. Uno de los criados, un italiano, sufrió una tarde un ataque de parálisis, y el amo, judío, aunque maravillado de tales supersticiones, consintió en mandar traer a un sacerdote católico. Lo que el camarero confesó al Padre Brown no nos concierne, por el sencillísimo hecho de que el sacerdote se lo ha callado; pero, según parece, aquello le obligó a escribir cierta declaración para comunicar cierto mensaje o enderezar algún entuerto. El Padre Brown, en consecuencia, con un impudor humilde, como el que hubiera mostrado en el palacio de Buckingham, pidió que se le proporcionara un cuarto y recado de escribir. Míster Lever sintió como si lo partieran en dos. Era hombre amable, y tenía también esa falsificación de la amabilidad: el temor de provocar dificultades o «escenas». Por otra parte, la presencia de un extranjero en el hotel aquella noche era como un manchón sobre un objeto recién limpiado. Nunca había habido antesala o sitio de espera en el Vernon Hotel; nunca había tenido que aguardar nadie en el vestíbulo, puesto que los parroquianos no eran hijos de la casualidad. Había quince camareros; había doce huéspedes. Recibir aquella noche a un huésped nuevo, sería tan extraordinario como encontrarse a la hora del almuerzo o del te con un nuevo hermano en la propia casa. Sin contar con que la apariencia del cura era muy de segundo orden, y su traje tenía manchas de lodo; sólo el contemplarlo pudiera provocar una crisis en el club. Mr. Lever, no pudiendo borrar el mal, inventó un plan para disimularlo. Según entráis y nunca entraréis al Vernon Hotel, se atraviesa un pequeño pasillo decorado con algunos cuadros deslucidos, pero importantes, y se llega al vestíbulo principal, que se abre a mano derecha en unos pasillos por donde se va a los salones, y a mano izquierda en otros pasillos que llevan a las cocinas y servicios del hotel. Inmediatamente a mano izquierda, se ve el ángulo de una oficina con cancel de cristal que viene a dar hasta el vestíbulo: una casa dentro de otra, por decirlo así, donde tal vez estuvo en otro tiempo el bar del hotel precedente.

En esta oficina está instalado el representante del propietario (allí, hasta donde es posible, todos se hacen representar por otros), y algo más allá, camino de la servidumbre, está el vestuario, último término del dominio de los señores. Pero entre la oficina y el vestuario hay un cuartito privado, que el propietario solía usar para asuntos impor-

tantes y delicados, como el prestarle a un duque mil libras o excusarse por no poderle facilitar medio chelín. La mejor prueba de la magnífica tolerancia de Mr. Lever consiste en haber permitido que este sagrado lugar fuera profanado durante media hora por un simple sacerdote que necesitaba garrapatear unas cosas en un papel. Sin duda la historia que el Padre Brown estaba trazando en aquel papel era mucho mejor que la nuestra; pero nunca podrá ser conocida. Me limitaré a decir que era casi tan larga como la nuestra, y que los dos o tres últimos párrafos eran los menos importantes y complicados.

Porque fué en el instante en que llegaba a estas últimas páginas, cuando el sacerdote comenzó a consentir cierta errabundez a sus pensamientos, y permitió a sus sentidos animales, muy agudos por lo general, que despertaran. Obscurecía; llegaba la hora de la cena; aquel olvidado cuartito se iba quedando sin luz, y tal vez la obscuridad creciente, como a menudo sucede, afinó los oídos del sacerdote. Cuando el Padre Brown redactaba la última y menos importante parte de su documento, se dió cuenta de que estaba escribiendo al compás de un ruidito rítmico que venía del exterior así como a veces piensa uno a tono con el ruido de un tren. Al darse cuenta de esto, comprendió también de qué se trataba: no era más que el ruido ordinario de los pasos, cosa nada extraña en un hotel. Sin embargo, conforme crecía la obscuridad se aplicaba con mayor ahinco a escuchar el ruido. Tras de haberlo oído algunos segundos como en sueños, se puso en pie y empezó a oirlo de intento, inclinando un poco la cabeza. Después se sentó otra vez, y hundió la cara entre las manos, no sólo para escuchar sino para escuchar y pensar.



DIRÍASE UN HOMBRE DE PESO LIGERO EN UN CONCURSO DE PASO RÁPIDO.

El ruido de los pasos era el ruido propio de un hotel; con todo, en el conjunto del fenómeno había algo extraño. Más pasos que aquéllos no se oían. La casa era de costumbre muy silenciosa, porque los pocos huéspedes habituales se recogían a la misma hora, y los bien educados servidores tenían orden de ser imperceptibles mientras no se les necesitase. No había sitio en que fuera más difícil sorprender la menor irregularidad. Pero aquellos pasos eran tan extraños, que no sabía uno si llamarlos regulares o irregulares. El Padre Brown se puso a seguirlos con sus dedos sobre la mesa, como el que trata de aprender una melodía en el piano.

Primero se oyó un ruido de pasitos apresurados: diríase un hombre de peso ligero en un concurso de paso rápido. De pronto, los pasos se detuvieron, y recomenzaron lentos y vacilantes; este nuevo paso duró casi tanto como el anterior, aunque era cuatro veces más lento. Cuando éste cesó, volvió aquella ola ligera y presurosa, y luego otra vez el golpe del andar pesado. Era indudable que se trataba de un solo par de botas, tanto porque — como ya hemos dicho — no se oía otro andar, como por cierto chirrido inconfundible que a éste acompañaba. El Padre Brown tenía un espíritu que no podía menos de proponerse interrogaciones; y ante aquel problema aparentemente trivial, se puso inquietísimo. Había visto hombres que corrieran para dar un salto, y hombres que corrieran para deslizarse. Pero ¿era posible que un hombre corriera para andar, o bien que anduviera para correr? Sin embargo, aquel invisible par de piernas no parecía hacer otra cosa. Aquel hombre, o corría medio pasillo para andar después el otro medio, o andaba medio pasillo para darse después el gusto de correr el otro medio. En uno u otro caso aquello era absurdo. Y el espíritu del Padre Brown se obscurecía más y más, como su cuarto.

Poco a poco, la obscuridad de la celda pareció aclarar sus pensamientos. Y le pareció ver aquellos fantásticos pies haciendo cabriolas por el pasillo en actitudes simbólicas y no naturales. ¿Se trataba acaso de una danza religiosopagana? ¿O era alguna nueva especie de ejercicio científico? El Padre Brown se preguntaba a qué ideas podían exactamente corresponder aquellos pasos. Consideró primero el compás lento: aquello no correspondía al andar del propietario. Los hombres de su especie, o andan con rápida decisión, o no se mueven. Tampoco podía ser el andar de un criado o mensajero que espera órdenes; no sonaba a eso. En una oligarquía, las personas subordinadas suelen bambolearse cuando están algo ebrias, pero generalmente, y sobre todo en sitios tan imponentes como aquél, o se están quietas o adoptan una marcha forzada. Aquel andar pesado y, sin embargo, elástico, que parecía lleno de descuido y de énfasis, no muy ruidoso, pero tampoco cuidadoso de no hacer ruido, sólo podía pertenecer a un animal en la tierra. Era el andar de un caballero de la Europa occidental, y tal vez de un caballero que nunca había tenido que trabajar para ganarse la vida.

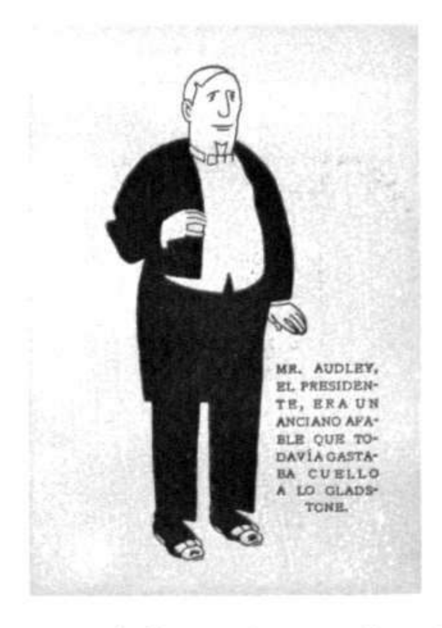
Al llegar el Padre Brown a esta certidumbre, el paso menudito volvió, y corrió frente a la puerta con la rapidez de una rata. Y el Padre Brown advirtió que este andar, mucho más ligero que el otro, era también menos ruidoso, como si ahora el hombre anduviera de puntillas. Sin embargo, no sugería la idea del secreto, sino de otra cosa — de otra cosa que Brown no acertaba a recordar. — Y luchaba en uno de esos estados de semirrecuerdo que le hacen a uno sentirse semiperspicaz. En alguna otra parte había él oído ese andar menudo. Y de pronto volvió a levantarse poseído de una nueva idea, y se aproximó a la puerta. Su cuarto no daba directamense al pasillo, sino, por un lado, a la oficina de las vidrieras, y por otro al vestuario. Intentó abrir la puerta de la oficina: estaba cerrada con llave. Se volvió a la ventana, que no era a aquella hora más que un cuadro de vidrio lleno de niebla rojiza al último destello solar; y por un instante le pareció oler la posibilidad de un delito como el perro huele las ratas.

Su parte racional — fuere o no la mejor — acabó por imponerse en él. Recordó que el propietario le había dicho que cerraría la puerta con llave, y después volvería a sacarlo de allí. Y se dijo que aquellos excéntricos ruidos bien pudieran tener mil explicaciones que a él no se le habían ocurrido; y se dijo además que apenas le quedaba luz para acabar su tarea. Se acercó a la ventana para aprovechar las últimas claridades de la tarde, y se

entregó por entero a la redacción de su memoria. Al cabo de unos veinte minutos, durante los cuales fué teniendo que acercarse cada vez más al papel para poder distinguir las letras, suspendió de nuevo la escritura; otra vez se oían aquellos inexplicables pies.

Ahora había en los pasos una tercera singularidad. Antes, parecía que el desconocido andaba, a veces despacio y a veces muy de prisa, pero *andaba*. Ahora era indudable que *corría*. Ahora se oían claramente los saltos de la carrera a lo largo del pasillo, como los de una veloz pantera. El que pasaba parecía ser un hombre agitado y presuroso. Pero cuando desapareció como una ráfaga hacia la región en que estaba la oficina, volvió otra vez el andar lento y vacilante.

El Padre Brown arrojó los papeles y, sabiendo ya que la puerta de la oficina estaba cerrada, se dirigió a la del vestuario. El criado estaba ausente por casualidad, tal vez porque los únicos huéspedes de la casa estaban cenando, y su oficio era una sinecura. Tras de andar a tientas por entre un bosque de gabanes, se encontró con que el pequeño vestuario paraba, sobre el iluminado pasillo, en un mostrador de esos que hay en los sitios donde suele uno dejar sus paraguas o sombrillas a cambio de fichas numeradas. Sobre el arco semicircular de esta salida, venía a quedar uno de los focos del pasillo. Pero apenas podía alumbrar la cara del Padre Brown, que sólo se distinguía como un bulto obscuro contra la nebulosa ventana de Poniente, a sus espaldas. En cambio el foco iluminaba, teatralmente al hombre que andaba por el pasillo.



MR. AUDLEY, EL PRESIDENTE, ERA UN ANCIANO AFABLE QUE TODAVÍA GASTABA CUELLO A LO GLADSTONE.

Era un hombre elegante, vestido de frac; aunque alto, no parecía ocupar mucho espacio. Se diría que podía escurrirse como una sombra por donde muchos hombres más pequeños no hubieran podido pasar. Su cara, iluminada a plena luz, era morena y viva. Parecía extranjero. De buena presencia, era atractivo e inspiraba confianza. El crítico sólo hubiera dicho de él que aquel traje negro era una sombra que obscurecía su cara y su aspecto, y que le hacía unos bultos y bolsas desagradables. Al ver la silueta negra de Brown, sacó un billete con un número, y dijo con amable autoridad:

—Deme mi sombrero y mi gabán; tengo que salir al instante.

El Padre Brown, sin chistar, tomó el billete y fué a buscar el gabán; no era la primera vez que hacía de criado. Trajo lo que le pedían, y lo puso sobre el mostrador. El caballero, que había estado buscando en el bolsillo del chaleco, dijo riendo:

—No encuentro nada de plata, tome usted esto.

Y le dió media libra esterlina, y tomó su sombrero y su gabán.

La cara del Padre Brown permaneció impávida, pero él perdió la cabeza. Siempre el Padre Brown valía más cuando perdía la cabeza. En tales momentos sumaba dos y dos, y sacaba un total de cuatro millones. Esto, la Iglesia católica, que está prendada del sentido común, no siempre lo aprueba. Tampoco lo aprobaba siempre el Padre Brown. Pero ello era cosa de inspiración, muy importante en las horas críticas, horas en que sólo salvará su cabeza el que la haya perdido.

—Me parece, señor —dijo con mucha cortesía— que ha de llevar usted plata en los bolsillos.

—¡Hombre! —exclamó el caballero. —Si yo prefiero darle a usted oro, ¿de qué se queja?

—Porque la plata es a veces más valiosa que el oro —dijo el sacerdote. —Quiero decir, en grandes cantidades.

El desconocido lo miró con curiosidad; después miró todavía con más curiosidad hacia la entrada del pasillo. Después, contempló otra vez a Brown, y muy atentamente consideró la ventana que estaba a espaldas de éste, todavía coloreada en el crepúsculo de la tarde lluviosa. Y luego, con súbita resolución, puso una mano en el mostrador, saltó sobre él con la agilidad de un acróbata, y se irguió ante el sacerdote, poniéndole en el cuello la poderosa garra.

—¡Quieto! —le dijo con un resoplido. —No quiero amenazarlo a usted, pero...

—Pero yo sí quiero amenazarlo a usted —dijo el Padre Brown con voz que parecía un redoble de tambor. —Yo quiero amenazarlo a usted con los calores eternos y con el fuego que no se extingue.

—Es usted —dijo el caballero— un extraño bicho de vestuario.

—Soy un sacerdote, monsieur Flambeau —dijo Brown— y estoy dispuesto a escuchar su confesión.

El otro se quedó un instante desconcertado, y luego se dejó caer en una silla.

* * *

Los dos primeros servicios habían transcurrido en medio de un éxito placentero. No poseo copia del menú de los Doce Pescadores Legítimos, pero si la poseyera, no aprovecharía a nadie; porque el menú estaba escrito en una especie de superfrancés de cocinero, completamente ininteligible para los franceses. Una de las tradiciones del club era la abundancia y variedad abrumadora de los *hors d'oeuvres*. Se los tomaba muy en serio, por lo mismo que son números *extras*, inútiles, como aquellos mismos banquetes y como el mismo club. También era tradicional que la sopa fuera ligera y de pocas pretensiones: algo como una vigilia austera y sencilla, en previsión del festín del pescado que venía después. La conversación era esa conversación extraña, trivial, que gobierna al Imperio británico —que lo gobierna en secreto— y que, sin embargo, resultaría poco ilustrativa para cualquier inglés ordinario, suponiendo que tuviera el privilegio de oírla. A los ministros del Gabinete se les aludía por sus nombres de pila, con cierto aire de benignidad y aburrimiento. Al Canciller Real del Tesoro, a quien todo el partido Tory maldecía a la sazón por sus exacciones continuas, lo elogiaban por los versitos que solía escribir o por la montura que usaba en las cacerías. Al jefe de los «Tories», odiado como tirano por todos los liberales, lo discutían, y, finalmente, lo elogiaban por su espíritu liberal. Parecía, pues, que concedieran mucha importancia a los políticos, y que todo en ellos fuera importante menos su política. Mr. Audley, el presidente, era un anciano afable

que todavía gastaba cuellos a lo Gladstone: parecía un símbolo de aquella sociedad, a la vez fantasmagórica y estereotipada. Nunca había hecho nada, ni siquiera un disparate. No era derrochador, ni tampoco singularmente rico. Simplemente, estaba en el cotarro, y eso bastaba. Nadie, en sociedad, lo ignoraba; y si hubiera querido figurar en el Gabinete, lo habría logrado. El duque de Chéster, vicepresidente, era un joven político en manera creciente. Quiere decir que era un joven muy agradable, con una cara llana y pecosa, de inteligencia moderada, y dueño de vastas posesiones. En público siempre tenía éxito, mediante un principio muy sencillo: cuando se le ocurría un chiste, lo soltaba, y todos opinaban que era muy brillante; cuando no se le ocurría ningún chiste, decía que no era tiempo de bromear, y todos opinaban que era muy juicioso. En lo privado, en el seno de un club de su propia clase, se conformaba con ser lo más francote y bobo, como un buen chico de escuela. Míster Audley, que nunca se había metido en política, trataba estas cosas con una seriedad relativa. A veces, hasta ponía en embarazos a la compañía, dando a entender, por algunas frases, que entre liberales y conservadores existía cierta diferencia. En cuanto a él, era conservador hasta en la vida privada. Le caía sobre la nuca una ola de cabellos grises, como a ciertos estadistas a la antigua; y visto de espaldas parecía exactamente el hombre que necesitaba la patria. Visto de frente, parecía un solterón suave, tolerante consigo mismo, y con aposento en el Albany, como era la verdad.

Como ya se ha dicho, la mesa de la terraza tenía veinticuatro asientos, y el club sólo constaba de doce miembros. De modo que éstos podían instalarse muy a sus anchas, del lado interior de la mesa, sin tener en frente nadie que les estorbara la vista del jardín, cuyos colores eran todavía perceptibles, aunque ya la noche se anunciaba, y algo tétrica, por cierto, para los que hubiera sido propio de la estación. En el centro de la línea estaba el presidente, y el vicepresidente en el extremo derecho. Cuando los doce individuos se dirigían a sus asientos, era costumbre (quién sabe por cuáles razones) que los quince camareros se alinearan en la pared como tropa que presenta armas al rey, mientras que el obeso propietario se inclinaba ante los huéspedes, fingiéndose muy sorprendido por su llegada, como si nunca hubiera oído hablar de ellos. Pero, antes de que se oyera el primer tintineo de los cubiertos, el ejército de criados desaparecía, y sólo quedaba uno o dos, los indispensables para distribuir los platos con toda rapidez, y en medio de un silencio mortal. Mr. Lever, el propietario, desaparecía también entre zalemas y convulsiones de cortesía. Sería exagerado, y hasta irreverente, el decir que volvía a dejarse ver de sus huéspedes. Pero a la hora del plato de solemnidad, del plato de pescado, se sentía algo — ¿cómo decirlo? — se sentía en el ambiente una vívida sombra, una proyección de su personalidad, que anunciaban que el propietario andaba rondando por allí cerca. A los ojos del vulgo, aquel sagrado plato no era más que una especie de monstruoso pudín, de aspecto y proporciones de un pastel de boda, donde considerable número de interesantísimos peces habían venido a perder la forma que Dios les dió. Los Doce Pescadores Legítimos empuñaban sus famosos cuchillos y tenedores, y atacaban el manjar tan cuidadosamente cual si cada partícula del pudín costara tanto como los mismos cubiertos con que se comía. Y, en efecto, creo que costaba tanto. Y el servicio de honor transcurría en el más profundo silencio de la devoración. Sólo cuando su plato estaba ya casi vacío, el joven duque hizo la observación de ritual:

— Sólo aquí saben hacer esto, no en todas partes.

— En ninguna parte — contestó Mr. Audley en voz de bajo profundo, volviéndose hacia el duque y agitando con convicción su venerable cabeza. — En ninguna parte; sólo aquí. Me habían dicho que en el Café Anglais...

Aquí fué interrumpido un instante por el criado que le cambiaba plato, pero reasumió el hilo precioso de sus pensamientos:

— ...Me habían dicho que en el Café Anglais lo hacían lo mismo. Y nada, señor mío — añadió sacudiendo la cabeza como un pelele.— Es cosa muy diferente.

— Sitio elogiado más de lo justo — observó un tal Coronel Pound, a quien por primera vez oía hablar su interlocutor desde hacía varios meses.

— No sé, no sé — dijo el duque de Chéster, que era un optimista. — Yo creo que es una cocina buena para algunas cosas. No es posible superarla, por ejemplo en,...



EL DUQUE DE CHÉSTER, VICEPRESIDENTE, ERA UN JOVEN POLÍTICO EN MANERA CRECIENTE.

Un criado llegó en ese instante, escurriéndose presuroso junto a la pared, y después se quedó inmóvil. Y todo con el mayor silencio. Pero aquellos caballeros vagos y amables estaban tan hechos a que la invisible maquinaria que rodeaba y sostenía sus vidas funcionara con absoluta suavidad, que aquel acto inesperado los sobresaltó como un chirrido. Y sintieron lo que tú y yo, lector, sentiríamos, si nos desobedeciera el mundo inanimado: si, por ejemplo, echara a correr una silla.

El camarero se quedó inmóvil unos segundos, y en todas las caras apareció una expresión inexplicable de rubor, que es producto característico de nuestro tiempo: un sentimiento en que se combinan las nociones del humanitarismo moderno con la idea del enorme abismo que separa al rico del pobre. Un aristócrata genuino le hubiera tirado algo a la cabeza al triste camarero, comenzando por las botellas vacías y acabando probablemente por algunas monedas. Un demócrata genuino, le hubiera preguntado al instante, con una claridad llena de crudo compañerismo, qué diablos se le había perdido por ahí. Pero estos plutócratas modernos no sabían tratar al pobre, ni como se trata al esclavo, ni como se trata al amigo. De modo que una equivocación de la servidumbre los sumergía en un profundo, bochornoso embarazo. No querían ser brutales, y temían verse en el caso de ser benévolos. Y todos, interiormente, desearon que «aquello» desapareciera. Y «aquello» desapareció. El camarero, tras de quedarse unos instantes más

[illegible] que un cataléptico, dió media vuelta y salió escapado.

Cuando reapareció en la galería, o más bien, en la puerta, venía acompañado de otro, con quien secreteaba algo, gesticulando con animación meridional. Después, el primer camarero se fué, dejando en la puerta al segundo, y a poco reapareció acompañado de un tercero. Y cuando, un instante después, un cuarto camarero se aproximó al sínodo, Mr. Audley creyó conveniente, en interés del Tacto, romper el silencio. A guisa de mazo presidencial usó de una tos estrepitosa y dijo:

—Es espléndido lo que hace en Birmania el joven Moocher. No hay otra nación en el mundo que pueda...

Un quinto camarero vino hacia él como una saeta, y le susurró al oído:

—¡Un asunto muy urgente! ¡Muy importante! ¿Puede el propietario hablar con el señor?

El presidente se volvió muy desconcertado, y con ojos de pánico vió que venía hacia él Mr. Lever, con aquella su difícil presteza. Aunque éste era su paso habitual, su cara estaba muy alterada; generalmente su cara era de cobre obscuro, y ahora parecía de un amarillo enfermizo.

—Dispénseme usted, míster Audley —dijo con fatiga de asmático.— Estoy muy asustado. En los platos de pescado de los señores ¿se fueron también los cubiertos?

—Sí, naturalmente —contestó el presidente con cierto calor.

—¿Y lo vieron ustedes? —jadeó el amo, espantado.— ¿Vieron ustedes al criado que se los llevó? ¿Lo conocen ustedes?

—¿Conocer al camarero? —contestó indignado míster Audley.— No por cierto.

Mr. Lever abrió los brazos con ademán agónico:

—No lo mandé yo —exclamó.— No sé de dónde ni cómo vino. Cuando yo mandé a mi camarero a recoger el servicio, se encontró con que ya lo había recogido alguien antes.

Mr. Audley tenía un aire demasiado azorado para ser el hombre que le estaba haciendo falta a la patria. Nadie pudo articular una palabra, excepto el hombre de palo, el coronel Pound, que parecía galvanizado en una actitud artificial. Se levantó rígido, mientras los demás permanecían sentados, se afianzó el monóculo, y habló así, en un tono enronquecido, como si se le hubiera olvidado hablar:

—¿Quiere usted decir que alguien ha robado nuestro servicio de plata?

El propietario repitió el ademán de los brazos, todavía con más desesperación, y de un salto todos se pusieron de pie.

—¿Están presentes todos sus criados? —preguntó el coronel con su voz dura y fuerte.

—Sí, aquí están todos. Yo lo he advertido —dijo el joven duque adelantando la cara hacia el interior del coro.— Yo los cuento siempre al llegar, cuando están ahí formados junto a la pared.

—Con todo, no es fácil que uno se acuerde exactamente... —comenzó Mr. Audley.

—Sí, me acuerdo exactamente —gritó el duque.— Nunca ha habido aquí más de quince camareros, y los quince estaban hoy aquí, puedo jurarlo: ni uno más ni uno menos. —El propietario se volvió a él con un espasmo de sorpresa, y tartamudeó:

—¿Dice usted... dice usted que vió usted a mis quince camareros?

—Como de costumbre —asintió el duque.— ¿Qué tiene eso de extraño?

—Nada —dijo Lever con un profundo acento—, sino que es imposible: porque uno de ellos ha muerto hoy mismo en el piso alto.

¡Espantoso silencio! Es tan sobrenatural la palabra «muerte», que muy fácil es que todos aquellos ociosos caballeros consideraran su alma por un instante, y su alma les apareciera más miserable que un guisante marchito. Uno de ellos (tal vez el duque) hasta dijo, con la estúpida amabilidad de la riqueza:

—¿Podemos hacer algo por él?

Y el judío, a quien estas palabras conmovieron, contestó:

—Lo ha auxiliado un sacerdote.


EN ESTE INSTANTE UN SEXTO CAMARERO ENTRÓ A DECIR...

Y entonces, como el tañido de la trompeta del Juicio, se dieron todos cuenta de su verdadera situación. Por algunos segundos no habían podido menos de sentir que el camarero número quince era el espectro del muerto, que había venido a substituirlo. Y aquel sentimiento los ahogaba, porque los espectros eran para ellos tan incómodos como los mendigos. Pero el recuerdo de la plata rompió el sortilegio brutalmente, volviendo todos a la realidad. El coronel arrojó su silla y se encaminó hacia la puerta.

—Amigos míos —dijo—, si hay un camarero número quince, ése es el ladrón. Todo el mundo a las puertas para impedir la salida, y después se hará otra cosa. Las veinticuatro perlas del club valen la pena de molestarse un poco.

Mr. Audley vaciló, pensando si sería propio de caballeros el darse prisa, aun en semejante circunstancia; pero al ver que el duque se lanzaba a las escaleras con juvenil ardor, le siguió, aunque con ímpetu más arreglado a sus años.

En este instante, un sexto camarero entró a decir que acababa de encontrar la pila de platos en un aparador, pero sin la menor huella de los cubiertos.

La multitud de huéspedes y criados, desbordada sin concierto por los pasillos, se dividió en dos grupos. Los más de los Pescadores siguieron al propietario a la puerta del frente, para averiguar si alguien había salido. El coronel Pound, con el presidente y el vicepresidente y uno o dos más, se dirigieron al corredor, rumbo a los cuartos del servicio, por parecerles un camino más probable para la fuga. Y al pasar junto a la salita o caverna que servía de vestuario, vieron una figura de hombre pequeño, vestido de negro —un criado al parecer— que estaba perdida en la sombra.

—¡Hola! ¡Aquí! —llamó el duque.— ¿Ha visto usted pasar a alguien?

El hombrecito no contestó directamente, pero dijo:

—Caballeros: tal vez he encontrado ya lo que ustedes buscan.

Se detuvieron todos, asombrados y dudosos, y el hombrecito se dirigió tranquilamente al interior del vestuario, y volvió de allá con las manos llenas de reluciente argentería, que depositó sobre el

mostrador con la calma de un comerciante en plata. Y entonces se vió que aquella plata era una docena de pares de cubiertos de elegantísima forma.

—Ustedes..., ustedes... —balbuceó el coronel, perdido por primera vez el aplomo. Y se asomó al cuartito para observar mejor, y pudo descubrir dos cosas: la primera, que el hombrecillo vestido de negro llevaba un traje clerical; y la segunda, que la vidriera del fondo estaba rota, como si alguien hubiera escapado por ella.

—Cosas de mucho valor para depositarlas en un vestuario, ¿no es verdad? —observó el sacerdote con plácido comedimiento.

—¿Usted... usted robó esto? —tartamudeó Mr. Audley con ojos relampagueantes.

—Si así fuera —dijo el clérigo en tono burlón— por lo menos ya lo he devuelto.

—Pero no fué usted... —dijo el coronel Pound, sin quitar los ojos de la vidriera rota.

—Para hablar claro de una vez —contestó el cura, humorísticamente— no he sido yo. —Y, con afectada gravedad, se sentó en un taburete que tenía al lado.


EL CORONEL POUND LO MIRÓ CON DESCONFIANZA.

—En todo caso, usted sabe quién fué —advirtió el coronel.

—Su verdadero nombre lo ignoro —continuó el otro plácidamente— pero algo conozco de su fuerza para el combate y de sus problemas espirituales. Me formé idea de la primera cuando trató de estrangularme, y de los segundos, cuando se arrepintió.

—¡Hombre! ¿Con que se arrepintió? —gritó el joven Chéster con un alarde de risa.

El Padre Brown se puso de pie, y llevando las manos a la espalda:

—Muy extraño, ¿verdad? —dijo. —¿Es muy raro que un vagabundo aventurero se arrepienta, cuando tantos que viven entre la seguridad y las riquezas continúan su vida frívola, estéril para Dios y para los hombres? Pero aquí, si usted me permite, le advertiré que invade usted mi provincia. Si duda usted de la verdad de la penitencia, no tiene usted más que ver esos cuchillos y tenedores. Ustedes son los Doce Pescadores Legítimos, y ahí tienen ya su servicio para el pescado. En cuanto a mí, a mí *El* me hizo pescador de hombres.

—¿Ha ocultado usted a ese hombre? —preguntó el coronel arrugando el ceño.

El Padre Brown lo miró a la cara abiertamente:

—Sí —contestó.— Yo lo he pescado con anzuelo invisible y con hilo que nadie ve, y que es lo bastante largo para permitirle errar por los términos del mundo, sin que por eso se liberte.

Hubo un largo silencio. Los presentes se alejaron para llevar a sus camaradas la plata recobrada, o consultar el caso con el propietario. Pero el coronel de la cara gesticulante se sentó en el mostrador, dejando colgar sus largas piernas y mordiéndose los bigotes.

Y al fin dijo con mucha calma:

—Ese hombre ha de ser muy inteligente, pero yo creo conocer a otro que lo es más todavía.

—Sí; ese hombre es muy inteligente —contestó el cura— pero ¿el otro a quien usted se refiere?...

—Es usted —dijo el coronel sonriendo.— Yo no tengo especial empeño en ver al ladrón encarcelado. Haga usted con él lo que guste. Pero de buena gana daría yo muchos tenedores de plata por saber cómo logró hacer esto, y cómo logró usted sacarle la prenda. Me está usted resultando más listo que el mismo demonio.

El Padre Brown supo saborear el candor algo saturnino del soldado.

—Bueno —le contestó sonriendo—. Yo no puedo decirle a usted todo lo que sé, por la confesión, sobre la persona y hechos de ese sujeto, pero no tengo razones para ocultarle lo que de él he descubierto por mi propia cuenta.

Y diciendo esto saltó con agilidad sobre el mostrador y sentóse junto al coronel Pound, moviendo sus piernecitas como un niño. Y comenzó su historia con tanta naturalidad como si contara cuentos a un viejo amigo, junto a la hoguera de Navidad.

—Verá usted, coronel. Estaba yo encerrado en ese gabinetito, escribiendo, cuando oí unas pisadas por el corredor tan misteriosas que parecían la danza de la muerte. Primero unos pasitos rápidos y graciosos, como de hombre que anda de puntillas; después, unos pasos lentos, descuidados, crujientes, como de hombre que pasea fumando un cigarro. Pero ambos provenían de los mismos pies, yo lo hubiera jurado, y se alternaban: primero la carrerita, y después el paseo, y otra vez la carrerita... Me llamó la atención, y al fin me llenó de inquietud el hecho de que un mismo hombre diera las dos especies de pasos. El paseo no me era desconocido: era el paseo de un hombre como usted, coronel, el paseo de un caballero bien nacido que está haciendo tiempo en espera de alguna cosa, y que anda de aquí para allá, más que por impaciencia, por exuberancia física. La carrerita tampoco me era desconocida, pero no podía yo precisar qué ideas evocaba en mi espíritu. ¿A quién, a qué extraña criatura había yo encontrado en mis andanzas que corriera así, de puntillas, de aquella manera extraordinaria? Después me pareció oír un ruido de platos, y la respuesta a mis interrogaciones me resultó tan clara como la de San Pedro: aquél era el andar presuroso de un criado, el andar con el cuerpo echado hacia adelante y la mirada baja, de puntillas, la cola del frac y la servilleta flotando al aire. Medité un poco. Y creí descubrir y representarme el delito tan claramente como si yo mismo lo fuera a cometer.

El coronel Pound lo miró con desconfianza, pero los mansos ojos grises del cura contemplaban el cielo raso con la mayor inocencia.

—Un delito —continuó lentamente— es como cualquier otra obra de arte. No se extrañe usted de lo que digo: los crímenes y delitos no son las únicas obras de arte que salen de los talleres infernales. Pero toda obra de arte, divina o diabólica, tiene un elemento indispensable, que es la simplicidad esencial, aun cuando el procedimiento pueda ser complicado. Así, en el *Hamlet*, por ejemplo, los elementos grotescos: el sepulturero, las flores de la doncella loca, la fantástica elegancia de Osric, la lividez del espectro, el cráneo verdoso, todo ello es como un remolino de extravagancias en torno a la

sencilla figura de un hombre vestido de negro. Bien; pues aquí también — añadió dejándose resbalar suavemente del asiento y con una sonrisa — aquí también se trata de la sencilla tragedia de un hombre vestido de negro. Sí — prosiguió ante el asombro del coronel — sí; todo este enredo gira en torno a un frac negro. También aquí, como en el *Hamlet*, hay sus excrecencias ridículas: que, en el caso, lo son usted y sus amigos. Hay un camarero muerto, que, a pesar de muerto, se presenta a servir la cena. Hay una mano invisible que limpia la argentería de la mesa y después se evapora. Pero todo delito inteligente está fundado en algún hecho simplísimo, en algún hecho no misterioso por sí mismo. Y la mistificación ulterior no tiene más fin que encubrirlo, desviando de él los pensamientos de los hombres. Este delito sutil, generoso y que, en otras circunstancias, hubiera resultado muy provechoso, estaba fundado en el hecho sencillísimo de que el frac de un caballero es igual al frac de un camarero. Y todo lo demás fué ejecución y representación, aunque — eso sí — de lo más fino.

— Alto — dijo el coronel, poniéndose en pie y contemplando, siempre con el ceño fruncido, sus relucientes botas; — no sé si he entendido bien.

— Coronel — dijo el Padre Brown — le aseguro a usted que ese arcángel de impudor que se robó los cubiertos, anduvo de aquí para allá por este corredor, y a plena luz, lo menos unas veinte veces y a vista de todo el que quiso verlo. No se ocultó en los rincones donde la sospecha pudo ir a buscarlo, sino que anduvo paseando en los pasillos iluminados, y dondequiera que se le sorprendiera parecía estar por su propio derecho. No me pregunte usted cómo era. Seis o siete veces lo habrá usted visto, sin duda. Usted y sus amigos estaban en el salón vestíbulo que se encuentra entre este corredor y la terraza, ¿no es eso? Pues bien; cuando nuestro hombre se acercaba a ustedes, a los caballeros, iba con la ligereza de un criado, la cabeza baja, columpiando la servilleta y con pies presurosos. Entraba a la terraza, hacía algo sobre el mantel, y volvía otra vez hacia la oficina y a las regiones de la servidumbre. Y cuando caía bajo la mirada del empleado de la oficina y de los criados, ya era otro: se había transformado en todas y cada una de las pulgadas que su cuerpo mide, y hasta en sus ademanes y gestos instintivos. Y pasaba por entre los criados con la misma insolencia divagadora que los criados están acostumbrados a ver en los amos. Para la servidumbre no es cosa nueva el que los elegantes de los banquetes se pongan a pasear por toda la casa como un animal del jardín zoológico: nada es de mejor gusto y más distinción que el pasear donde a uno le da la gana. Cuando se sentía, pues, magníficamente aburrido de pasear por aquel lado, se volvía a la otra región, y cruzaba otra vez frente a la oficina. Y al rebasar la sombra de ese arco, se metamorfoseaba como por toque de magia, y otra vez llegaba con su trotecito menudo adonde estaban los pescadores, convertido en criado solícito. Naturalmente, los señores no reparaban en un criado. ¿Y qué podían sospechar los criados de aquel distinguido señor que paseaba de aquí para allá? Una o dos veces se dió el lujo de extremar su juego con la mayor serenidad: en los cuartos del propietario, por ejemplo, se asomó a pedir muy garbosamente un sifón de agua de soda, diciendo que tenía sed. Declaró, humorísticamente, que él mismo se lo llevaría, y así lo hizo en efecto: porque lo llevó al grupo de ustedes con la mayor corrección y rapidez, convertido así en verdadero criado que cumple la orden de un huésped. Claro que esto no podía durar mucho, pero no era necesario que durara más allá del servicio de pescado.

Su peor momento fué cuando tuvo que alinearse junto a los demás criados, al entrar los caballeros a la terraza. Pero aun entonces se las arregló para venir a quedar en el ángulo del muro, donde los criados pudieran figurarse que era uno de los caballeros; y los caballeros, que era uno de los criados. Y lo demás se hizo sin la menor dificultad. Todo camarero que se encontró con él lejos de la mesa, lo tomó por un perezoso aristócrata. Y no tuvo más trabajo que acercarse a la mesa dos minutos antes de que acabaran de comer el pescado, transformarse en un activo camarero, y levantar los platos. Arrinconó los platos en cualquier aparador, se atiborró los bolsillos con los cubiertos, de modo que el traje le hacía unos bultos, y corrió como una liebre (yo le oí cuando se acercaba) en dirección hacia el vestuario. Aquí se transformó nuevamente en un plutócrata, en un plutócrata a quien acaban de llamar para algún asunto urgente. Y con dar su ficha al empleado del vestuario, pudo haberse escapado tan elegantemente como se había escurrido hasta aquí. Sólo que ... sólo que dió la pícara casualidadde que, en ese instante, el empleado del vestuario fuera yo.

— ¿Y qué hizo usted? — preguntó el coronel con sobreexcitado interés. — ¿Qué le dijo usted?

— Pido a usted mil perdones — dijo, el sacerdote; — pero en este punto acaba mi historia.

— Y es donde empieza la historia interesante — murmuró Pound. — Porque creo haber entendido los manejos profesionales de ese sujeto, pero los de usted, francamente, no los alcanzo.

— Tengo que marcharme — dijo el Padre Brown.

Y juntos se dirigieron, por el pasillo, al salón vestíbulo, donde se encontraron con la cara fresca y pecosa del duque de Chéster, que ruidosamente venía hacia ellos.

— Venga usted acá, Pound — gritó jadeante. — Lo he buscado a usted por todas partes. La cena se ha reanudado ya a toda prisa, y el viejo Audley ha dicho un discurso en honor de la recuperación de los cubiertos. Hay que inventar alguna nueva ceremonia para conmemorar el caso; ¿no le parece a usted? ¿Qué se le ocurre a usted?

— ¡Cómo! — dijo el coronel, — Pues se me ocurre que, en adelante, nos presentemos siempre aquí de frac verde, en lugar del frac negro. Porque nunca sabe uno a lo que se expone por parecerse tanto a los camareros.

— ¡Calle usted! Un caballero no se parece nunca a un criado.

— Ni un criado a un caballero, ¿no es eso? — dijo el coronel Pound con una creciente ola de risa. — ¿Sabe su paternidad que su amigo te ha de ser todo un elegante para haber podido pasar por caballero?

El Padre Brown se abrochó el humilde gabán hasta el cuello, porque la noche era tormentosa, y tomó su humilde paraguas.

— Sí — dijo. — Representar de caballero ha de ser tarea muy ardua; pero, vea usted, yo he creído a veces que es igualmente difícil hacer de criado. Y diciendo «buenas noches», empujó las puertas del palacio de los placeres. Las puertas de oro se cerraron tras él, y él echó a andar a toda prisa por esas calles húmedas y obscuras, en busca del ómnibus de a penique.

DIBUJOS DE SIRIO



Página Infantil

Rodolfo y Abel Marcello Asorey



Joaquín Héctor Echagüe Pereyra



Claudia Amelia Alonso



DOS HERMANITOS

OLEO DE G. FIORESI



UNA FAMILIA DE RATAS MOSTRADAS POR SU CUIDADOR. LOS PEQUEÑOS ANIMALITOS, CONTAMINADOS POR EL MISMO FLAGELO, SERVIRÁN PARA DEMOSTRAR LA EFICACIA DE LOS EXPERIMENTOS VERIFICADOS CON ELLOS, PARA EL CONTROL Y ESTUDIO DEL CÁNCER.

INSTITUTO DE MEDICINA EXPERIMENTAL

PARA EL ESTUDIO Y TRATAMIENTO DEL CANCER

Dentro de un marco sencillo y silencioso, como cuadra a un establecimiento donde las observaciones y el estudio son los dos objetivos primordiales, el Instituto Experimental de Medicina que dirige el distinguido facultativo Dr. Roffo, ha alcanzado el brillante prestigio que su misión humanitaria y científica le ha hecho merecer. Consagrado por entero su director a la labor de investigar los medios más eficaces para combatir el terrible flagelo, los resultados han sido verdaderamente maravillosos, como lo prueban eficientemente los numerosos casos tratados.

APLICACIÓN DE RADIO A UN ENFERMO, EL QUE SE HALLA AISLADO EN UNA CAMARA DE PAREDES RECUBIERTAS DE PLOMO.



LA MALOGRADA ESPOSA DEL DOCTOR ROFFO, SU COLABORADORA ASIDUA Y EFICAZ, CUYA MUERTE CAUSÓ TAN CONMOVEDORA IMPRESIÓN EN NUESTROS CÍRCULOS CIENTÍFICOS. ESTA FOTOGRAFÍA EN QUE APARECE HABLANDO CON SU ESPOSO Y UN MÉDICO, FUE OBTENIDA DIEZ DÍAS ANTES DE SU REPENTINO DECESO.



EL DIRECTOR DEL INSTITUTO EXPERIMENTAL CON LOS MÉDICOS, PRACTICANTES Y AYUDANTES DEL ESTABLECIMIENTO.

Bien es verdad que el amor y el cariño puestos en la altruista misión sobrepasan to[illegible]

no han omitido ni omiten sacrificio alguno por arrancar del martirio a las víctimas del cáncer. Los frutos conseguidos coronan ya suficientemente la obra emprendida. Nunca más merecido el elogio franco y entusiasta. El Instituto de Medicina



CURACIÓN MATINAL EN UNA DE LAS SALAS DEL INSTITUTO. ENFERM[illegible] DE CANCER ATENDI[illegible] POR EL DR. OSVALDO MEABE.



CUERPO DE "NURSES" ORGANIZADO POR EL DR. ROFFO PARA EL INSTITUTO.

Experimental es, actualmente, sobre todo con las ampliaciones recientemente inauguradas, uno de los establecimientos que hacen honor a nuestro país.

La comprobación de este aserto, ya prodigado por cuantos conociéndolo, la hemos recibido nosotros al vi-





EL DR. ROFFO OBSERVANDO EN SU GABINETE LOS TUMORES CANCEROSOS EN UNA RATA BLANCA.

sitar detenidamente todas las instalaciones, salas y laboratorios, donde el orden y el método imperan co- [illegible] para conseguir el noble fin



Una cocinera económica, que utiliza puñados de marcos papel para encender el fuego, ahorrando de ese modo algunos valiosos decigramos de carbón.



Aprovechándose en un comedor para niños pobres.

CARAS Y CARETAS
LA MISERIA



Muchachitos pagando con panes de carbón su entrada al cinematógrafo en uno de los barrios de la capital.

El pueblo alemán, alborotado como un mar en tormenta con la inflación del marco, se calmó como si le echaran aceite al aparecer la nueva moneda, y esa calma se ha sostenido contra todas las dudas y las incertidumbres extrañas, que la imaginaban precursora de nuevas revueltas. El alcance psicológico del nuevo invento monetario ha sido de un efecto maravilloso y único. Hoy, todo el mundo está tranquilo y hasta se cree rico, y... no sé si es simplemente creencia o realmente lo está. El espíritu de orden de esta raza se impone de nuevo, y pasadas ya las peores tormentas, han puesto otra vez en marcha la máquina del trabajo. Mucha parte del pueblo sufre todavía miseria, pero no al grado extremo que se notaba en los meses de agosto y septiembre. Hay abundancia de dinero y se le gasta con prodigalidad. La nube de judíos y agiotistas que hacían su verdadero «Agosto», esquilmando al prójimo con el cambio y la ex-

D. BARRIOS

Los escolares de ambos sexos de una aldea retribuyen las lecciones del maestro con artículos de primera necesidad, tales como papas, azúcar, harina, etcétera.

Una anciana necesitada

Otra viejecita berlinesa.

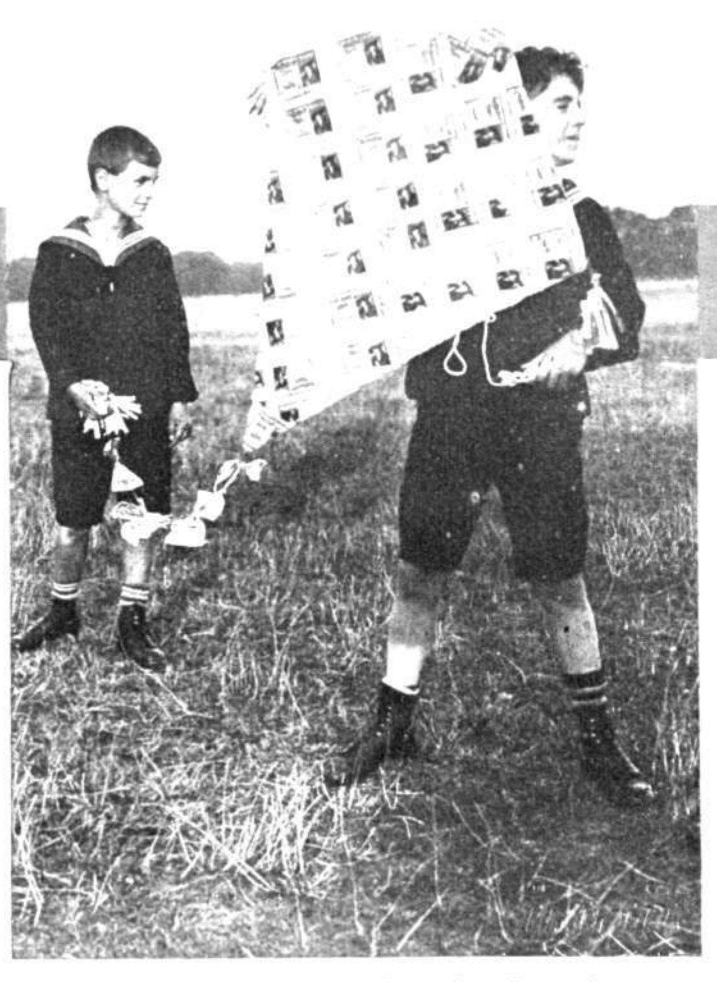


Inclinándose ávidamente sobre su tazón de café con leche.

EN ALEMANIA
EN EL PUEBLO



La semilla del odio fructificando. "No se *vende ni a franceses ni a belgas*", advierte el letrero de esta tienda de comestibles.



Los traviesos pibes que juegan en el campo saben hacer con marcos unas bonitas "cometas" que resultan más baratas que de otro papel cualquiera.

peculación de la moneda, ha levantado el vuelo de Alemania... y... «sin dejar rastro». En cuanto al actual «rentenmark» o «goldmark», continúa cotizándose en el interior por arriba de la par de la libra y del dólar, pero en el extranjero, aún en los países vecinos, no circula, se cotiza *mal, como es lógico, y se le* recibe con recelo... y a beneficio de inventario... Esta moneda «garantida» por el Estado, con hipotecas sobre las propiedades rurales del país, tiene su lado flaco o «camouflage». *Tengo datos precisos de que para* agrandar y dar estabilidad a la emisión, y a los efectos de la garantía, se han tasado, por ejemplo, en 20 y 30 millones de marcos oro, propiedades que antes de la guerra y en plena producción apenas si valían *3 ó 5 millones* de la misma moneda... que, hoy por hoy, ha tenido la virtud de volver la calma, y el deseo de trabajo en Alemania... Mientras tanto la vida resulta carísima... pero sólo para los extranjeros...

GUEVARA



Un reflejo de los años y las privaciones.

La agonía de los marcos. — Una linda muchacha berlinesa los vende al peso, tomando a cambio de tantos papeles cualquier cosa utilizable y... comestible.



Un viejo veterano curtido por la necesidad.

TEMPORADA EN

LAS CLASICAS REUNIONES

SEÑORITAS DE LEDESMA.



SEÑORAS ESTELA CHEVALIER DE ACEVEDO, CELINA ZALDARRIAGA DE PAZ, MATILDE LURO DE MEZQUITA Y OTRAS CONOCIDAS DAMAS EN ANIMADO COMENTARIO.



SEÑORITA AMALIA CHAPEAUROUGE Y SEÑOR RAUL CHEVALIER.



SEÑORA DE O'FARRELL, SEÑOR O'FARRELL



SEÑORITA ESTELA ZUBERBUHLER Y SEÑOR ACEBAL.

MAR DEL PLATA

EN EL «OCEAN CLUB»



SEÑORAS CELINA ZALDARRIAGA DE PAZ, GUILLERMINA BUNGE DE MORENO Y SEÑORITAS DE MORENO.



SEÑORITAS DE ARIAS.



SEÑORA DE MOYANO Y SEÑORITA SARA DANTIACQ.



SEÑORA MARTA ALEMAN DE JIMÉNEZ ZAPIOLA

SEÑORITA BEATRIZ ACEVEDO Y DOCTOR DIEGO LUIS MOLINARI



Caballeros que integran la Comisión financiera británica que visita el país, y de cuyos estudios económicos dependerán algunos nuevos arreglos comerciales recíprocamente provechosos.



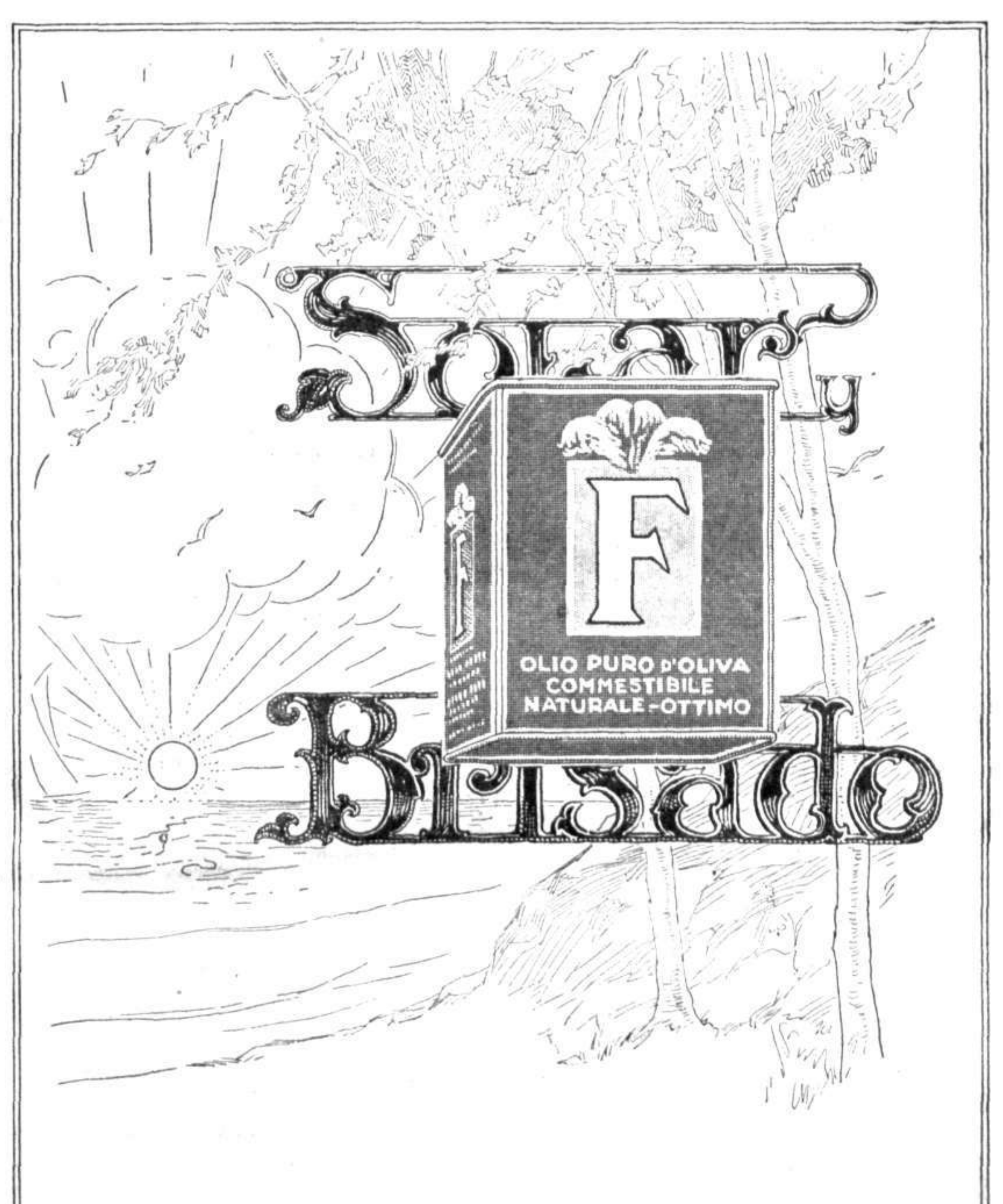
RECEPCION DIPLOMATICA OFRECIDA POR EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA EN EL PALACIO CATETTE.

Representantes extranjeros saliendo del Palacio después de la brillante fiesta.

Miembros del Estado Mayor del Ejército y de la Cámara Alta que asistieron a la presidencial velada.



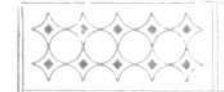
El ministro de Comunicaciones, el Director de Telégrafos, el Prefecto de la ciudad y distinguidas familias que concurrieron a la inauguración de la Radiotelefonía Oficial.



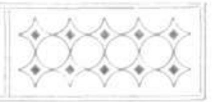
EL ACEITE COMPLETO DE JUGO DE OLIVA

ESTE ES EL ACEITE QUE EL PÚBLICO CONSUMIDOR DE SIMILARES DEL MISMO ORIGEN NOS HA PEDIDO INSISTENTEMENTE

Freixas y C.ia



R A Y O S   X



¡La visión a través de los cuerpos opacos! Gigantesca conquista de la Ciencia que amplificó los horizontes del conocimiento humano, dando especialmente a la Medicina un poderoso y eficaz aliado para el estudio y tratamiento de múltiples afecciones.

Gracias a este descubrimiento que inmortalizará los nombres de Bequerel y Roetgen, puede hoy el médico asomarse al interior del cuerpo humano y escrutar sus más recónditos lugares, sin los peligros más o menos graves que toda intervención quirúrgica supone.

Para tener una idea de cómo se producen estos prodigiosos rayos, debemos antes ocuparnos de otros hechos no menos sorprendentes que guiaron a los investigadores en esta benéfica ruta.

Por recuerdo a la luz emitida por los fósforos llámanse cuerpos fosforescentes a todos aquellos que son susceptibles de emitir resplandores visibles en la obscuridad.

Ciertos cuerpos no pueden ser luminosos más que si previamente han estado sometidos largo tiempo a la acción de la luz solar. Esta es la fosforescencia ordinaria, tal como la del sulfuro de calcio, cuerpo que la industria utiliza en la fabricación de las esferas de los relojes llamados luminosos.

En realidad, el sulfuro de calcio, como otros muchos cuerpos, no hacen sino devolver de noche las radiaciones luminosas que de día han recibido.

La duración de la fosforescencia es variable según las diversas substancias, algunas permanecen varios días, otras como el diamente, sólo queda, después de varios minutos de exposición al sol, fosforescente sólo veinte segundos.

Por ingeniosos procedimientos háse llegado a determinar fosforescencias más fugitivas.

La luz ordinaria está compuesta de una infinidad de colores simples de los cuales las tintas características son el violeta índigo, azul, verde, amarillo, anaranjado y rojo, y en este orden más o menos, se colocan en el espectro cuando se descomponen los rayos de sol haciéndolos pasar a través de un prisma.

Se ha demostrado que son los rayos violetas y ultravioletas casi exclusivamente los que desarrollan la fosforescencia. Muy distinta es la *fluorescencia*. Consiste esta propiedad en una luminosidad especial que toman ciertos cuerpos, como el verde de urano, las soluciones de sulfato de quinina, etc. cuando reciben los rayos violetas y ultravioletas del espectro solar.

Pero a la inversa de los cuerpos fosforescentes que continúan luminosos aun habiendo cesado de herirle los rayos que los excitan, la luminosidad de los cuerpos fluorescentes se extingue desde el momento que han cesado de obrar sobre ellos los rayos excitadores.

La diferencia esencial entre fosforescencia y fluorescencia es la duración del fenómeno.

Ahora bien, estos fenómenos de fosforescencia larga o breve no son provocados solamente por los rayos solares, vamos a ver, que también pueden ser debidos a la acción de rayos especiales de origen eléctrico, a rayos catódicos y rayos X.

RAYOS CATÓDICOS

Consideremos un tubo de vidrio herméticamente cerrado en el cual se ha hecho el vacío con la mayor perfección posible excluyendo el aire interior por medio de una bomba aspirante perfecta.

El tubo está atravesado en sus dos extremos por dos alambres de platino *a* y *b* soldados en el espesor mismo del vidrio y terminados en el interior del tubo por dos plaquitas del mismo metal *A* y *C*. Un aparato así construído llámase «Tubo de Crookes» del nombre del célebre físico inglés que lo inventó.

Unamos los alambres de platino *a* y *b* a los polos de un aparato de electricidad a muy alta tensión 40.000 o 50.000 (´) voltios de manera que la corriente pase en el sentido de las flechas marcadas en la figura.

Si el vacío no es perfecto un resplandor purpúreo sale de la placa *A*, que se llama el «anodo» y va debilitándose gradualmente hasta la placa *C* que se llama «catodo».

Pero si por el contrario el vacío es absolutamente perfecto no quedando en el tubo más que residuos infinitesimales del gas que lo llenaba, todo cambia. La luz purpúrea que aparecía en el anodo *A* se desvanece hasta desaparecer, en tanto que alrededor del catodo *C* se desprenden radiaciones "*invisibles*" por sí mismas pero se logra hacerlas visibles mediante ciertas precauciones, estos son los «rayos catódicos»

Como hemos dicho, los Rayos Catódicos no son visibles por sí mismos pero es fácil manifestar su presencia porque *ellos iluminan los cuerpos fosforescentes.*

Basta colocar un cuerpo fosforescente próximo al catodo para ver cómo se vuelve luminoso en la obscuridad, el vidrio, el cristal, el sulfuro de cinc, de calcio, la creta y la plomina, adquieren bajo la influencia de los rayos catódicos la propiedad de emitir radiaciones luminosas en la obscuridad.

Los rayos catódicos que se propagan a razón de 40.000 kilómetros por segundo son detenidos por los obstáculos sólidos, y tienen la propiedad de calentar los cuerpos que los reciben, pudiendo llevarlos a la incandescencia y aun a la fusión si se prolonga su acción...

Los rayos catódicos son por último los que dan nacimiento a los rayos X.

Para producir éstos se hace pasar por un tubo de Crookes una corriente eléctrica de 40 a 50.000 voltios, que producen en el catodo *C* rayos catódicos, los cuales si encuentran un obstáculo, lo calientan, lo hacen fosforescente y le comunican la inesperada propiedad de emitir nuevos rayos que se propagan en el aire y que se conocen desde el descubrimiento de Roetgen con el nombre de rayos X.

Los rayos X se propagan en línea recta, no se reflejan en los espejos, no se desvían ni a través de un prisma ni de una lente, atraviesan todos los cuerpos que se encuentran en su camino, los tejidos humanos, los músculos, etc., pero pasan muy deficientemente a través de los cuerpos de naturaleza mineral como las piedras, las sales metálicas, los huesos, etc., también impresionan placas fotográficas. De estas propiedades nacen sus aplicaciones médicas.

Se hace funcionar un tubo de Crookes a alguna distancia de un cartón recubierto de una materia *fluorescente* y se pone la mano entre el cartón y el tubo.

Los rayos X hacen luminosos los puntos del cartón a que llegan libremente.

La parte situada bajo la mano no se alumbra más que por las rayos que han atravesado las carnes y los huesos.

La mano aparece menos luminosa que el fondo del cartón, y como los huesos están compuestos por carbonato y fosfato de cal, son atravesados más difícilmente que las carnes, se proyectarán en sombras más acentuadas.

Por lo tanto se destacarán en negro y se podrá ver si están sanos o rotos, viendo en este último caso la posición y forma de la fractura.

Si en fin, un proyectil se ha quedado alojado en el miembro sometido a examen, su masa metálica, impermeable a los rayos X, se dibujará como una mancha negra en medio de la imagen más clara de las carnes.

Este examen llámase *radioscópico*. Si en lugar del cartón fosforescente se pone una placa fotográfica, se obtiene una fotografía a la que se da el nombre de *radiografía*

Al ocuparnos en un próximo artículo del «Radio» y substancias radioactivas, cuerpos que poseen propiedades más o menos análogas a los rayos X, veremos las innumerables aplicaciones que estos descubrimientos tienen en la Medicina, la cual ha podido gracias a ellos, extender su campo de acción

D R . R A Z V A E L



—Papá, ten cuidado, que ya sabes que cuando subes a grandes alturas padeces de vértigos.

—Sí, hija, ya lo sé; por eso me he atado la cabeza, para que no se me vaya.

De Santa Fe

SANTA TERESA. — Vista principal del hermoso edificio de la Sociedad Española de Socorros Mutuos, inaugurado recientemente. En el círculo, señor Emilio Menéndez, presidente de la S. E. de SS. MM., a cuyas actividades débese la realización de esta importante obra.




A LAS PERSONAS
refinadas y de buen gusto, se les recomienda, por su alta calidad y su delicado perfume, estos dos exquisitos productos:
LOCION
CIELITO MIO
POLVO
CIELITO MIO
Precio del polvo:
Media caja........ $ 1.—
Caja entera........ „ 2.—
PERFUMERIA MENDEL
En Buenos Aires:
Calle Guardia Vieja, 4439.
En Montevideo:
Calle Cerrito, 673.
DÖRFEL

LA ARAÑA

POR EDUARDO RIPA





L comerciante Ramón Ansaldo parecía que nunca dejaría de engrosar; su vientre crecía al par que su fortuna. Por esta causa, desde hacía dos años, durante los meses del verano dormía separado de su mujer, joven aún y apetecible. No tenían hijos, pero al comerciante Ramón Ansaldo no le preocupaba mayormente; sus amistades hacíanle la vida llevadera, sobre todo la del boticario Bouronie que, como buen francés, era en extremo atento y servicial. Todas las tardes acostumbraba hacerle una visita; llegaba a su casa bufando, sudoroso, y no bien pisaba el umbral, siempre, invariablemente, escupía; luego se pesaba y, cargando con una silla, se encaminaba a la trastienda donde permanecía instalado hasta la hora de comer.

— ¿Siempre engrosando, don Ramón?

— ¡Qué quiere Vd.! Así es la vida... — Y transcurridos unos minutos preguntaba: — ¿Está Vd. seguro, Mr. Bouronie, de que la balanza funciona bien?

— ¡Hombre! ¡naturalmente! — contestaba el boticario, sonriendo.

Estas eran las primeras frases que se cruzaban todos los días, desde hacía tres años.

Don Ramón, pacífico por naturaleza, nunca se inquietaba por nada. Todo el que lo oyera hablar, así fuera sólo una vez, guardaba la impresión de que era un hombre exento de cualquier sobresalto, incapaz de abrigar miedo ante el suceso más terrible; en una palabra, su exterior habíale dado fama de valeroso y de flemático.

No es de extrañar, en consecuencia, que su amigo el boticario se pasmara ante la enorme inquietud revelada por don Ramón en su última visita. Comenzando porque se presentó muy de mañana, contra su costumbre no quebrantada jamás, ya se verá que algo insólito le ocurría. Sin embargo, todos los esfuerzos de Mr. Bouronie, tendientes a conocer o adivinar la causa, fueron inútiles; don Ramón eludía las preguntas demasiado directas e insistía, continuamente, sobre la presencia de innumerables insectos durante el verano en curso. En esta idea insistente pensó el boticario que se hallaría la clave de todo, mas no pudo aventurar ninguna conjetura.



He aquí la extraña cadena de sucesos, cuyo desarrollo mortificaba hasta el punto tal al comerciante Ramón Ansaldo.

Una noche, tres días antes de su última visita a Mr. Bouronie, hallándose acostado, sintió que entre sus cabellos algo se movía; permaneció inmóvil un instante, a fin de comprobar si se trataba de una araña, primera idea que, sin saber la causa, habíasele ocurrido. En efecto, mediante un esfuerzo de atención, consiguió percibir claramente los movimientos de sus patas, largas al parecer, debido a la suavidad y lentitud con que se asentaban. Tuvo un momento de indecisión: ¿Qué haría? ¿Encender luz? ¿Moverse bruscamente? Ninguna de las dos ideas le convenía; en el primer caso podría llamar la atención de su mujer, acostada en el lecho contiguo, viéndose obligado, entonces, a manifestarle sus temores. ¿Qué ocurriría si la maldita araña no existiera? ¿Si sólo se tratara de un mechón de cabello que, suavemente, se hubiera deslizado? ¿No quedaría en ridículo? Y en el segundo caso; ¿podría ganar algo con moverse? No; la araña, asustada, correría por su rostro, se introduciría probablemente en las cobijas y pasearía luego por su cuerpo; esto era peor, decididamente.

Aun continuaba inmóvil el comerciante Ansaldo, ignorando qué partido tomar, cuando los rozamientos de hacía un instante dejáronse sentir, no ya en los cabellos, sino en su frente. ¡Oh, aquéllo conmovería al más estoico!

— Una araña — pensó. — ¡Qué inmundicia!

Y con movimiento rápido, sin reflexionarlo, se asestó una palmada en la frente; buscó de inmediato los despojos y no pudo hallarlos.

— ¡Se ha escapado! — exclamó el comerciante en alta voz, mientras se preparaba a encender lo más rápidamente posible una bujía.

Después de una pesquisa infructuosa, a través de toda la cama, pero ya más tranquilo, esperó que llegara el sueño y se durmió.

Felizmente, mientras ocurría todo eso, no había despertado su mujer; lo comprobó a la mañana siguiente, pues no pronunció una sola palabra que aludiera al caso; pero don Ramón, obsesionado por la idea, no pudo callarlo, y así fué que mientras se hallaban comiendo, dijo a su mujer:

— ¿Te despertaste, anoche, cuando encendí luz?

— No; ¿porqué?

— Una maldita araña andaba paseando por mi cabeza y no pude atraparla. ¡Si, se escapó la maldita!

Y narró todo lo sucedido, punto por punto, sólo callándose algunos de los pensamientos que mantuviera entonces, los que podrían dejarlo en ridículo; e inconscientemente, cada vez que aludía a la araña, llamábala la «maldita».

Durante el curso de la comida no se habló de otra cosa. Parecía que su mujer, en toda su vida, no hubiera aprendido más que historias de arañas, pues contó infinidad de ellas, cada una superior en espanto a la anterior. Pero la que refirió con todo lujo de detalles, acaso por ser la única verdadera, fué una que le había ocurrido a Irene, prima suya, cuando era aun soltera. Según ésta, en cierta ocasión, notó en el brazo una picadura extraña; no le preocupó mayormente, hasta advertir que esa misma picadura volvía a producirse todas las mañanas en distintas partes del cuerpo. Así transcurrió una semana; al cabo de ella, por acaso, levantando la almohada antes de acostarse, descubrió debajo una araña negra y enorme.

— Era la que todas las noches — concluyó su mujer, como si fuera necesaria esta explicación, — picaba a la infeliz Irene. — ¡La maldita! — Exclamó, contagiada por la expresión de su marido. Esta historia impresionó mucho a don Ramón.

— Sin lugar a dudas, — pensaba, — mi caso es semejante. Verdad que no he

sentido picadura alguna, pero bien puede ser que la araña haya tomado mi lecho como un refugio tibio. Le agradará pasar las noches conmigo... Se habrá acostumbrado... —Y el comerciante, a esa sola idea estremecíase todo.

Por la tarde no visitó a Mr. Bouronie. Sentía grandes deseos de ir a su casa y no ocultarle nada, pero su miedo al ridículo era mayor aún; le torturaba esa primera idea que tuvo: «¡Si no fuera una araña! ¡Si no fuera nada!

La noche transcurrió sin novedad alguna. Mas al despertarse, ya de mañana ¡cuál no sería su asombro! Vió una araña de patas largas caminando por las sábanas blancas. ¡Encima de su pecho, justamente!

Poco faltó para que don Ramón lanzara un grito, grito que hubiera sido de espanto, de asombro y de felicidad a un tiempo mismo. ¡Ahí estaba! ¡Era una araña real, verdadera; podía decirlo a todo el mundo! ¡Era la que de noche venía a dormir con él, a compartir la tibieza del lecho! Y don Ramón, fuera de sí, no pudo reprimir esta exclamación:

—¡Ahora verás, maldita!

Se movió un poco, lo suficiente para que la araña, asustada, cambiara de lugar. Dió buen resultado la estratagema; sin apresurarse demasiado, la araña caminó hasta llegar al borde de la cama. Entonces don Ramón, con un júbilo infantil reflejado en su rostro, la empujó rápidamente, de modo que cayera al suelo; allí, con uno de sus zapatos, la mataría... ¡Pobre don Ramón! Inclinado en el lecho, pacientemente, buscó por el suelo, por las sábanas, por la cama toda, más minuciosamente que aquella noche... y ¡nada, nada! Los ojos se le abrían desmesuradamente, no quería respirar.

Entretanto su mujer había despertado. Cuando se enteró de lo ocurrido, abandonó prestamente el lecho; ella también quería buscar. Y he ahí marido y mujer, en ropas de dormir, casi arrastrándose por el suelo, buscando a «¡la maldita!»



La noche siguiente fué horrible. No habían transcurrido veinte minutos desde que se hallaba acostado, cuando comenzó la inquietud o, mejor dicho, la angustia; sí, porque fué una verdadera angustia.

Don Ramón sintió a la araña entre sus cabellos, como la vez primera, con la diferencia de que ahora no le cabía duda de si era una araña o un mechón de cabello que se deslizaba. No quería mover un solo miembro ni hacer el menor gesto.

—¡Ay! ¡Aaaay! —gritaba mentalmente don Ramón, mientras encogía las piernas todo lo que su voluminoso vientre le permitía.— La ¡maldita! ¡Camina por mi frente! ¡Aaay!...

Si el comerciante hubiera proferido esos gritos en voz alta, habría resultado algo conmovedor y patético; mas no por eso dejaba de ser conmovedora, horriblemente conmovedora, la angustia que se desarrollaba en el interior de su pellejo.

—Si prendo la luz... si prendo la luz... —pensaba don Ramón, ajeno a tales disparates, que su atolondramiento le provocaba. —Si prendo la luz...

De pronto ocurriósele una idea luminosa, en el preciso instante en que se proponía respirar fuerte, haciendo ruido como un fuelle para alejar a la araña. Pensó que estos animalejos gustan de la música; y recordó, súbitamente, que su reloj se hallaba debajo de la almohada. Con movimientos cautelosos deslizo uno de sus brazos y una vez que lo hubo cogido, aun con mayor cuidado, lo colocó sobre la mesa de noche; así podría gozar de una tranquilidad relativa.

En efecto, parecía que la araña se había alejado definitivamente; mas como el sueño tardaba en llegar, para distraerse, don Ramón pensó en lo que diría a su mujer al siguiente día; tampoco dejaría de contárselo a Mr. Bouronie. ¡Oh, no! ya no lo callaría más. Un ligero soplo, muy tenue, que le rozaba su rostro, distrájole de estos pensamientos.

—¿Será la maldita?—aventuró a pensar tímidamente.—No; las arañas no soplan. ¿Dónde se ha visto?

No pudo terminar la frase; de nuevo las patas largas se movían entre sus cabellos muy cerca de la frente. Y don Ramón encogía las piernas todo lo que su voluminoso vientre le permitía, e igual que antes exhalaba, mentalmente, unos gritos desgarradores, lastimeros.

—¡Ay! ¡Aaaay! ¡Una araña que sopla! ¡Esto es horrible! ¡Aaaay!...

De esta manera transcurrió toda la noche. Al día siguiente, malhumorado y nervioso, abandonó el lecho muy de mañana; amplias ojeras, frutos del insomnio, surcaban su pálido rostro.

Una idea lo iluminó al punto. Pensó que igual como en la historia de su mujer, «su araña» podría refugiarse debajo de la almohada; y sin esperar a más, la levantó. Nada había; solamente una mariposita pequeña, pequeñísima y blanca salió volando; reparó en ella el comerciante y, avergonzado y jubiloso a un tiempo mismo, con rápido movimiento alzó el colchón por la parte que ocupara la almohada. No se había equivocado: otras mariposítas pequeñas, pequeñísimas e igualmente blancas, salieron volando; eran polillas.

Don Ramón se sentó en el borde del lecho; meditaba. Sí; no cabía duda alguna; ellas eran las que, con sus vuelos, hiciéronle creer en una araña que soplaba; la que viera el día anterior fué debido a una mera casualidad; todo se hallaba explicado, no había que pensarlo más.

Durante el almuerzo estuvo muy locuaz con su mujer. Narró toda suerte de historias, aun absurdas e inverosímiles; habló sobre insólitos descubrimientos científicos; en una palabra, puso todo su afán en distraerla del recuerdo de «la maldita».

Llegó la tarde y se encaminó a casa de «monsieur» Bouronie. Según su costumbre de hacía tres años, al pisar el umbral, escupió; e impulsado por esa misma costumbre, se dirigió hacia la balanza (en los días anteriores no lo hizo, tal era entonces su preocupación); palideció de súbito, comprobando que había rebajado cinco kilos. Escupió nuevamente y penetró en la trastienda.

—¿Siempre engrosando, don Ramón?

Pero don Ramón permaneció callado; no dijo, como era su costumbre: ¡Qué quiere Vd! ¡Así es la vida! Y silenciosamente acomodó la silla que había llevado del despacho. Mr. Bouronie, junto a él, se hallaba preparando una receta; de pronto, a causa de un movimiento brusco, un frasco pequeño que sostenía en sus manos cayó al suelo con estrépito.

—Una araña, —explicó el boticario, —una araña me ha sorprendido.

—¿Y se ha asustado de ella? ¡Qué flojo es Vd., Mr. Bouronie! —dijo don Ramón usando un dulce tono de reproche. Y acercándose a donde estaba la araña, armado con uno de sus anchos zapatos, la apretó suave, delicadamente, lo necesario para matarla.



PANCACHA. — Distinguidas señoritas y jóvenes pertenecientes al Lanw Tennis Club de Río Tercero, que tuvieron una brillante actuación en los últimos torneos.

LA VELOCIDAD DEL SONIDO EN EL AGUA

Se ha admitido, como resultado de muchos experimentos realizados en diversas ocasiones, que la velocidad media del sonido en el aire es de 333 metros por segundo, y éste es el número que suele adoptarse en la práctica corriente.

Para la velocidad del sonido en el agua a la temperatura de 8° continúa admitiéndose la de 1.485 metros encontrada en 1827 por Colladon y Sturm, en experimentos realizados en el lago de Ginebra.

El físico francés M. Martí practicó en Cherbourg experimentos para encontrar la velocidad del sonido en el agua del mar. Según estos experimentos la velocidad es de 1.504 metros por segundo, a una profundidad que representa la presión de una atmósfera, a la temperatura de 15° y para una salinidad tal que la densidad del agua a 0° sea de 1.026. Apoyándose luego en la teoría del sonido, el mismo físico ha formado gráficos que permiten calcular la variación de la velocidad conforme varíen la profundidad, la temperatura y la salinidad del mar.

Estos últimos resultados son, sin duda alguna, muy interesantes, pero falta encontrar la confirmación práctica, mediante medidas directas, de los datos que han proporcionado las consideraciones teóricas.



"No he olvidado la Salsa favorita de usted"

Donde reina la calidad, la Salsa Inglesa Lea & Perrins es *sine qua non*. Ninguna mesa arreglada perfectamente está completa sin esta Salsa sin rival, la cual proporciona un gusto tan saludable a muchos alimentos.

Procure siempre obtener la Salsa Inglesa genuina hecha por la casa de Lea & Perrins. La firma de Lea & Perrins aparece escrita con letras blancas a través del rótulo rojo de cada frasco.

La verdadera SALSA INGLESA

LEA & PERRINS

La calidad suprema de esta Salsa Inglesa, tan rica y antigua, ha sido mantenida continuamente durante la vida de cinco generaciones.



De Entre Ríos

GENERAL CAMPOS. — Comisión directiva de Lawn Tennis y Foot Ball Club, que ha organizado grandes festejos para conmemorar el 3er. aniversario de la fundación de la entidad deportiva que presiden.



Grupo de familias que concurrieron al picnic realizado bajo los auspicios del club antedicho, celebrando su tercer año de existencia.



En su mano está

la mitad del remedio, para calmar su dolor.

Basta en efecto que ponga en el hueco de ella, unas gotas de **Amilal** y se dé una buena fricción sobre la parte dolorida, para que al poco rato los dolores cesen y tenga Vd. la agradable sensación del fresco alivio que produce un masaje con



El Amilal es una untura que tiene un olor más bien agradable, y que no mancha ni la piel donde se aplica ni los vestidos.

la enérgica untúra que a sus propiedades antirreumáticas une su efecto resolutivo y suavizante en

Chichones, Machucones, Paspaduras.

En las farmacias $ 1.80 el frasco.





ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS



UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS de oro 18 kilates; verdosos, de 6 gramos cada uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo.................... **$ 30.–**

El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, a título de propaganda, por sólo... **$ 45.–**



N.° 170—**AROS** etruscos, imitación plata u oro viejo, el par.... $ **4.00**

N.° 532. — **HEBILLA** para cinturón, de níquel iniciales caladas o en esmalte, a pesos **5.00**

La misma, de plata 900... $ **11.00**

N.° 531. — **PLATEADO** fino, brillantes y perla, el par, pesos **2.90**



N.° 141—**PLATA** 900, iniciales en esmalte, a $ **5.00**



N.° 189. — **PLATA** 900, y marquesinas, a .... $ **4.50**

N.° 136—**ORO** 18 Fix, herradura, liso, pulido, $ **10.00**

N.° 194. — **PLATA** y perlas imitación, a pesos... **3.00**



¡OFERTA EXCEPCIONAL!

RELOJ de plata 900, máquina Suiza, Ancora, 15 rubíes, con pulsera de gamuza fina, para caballero $ **23.00**

El mismo enchapado en oro 18 kilates, garantido 10 años. Precio nunca visto hasta ahora...... $ **25.00**

Con cada reloj regalamos un vidrio de repuesto.

Los giros postales dirigir a nombre de P. SEITLER

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES

A SARRASQUETA LE HACEN EL CUENTO DE LAS LIMOSNAS

(En dos partes)

PARTE I



Sarrasqueta goza ahora de un buen empleo en una gran fábrica de sebo. Su patrón le manda al Banco para cobrar un cheque de seis mil pesos, recomendándole mucho no sea pavo dejándose estafar.



Hechos efectivos y recontados los seis mil del cheque, chocóle mucho la rapidez del pago, los envolvió en un diario, haciendo un paquete, el que unió a otro que contenía un tomo de "Las mil y una noches".



Ya en la calle, la detiene un señor extranjero, que le pregunta:

Extranjero. — ¿Señor, es usted del país?

Sarrasqueta. — ¡Sí, y uno de sus mejores frutos!...

Extranjero. — Yo acabo de llegar de Estados Unidos.

Sarrasqueta. — ¿Estados Unidos y Perú?

Extranjero. — ¡No, sólo de Norteamérica!



Extranjero. — Y ando perdido en esta gran ciudad...

Sarrasqueta. — No se aflija; aquí las situaciones cambian pronto, y hoy está usted perdido y mañana encuentra la suerte...

Extranjero. — Es que no conozco las calles que necesito saber para cumplir una misión que traigo a este país.



Extranjero. — Entremos en un bar para explicarle bien.

Vengo con el propósito de acometer grandes negocios, en minas de oro, plata y hojalata, y con la exclusiva para implantar aquí unas nuevas máquinas automóviles para la venta callejera de maní torrado eléctricamente.



Extranjero. — Además traigo una benéfica misión. Un tío mío, acaparador y multimillonario, ha muerto de hambre al no poder comer porque se le atravesó en el tubo digestivo una raspa de bacalao, y me encargó repartir parte de su fortuna entre los pobres de esta ciudad, donde se enriqueció.



Extranjero. — Ahora bien: mis negocios de las minas, de las latas y de los manises no me dejarán tiempo para cumplir la última voluntad del filántropo difunto, haciendo el reparto de los cien mil pesos que traigo en esta valija.



Extranjero. — Usted que, como veo, es un hombre serio, ¿no podría recomendarme a una persona honorable, desocupada y responsable, que bajo alguna pequeña garantía se hiciera cargo y tuviera el honor y satisfacción de repartir la plata?

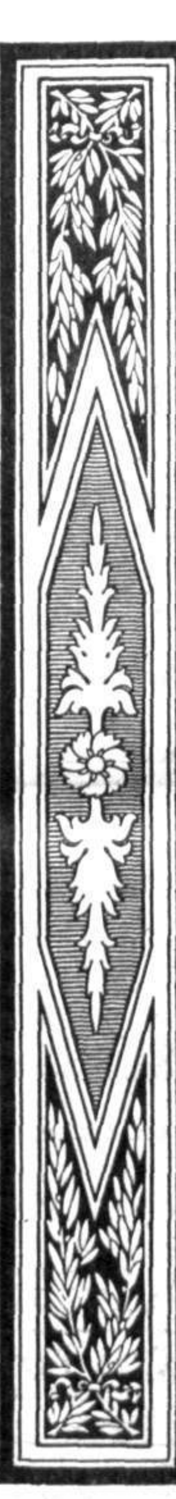


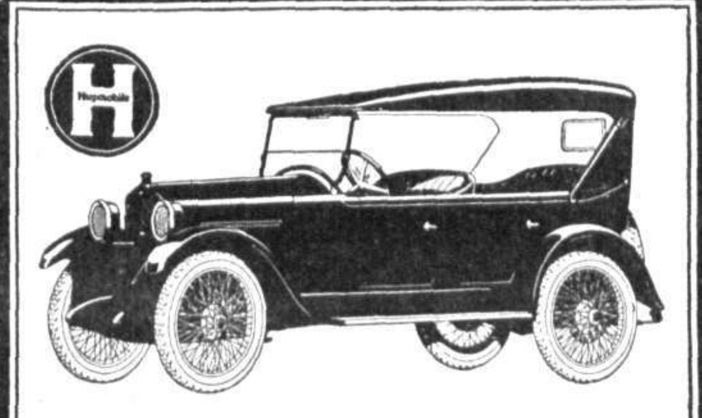
Extranjero. — ¡Oh! ahí viene un amigo y compañero de viaje. — Tengo el honor de presentarle al ilustre ingeniero mister Kaloty, famoso inventor de los autos para vender manises, que están ya dando la vuelta al mundo.

DIBUJOS DE REDONDO

CIRCUITO AUTOMOVILISTICO DE BORBOLLON. — El popular "volante" Italo Paganotto, que se clasificó primero, llevado en andas después del brillante triunfo obtenido.

Alejandro Posca y su acompañante Pedro Jarsa, que ocuparon el primer puesto de la 2.ª categoría.







TIRADORES
Cunard
SON MUY BUENOS
LIVIANOS
Y CÓMODOS
PROLIJA
CONFECCIÓN
GRAN VARIEDAD EN
GUSTOS Y PRECIOS
EXAMINELOS ANTES DE
COMPRAR OTRA MARCA
VD. LOS ADOPTARÁ





En el tumulto del Carnaval esa noche, Derrick tuvo la impresión de que era como una paja en el seno de un torrente. Por seguir un capricho, se había expuesto a una lucha fútil y a una derrota. En medio de sonoras carjajadas, la multitud le tenía a su merced. Cerca de la suya sentía caras de personas extrañas: caras barbudas de hombres, aterciopeladas mejillas de muchachas, cabezas canosas de viejos, rojos labios de niños. Los más variados olores ponían a prueba su sentido del olfato: perfumes de los vestidos de las mujeres, picantes aromas de tabaco, olor de flores caídas y pisoteadas. La voz del Carnaval se elevaba en una multitud de sonidos diferentes que se refundían en una perfecta sinfonía de alegría.

Derrick contemplaba encantado a la multitud. Hombres, mujeres y niños se exaltaban unos a otros; se hallaban en el pináculo de la alegría, muy por encima del nivel de los días ordinarios. En la cara de Derrick se reflejaba la alegría de los demás. Era uno de ellos, un camarada de todos.

Un hombre se le acercó y le habló jovialmente:

— ¿Está usted contento esta noche, señor?

— Muy contento; me parece un sueño. Pero ya despertaremos y el sueño se habrá ido.

El acento con que Derrick hablaba el italiano denotaba que era extranjero.

— En mi país — continuó — no hay Carnaval. Las noches de Italia son adecuadas para esto.

— Sí, señor.

El hombre se rió y se alejó.

En una esquina un muchacho vendía farolillos colorados, pendientes de un alto palo; parecían estrellas rojas en la oscuridad del cielo. Derrick compró uno.

— Uno más entre mil — murmuró, y se rió de sí mismo. — Vistos desde arriba debemos parecer un enjambre de moscas de fuego.

La multitud se hacía más densa. Era imposible moverse sin tropezar con los vecinos. Derrick, al intentar bajar su farolillo, provocó una viva exclamación de una mujer que estaba a su lado.

— Disculpe usted; lo siento mucho — dijo; y luego, fijándose en que había hablado en inglés, lo repitió en su chapurreado italiano.

La mujer se rió alegre, melodiosamente.

— No se preocupe uted en traducir; entiendo.

— ¿Habla usted inglés?

Derrick volvió la cabeza para mirar a la mujer. Parecía tener unos veinte años, era alta y muy graciosa. Tenía el pelo y el cutis de un color que le hizo recordar a Derrick las mujeres de Rossetti.

— Veo que usted no es italiano — agregó la mujer. — Ningún inglés puede proceder como un italiano en Carnaval. Hay que nacer para el arte.

Derrick hizo un signo afirmativo con la cabeza.

— Tiene usted razón. Hay en esto una gracia, un abandono que nosotros no podemos tener.

Con alguna dificultad bajó su farolillo y lo apagó.

— ¿Pero, por qué? — preguntó ella. — Por lo menos estaba usted procurando tener su parte en la fiesta.

— Y empleando un brazo que podría servir para protegerla en medio de esta multitud — dijo Derrick gravemente.

Ella no dijo nada; pero él sintió que le clavaba la mirada. De pronto ella sonrió, y Derrick creyó ver muchas cosas en su sonrisa. Le pareció que esa sonrisa lo provocaba.

— ¿Se ha separado usted de los suyos en la multitud? — preguntó; y tomando el silencio de la dama por afirmación, agregó: — Hasta que los encuentre, permita, mi compatriota, que la proteja.

— ¿Protección?

Y la dama se calló un instante. Sonrió de nuevo y agregó:

— Sería muy amable de su parte.

— Lo peor es que no puedo hácer mucho. Tendremos que quedarnos aquí hasta que la gente se mueva.

— Podemos conversar — insinuó la dama. — Hábleme en inglés; el idioma natal parece una música a los desterrados.

— ¿Desterrada? En esta época de libre tránsito... Nuestro país está, de hecho, muy cerca.

— Pero lo que está muy cerca puede a veces parecer muy lejos. Le diré...

Pareció vacilar un segundo y agregó atropelladamente:

— Me estoy imaginando un valle inglés en una tarde de sol... Hay una aldea a la distancia... ¿No ve usted la torre de la pequeña iglesia? ¿No oye usted el murmullo del arroyo y el cantar de los pájaros?

— Oigo el encanto de su voz en una tierra extraña — replicó Derrick.

Empujada por una comparsa muy numerosa la multitud se echó a la izquierda, y Derrick y su compañera se encontraron en la acera, frente a la puerta de un restaurante. La multitud que los rodeaba les impedía avanzar en ninguna dirección. La puerta del restaurante les hizo pensar en escapar a las apreturas de la gente.

— Entremos — indicó Derrick. — Podrá usted sentarse hasta que la gente disminuya; después la acompañaré a buscar a los suyos.

Ella le siguió en silencio y continuó callada hasta que se sentaron a una mesa. Derrick examinaba la cara de su compañera, que tenía hermosos ojos, hermosos labios, hermoso perfil. Su cabello era de color bronce oscuro.

De pronto Derrick se inclinó hacia ella por encima de la mesa.

— Quiero decirle una cosa, si usted no se enoja... Esta mañana estuve en la iglesia de San Petronio, en la cual hay un cuadro que representa una Madona. En este país siempre se encuentran joyas artísticas; pero lo maravilloso de ese cuadro — ¿lo ha visto usted? — es la pura belleza de la concepción del artista. Y ahora — la voz de Derrick se puso algo trémula — cuando veía la cabeza de usted emergiendo entre la multitud, me parecía que el cuadro cobraba vida.

Ella empujó a un lado la taza de café, y la cucharilla cayó al suelo, haciendo un pequeño ruido.

Derrick se agachó para recogerla y luego pidió disculpas por lo que había dicho.

— No debí decir eso. Era una impertinencia de parte de un desconocido.

— En el primer momento me sorprendió, pero no es una impertinencia — dijo ella sonriendo levemente, y agregó: — Por lo común, no se dicen esas cosas a una mujer que no se conoce.

— Lo sé; perdóneme usted.

Y Derrick siguió hilvanando frases para demostrar su arrepentimiento. Cuando se calló, el Carnaval llenaba el restaurante con el bullicio de risas, cantos, interjecciones. A Derrick le sorprendió poder oir la voz de su compañera en medio de semejante bullicio. Ella decía:

— Hábleme usted de un otoño inglés, cuando el crepúsculo empieza temprano y las hojas muertas crujen a nuestros pasos, y hay en el aire olor de tierra quemada, como incienso.



En el tumulto del Carnaval, Derrick tuvo la impresión de que era como una paja en el seno de un torrente.

Derrick hizo a un lado su taza. Tenía el corazón lleno de simpatía.

— Echa usted de menos a la patria... Algún día volverá usted, y le parecerá mejor por el tiempo que ha estado fuera de ella.

Ya se oía menos ruido en la calle. La compañera de Derrick se puso de pie y se dirigió a la puerta. Derrick la siguió y no tardaron en respirar el aire fresco de la noche. La voz del Carnaval parecía extrañamente distante.

— ¿En qué dirección quiere que empecemos a buscar a los suyos? — preguntó Derrick

— ¿Los míos? Llegaría la aurora y nos encontraría buscándolos.

Derrick la miró sorprendido y su compañera hizo con la cabeza un gesto como para dar a entender que había llegado el fin.

— Ando sola — dijo.

En ese momento un farolillo cayó cerca de ellos y las llamas del papel quemado brillaron cerca de sus pies.

— Tenga cuidado — dijo Derrick. — Las llamas casi le queman los pies.

— ¡Ya me protege usted! — exclamó ella graciosamente. — Se me aparece usted en medio del Carnaval como los príncipes en los viejos cuentos de hadas.

Siguieron andando y se encontraron frente a la iglesia de San Petronio. Derrick se detuvo y preguntó:

— ¿Quiere que entremos un momento? Todavía hay luces.

Ella vaciló y miró hacia la iglesia, a través de cuyas vetustas ventanas filtraban débiles rayos de luz.

— ¿Conoce usted la leyenda que el pueblo recuerda esta noche?

— No — contestó Derrick.

Su compañera empezó a subir la amplia escalinata de la iglesia y Derrick la acompañó.

— La leyenda dice que esta es la única noche del año en que es imposible odiar a un enemigo. El Espíritu del Carnaval es muy poderoso: pone un velo mágico sobre los corazones que no perdonan.

— Lindo concepto — dijo Derrick.

Habían llegado a la maciza puerta de la iglesia. Entraron, y la soledad y silencio del templo les parecieron maravillosos después del bullicio del Carnaval. Las altas naves devolvían multiplicado el eco de sus pasos.

Llegaron frente al cuadro de la Madona de que había hablado Derrick. Unas cuantas velas permitían ver todos los detalles de la hermosa obra. La Madona inclinaba, sonriente, la cabeza hacia el Niño y en sus ojos estaba el amor maternal como en la rosa el perfume. La expresión de la cara de la Madona correspondía a una alma femenina formada por Dios. Era toda pureza. Era toda inteligencia. Era toda bondad. Era el eco de una aspiración que se eleva al cielo.

Derrick murmuró:

— Esta pintura es un verdadero milagro.

Sus palabras no tuvieron respuesta. Se volvió para ver a su compañera y se encontró solo. Un rumor de pasos sonaba en el fondo de la nave. Oyó que se cerraba una puerta distante.

Derrick se dirigió a la puerta de la iglesia. Al salir una campesina le saludó:

— Que tenga usted buena suerte en Carnaval, señor.

Derrick se detuvo vacilante.

— Hace pocos minutos — le dijo a la campesina,

— salió por esta puerta una mujer; ¿no podría usted decirme qué dirección tomó?

— No, señor; no la he visto.

Derrick echó a andar por la solitaria calle. No encontró a la mujer que buscaba, que había desaparecido irremediablemente en la oscuridad de la noche.

Después de pensarlo un momento, Derrick no pudo dejar de aprobar su manera de irse. Estaba de acuerdo con el espíritu del Carnaval eso de que una mujer aceptase la compañía de un desconocido y se marchase sin decir palabra. Había sido todo como un sueño, intangible y misterioso.

II

Derrick oía el fragor de la tormenta como habría oído la música de una orquesta que tocase para deleitarlo. Se hallaba en una pieza lujosamente amueblada. En la chimenea ardía un magnífico fuego. En la habitación no había sino una luz que no alcanzaba a los rincones oscuros.

El criado entró para preguntar si encendía más luces.

— ¿Más luces? ¿Para qué, Dawson? No hay mejor luz que la de las llamas de la chimenea.

El criado salió sin ruido de la pieza y cerró la puerta tras de sí.

La oscuridad pareció hacerse más profunda. Las movedizas llamas de la chimenea parecían manos que acariciaban las sombras, las tocaban y luego se retiraban asustadas. De pronto Derrick dejó de contemplar las llamas y se inclinó hacia adelante; habría jurado que un rayo de luz caía sobre la punta del pie de una mujer. Atizó después el fuego y las llamas llevaron su luz más lejos, echando a las sombras que las sitiaban.

De pronto Derrick se puso de pie y exclamó:

— ¿Estoy soñando? ¿Estamos en Carnaval otra vez? Su cara emerge de las sombras como la Madona de San Petronio.

Encendió más luces y todos los rincones de la habitación quedaron iluminados.

— Eres tú. ¿Eres el Espíritu del Carnaval que ha venido a estudiar un invierno inglés?

— Y a aprobarlo.

Derrick recordó la música de la voz de su desconocida de Roma. Ahora la oía más firme, más acentuada.

— Vivo cerca de aquí; perdí mi camino a causa de la tormenta y vine a dar al jardín de esta casa.

Se rió y continuó:

— Las ventanas de esta habitación estaban mal cerradas y empujé una. Le vi a usted al lado de la chimenea, pero usted no me vió a pesar de que dí unos golpecitos en el vidrio.

— La tormenta debe haber ahogado el ruido, porque no he oído nada



La mujer parecía tener unos veinte años, era alta y muy graciosa.

— repuso Derrick. Echó después una mirada hacia la ventana que caía al jardín y continuó:

— De modo que usted ha estado bajo la tormenta mientras yo estaba cómodamente aquí... Pero ahora...

Y acercó una silla al fuego haciendo un ademán de invitación para que se sentase. Ella hizo un movimiento ambiguo con la cabeza y dijo.

— ¡Protección! Me aparezco como un fantasma de la noche y usted me ofrece protección... No, no tengo frío... Es delicioso estar en Inglaterra en pleno invierno...

— Recuerdo — y la voz de Derrick se hizo algo profunda — que en el destierro usted lo echaba de menos.

Ella clavó la mirada en las llamas.

— Me alegro de que el destierro haya concluído — agregó Derrick.

Ella tendió las manos hacia el fuego y preguntó:

— ¿Puedo hablar? Me parece que se impone una explicación.

Su sonrisa era deliciosa y estaba hermosísima. Derrick cerró un momento los ojos para recordar bien la noche de Carnaval.

— ¡Carnaval! — La voz femenina hizo eco al pensamiento de Derrick como si éste hubiese hablado. Ella agregó:

— ¿ Y el Espíritu del Carnaval, tan poderoso contra los pensamientos de venganza?

— ¡Ah! sí — recordó Derrick. — Usted me lo dijo cuando subíamos la escalinata de San Petronio.

Ella se sentó con la cabeza medio vuelta hacia Derrick, y en voz más baja empezó a hablar:

— Yo he sido educada en cierto culto de la ven-



Evelina se dió vuelta en la silla y volvió a mirar a Derrick.

otros... Probablemente mi antepasado perdió en la lucha porque el otro era un hombre más apto...

Evelina lanzó una carcajada y continuó:

— Pero es el fracaso lo que más duele y lo que más enoja. Mi padre fué un artista sin suerte y mi madre tenía que enseñar inglés para ganar algo. Ambos murieron en Italia y yo seguí cultivando la tradición. Al fin... Un día la vida me sonrió. Unos parientes lejanos de mi madre me dejaron una fortuna... de trescientas libras esterlinas.

Evelina volvió a reirse y a Derrick le pareció que su risa tenía toda la dulzura y toda la alegría del Carnaval. Luego, mirándola fijamente, le dijo:

— Yo soy Roger Derrick.

Asombrado, vió que Evelina seguía riéndose.

— Ya lo sabía, pues su cara lo traicionó esa noche de Carnaval. Tengo docenas de retratos de familia y usted es un Derrick perfecto... ¿Y a alguien que no fuese un Derrick le habría dicho yo lo que le he dicho a usted? — Evelina se levantó y se echó el tapado sobre los hombros. Quiso dirigirse hacia la ventana, pero la mano de Derrick la detuvo, posándose en su brazo.

— Otra vez no. Ya la perdí una vez y la vida no me condenará a perderla por segunda vez.

— Pero es que yo debo ir y venir como el Espíritu del

ganza, la vendetta, como dicen los italianos. Durante dos generaciones ha habido mortal enemistad entre mi familia y la otra rama de los Derricks... ¿Qué dice usted? — y miró de frente a Derrick.

— Nada — replicó Derrick.

Ella tornó a mirar las llamas.

— Los detalles le aburrirían a usted... Es una vieja historia de un Derrick que se hizo enemigo de otro Derrick. Eran rivales en negocios y amaron a la misma mujer. Roger Derrick se casó con ella. Mediante una estratagema, decía su primo.

— Entonces usted — la voz de Derrick se puso trémula — entonces usted ¿es Evelina Derrick?

— La última de mi rama, y en alguna parte del mundo debe estar Roger Derrick, el último de su rama... Todas estas historias de venganzas son ruines...

Evelina se dió vuelta en la silla y volvió a mirar a Derrick.

— De cuántas pequeñas cosas se preocupa uno más de lo que merecen — dijo. — A mí me educaron diciéndome que mi pobreza era debida a los otros Derricks, como si la inteligencia de los unos pudiera tenerse en cuenta para apreciar la estupidez de los

Carnaval — replicó Evelina riendo.

Derrick dijo gravemente:

— En esta casa mis abuelos y los suyos jugaron juntos cuando niños, y la idea de enemistarse los habría hecho reir. Ahora se sienten contentos de que la Vida haya cerrado al fin la brecha...

La tomó las manos y las retuvo entre las suyas. La veía hermosísima, le parecía la realización de todos sus sueños, la única mujer que aceptaría por compañera para toda la vida.

— ¿Volverá usted algún día... para quedarse? ¿Hará usted que mi vida sea para siempre un Carnaval?

— Carnaval y santuario — contestó Evelina dulcemente.

Estas palabras los transportaron al altar de San Petronio. Les pareció ver sobre sus cabezas a la Madona que los bendecía.

El rumor de la tormenta, afuera, como que quería remedar el rumor del Carnaval. A los ojos de Derrick, la cabeza de Evelina era como la cabeza de la visión del artista en su taller-santuario. Ella era la pureza. Ella era la inteligencia. Ella era la bondad. Ella era el eco de una aspiración que se eleva al cielo.



El cuidado de las manos



PARA cuidar de la belleza de las manos, debe conservarse *constantemente* la suavidad del cutis. Tal resultado no se obtiene con el empleo del jabón y el agua solamente, pues algunos jabones secan el cutis, y como es sabido, el cutis seco se vuelve áspero fácilmente, y a menudo se lastima. Si se humedece usted ligeramente las manos con la

Crema Hinds
de Miel y Almendras

cada vez que se las lava y seca, notará que el cutis se suaviza adquiriendo blandura juvenil, y se sentirá usted satisfecha de tener manos que no se tornan ásperas ni se enrojecen; manos que no se ensucian fácilmente ni adolecen de padrastros y dedos deformes; manos que no pierden su atractivo a pesar de exponerse a la intemperie y el polvo.

El uso abundante de la Crema Hinds al arreglarse las uñas, ablanda la cutícula, evita lastimaduras y da mayor brillo a las uñas. Para las damas y los caballeros que se dedican a deportes al aire libre, la Crema Hinds de Miel y Almendras demostrará ser muy valiosa. Empléela usted antes y después de ejercicios deportivos para prevenir y aliviar quemaduras del cutis por la acción del sol y del viento, e irritaciones. La crema refresca rápidamente y contribuye a la cicatrización.

Tenga cuidado de no usar imitaciones ni substitutos de esta crema, que tan admirable éxito ha obtenido. La única original y genuina Crema Hinds de Miel y Almendras es preparada solamente por la

A. S. HINDS COMPANY
Portland, Maine, Estados Unidos

Se vende embotellada y embalada en forma atractiva y conveniente

MAYON, LIMITADA
1245 Av. De Mayo 1257
Buenos Aires, Argentina

Representante exclusivo y agente para la Argentina y el [illegible]

Hágase que las cosas luzcan como nuevas. Es fácil conseguirlo con SAPOLIN



Para dar a un artículo el acabado brillante y suave de la plata, (duradero, no manchadizo y lavable), úsese el

Esmalte de Aluminio SAPOLIN

Recomendado para toda clase de accesorios de metal; para barandas, cercas de hierro, muebles de jardín, buzones de correo, bocas de riego, postes de alumbrado, pilares para amarrar, etc., etc.



Para calderas, guarniciones de estufas, cocinas de gas y de petróleo; para cualquier superficie expuesta al calor debe usarse el

Aluminio SAPOLIN Resistente al Calor

Para restaurar el brillo y la apariencia de nuevos a los artículos caseros úsese, como más económico, el *Lustre de Oro SAPOLIN*

Con él se conseguirá un dorado uniforme, de brillo igual que el dorado de oro legítimo.

SAPOLIN se aplica fácilmente y se obtienen siempre los mejores resultados aún en la zona tórrida. A fin de obtener el legítimo, vea que el tarro ostente el nombre en esta forma: SAPOLIN.

Lo tienen todos los que venden pinturas

ESMALTE DE ALUMINIO

SAPOLIN

Aluminio SAPOLIN Resistente al Calor — **Lustre de Oro SAPOLIN**

Además:
Pinturas de Lustre para Carruajes SAPOLIN
Esmalte SAPOLIN para Tinas de Baño
Tinte de Lustre SAPOLIN
Lustre de Plata SAPOLIN
Colores lustrosos SAPOLIN para Pisos y Maderas
etc., etc.

Fabricantes: Gerstendorfer Bros. Nueva York, E. U. A.

Fabricamos también Esmalte de Oro, lavable, que lleva por nombre "OUR FAVORITE". De económica y fácil aplicación y el mejor substituto del legítimo oro en hojas.

6-2-23

LA NIÑA POBRE Y LA NIÑA RICA



AQUELLA mañana, al cruzar Rosita el vestíbulo de su confortable casa, observó que estaba de pie, junto a una caja de regular tamaño, la pequeña aprendiza de la modista de su mamá. Rosita se acercó solícita a la niña y la invitó afectuosamente a sentarse. Luego díjola con bondadoso acento:

— Debes estar cansada.

— Algo — respondió la aprendicita con expresión triste.

Como Rosita disponía de tiempo, porque su mamá estaba probándose el vestido que la niña había traído en aquella caja tan grande como ella, reanudó el diálogo que momentos antes iniciara. A los pocos minutos ya eran amigas y hablaban con ese lenguaje de un corazón que se confía a otro.

— Cómo te envidio — decía Rosita. — Tú no vas a la escuela como yo ¿verdad? Si tú supieras qué aburrida estoy. En lugar de salir con mamá y pasear con ella, vivo condenada en esta época del año, a estudiar, a estudiar siempre. Me encierro en mi cuarto durante algunas horas del día para hacer los deberes y aprender las lecciones, no sólo de la escuela, sino también las del Conservatorio, porque sabrás que he comenzado a estudiar el arpa. Y cuando salgo a la calle en compañía de la doméstica, es para ir a la escuela. Sola, jamás. ¡Qué vida la mía!

La pequeña aprendiza le replicó:

— ¡Pero tú no trabajas como yo, y aprendes cosas lindas!

Rosita responde: — Tu trabajo no es aburridor. Todo el día te lo pasas en la calle, casi siempre sola, viendo a muchas señoras y lindos vestidos...

La niña cuyo brazo izquierdo descansaba sobre la caja, se levantó y con voz grave dijo a Rosita:

— Trata de levantar un poco esa caja.

Rosita hizo la prueba y la dejó en seguida, diciendo al mismo tiempo:

— ¡Qué pesada es!

— Está vacía... — observó la niña. — Ahora mira mis manos... Sacó entonces debajo de su pañoletita dos manos hinchadas y llenas de sabañones; dos manos que aun debían sostener libros y plumas y que, sin embargo, la miseria condenó a un trabajo prematuro. Después agregó: — ¡Esto no sería nada! Lo que más me entristece es haber ido poco tiempo a la escuela... ¡Si supieras qué mal leo! Cuando escribo cometo tantos errores... Diciendo esto la niña inclinó la cabeza sobre el pecho; dos rizos rubios le temblaban sobre la frente.

Rosita comprendió toda la amargura de aquella almita. Movida de una gran piedad tomó entre sus manos la cabeza de la niña con intención de decirla una palabra buena. En cambio le dió un fuerte beso.



ADELIA DI CARLO

Señora:

Una sola visita a la

Casa Izquierdo

490 - Carlos Pellegrini, - 490

especialista en CORSES y FAJAS de calidad, dará a Vd. la oportunidad de admirar la grandiosidad de nuestro surtido y la belleza de nuestros modelos.



FAJA Mod. 25. — Muy cómoda y elegante. Especial para sostener el vientre. Confeccionada en rica batista de hilo y elástico adelante a

$ 18.-

CANOL La mejor tintura vegetal instantánea para el cabello y la barba.

Devuelve al cabello su color natural, adquiriendo un hermoso brillo y la suavidad de la seda.

Garantizamos nuestra tintura **CANOL** y devolvemos el importe si no da el resultado indicado.

Todos los tonos, en rubio, castaño y negro.

Precio de la caja con encomienda paga a cualquier punto de la República.... **$ 8.—**

Unico Concesionario para la América del Sud:

CASA IZQUIERDO

Carlos Pellegrini, 490. — Buenos Aires.

Solicite nuestro nuevo catálogo.

Casa Izquierdo

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

Carlos Pellegrini, 490.—Bs. Aires.

UNION TELEFONICA 38 MAYO, 0313



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



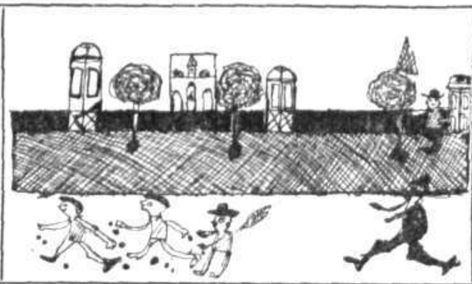
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



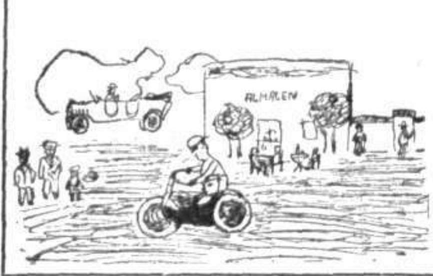
1638 — Firpo entrenándose.
ADOLFO A. DE AMBROSINI.



1639 — Una comparsa.
ROBERTO MOETZEL



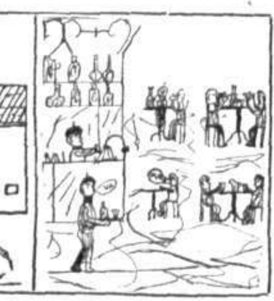
1640 — Por jugar a las bolitas.
ENRIQUETA BORGES.



1641 — La carrera de las 12 horas.
ALEJANDRO LARRAMENDI.



1642 — Pepe en la quinta.
ALBERTO FERRARI.



1643 — Una cantina.
IRMA G. FALCONE.


"LA SALUD DE LOS NIÑOS
Germinase"
Alimenta a las criaturas preparándoles un excelente porvenir físico.
De venta en Farmacias y Casas de alimentación.



DESPUES DEL VERANEO

POR

LUZ Y SOMBRA

¿Cuál es, gentil lectora, el justo tono de tu cutis a la vuelta de la playa o de la montaña? Después de uno o dos meses de sol y de baños, ¿qué colorido habéis llegado a obtener? Esto es lo que se precisa saber para vestirse modernamente. Vosotras también, como en otras partes, habéis jugado seguramente «a la que tendría la piel más quemada», como los pibes juegan, cuando se lavan las manos, a «el que hace el agua más negra». El secreto no es de los más sencillos, y el baño de mar, si bien es indispensable para conseguir ese tono bronceado que el aire de montaña no puede dar, no es sin embargo suficiente. Es necesaria también la fricción con una decocción de corteza de nuez.

Pero, en fin, ¿cuál es el justo tono de vuestro cutis? ¿Habéis llegado, a través de una paciente exposición a los rayos solares y de un sabio uso del aceite de coco, al color de cigarro claro? ¿O vuestra piel se acerca, aquí y allá, al pan de espliego o a la caoba? ¿O no habéis pasado del tono hoja de otoño, o del avellana un poco marcado? ¿Habéis conservado el color café con leche? ¿O leche solamente? ¡Qué vergüenza! ¿El color nácar de siempre, como si hubiérais quedado tapadas en vuestras casas bonaerenses? Es necesario estudiar cuidadosamente el exacto color de vuestra piel, porque vuestras medias de seda tendrán que ser de ese mismísimo tono. La media blanca es hoy día lo que hay de más común, y seguramente ninguna elegante se resignaría a usarlas. Solamente es admitida la media finísima color carne; si destaca, aunque poquísimo, de la misma, resulta inelegante. Desentona.

Lo mismo dígase de los zapatos blancos. Con un vestido entera y solamente blanco — hay pocos ya — pueden pasar, pero en todo otro caso serían de gusto asaz vulgar.

El zapato preferido será de cabritilla de color, *bleu roi* o cereza, verde o amarillo; en fin, del tono del vestido que deben acompañar. Vuestros pies parecerán tallados en piedra preciosa; serán zapatos de rubí, zafiro, esmeralda... Obras maestras de esos artífices que otrora se llamaron zapateros.

Para el golf — es superfluo decirlo — no hay sino el zapato inglés, de cuero marrón, con sus suelas gruesas y sus tacos anchos. Con estos zapatos la media blanca es tolerada, casi diría tolerable. Un traje de sport, nada más.

Empero, mis lectoras no ignoran que sin un cierto conjunto de tonos haciendo juego, no hay elegancia posible. Me acuerdo haber visto en Buenos Aires, el invierno último, algunas aficionadas a esos juegos de colores, y siendo una moda bonita, exquisitamente estética, no es de extrañar que sobreviva a las estaciones.

La cajita del polvo — uno de los objetos que más se ven — será del mismísimo color del polvo que Vd. usa; armonía elogiable bajo todo aspecto. Por otra parte, hay que recordar que la reina de Inglaterra ha condenado esta costumbre moderna de empolvarse (se *refaire une beauté*, dicen los franceses) en público, y no la admite en su corte. ¿Tendrá consecuencias la desfavorable opinión real?

El puño del paraguas y la cartera harán juego, naturalmente, con los guantes y los zapatos. He visto días ha, en Italia, una cartera rubí haciendo juego con los aros y... ¡los labios! Pero no lo aconsejo. En Italia, o, mejor dicho, en Europa, donde es tan común ver a la mujer fumando, ya empieza a ser *chic* el no fumar, el papel de los cigarrillos hace juego con el color del vestido, o, por lo menos, con el tono dominante en el mismo.

El sombrero completa el juego — inevitablemente.

En materia de perfumes ya habrá llegado a oídos de nuestras elegantes que ya no es *chic* citar los nombres que otrora nos hacían estremecer de deseo o de placer, como «La contessa azzurra», «Pompeia», «Jacinto negro». Ahora se dice: «El número 24 de la casa X, el número 36 de Z», etc.

Y esto hace parte de lo que se llama «la elegancia matemática». Cierto es que para recordar *il tempo felice nella miseria* este método matemático carece de poesía, y no será lo mismo decir: «¡Ah, aquel número 47!», que como se decía hasta ahora: «¡Aquél perfume de acacia!». Y, sin embargo, se trata del mismo perfume que nos ofrece las mismas emociones.

En materia de detalles y adornos, hay que citar una vuelta triunfal de la pluma de avestruz colgando. A veces están colocadas en la parte trasera del sombrero y caen hasta el talle; con más frecuencia, y con efecto más bonito, rozan la nuca y el hombro.

Son muy usadas también para adornos de vestidos y tapados de noche; forman grandes cuellos blandos que encuadran deliciosamente la cara, o largas franjas sobre el borde de la prenda.

Generalmente se usan del mismo color del vestido que acompañan, pero también se ven en tonos graduales, y son de mucho efecto.

Además de la pluma de avestruz colgando se usa la rígida para sombreros no voluminosos, colocada de manera que toma la vuelta de la copa, y mientras una extremidad cae sobre el ala, la otra se eleva hilo por hilo hasta formar un copete hacia atrás.

Otra bonita novedad es la pluma de avestruz trabajada a cinta.

Con el tul y los encajes nada más apropiado que esas plumas.

Las franjas de avestruz glicerinadas sobre una capa de noche imitan la piel de mono y son más flexibles. Cuando no llevan plumas de avestruz o «cenille» o crisantemos, los vestidos de tul — preferiblemente negros — vienen cubiertos de bordados de seda en colores e hilos de plata y de oro estilo Tutankamon; creaciones extravagantes y que al mismo tiempo representan la expresión de un amable pensamiento hacia el rey egipcio, cuya tumba se acaba de volver a abrir.



Vestido de crepé georgette blanco sobre fondo de crepé de chine rosa. El delantal es de encaje. En la espalda la grande bertha lleva aplicaciones de encaje a puntas. El borde del vestido es también adornado con puntas de encaje.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 103

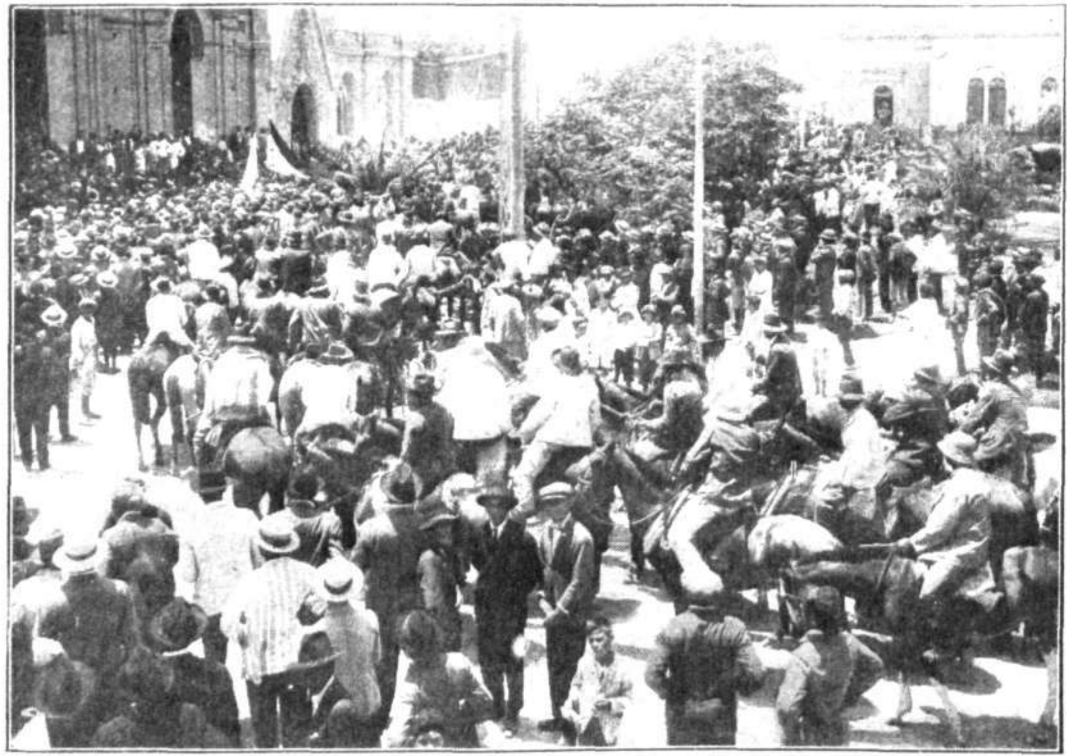
Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

De Santiago del Estero



Aspecto de la gran manifestación política organizada por las fuerzas opositoras al Gobierno Provincial, y en la cual hicieron uso de la palabra diversos oradores.

PRODUCTOS SUPREMA

Mantener inmarcesibles sus encantos naturales,

es un problema que las damas ya han resuelto favorablemente, gracias a los exquisitos

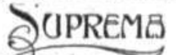


Polvo Grasoso y Agua de Colonia

Constituyen por su finura el mejor factor para la belleza femenina.

SE VENDEN EN TODAS PARTES

Sociedad General de Perfumes Productos



P. BURS y Cía.
Bolivar, 1725. B. As.

GRATIS se remiten muestras del POLVO GRASOSO SUPREMA.



UNA TRAGEDIA RÚSTICA

POR

JULIO ARAMBURU





ACÍA mucho tiempo que la mujer de Severo Luray sentíase enferma. Algo anormal le obscurecía el claro juicio y los sentidos. Su origen, vaya a conocérselo: quizá el odio, el dolor o el cansancio de una vida monótona y sombría. Rosa Vega era un temperamento enérgico y frío. Alta, grave, su única belleza residía en el fulgor de los ojos verdes y trágicos. Una cabellera undosa enaltecía la palidez criolla de su rostro, color de marfil viejo. En sus labios amortiguados y tristes siempre parecía vagar una sonrisa de ironía y amargura.

Luray era un hombre de las montañas de Humahuaca, hosco y fiero como un buitre. Su carácter neurótico y altanero no inspiraba amistad ni simpatía. Enemigo del trabajo y de la lucha, su vida serrana era misteriosa y equívoca. Vivía en un modesto arriendo de Tres Cruces, rodeado de setos y de lomas yermas. En las mañanas, lo pasaba arreglando coyundas y trebejos de labranza. Por las tardes, salía con la escopeta a cazar vicuñas en los cerros.

La gente de la cercanía decía que era un tipo intratable y extraño. Jamás saludó a los vecinos ni lo vieron asistir a las fiestas regionales en compañía de su esposa. La pobre y resignada mujer era una víctima inocente de la perversidad conyugal. El la martirizaba a todas horas, sin tregua ni piedad. Las lágrimas y el sufrimiento femenino le producían una insólita voluptuosidad morbosa. En un tiempo se fué empleado con una compañía inglesa para los trabajos de explotación minera en Orosmayo. Al regresar, después de un año de ausencia, trajo junto con sus ahorros una cicatriz trágica en el rostro. Averiguar la razón de ese estigma y la cantidad de la pueril fortuna, fué para la mujer un imposible. Y así, entregados a una existencia contradictoria y penosa, aquellos dos seres sufrían el desamparo absoluto del amor y de la suerte.

UN día resolvió él solo sembrar el pequeño rastrojo de la finca. Mas cuando iba a comenzar la faena, una fuerte lluvia ablandó la tierra, tornando imposible la labranza. Sin embargo, se empeñó en arar entre el barro, pero los bueyes no obedecieron. Entonces su ira fué tremenda y se aprestó a un escarmiento de martirio. Y allí, bajo el alba lluviosa, los ojos de Luray vieron caer los pobres animales sobre el lodo de la gleba, vencidos por el recio castigo del rebenque y la picana.

Cuando Rosa presenció aquella escena de crueldad le subió la sangre a la cabeza. Al regresar al rancho, el marido tenía el rostro desfigurado por una extraña desesperación. Sin embargo, pidió que le sirviese la comida y luego, más calmado, comenzó a narrarle los detalles del castigo: la angustia de los bueyes, el vigor de los golpes y la sangre que brotó de las heridas. Ahora, por mañeros, los dejaría con el yugo puesto todo el día, tendidos sobre el barro hasta que cesara la tormenta.

Ante esa iniquidad con los animales indefensos, la mujer no pudo más y estalló gritándole:

—Te odio, Luray. Tú no eres un hombre sino una fiera. Tu maldad me horroriza y estoy dispuesta a abandonarte. No puedo sufrir más a tu lao.

Severo Luray tiembla de ira, ciñe el gesto y le responde roncamente:

—Me amenazas, pero no te tengo miedo. Yo también estoy cansao de oirte y de verte. Lo mejor es acabar con tuito. Quiero vivir solo y libre de una vez.

—¿Entónces me dejarás marchar?

—Sí, pero de esta vida. Aura mésmo iré p'almacén del turco Elías a comprar aguardiente pa quemarte viva. Es necesario que desaparezcas para siempre.

Inmediatamente Luray se levanta de la silla y corre a traer un lazo de cinchar. Ella está espantada, con los ojos arrasados de lágrimas y el corazón oprimido de angustia. La escena es rápida y vio-



—¡Oh, Jorge! ¡ Y tú decías poder bajar solo ese baúl!
—Y... ¿no lo he bajado?...



LAS DEPORTISTAS

—¿Sabes, Paca? Si no me dejas ganar esta partida, le contaré a tu mamá que el "entrenador" te hace la corte...

lenta. El la toma de los brazos y la arrastra al corredor. Rosa grita, le pide perdón, piedad, socorro más nadie la oye ni él se conmueve.

—¿Qué piensas hacer, Luray?

—Voy a matarte. Por eso te aseguraré hasta que vuelva.

Ella ve la sombra de la muerte, lucha por desasirse, pero todo esfuerzo es inútil y estéril. Luray tenía una fuerza salvaje de púgil. Y allí frente a la tormenta que arreciaba él la amarró contra el horcón del rancho. Luego trajo el caballo moro que estaba en el corral, lo ensilló y partió al galope como un enloquecido.



QUÉ misterio encerraba el alma de aquel hombre montañés? ¿Porqué ese drama constante de odio y de tortura? ¿Qué razón tenía para mortificar a la pobre esposa que siempre lo acompañó con fidelidad y cariño? Algunos decían que estaba embrujado, que había vendido su alma al diablo en una Salamanca y que el plazo de morir estaba próximo. En verdad su vida era un enigma de pasiones malditas y de entrañas sanguinarias.

Hacia dos lustros se casó en Salta. Allí residió tres años y por eso su lenguaje era culto y expresivo. Ella fué sirvienta de una casa rica. Se conocieron en las fiestas de Sumalao y al poco tiempo celebraron nupcias. Al principio fueron felices, pero más tarde comenzó a sufrir el delirio de las persecuciones. Entonces resolvieron de común acuerdo irse a vivir en los cerros del Norte .Y aquí empezó la odisea de la mujer sacrificada. Luray cambió de carácter y pasiones, se aisló de todos y manifestó un profundo desprecio por la vida y el destino.



A la caída de la tarde regresó el marido. Ya no llovía. El cielo estaba algo despejado pero las sombra de la noche comenzaron a rondar la cercanía. Bajó del caballo con las alforjas repletas. Caminaba lentamente y al punto notó la mujer que estaba ebrio. Su salvación renacía. Sin murmurar una palabra se fué a sentar en un banco del corredor para cuidar su víctima. La miró como un extraviado y rompió a llorar amargamente. Aquí la psicología femenina ejerció el sortilegio del ingenio y comenzó a implorar su libertad. Luray suspendió el llanto para cumplir aquella justa petición.



LA noche negra avanzaba como una amenaza. Severo Luray se fué a tirar a la cama rendido por el alcohol y la fatiga. Rosa comprendió entoces que esta era la suprema ocasión de salvar su vida. Ya demasiado había sufrido el castigo y el infortunio de aquel hombre perverso y desalmado. Ella deseaba descansar aunque sea para siempre, no sin antes vengar el martirio de su alma. Reflexionaba muy bien que al día siguiente su marido, libre ya de la modorra del licor, cumpliría inexorablemente la sentencia. Había que hacer justicia en la tierra antes que sucumbir cobardemente.



ROSA encendió una vela en el cuarto para observar al marido que dormía. Así pasó varias horas contemplando a su verdugo. Un ronquido rudo y fuerte delató el profundo descanso. En ese instante ya no duda de su obra. Va hacia él y le saca el filoso puñal de la cintura. La blanca hoja y el dorado mango brillan con un siniestro resplandor. De pronto se siente el golpe seco y firme de un metal que se hunde dentro la carne. Luego un grito de horror, el nombre de ella en los labios convulsionados de Luray; un corazón que sangra a borbotones. Hay un breve silencio de tragedia primitiva: un cuerpo moribundo que tiembla y una explosión nerviosa de sollozos.



AMANECÍA. Una débil claridad iba serenando el firmamento. La Rosa abre la puerta del rancho y sale con el cabello suelto y el rostro demudado. La misericordia y el perdón brilla en sus pupilas justicieras. Camina sin meditar hacia el barranco cercano del hogar maldito. Desde la altura inmensa contempla el vacío horrendo y el río revolviéndose a lo lejos como un lisiado entre las piedras de la playa. Vacila un instante; mas bajo un secreto impulso se arroja al abismo con las manos ensangrentadas por el crimen. La muerte le ofrecía al fin la paz que el amor le había negado en la dolorosa senda de su vida.



CONFUSION

—¿Quiere usted darme su nombre, señor?

—Lo siento mucho, señorita, pero no puedo porque soy casado.



—¡Este se enriqueció con el sudor de las mujeres!

—¡Qué horror!

—Claro, como que es el inventor de las sobaqueras de goma...

De Rosario



Miembros de la Comisión Directiva de la Sociedad Productores de Leche, reunidos después de la Asamblea realizada para repartir el dividendo entre los asociados.

UN APARATO VISUAL PARA MOTORISTAS

Con inmejorable resultado se ha llevado a cabo la prueba de un aparato sumamente sencillo, el cual, colocado en la plataforma anterior del tranvía y a la altura de la vista del conductor, permite a éste ver las personas que suban o bajen por las plataformas posteriores.

De esta manera, y aunque el cobrador dé la salida, el conductor no pondrá en marcha el tranvía hasta no estar plenamente convencido de que ningún pasajero asciende o desciende de cualquiera de los coches que forman el convoy, evitándose infaliblemente las caídas.

Yo quiero un arte que suba la realidad, y no un arte que baje los conceptos puros y las inspiraciones santísimas del espíritu a impurezas de la realidad: como quiero un árbol que transubstancie los estiércoles de sus raíces en mieles, aromas, flores, frutos y no un árbol que transubstancie las mieles y las frutas y las flores en estiércoles. — EMILIO CASTELAR.

La verdadera liberalidad socorre en silencio al necesitado. — JOSÉ M. FERNÁNDEZ DE LA HOZ.

El embustero intenta engañar a los demás y acaba por engañarse a sí mismo. — JOSÉ M. FERNÁNDEZ DE LA HOZ.

«Maestro, si quieres cumplir tu misión con honradez, instruye al niño en lo útil, moralízalo en la moral universal, puramente humana, y no dejes de un modo absoluto que la iglesia o la familia lo hagan teólogo, soñador o visionario, porque tu obra se debilita. Tú debes formar hombres para la vida y la felicidad de este mundo; ¡formarlos para la vida de ultratumba es un absurdo!»


Galletitas
OPERA
Obleas con crema
BAGLEY
¿Las ha probado Vd. a la hora del te o con helados?
Hágalo en la primera oportunidad. Estamos seguros que nunca ha regalado su paladar con un manjar más delicado y delicioso.
10 Gustos diferentes
OPERA

De Rosario





ENLACE EN LA CARCEL PENITENCIARIA. — El penado Enrique Francioni a quien le fué acordado el permiso para contraer enlace con Rosario Montalto, realizándose con este motivo una sencilla ceremonia, que fué presenciada por las familias de ambos contrayentes y por los demás encausados. La feliz pareja en distintos aspectos del acto.

APÓLOGO

Había una vez un águila que, volando sobre una granja, en acecho de una liebre, cayó como un rayo sobre su presa, la aferró con sus garras y se la llevó por los aires. El águila advirtió muy pronto que se las había con un animal que en fuerza y bravura era muy distinto de una liebre. A pesar de la agudeza de su vista, se había equivocado: era un gato. No sólo el gato se debatía a todo trance, sino que, habiéndose desprendido de las garras del águila, se prendió al cuerpo del ave con las cuatro zarpas y clavaba los dientes en el cuello...

— Suéltame—dijo el águila—y te protegeré.

— Perfectamente,— replicó el gato; pero no me agrada la idea de caer desde esta altura para aplastarme allá abajo. Tú me has arrebatado; bájame ahora y déjame en el mismo lugar en que estaba.

Y el águila comprendió que era preciso hacer lo que el gato le ordenaba. — BENJAMIN FRANKLIN.

¿Sabe usted que el quiste hidático, a quien se debe una mortalidad tan grande en la Argentina, se transmite pura y exclusivamente gracias a los perros?

¿Sabe usted que no se debe dormir en una habitación herméticamente cerrada?

Una cura malograda por un remedio mal preparado, es tan común

que médicos y enfermos han concluído por reconocer que no se puede confiar la preparación de una receta sino a un establecimiento con suficiente capacidad profesional como para saber interpretarla fielmente, es decir: la capacidad GIBSON, que ha hecho de su nombre el símbolo de la farmacia que sabe lo que hace y entrega lo que debe.

Está en boca de todos, cuando se trata de hacer preparar una receta lo de llevarla a GIBSON si se quiere el preparado tal cual ordena la prescripción.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida.



ES LA MEJOR COLABORACION A LA INTENCION DEL FACULTATIVO

RESPONSO A DON TANCREDO

Don Tancredo López — nunca se le llamó más que Don Tancredo — acaba de morir en un hospital de pobres, en la última miseria.

Fué Don Tancredo hombre famosísimo, y supongo que el eco resonante de su nombradía, traspasando mares y continentes, llegaría también a la Argentina.

Este hombre fué en vida la demostración de la gloria que puede proporcionar el valor estéril, es decir, sin finalidad opresora, como el valor militar, y aun el mismo civil.

Era don Tancredo un humildísimo zapatero que, entre el cordobán, las leznas, el cerato y el tirapié, lanzaba su imaginación por el vasto campo de los ensueños de gloria y opulencia. Para realizar una empresa magna es necesario comenzar por soñarla; después, por sazonarla; y, finalmente, por ejecutarla; poniendo así a contribución la fantasía, el juicio y la acción diligente.

Don Tancredo planteó su problema en esta forma: en España, para llegar a la celebridad y a la riqueza, el camino más breve es la torería. Para esto hace falta gran valor; clavó con fuerza la lezna y exclamó para sí: «¡Frascuelo, a mi lado, fué una gallina!» Así argumentó la fantasía. Luego arguyó el juicio: «Pero, para ser torero, no basta el valor; un toro acaba en seguida con el más valiente; hay que ser además fuerte, ágil, correoso, un gimnasta; también es menester juventud, belleza y elegancia». Don Tancredo se miró en el pedazo de cristal que tenía en la mesa zapateril para raspar las suelas, y vió que no era joven, ni bello, ni fuerte, ni ágil, ni elegante. Ante estas objeciones del juicio, recobró su fueros la fantasía y dijo: «Los toreros se defienden corriendo y esquivando el bulto con el engaño del trapo rojo. Yo necesito inventar un toreo que consista en todo lo contrario, en estarse quieto y no esquivar nada». El juicio tornó a observar: «Pero si te estás quieto, el toro te mata en un santiamén». La fantasía redarguyó: «Cierto; pero si yo invento algo que detenga al toro con la sola virtud de mi presencia, el éxito será colosal». Y lanzada la loca por el campo de la absurdidad, divagó de esta suerte: «Los hombres sienten un supersticioso respeto por las estatuas, aunque sean de individuos que no las merezcan. ¿No les ocurrirá lo mismo a los toros?» De nuevo salió al paso el juicio: «No macanees, fantasía, porque los toros embisten a las mismas locomotoras, que son más respetables que las estatuas». Terció, por último, el valor, siempre rectilíneo en la resolución de los conflictos: «No hay más remedio que probar con el propio cuero si los toros sienten o no respeto por las estatuas».

Don Tancredo se irguió: juicio, fantasía y valor exclamaron a una: «¡el cuero sin plata ni gloria, no vale nada!» El experimento tenía tres bemoles. Si el toro no sentía esa superstición reverente con que los hombres se inclinan ante los monumentos erigidos a los próceres, Don Tancredo perdería aquella condición de respetable solidez que caracteriza a las estatuas, yendo a parar a la luna. Filósofo, como todo zapatero (condición previa de este oficio sedentario) pensó de esta manera: «Los grandes hombres son estatuados después de morir; yo voy a estatuarme antes y moriré ya marmorizado.

* * *

Hízose una indumentaria imitando la estatua de comendador. Y se anunció la magna proeza. Don Tancredo, subido en un pequeño pedestal, se colocaría en el centro del redondel, esperando impasible la salida del toro en la plenitud de su bestial ferocidad.

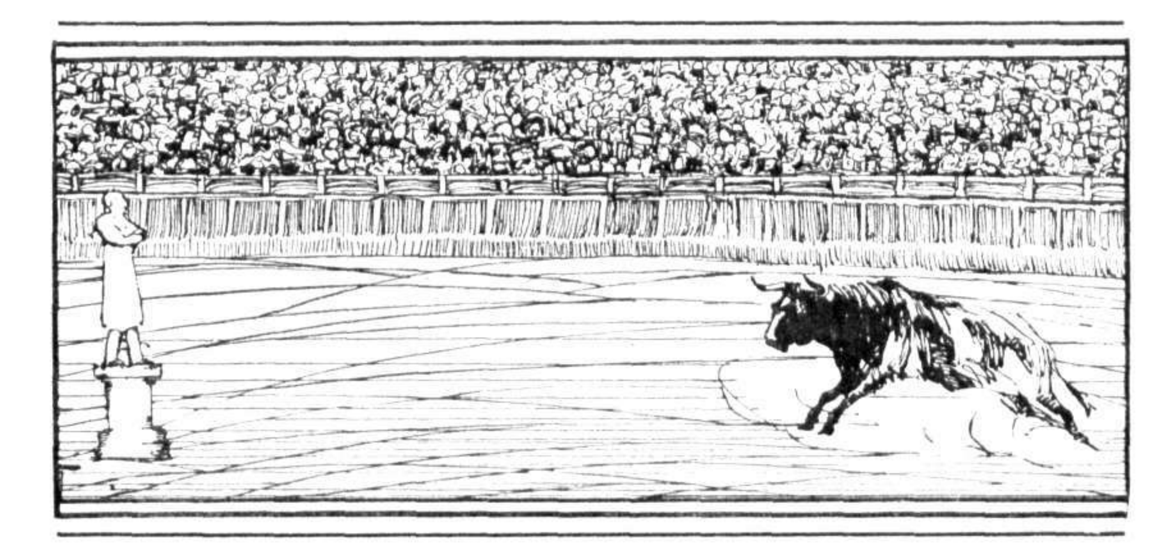
La plaza estaba cuajada de gente, suspenso el aliento por la emoción trágica. Después del brillante paseo de la cuadrilla, se colocó el pedestal. La estatua semoviente entró en la plaza, caminando con el aire propio de los seres de ultratumba. Subió a la peana, cruzó los brazos, irguió la cabeza y sacó el pecho, orgánicamente débil, pero lleno, allá dentro, de formidable energía moral. El secreto del éxito estaba en la inmovilidad absoluta, en sugerir al toro la impresión de la piedra inmortal. Si Don Tancredo descubría el engaño, moviéndose por el menor temblor, estaba perdido. La enorme concurrencia, con su silencio imponente, debió entonar su espíritu, y aunque su corazón estuviera muerto, la vergüenza le dió un brío inaudito para someter la flaca carne, hasta en su último músculo, a la quietud de una petrificación perfecta. La valentía evita más peligros que el miedo. Y el zapatero supo realizar cumplidamente aquel consejo del Dante: «Permanece firme, como torre cuya cúpula no se derrumba porque soplen los huracanes». En esta ocasión, el huracán traía cuernos...

Sonó un clarín, abrióse la puerta del toril y apareció la colérica fiera, ante cuya violencia trágica son pobres gatos los tigres y los leones. Alta la astada cabeza, tendió su mirada, exenta de mansedumbre bovina, por toda la circunferencia de la plaza, poblada por apiñadísima y atónita muchedumbre. De pronto fijóse el toro en la estatua y arrancó hacia ella en loca carrera. De veinte mil pechos surgió un alarido de terror. Don Tancredo no se movió, dando al concurso la impresión del máximo heroísmo. La estatua merecía la estatua. Al llegar la fiera al pedestal se detuvo en seco, giró en redondo y presentó a Don Tancredo el reverso del testuz. Los toreros echaron un capote, llevándose al salvaje cornúpeto a un extremo de la plaza. La estatua salió saltando del redon-

del. Y desde el callejón tras de la barrera, los brazos en cruz, daba las gracias a la formidable, imponente, catarata de aplausos.

No es posible averiguar si el toro se detuvo porque las estatuas le infunden, *como a los hombres*, un respeto supersticioso, o porque temió que sus cuernos se estrellasen contra el mármol. Nunca se sabe qué género de pensamientos hay en una cabeza cornuda. Pero al ver cómo insiste una y otra vez en que le hieran con el acero de picas y espadas, y cómo embiste a la madera de burladeros y barreras, yo me inclino a creer que no le detuvo la impresión de dureza del mármol, sino la sugestión que, hasta en los toros, ejerce la historia humana representada en las estatuas de los próceres.

Don Tancredo salió airoso de la tremenda prueba. Se ha dicho que el valor es un cálculo que hace arrostrar un mal para librarse de otro mayor. Este mal mayor era, para Don Tancredo, continuar haciendo zapatos. Abandonada la zapatería, encontrábase en condiciones de arrostrarlo todo, pudiendo decir como Napoleón: «No se encuentran personas intrépidas entre los que tienen algo que perder».



* * *

La popularidad de Don Tancredo superó a la del Cid. A su lado, los toreros, con sus trajes luminosos, eran unos pobres danzantes, unos volatineros de circo. La verdadera impresión trágica, hasta la congelación de los huesos, era aquella que daba el ex-zapatero. Le llovieron contratos de todas las plazas. Con Don Tancredo y unos maletas, los empresarios aseguraban unas entradas colosales.

Ganó una gran fortuna, repitiendo la suerte en los cien circos taurinos. Pero el «rey del valor», como se le llamaba, dióse a una vida dispendiosa y orgiástica. Aunque por su figura y edad no competía con Apolo, tuvo cuantas novias quiso. Nada importaba el caparazón desgalichado; lo interesante era la víscera corajuda que adentro palpitaba. Quimérico y fantástico, como todo hombre extraordinario, al abandonar su condición de estatua para retornar a la vida, sus poros se abrían a todas las apetencias, con el múltiple gusto siempre despierto. No se puede exigir al héroe continencia, ni orden, compás ni medida. El heroísmo rebasa en todas las normas vulgares de la existencia. Don Tancredo no quería la riqueza para guardarla sórdidamente como un avaro, sino para lucirla y dilapidarla como los genios y los paladines. Y como ellos la hizo sonar, a medida que la adquiría.

A todos los hombres excepcionales, si la muerte piadosa no llega oportunamente, les alcanza la depresiva decadencia. No fué Don Tancredo una excepción a esta regla universal. La arriesgadísima suerte tauromaca perdió interés, una vez demostrado que el toro se sobrecogía temeroso ante las estatuas, reconociendo, contra la opinión de Schopenhauer, la inmortalidad de los hombres.

Por otra parte, los toreros, recobrado su prestigio, un momento en eclipse, hiciéronle una guerra despiadada y vil, negándose a lidiar donde Don Tancredo se presentara. Decían que su hazaña era una mogiganga. ¡Ellos sí que son mogiganguistas!...

Don Tancredo pasará a la historia con doble motivo: como rey del valor, en primer término, y luego por haber aportado al progreso de las ciencias naturales el singular descubrimiento de que los toros, que nada respetan, inclinan reverentes sus cuernos ante las estatuas humanas.

Por ambas virtudes — desdeñó las restantes — merece perennemente la estatua que de modo transitorio usó en los circos taurinos. Probablemente no se la erigirán. Pero, a semejanza de Catón, tan rígido en lo que atañe a la gloria póstuma como en lo relativo a la justicia viviente, podrá Don Tancredo exclamar en ultratumba: «¡Prefiero que digan: ¿por qué no le han levantado una estatua?; y no que digan: ¿por qué se la han levantado?...»

FRANCISCO GRANDMONTAGNE



Caracterizados miembros del Partido Liberal que proclamaron la candidatura del Dr. Gaspar Taboada para las próximas elecciones gubernativas

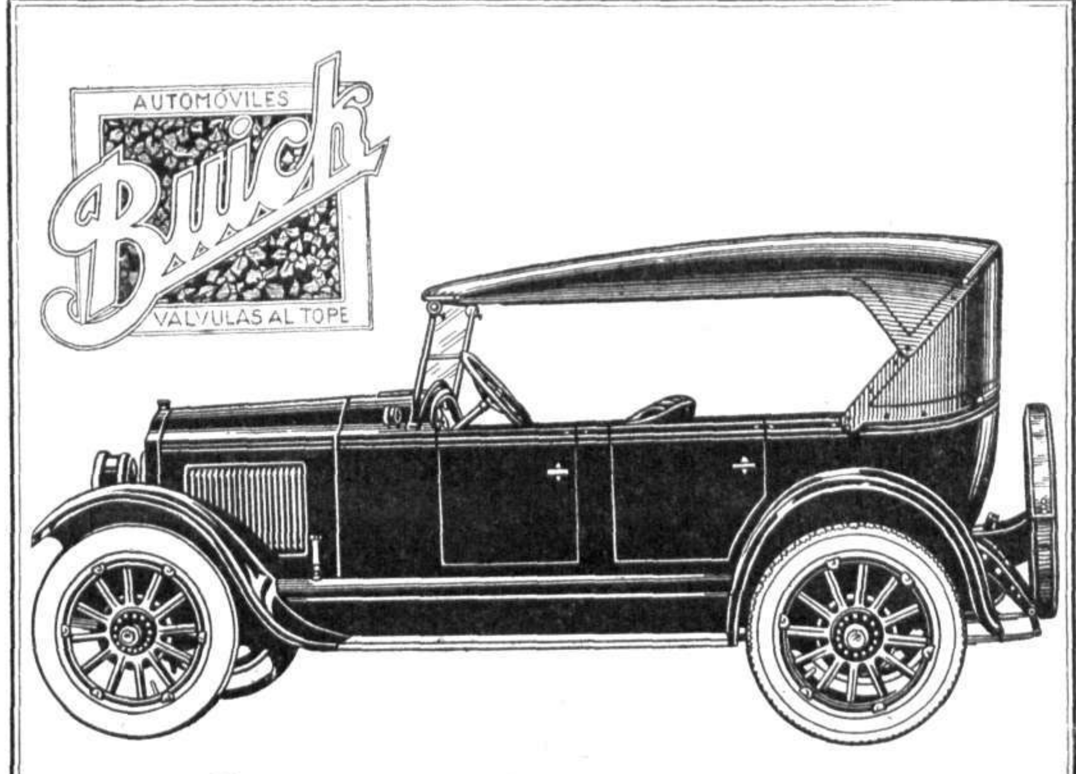
LOS DEMENTES

Los locos suelen tener una atracción poderosa sobre los recuerdos. Los seres privados de razón viven en un país misterioso de seres extraños, en esa bruma impenetrable de la demencia en que todo lo que se ha amado, todo lo que se ha hecho, vuelve a tomar la vida de su existencia imaginada, fuera de todas las leyes que gobiernan las cosas que rigen el pensamiento humano.

Para los dementes lo imposible existe, lo inverosímil desaparece, lo fantástico es cosa corriente, lo sobrenatural se convierte en familiar. Esa vieja barrera, la lógica; esa vieja muralla, la razón; ese viejo parapeto de las ideas, el buen sentido, se rompen, se abaten, se desmoronan delante de su imaginación en libertad escapada por el país ilimitado de la fantasía.

Para los locos todo debe suceder: no hacen nunca esfuerzos para vencer los acontecimientos humanos, domar las resistencias, remover los obstáculos. Bástales un capricho de su voluntad ilusoria para que sean príncipes, emperadores o dioses, para que posean todas las riquezas del mundo, todas las cosas sabrosas de la vida, para que gocen de todos los placeres; para que sean siempre fuertes y siempre queridos. Ellos solos pueden ser dichosos en la tierra porque para ellos no existe la realidad. Yo gusto de asomarme a su espíritu vagabundo, como se asoma uno a un abismo en cuyo fondo hierve un torrente que viene, y ya no se sabe de dónde.

Guy de Maupassant.



¡ El Unico Auto Americano de 4 Cilindros con *Frenos en las 4 Ruedas!*

Al aplicar frenos en las 4 ruedas a sus automóviles de 4 cilindros, modelos 1924, Buick ofrece a la consideración del público un coche no superado por ningún otro de su categoría en lo que se refiere a belleza, poder y seguridad.

Su inmediata y franca aceptación pone en evidencia que estos automóviles proporcionan el funcionamiento y seguridad requeridos por un coche de 4 cilindros.

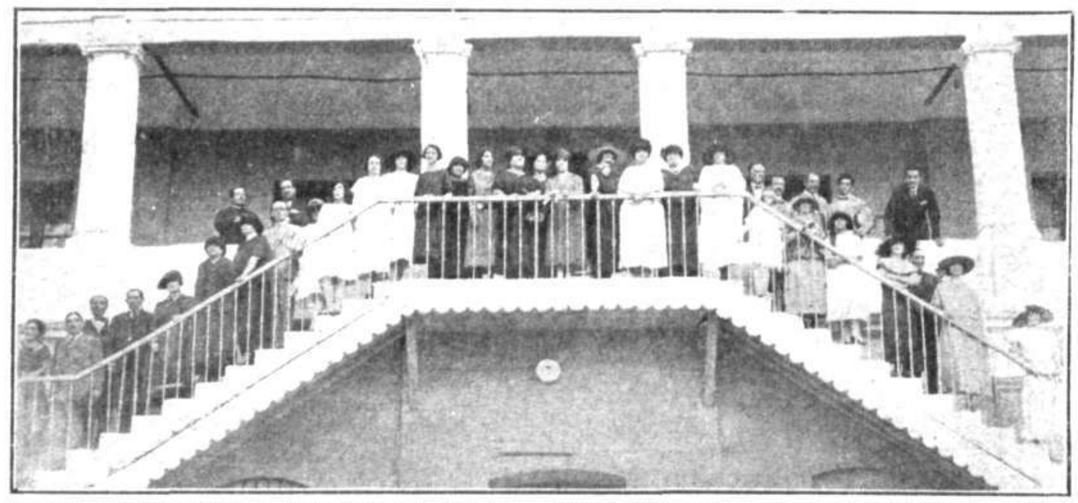
HENRY W. PEABODY & Cía.

Bartolomé Mitre, 1746. — Buenos Aires.

NUEVA YORK
LONDRES

TALLERES:
BOLIVAR, 1650

De Salta



ROSARIO DE LA FRONTERA. — Concurrentes a la demostración ofrecida al señor Ernesto Lena y familia, con motivo de su próxima partida de esta localidad.

ESTUPENDO DESCUBRIMIENTO HISTÓRICO

EL REY LEÓN DE CASTILLA

Todo es *relativo*, las verdades científicas tenidas hasta hoy por inconcusas, caen ante las nuevas doctrinas de Einstein, ¿qué mucho pues que las verdades históricas, de suyo ya muy relativas sucumban ante las audacias de flamantes investigadores?

Las historias más o menos fantásticas que por el mundo corren coinciden en presentar a Carlos Quinto de Alemania y Primero de España como único Rey y Señor de Castilla y Aragón. Pues bien, allá por los años de 1542, Mr. Robert Florey, autor de «Filmland», nos cuenta de otra manera la historia y en la página 12 de su obra dice así, traducido fielmente...

«El explorador comunicó el descubrimiento a su rey León de Castilla, pero el soberano que tenía por aquel entonces graves dificultades políticas en su reino, no prestó atención alguna al memorial que le enviara Juan Rodríguez Cabrillo»...

Y comenta el historiador tal conducta y dice que León de Castilla fué el culpable del escaso arraigo del alma española en California, donde la colonización hispana llegó con un retraso de doscientos veinte años después bajo el reinado de Carlos III ¡rey de Aragón! según el siempre concienzudo y regocijante historiador yanqui.

EL SABIO Y EL TOPO

Un sabio y un topo encontráronse en el país del Ensueño. Aquel empleara para llegar a las lejanas y maravillosas tierras un potente y veloz aeroplano que, pasando sobre las montañas y valles, ríos y abismos, selvas y pampas, lagos y desiertos, salvó las enormes distancias en una jornada escasa. El segundo, en cambio, tardó largos años en hacer el recorrido, en cuyo tiempo su suave pelo, de azabachino que era, volvióse gris, y sus afiladas uñas gastáronse completamente en la continua labor de abrir la larga galería. Extático estaba el sabio en la contemplación de las mil y una maravillas que se presentaban al alcance de su vista, sin darse cuenta de la vecindad del topo, cuando éste con sus redoblados lamentos llamóle la atención.

— En verdad que tienes motivo de queja, condenado por toda la vida a no poder contemplar las bellezas y misterios que nos rodean, le dijo el sabio en tono que si se le despojaba del retintín, podía pasar por piadoso.

— He andado mucho — respondió el topo — y he tardado también mucho en llegar. He creído que en este país, donde tantas maravillas ha descubierto la ciencia, donde la inteligencia humana se afana y lucha por escudriñar lo ignoto y sorprender a la Natura en el secreto de su continuo laborar, podría encontrar un alma buena y sabia que diera movimiento a mis párpados y luz a mis ojos.

— Veo — replicó el sabio — que a más de ser insignificante, eres pretencioso. ¿Cómo puedes imaginarte que los seres superiores que estamos engolfados en la tarea de arrancar a la Naturaleza todos sus secretos y hacerla nuestra esclava vamos a perder nuestro tiempo en tan elemental operación de cirugía? ¿Quién eres tú para tal pretender? ¿En qué ciencia te has doctorado? ¿Qué libro has escrito? ¿Qué invento has producido? ¿Qué principio o ley natural arrancó tu observación y sapiencia a la casi ya vencida Naturaleza?

— Ninguna — replicó el topo, todo confundido y como temeroso de declarar su completa ignorancia.

— Y entonces, ¡desgraciado! ¿cómo puedes pretender que nos ocupemos y fijemos en ti cuando nada vales y nada produces? Torna a tu patria, vil gusano, y cava tu lecho, cada vez más hondo; ocúltate cada vez más; así te evitarás el tener que avergonzarte de tu poco poder y supina ignorancia.

Anonadado quedó el topo ante tal sentencia, y el sabio, ebrio de poder y de ciencia, lleno de soberbia, clavó su penetrante pupila en el etéreo infinito y elevándose en los aires sobre su pájaro mecánico, azotó despiadado al viento con el raudo torbellino de la hélice.

— ¡Maravilloso siglo! — decía, a la par que jugaba a su gusto y antojo con las enfurecidas ráfagas. ¿Qué hay en lo profundo de los mares y en el corazón de los montes y en el reino de los aires que el hombre no haya conocido ni conquistado? ¿Qué ciencia existe oculta a su penetración? ¿Qué fuerza natural la que no aprovecha y domina? Nueva blasfemia pugnaba por salir de los labios del hombre, cuando una nube inmensa y sofocante cubrió de súbito los espacios; horribles resplandores rasgaron los cielos, ensordecedores rugidos, como desmoronamientos de montes cruzaron por el éter, y el aeroplano cayó como débil hoja envuelto entre llamas y lavas. La Naturaleza, poniendo en erupción a uno solo de sus volcanes, abatía en breves segundos el escaso saber y la mucha soberbia de la raza humana. La caída fué feliz; un árbol de frondosa copa amortiguó el golpe y el piloto salvó su vida, pero ¡oh, sarcasmo de la misma! partículas de lava le quemaron los ojos, y... para coincidencia, al quejarse de su desgracia, fué oído y reconocido por el topo que, aterrado por tanto ruido, había buscado un refugio entre las raíces del árbol protector.

— ¿Por qué tanto te quejas? ¿Qué desgracia puede ocurrirte que el saber y la ciencia del hombre no pueda disipar? — preguntóle esta vez el topo.

— Estoy ciego, querido amigo — replicó el sabio. Esa maldita lava dañó, y quién sabe si para siempre, mi vista.

Ganas le vinieron al topo, acordándose de los desprecios que el sabio antes le había inferido, de devolverle la oración por pasiva; pero la bondad y misericordia, virtudes ambas que con más frecuencia se albergan en el corazón de los pobres y de los humildes que en el de los poderosos, hiciéronle cambiar de conducta y volvió a interrogar:

— ¿De modo que habría posibilidad de que recobraras la vista?

— A ciencia cierta no lo sé; tendría para ello que tornar a nuestras tierras y ponerme en las manos y a los cuidados de algún facultativo; pero ¿cómo llegar a ella? ¿Quién me indicará la ruta? ¿Quién me señalará el río o el precipicio que cruza el camino?

— Yo; — dijo el topo, lleno de resolución y bondad. — Yo trataré de guiarte y daré por muy bien empleados todos mis esfuerzos si en virtud de ellos pudieras nuevamente huir de las garras de ese monstruo horrible que te amenaza con las eternas negruras de una noche infinita.

Y el sabio, entonces, por primera vez en su vida, alcanzó a vislumbrar lo impenetrable que era la Naturaleza a sus escasos conocimientos y lo mucho que éstos habían endurecido su corazón.

CÁNDIDO LÓPEZ DE NEIRA (HIJO)



Noche y Otoño

La tarde se volvió fría y serena,
Y cual imán de aspecto de diamante,
La luna se llevó mi sueño errante
Por sus callados cielos de azucena.

Y quedé libre de alegría y pena
En la celeste luz de aquel instante:
Petrificada el alma palpitante,
Amargo mi dulzor de agua que suena.

Y fué un otoño lento por las cosas
De mi esperanza y de mi ayer al modo
De entre las sombras un profundo grito.

Y era en mí la agonía de las rosas
Y el ansia del azur que mueve al lodo
Y el silencio letal del infinito.

Arturo Vázquez Cey



Marcha Nupcial

Día de bodas

El día que nos casemos
tu estarás trémula y blanca;
blanca como una azucena,
trémula como una lágrima.
Rojo de orgullo, a mi lado,
te llevaré aquella noche,
como el botín más precioso
de mis conquistas de hombre...
Mas, cuando quedemos solos
me invadirá el santo miedo
de estrujar con mano torpe
la pureza de tu velo...
¡Y tú estarás toda roja!
¡Y yo estaré todo trémulo!

Gusano de seda

Gusanito de seda, haz tu capullo
con las hebras más suaves y sutiles.
Larva maravillosa, haz tu capullo
que ya se acerca el día en que mi amada
vista el traje nupcial. Haz tu capullo
para el joyante traje de mi amada.

Naranjo en flor

(El naranjo viste
con traje de novia:
velo de azahares
prendido en la copa
perfumada y blanca
le arrastra la cola.
¡Veréis el naranjo
vestido de novia!)

Vamos debajo de él; recogeremos
las flores en tu falda vaporosa,
y al pie mismo del árbol, dulcemente
en loco juego, en farsa deliciosa,
para tu frente casta haré guirnaldas
anticipando un poco nuestras bodas...

Marcha nupcial

A la entrada del templo, Mendelssohn;
Grieg, cuando nos bendiga el sacerdote,
a la salida Wágner...
Y armoniosa
en las cuerdas más tensas y vibrantes
de nuestros corazones, la emoción...

Joyas

Las cinco estrellas de la Cruz del Sur
te servirán de prendedor magnífico,
una a una engastadas en el oro
de un rayito de sol de aquella tarde.
En tu dedo anular el solitario
de Venus llevarás, y en las orejas,
arrancados de Géminis celosa,
Cástor y Pólux, claros y mellizos.
Envidiosa la luna, aquella noche,
por ser más obsequiosa que ninguno,
te hará un velo inconsútil de reflejos
para cubrir tu castidad gloriosa.
Y cuando llegue el sol del nuevo día
me encontrará, los dedos luminosos,
quitándote las joyas, descubierto
como un ladrón fantástico de estrellas.

Pedro González Gastellú

De San Luis

El teniente coronel Sarapura, rodeado por la oficialidad del 4.° grupo de Artillería montada.

Las Pequeñas Dolencias son, a menudo, el origen de Grandes Males.

Una simple congestión de sus Riñones, Hígado o Vejiga, puede ser en su abandono, la causa de males más graves (Cistitis, Nefritis, Uretritis, Cálculos, etc.)

El secreto del mantenimiento de una buena salud, consiste en no restar importancia aun a los síntomas, aparentemente más insignificantes.

¿Por qué sigue padeciendo de sus riñones, Hígado o Vejiga, teniendo a mano un remedio tan probadamente eficaz?

Las PILDORAS DE WITT no sólo le curarán de sus dolencias actuales, sino que lo pondrán a salvo de posibles consecuencias.

¿Sufre usted de dolores a la cintura, a la espalda, de sus músculos, a sus miembros y articulaciones, con sensación de pesadez y malestar general?

Compruébelos, y si ellos son debidos al deficiente funcionamiento de sus órganos urinarios, infórmese de los innumerables testimonios que poseemos sobre los magníficos resultados obtenidos por

LAS PILDORAS

DE WITT

en el tratamiento de estas afecciones, como de las enfermedades que más comúnmente las determinan (Reuma, Gota, Ciática, Mal de Piedra, etc.) y tendrá lo que le hace falta.

Pocas veces, como en este caso, su salud dependerá de usted.

De venta en las principales Farmacias y Droguerías y en su Depósito General. Casilla de Correo 1550. Buenos Aires.

Precio en la Capital: frasco chico, 3 pesos; grande 5 $ (conteniendo más del doble).

Muestras y prospectos gratis. Consúltelos.





TIENE MAL SEMBLANTE

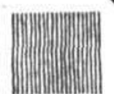
Si Vd. es persona inteligente no ha de descuidar un detalle que aunque aparentemente carece de importancia, no deja de ser signo precursor de malestar. La

Bioforina Liquida de Ruxell

es el tónico universalmente conocido como el de mayor fuerza reconstituyente y que dado su sabor agradable, facilita su adopción. Desde el primer frasco sentirá Vd. su organismo vigorizado.

En venta en todas las farmacias.

Unico Concesionario:
FEDERICO TAUBER
Sáenz Peña, 890
Buenos Aires.




CARAS Y CARETAS EN PARIS

Para subscripciones y ejemplares de CARAS Y CARETAS y PLVS VLTRA, en París, dirigirse a

L. MAYENCE y Cía.
9, Rue Tronchet, 9.

¡Señoras Madres!



Con el andador "GLASCOCK" conseguiréis que vuestros hijos, cuando empiecen a caminar se desarrollen con sus piernas derechas, sin troceduras.

El andador "GLASCOCK" es el único recomendado por los más célebres médicos, porque enseña a los niños a caminar y corta las encorvaduras.

Cuidado con las IMITACIONES. Los verdaderos se venden en los

Grandes Almacenes
FEENEY y Cía. — PERU y VICTORIA

GENERAL PICO (Pampa). — Empleados de comercio que celebraron con una hermosa fiesta campestre el éxito obtenido en sus gestiones por el mejoramiento de sus sueldos.

Puente «Gobernador Molina», en la laguna del Juncal, cuya inauguración dió motivo a grandes festejos, los que fueron presididos por las autoridades locales

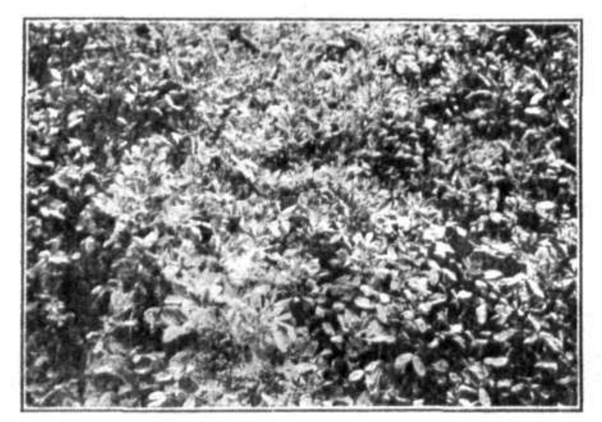
AGRICULTURA

SEMILLAS DE ALFALFA

Ya estamos en la época de la siembra de alfalfa, en el mes de marzo, el más clásico de las grandes siembras de ésta; que es la reina entre las forrajeras, que a pesar de la invasión de otras plantas que le disputan el dominio, en sus verdes campos de las grandes sábanas siempre conserva el privilegio por su capacidad productora, por su poder alimenticio, por su más extensa y variada adaptabilidad a las diversas zonas del país, y en fin, por su superioridad indisputable a todas luces por la cual ocupa en el territorio argentino más de 8 millones de hectáreas, esto es, el treinta y más por ciento del área total cultivada.

Cada vez que se presenta la época de su siembra, numerosos y diversos problemas se presentan al cultivador, estanciero o chacarero que sea, sobre qué clase de semilla debe sembrar, dónde debe comprarla, dónde la encontrará buena y limpia de malezas y plagas, cuántos kilogramos deberá sembrar, cómo conviene más sembrarla y otros detalles de cultivo, que aunque no son nuevos ni de difícil solución, representan con frecuencia otras tantas dudas que debe resolver el sembrador de una u otra manera.

Hemos dicho que este es el mes clásico para la siembra de alfalfa y es verdad, porque, si bien es cierto que puede sembrarse en primavera y también, cuando se siembra con algunas gramináceas, como trigo, cebada y avena, puede sembrarse en pleno invierno, en junio o julio, sobre todo en zona templada, como Santa Fe y Córdoba, no es menos cierto que sembrándola ahora en otoño, a principios de invierno, las plantas han arraigado bastante, pasan esta estación desarrollándose lentamente y al llegar la primavera entran en producción y se les puede utilizar ya para pastoreo o para corte.



El resultado de una buena semilla: un alfalfar tupido, bien poblado de plantas vigorosas y de mucha duración.

Aunque la producción de semilla en el país es suficiente para satisfacer las necesidades de la extensión del cultivo, todavía importamos del extranjero semilla de alfalfa; en el año 1922 han sido cerca de 25.000 kilogramos y en años anteriores llegó la importación hasta 80 y 100.000 kilogramos traídos principalmente de Francia e Italia.

Sin desconocer que la semilla de alfalfa importada es de buena y óptima clase, no podemos menos que afirmar que la nuestra es superior en todos los casos, sobre todo porque se ha criado en nuestra tierra, bajo nuestro cielo y por tanto no necesita aclimatación previa.

De la semilla de producción nacional, se expende en el comercio de varia procedencia, del Chubut y Río Negro, de Mendoza y San Luis, de la Pampa y de la provincia de Buenos Aires. De los territorios mencionados y de la provincia de Mendoza, llega semilla de alfalfa de muy buena clase indudablemente, con granos muy desarrollados y fuertes; pero siendo de zonas de riego no es conveniente ni adecuada para tierra o cultivos sin riego; en cambio la procedente de San Luis, Pampa y provincia de Buenos Aires, presentan granos bastante desarrollados, de buen aspecto y se adapta admirablemente a cualquier zona o tierra de secano o por lo menos donde no haya riego.

Pero cualquiera que sea su procedencia, lo principal es que la semilla sea de buena clase, esto es, que presente granos de buen aspecto, bien desarrollados, de alto poder germinativo y bien limpios de semillas extrañas, de malezas y sobre todo de cuscuta.

La semilla de alfalfa ha de tener su color amarillo natural que le es propio; si es más claro denota madurez incompleta; si es más obscuro es porque es vieja, o ardida en parva; ha de ser de grano reluciente bien desarrollado, lleno y pesado.

En cuanto a su poder germinativo, una buena semilla de alfalfa debería tenerlo no inferior a 90 por ciento; pero generalmente es difícil alcanzarlo en la práctica, pues la cantidad de granos duros que no germinan o lo hacen demasiado tarde, es a veces excesiva y esta proporción varía según la procedencia; esta deficiencia nos explica porqué se emplea a veces tan grande cantidad de semilla por hectárea, cuando con pocos kilogramos de buena semilla podríamos poblar densamente el terreno y obtener un alfalfar tupido según las necesidades y el fin del mismo.

Respecto a la limpieza de la semilla, muchos cultivadores no hacen hincapié sobre este detalle porque dicen que la alfalfa mata a las malezas o sino con el primer corte se eliminan y destruyen; sin embargo, es este un criterio equivocado, pues hay malezas, como la quinoa, el yuyo colorado, la manzanilla, la viznaga, el nabo, etc. que son anuales y pueden desaparecer con el primer corte que se haga en el alfalfar o con el pisoteo de los animales, antes de que florezcan o semillen; no así, en cambio, ocurre con la altamisa, los cardos, la mata alfalfa y otras que siendo vivaces, se reproducen por sus raíces, aunque sean cortadas o pisoteadas.

Pero entre todas las semillas extrañas, la más peligrosa y perjudicial es la de cuscuta, planta parásita que se reproduce en todas formas, por semilla o por trozos de sus filamentos, que vive de los alfalfares, causándoles los daños consiguientes.

Haciendo un buen cultivo no se debería emplear semilla de alfalfa que no tenga al menos 98 por ciento de pureza (2 por ciento de semillas extrañas), 90 por ciento de poder germinativo y libre en absoluto de cuscuta. El comercio, en general, cuida bastante de estos detalles y las casas serias y responsables no venden semilla que no esté en las condiciones anotadas, pero aun así el agricultor o estanciero puede y debe cerciorarse de lo que compra y para eso no tiene más que ocurrir al más próximo Agrónomo Regional, de los que hay 35 en la república al servicio del Ministerio de Agricultura de la Nación, remitirles una muestra para su análisis, que es gratuito, y de este modo puede saber a ciencia cierta lo que compra y lo que va a sembrar.

Con una buena semilla no solamente se obtendrá un alfalfar bien poblado, fuerte y lozano, sino que se hará la mayor economía de semilla a emplearse, de tal modo que con 15 a 20 kilogramos de semilla por hectárea, tendremos un buen alfalfar para pastoreo, en tierras sueltas y arenosas, y con 25 a 30 kilogramos en tierras más compactas y fuertes, tendremos suficiente para un buen prado para corte; y tratándose de muchas hectáreas, la economía de 5 a 10 kilogramos para cada una representa un beneficio evidente y nada despreciable.

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO

AUTO · MOTO · AVIACION

LAS MANIFESTACIONES DE LA TEMPORADA ACTUAL

Después de la cuarta «Copa América» hemos tenido varias pruebas motociclistas, tales como el XI Premio Primaveral y Trofeo Fernet Branca, cuyos ganadores fueron Juan Balbi y el español Vicente Naure, respectivamente.

La atención de los deportistas, después de estas carreras, se halla concentrada en los activos preparativos que realiza el Automóvil Club Argentino para su «Gran Premio de 1924», que ha de disputarse durante los días 5 al 7 de marzo próximo, sobre la doble distancia de Buenos Aires-Pergamino-Rosario-Córdoba, es decir, un total de 1.400 kilómetros.

En ocasión de esta prueba, se realizarán excursiones automovilísticas a las sierras de Córdoba, debiendo salir los participantes dos horas después de largarse la carrera.

Con la realización de esta prueba y otras que se preparan también, tal como el Circuito de la Plata y algunas carreras más en el interior, la temporada deportiva de carácter automotriz, entrará en su faz definitiva, para iniciarse entonces la del Viejo Mundo y Norteamérica, cuyo desarrollo siguen de cerca los argentinos, porque ellas marcan en la mayoría de los casos el progreso alcanzado en el año por la industria del ramo.

EN ESTA MISMA EPOCA, EL AÑO PASADO..

AUTOMOVILISMO

Organizado por el Automóvil Club Argentino, se realiza el día 23 de febrero el «Gran Premio 1923», triunfando Guillermo Burke, al salvar la distancia de Buenos Aires-Rosario-Buenos Aires, en 10 horas, 45 minutos, 35 segundos.

El 11 de febrero, Antonio Gaudino y Pedro Perelló triunfan en sus respectivas categorías de motocicletas y motosidecars, en el Noveno Criterium de motociclismo.

AVIACION

El 13 de febrero Hernán Hentsch y su pasajero Gastón Lefevre, sufren una caída mortal en Vicente Casares, falleciendo ambos en forma instantánea.

El 28 de este mismo mes, el mayor aviador Shörles Kingsley, con los pasajeros G. Marlener y J. Mora, inicia su «raid» a Comodoro Rivadavia, cubriendo la etapa San Isidro-Dorrego, para proseguir dos días después rumbo a destino, donde llegó el día 4 de marzo, para regresar el día 10.

UNA ESTADISTICA INTERESANTE

He aquí una estadística que evidencia claramente cuál ha sido el progreso que viene alcanzando el automovilismo en nuestro país, cuyo total general es de 117.949.

Año 1900, total importado 9; 1901, 16; 1902, 28; 1903, 62; 1904, 129; 1905, 377; 1906, 712; 1907, 610; 1908, 495; 1909, 831; 1910, 1.581; 1911, 2.461; 1912, 4.281; 1913, 5.115; 1914, 2.185; 1915, 1.847; 1916, 5.929; 1917, 11.031; 1918, 5.926; 1919, 4.594; 1920, 13.938; 1921, 9.743; 1922, 15.979.

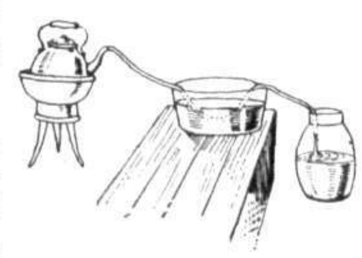
Durante el año 1923, se importaron en total, 30.070 unidades, de las cuales 730 llegaron procedentes de Europa y 29.370 de Norteamérica. En estas cantidades están incluídos los camiones, chassis, etc.

En la ciudad de Buenos Aires trabajan, más o menos, 18.000 chauffeurs, entre los de automóviles particulares, taxímetros, autobuses, comercio, carga y descarga.

Las instituciones que estos obreros han organizado son cuatro, a saber: *Centro Protección Chauffeurs*, fundado el 30 de mayo de 1906, que cuenta actualmente con 7.223 socios activos; Unión Chauffeurs, con 3.000 socios; *Propietarios de Automóviles* con Taxímetro, 1.200 socios; Cooperativa de Propietarios de Automóviles con Taxímetro, que cuenta unos 1.400 socios. Además existen otras cooperativas formadas por chauffeurs, en las que se admiten socios de todas las profesiones.

PROCEDIMIENTO PARA OBTENER AGUA DESTILADA

Como se ve en la figura, sólo necesitamos utensilios caseros muy sencillos, y lo único que debemos comprar será un tubo de goma algo largo. Se enchufará este tubo de goma en el pico de la pava, colocando ésta sobre el fuego y con poca agua.

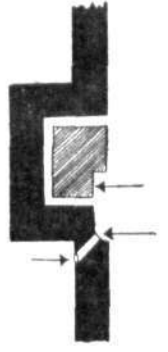


Al hervir el agua, el vapor pasará por el tubo de goma, enfriándose y condensándose en el fuentón de agua fría, cayendo luego en la botella.

A medida que el agua de la pava se va gastando, se la repondrá, cuidando de no echar demasiado; si no el vapor saldría por la tapa. Si, a pesar de esto, el vapor tiene tendencia a salir por la tapa, se la sujetará fuertemente con un hilo, o sino se le colocará encima un pequeño peso.

Este procedimiento es tal vez algo largo, pero que, sin embargo, da magníficos resultados en sitios donde no se pueda conseguir agua destilada para verter en el acumulador; y en último caso sirve también para beber en lugares de agua malsana.

MODO DE EVITAR LA SUBIDA DEL ACEITE



En ciertos automóviles existe una marcada tendencia a escapar el aceite por los aros y subir a la cámara de explosión, ensuciando continuamente las bujías, formando una gran cantidad de residuos de hollín y expulsando mucho humo por el escape, habiendo por consiguiente gran consumo de aceite.

Para evitar esto hay varios métodos eficaces y que generalmente se usan todos a la vez.

Empezaremos a bajar una tercera parte del último aro de abajo, haciéndolo quedar en forma de una canaleta, para lo cual se colocará el aro en un torno y se hará la operación.

Igualmente en el pistón habrá que hacerle una ranura pequeña debajo del mismo aro, haciéndole luego 8 ó 10 perforaciones de 2 $^{m}/_{m}$ de diámetro en la misma canaleta del pistón y estas perforaciones se harán inclinadas.

Con este dispositivo, el aceite en demasía que haya entre el pistón y el cilindro, se depositará en esta ranura y de allí por los agujeros se descargará al interior del émbolo.

MODO DE DISTINGUIR LOS GOLPES DE UN MOTOR

Ciertos ruidos y golpes en el motor de un automóvil son bastantes difíciles de localizar.

Para conocer el punto exacto donde se produce el ruido anormal y apreciar su importancia, se tomará un tubo de goma corto, de más o menos 20 centímetros de largo por 2 o 3 centímetros de diametro, uno de cuyos extremos se aplicará al oído, mientras el otro se le hará recorrer el sitio sospechoso a inspeccionar. Para hacer más eficaz este método se tapará el otro oído.

En lugar del tubo de goma, se puede utilizar un palo cualquiera y aun un lápiz común, pero para que dé buenos resultados, no se aplicará al oído, sino que se apretará fuertemente con los dientes, sin que los labios lo toquen, debiendo taparse los oídos con los dedos y presionando con la otra punta sobre el sitio que se quiere revisar.



MISIONES (Posadas). — Pabellón principal del hermoso hospital Regional, inaugurado en esta ciudad, el que, por su capacidad y moderna instalación, prestará incalculables beneficios es esta vasta zona.

LA VELOCIDAD DE LOS TRENES EN INGLATERRA

El Great Western Railway ha puesto en circulación a principios del pasado mes de agosto varios trenes extraordinariamente rápidos.

Uno de ellos recorre las 77,25 millas que separan a las estaciones de Swindon y Paddington en setenta y cinco minutos, lo que equivale a una velocidad media de 99 kilómetros por hora, tiempo que invertiría dicho tren en dar la vuelta a la posesión del Pardo, inmediata a Madrid, cuya tapia tiene un perímetro de 99 kilómetros.

Se trata de la máxima velocidad alcanzada hasta ahora en Inglaterra.

El año pasado el Gran Central puso en circulación un tren que recorría 22 millas y media en 22 minutos y medio, esto es, 98,4 kilómetros por hora.

El North Eastern lanzó a la pista de los rails otro tren que tardaba cuarenta y tres minutos en rodar 44,15 millas, o sean 98 kilómetros por hora.

El Great Western no pasaba en su tren más veloz de una velocidad media de 97,8 kilómetros por hora durante una hora y cuarenta y cinco minutos, en que devoraba 107 millas.

Entre los nuevos trenes de esta última compañía figura uno que no hace parada alguna en un trayecto de 358 kilómetros.



BELLE de JOUR — CHIPRE-EONIA
CHEF d'ŒUVRE

LOS TRES PERFUMES DE ATKINSON QUE SON EL IDEAL DE TODA DAMA ELEGANTE



DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS, FARMACIAS Y CASAS DEL RAMO



Los Callos Nunca Disputan Con "Gets-It"

No tienen tiempo ni siquiera para alzar una protesta. Un toque de "Gets-It" los pone



a dormir para siempre. Dos o tres gotas los marchita, quedando como fragmento suelto de tejido muerto que fácilmente se le desprende con los dedos. No falla. Es igualmente bueno para las callosidades. Cuesta una pequeñez—en todas partes. E. Lawrence & Co., Fabricantes, Chicago, E. U. A.

MARAVILLOSO

Los Cabellos Blancos tomarán su primitivo color usando el inimitable

Perfumante PELIKANOL

No mancha ni daña absolutamente nada, por lo que se usa con las mismas manos, como cualquier loción de tocador. Sólo modifica el color del cabello blanco, sin alterar lo más mínimo a los demás cabellos que conservan su color natural. (Unico en su clase). Producto de incomparables resultados y muy distinto de todo lo conocido. Se vende en todas las farmacias y perfumerías del país y del Uruguay.

Se vende en dos tamaños: estuche grande $ 12.—, chico $ 7.— (el grande es tres veces mayor). Por sus cualidades y condiciones resulta este producto más económico que los de menor precio y sus resultados incomparables, sin excepción.

Agente en Montevideo: J. D. BARILARI, Victoria, 1037.

Depósito y venta: FARMACIA FRANCO INGLESA Uruguay y Florida, Montevideo.

Concesionario en Buenos Aires:

LUIS CUVILLAS

Depósito y oficinas: BARTOLOME MITRE, 2010.

Solicite interesante prospecto GRATIS

LA POSTERGACION DE LOS EMPLEADOS

El nuevo jefe acababa de hacerse cargo de la oficina y pronunciar con ese motivo, ante S. E. el Ministro del ramo, un magnífico discurso, que sus numerosos empleados oyeron con deleite y aplaudieron con frenesí, mientras el superior apoyaba solemnemente con la cabeza las declaraciones del flamante funcionario.

Cada uno de aquellos empleados, al llegar a su casa por la tarde de tan fausto día, recomendó a su familia, padres, hijos, hermanos, y a todos los parientes, vecinos y amigos, ayudándose para el caso con el teléfono, al noble, recto y pundonoroso ciudadano de que habían pasado a depender.

Este no sería como el otro, que llenó de allegados y favoritos la oficina, sin preocuparse para nada de los viejos servidores de la misma, acreedores a un ascenso siempre retardado y a una consideración que estuviera más en los hechos y menos en las palabras.

El nuevo jefe les había prometido llenar por riguroso ascenso las vacantes que se produjeran.

— Sólo no ascenderán — les había dicho con viril franqueza — los que no demuestren títulos para subir a posiciones superiores a las que actualmente ocupen por faltarles capacidad de trabajo, el concepto esencial del deber o la energía indispensable para anteponer la función pública a todo halago personal y a toda solicitación mundana. Vosotros seréis los jueces de vosotros mismos. Si alguno es postergado, aspiro a que todos y él mismo hallen justificable la postergación.

En esa parte el orador había merecido una ovación estruendosa y unánime.

Hasta el Ministro, tan sobrio, había aplaudido resueltamente la elocuencia del director.

Y lo bueno era que, por jubilaciones sucesivas que estaban «ad portas», debía llegar muy pronto el momento de cumplir tan hermoso programa, de corregir tanta injusticia anterior, de premiar muchos esfuerzos y muchas abnegaciones, de llevar la alegría y un mejor concepto de la justicia administrativa a muchos hogares sin esperanza y sin fe.

En esos hogares ya se rendía culto al hombre de las grandes reparaciones, al hombre de carácter que se había revelado en su magnífica oración inaugural.

El primero en acogerse a la jubilación, por discreta advertencia del nuevo jefe, fué el secretario de la oficina.

El hecho dió lugar a una gran expectativa; pero, ¿quién podría suponer que tal cargo fuera a llenarse por ascenso, tratándose de un cargo de confianza y de responsabilidad, en el que se requiere a un íntimo, a un familiar del jefe?

Sin embargo, no todos estaban muy conformes con esa teoría, con esa doctrina, y hasta hubo algún audaz que exclamó, al ser llenado el puesto con un extraño a la administración, favorito del director:

—¡Al primer tapón, zurrapas!

Los empleados se dividieron en la apreciación del hecho; pero la tolerancia que da el sufrimiento y ese ángel bondadoso que se llama la Esperanza, acabaron por establecer que no podía derivarse de tal acto un juicio definitivo.

Además, el prosecretario no debía entender, de acuerdo con las francas manifestaciones inaugurales del director, que el nombramiento le declaraba inapto o inepto, siendo su caso muy parecido al de los secretarios mismos, que no ascienden nunca, o casi nunca, por muy competentes que sean al puesto superior, que se considera de orden político y está destinado a premiar los grandes servicios al partido o dar situación condigna a los legisladores no reelectos y que necesitan un sueldo.

Ya habría ocasión de probar al director, que seguramente se conduciría, llegado el caso, a la altura de su cuerpo, que medía 1.85, y a la altura de sus palabras, inconmensurables.



El caso llegó: dos jubilaciones más (¡en este país se jubila a todo el mundo y hay una jubilación por minuto!) y una renuncia (a veces hay quien renuncia todavía) ofrecieron la oportunidad anhelada.

Con esa tres vacantes habría para contentar a todo el personal: José pasaría a ocupar el puesto de Juan; Juan el de Pedro; Pedro el de Nicolás.

Y como los ordenanzas no ascienden sino a ecónomos o mayordomos, con arreglo a la estrictez de nuestra organización democrática, le quedarán al jefe tres puestos que llenar, los de más abajo, para complacer a personas de afuera, atendiendo recomendaciones y saldando compromisos.

¡Pobre jefe! El también tiene derecho a cumplir con los amigos y a quedar bien con los correligionarios...

En las casas de los empleados no se hablaba de otra cosa.

Las mujeres no creían mucho, porque en esos casos son terriblemente pesimistas; pero los candidatos se enojaban y decían, con relación al discurso programa del jefe:



—¿Que no tengo yo títulos para subir; que me falta acaso la capacidad de trabajo; que no tengo el concepto de mis deberes y la energía indispensable?...

—Sí; todo eso tienes, seguramente; pero los nuevos ministros y los nuevos funcionarios tienen también partido, senadores y diputados, amigas y amigos, sobrinos y yernos, mil allegados a quienes complacer — respondía a su ingenuo y creyente marido la más observadora y tristemente experimentada compañera.

—¡No puede ser, no puede ser! — gritaba como loco el candidato, reflexionando en seguida de este modo: — Mientras yo sirva bien al Estado, nadie tiene el derecho de limitar mi capacidad y mis recursos; nadie tiene el derecho de evitar que me prepare a un retiro más tolerable; nadie tiene el derecho de exponerme a los tristes comentarios a que siempre da lugar una postergación.

—Repites tanto la palabra derecho — le replicó la mujer — que parecerías no estar muy seguro ni de su realidad ni de su valor...

El día ha llegado; hoy saldrán los ascensos; por lo menos, hoy saldrá el decreto, que se viene anunciando desde hace un mes.

Cuesta mucho hacer justicia y no hay que censurar la demora.

Las compensaciones serán amplísimas.

El director es un caballero...

CAÍA la tarde. Junto a los cristales una anciana, su bella y joven nuera y sus dos deliciosos nietecitos, esperan en grupo familiar la llegada del triunfador.

Un muchacho pasa vendiendo diarios; pero los diarios no traen la anhelada noticia.

El tiempo ha cambiado de pronto; una tarde estival se ha convertido rápidamente en un crepúsculo triste y frío; el sol ha desaparecido entre espesas tintas obscuras; ya empezaba a llover, con esa lentitud propia de las lluvias de invierno a que no se ve el término y que penetran y llegan hasta los huesos.

—¡Cómo se demora! — observó la joven, estremeciéndose como a un triste presentimiento que le hubiera rozado la frente como el ala de un pajarraco siniestro.

La anciana, sublime en su optimismo o en su bondad, observó:

—Estará celebrando con sus compañeros la aparición del decreto.

El grupo se había trasladado ya al comedor y sentádose a la mesa cuando apareció, hecho una sopa y con una expresión indefinible, el que allí era a un tiempo hijo, esposo y padre.

Las miradas hicieron inútiles las preguntas y las respuestas.

—Tú tenías razón—dijo él tristemente a su mujer.

—Pero puedes estar seguro de que tu postergación no se debe a una incapacidad o a una inhabilidad de tu parte — observó la anciana severamente.

—¡Ya lo creo! — exclamó la nuera, en lucha con sus propias lágrimas.

—¡Quién sabe! — dijo entonces él, con el acento propio de su desencanto...

SERÍA esa la escena terrible a que acaba de aludir el Oficial Mayor de la Cámara, don Angel Carrasco, al dirigir la palabra al Presidente de la misma, que se ha portado como un bravo hombre, como un hombre de corazón y de conciencia, al suscribir los últimos ascensos en el personal de la casa.

El no tendrá sobre su alma la sombra de aquella tristeza, mientras caerán bien en cambio sobre su figura de caballero andante los parabienes de la justicia misma y la gratitud de los favorecidos, que tuvieron su intérprete elocuente en el señor Carrasco.

JUAN CANCIO





La compradora chic: — ¿Tiene usted un automóvil que vaya bien con esta tela?



—¡Pero no grite usted así, coronel! ¡No olvide que los grandes dolores son mudos!



GENERAL PICO (Pampa). — Señora de Torres, señoritas de Brown Paleza, Díaz, Boles, y señor Lane, que integran la Comisión Administradora del hospital Felipe Centeno, de esta localidad.

LO QUE VALE UN HOMBRE

Un químico yanqui ha examinado cuidadosamente lo que «cuesta» un hombre que pesa 160 kilos. Para ello ha analizado los ingredientes que entran en el compuesto humano. El análisis químico le da el siguiente resultado:

«Este hombre contiene, dice, el «hierro» que se halla en un clavo de tamaño medio, «azúcar» capaz de llenar un pequeño azucarero, «fósforo» para fabricar unas doscientas cerillas, «magnesia» bastante para un refresco para un individuo, «albúmina» con que hacer unos diez huevos, «cal» en cantidad suficiente para blanquear una pequeña habitación, «sal» suficiente para un mes en la cocina de una familia reducida, «grasa», unas 10-15 libras.

Hay, además, otros muchos elementos, pero en cantidades tan exiguas, que no vale la pena consignarlas. Según eso, el químico se atreve a decir que un hombre de 160 kilos de peso vale alrededor de siete a ocho dólares.

CLARIVIDENCIA BUROCRÁTICA

Maupassant, el célebre escritor francés, estuvo empleado dos años en el Ministerio de Marina, de 1876 a 1878. Hace poco se ha encontrado en el archivo de dicho departamento un expediente personal. ¿Qué juicio habían formado de él sus superiores?: «Buen empleado, pero con mal estilo. No conviene encargarle la redacción de documentos de importancia».



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Est. Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año .... $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL
DE EXTRAORDINARIAS
COMPLICACIONES

POR

ARTHUR
SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE
PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

— ¿Y presume usted que ese hombre mantenía relaciones sospechosas con su marido?— inquirió Ruth con creciente curiosidad.

— Iremos por partes. Yo no digo tanto, porque mis informaciones no me autorizan a ello... hasta el presente. Es indudable que algún negocio los ligaba. En cuanto al otro...

La señora Lesoeur hizo una pequeña pausa mientras su interlocutora, mirándola impacientemente, le rogaba que continuara.

— El otro era el mismo que usted acaba de ver cruzado con lápiz en la fotografía del recorte.

— ¿Está usted segura? — exclamó Ruth, que comenzó a entrever la posibilidad de una orientación en el asunto.

— Absolutamente. Es un digno compañero de Pete, que está calificado como el hombre más malo de Southfield. No se le calumnia en lo más mínimo si se le considera como a persona que vive al margen de la ley y así lo juzgan hasta sus amigotes, bien que cuidándose mucho de interponerse en su camino. Muchos prefieren no tener contacto con él y otros acaban por ayudarle en sus negocios, ya que su influencia parece protegerle en los trances más difíciles — explicó la viuda. — Al menos hasta ahora ha sabido navegar con viento favorable.

— Siga usted, señora; estoy realmente interesada en su información y es posible que el detective Patrick H. Doyle, una vez al corriente de todo esto, pueda establecer algunas relaciones en los hechos que nos ocupan.

— Por lo que he oído de ese joven Doyle, parece que se trata de una persona lista muy capaz de desenredar la maraña más complicada, y me alegraré que así sea. ¿Es de entera confianza?

— Confío tanto en su inteligencia como en su fidelidad; es cuanto puedo asegurarle. He recibido de él pruebas evidentes de ambas cualidades.

— Muy bien; entonces nos serán muy útiles sus servicios, porque, por claro que puedan ver dos mujeres, un profesional resulta un colaborador de gran importancia.

— Tanto más cuanto que son muchos y muy considerables los intereses que se ventilan. Si todavía se tratara de la investigación de uno o dos asesinatos vulgares cuyos móviles obedecieran a un acto particular, de carácter privado, la tarea de esclarecerlos no tropezaría con las oposiciones ocultas que nosotros tropezamos. Hay personas, y personas de positiva influencia, mezcladas en todo esto; y las tales personas trabajan ahora en la sombra, desplazando todos sus recursos para desviar la acción de la justicia y si es posible hacerle recaer sobre inocentes. Esto es cuanto puedo decirle en justa correspondencia a sus confidencias y a su buena voluntad, señora Lesoeur.

— Tomo buena nota de lo que me dice. Así marcharemos mejor de acuerdo. Tengamos confianza en que lograremos desvanecer las estúpidas sospechas que pesan sobre su marido.

— Lo ansío por momentos. Puede usted continuar con su relato.

— Al principio, en cuanto me di cuenta de quién era el hombre que en la obscuridad de la calle hablaba con Francis, pensé que se trataría de una mera casualidad, de un encuentro fortuito sin consecuencia alguna; pero ahora, atando cabos y en vista del recorte en que pude reconocer la figura del hombre, no es difícil establecer entre ambos relaciones de compañerismo y de negocios desde viejos tiempos.

— La deducción es natural — comentó Ruth.

— Y si Francis mantenía relaciones de amistad con un hombre que había estado en la cárcel, y seguía cultivándola después de éste haber sido puesto en libertad, tampoco resultaba aventurado suponer que entre uno y otro existía alguna «razón» de por medio — afirmó la viuda

— Negocios de cierta índole, por supuesto — aclaró la señora Reverly.

— Naturalmente — asintió su interlocutora. — Negocios que debemos presumir muy poco limpios. Puedo asegurar que Francis, fuera de sus épocas en que se entregaba al alcohol, nunca gustaba de relaciones con personas de mala conducta y mucho menos con aquellas que hubieran sufrido condenas. Cuidaba mucho su reputación y sus reservas a este respecto no se le pueden negar.

— Usted, como nadie, tiene motivos para saberlo — cumplimentó Ruth.

— Muy cierto. Y si, en aquella ocasión, no abrigaba empacho por conversar con el ex presidiario, hay que atribuír a una causa poderosa su condescendencia. Por encima de sus escrúpulos estaba «algo» que se hace necesario averiguar.

— Soy de la misma opinión — dijo Ruth, a cuya mente se atropellaban los recuerdos relacionados con Frank Lacy, el

«pajarraco» de lentes de carey al presente «descubierto». Presentía ella una pequeña luz en el tortuoso camino a seguir para libertar a su esposo. El personaje de la original entrevista, el hombre de los diez mil dólares por una simple carta cuyo contenido «desconocía», presentábasele ahora con nuevos relieves, más concreto y determinado, como un hombre tortuoso que, procedente de Sing Sing, la temible prisión neoyorquina, asomábase de nuevo a la libertad para actuar en asuntos probablemente pendientes durante su prisión y de cuya resolución dependían sus más fervientes anhelos. Recordaba, asimismo, todos los incidentes suscitados en los dos encuentros con el hombre y estaba segura, en su fuero interno, de la importancia de tal «elemento» humano, tanto en la misteriosa muerte de su ex prometido Jim Armstrong como en el reciente asesinato de Lesoeur.

Por unos breves instantes pensó en ser más explícita con su amiga y aliada, e iba ya a confesarle las circunstancias en que lo conociera cuando, con un interno movimiento de reacción, formuló en voz alta esta pregunta:

— ¿Su seguridad es completa con respecto a la identidad del ex presidiario y el hombre que hablaba con Francis?

— Puedo jurar, con la mano puesta sobre los evangelios de mi Biblia, que el hombre de la fotografía del recorte y el que encendió su cigarro al lado de Francis, a la puerta de calle de esta misma casa, son uno mismo — afirmó con tono judicial la anglo-sajona de pura raza.

— Es un detalle de mucha significación, que no debemos descuidar, y es probable que nos prestará positiva ayuda en nuestras posteriores investigaciones — habló Ruth adoptando un aire pensativo.

— ¿Y qué más sucedió después? — inquirió.

— Nada. A los pocos minutos se despedían. Francis penetró puertas adentro en seguida de estrechar la mano de su amigo, que dió la vuelta para perderse en las sombras. Quién es, se sabría perfectamente en Sing Sing, cuyos registros son completos. El hecho, tal como se lo he relatado es ciertísimo y el trato entre los dos evidente. Falta saber la especie de negocios que los unía.

— Esa será la labor de alguien — repuso Ruth.

— No del policía Sánderson ni mucho menos del gordo y antipático John Gerlach. Le vuelvo a repetir que, especialmente el último, no me merece confianza alguna — dijo la viuda.

— ¡Ah! No importa. Contamos con mejor apoyo en este caso — anunció la visitante.

— ¿Se refiere usted al profesional Mr. Doyle?

— Desde luego. Habrá que ponerle al tanto de todo... si es que ya no lo está.

— No es presumible si carecía de presunciones anteriores.

— En él fallan los procedimientos comunes. Trabaja de una manera que a veces desconcierta. Su mentalidad es muy activa.

Y la señora de Mr. Bent, el prisionero, pensaba en tales momentos, no sin sentir los efectos de su nerviosidad, en la curiosa coincidencia de la información suministrada por la viuda, la que arribaba a análogas conclusiones referentes a que el llamado Frank Lacy podía prestar indudable claridad en el misterio a esclarecer.

De su conversación con la señora de Lesoeur no obtuvo otras noticias que pudieran juzgarse utilizables, pero el viaje no se había perdido y en su fuero interno mostrábase muy satisfecha de la entrevista. Siendo por fuerza interesadas las declaraciones que le ofreciera Lacy, este descubrimiento de su pasado poco limpio le colocaba un arma en las manos para mantenerlo inofensivo. Ya declararía; ya volvería a cambiar de idea, y en caso contrario tanto peor para él. La amenaza de sus años anteriores, sin duda alguna abundantes en episodios vergonzosos, obraría sobre el ánimo del ahora «testigo material» de modo seguro.

— Señora Lesoeur; me despido de usted hasta pronto y le doy las gracias por sus interesantes revelaciones. Estoy contenta de haber venido a verla y le quedo muy obligada. Regreso con el propósito de que sean aprovechados en seguida sus informes.

— Confío en que no tardará en apreciar su utilidad. Mr. Doyle es el indicado para poner en limpio todo lo referente al hombre del grabado. Para un pesquisante de su fama ello será un juego de niños.

— Participo de su creencia, señora. Procuraré entrevistarme con él inmediatamente y se lo contaré todo. Adiós. Le enviaré noticias en cuanto las tenga.

— Y yo no descuidaré tampoco informarla.

Ruth bajó las escaleras seguida por la viuda y Agnes, que de nuevo la despidieron en la calle mientras el motor comenzaba a trepidar.

CAPITULO XX

UN BUEN DATO ACERCA DEL PASADO DE LACY. — OTRA "TRIVIALIDAD" DEL DETECTIVE DOYLE POR COMPLACER LA CURIOSIDAD DE RUTH. — "EL ODIO A LAS MUJERES ES PROPIO DE TODOS LOS HOMBRES SENTIMENTALES". — SOBRE EL PRECIPICIO DE DYCE'S HEAD.

Manejaba Ruth el volante de su máquina, ya de regreso a su casa, con el pensamiento embargado por la conversación anterior.

Dejando curso libre a su mente, refrenó la marcha con maniobra automática, a fin de verse más desembarazada de ese cuidado durante el trayecto.

Un presentimiento iba abriendo brecha en su cerebro: la aproximación de la hora en que las investigaciones, orientadas derechamente, no tardarían en traducirse en hechos, en certezas indubitables con las cuales oponerse con ventaja al bloque calumniador que formaban los enemigos de su esposo y, por consiguiente, de ella, cuya felicidad intentaban destruír para siempre.

A pocos metros de su hogar, aun no se había dado cuenta del camino recorrido; tal era su ensimismamiento y su excitación. La mañana mostrábase generosa con sus anhelos; el conocimiento de que Franck Lacy procedía de una prisión y mantuviera relaciones con el asesinado Lesœur, según el claro testimonio de la viuda, recompensábala de cualquier fatiga pasada Tal detalle marcaba una nueva etapa en el proceso.

— Doyle investigará el resto — murmuró para sí mientras penetraba en sus habitaciones. — Poco trabajo le costará descubrir los antecedentes de Lacy, y entonces...

Se detuvo en la sala para llamar a la criada.

Presentóse Clara, la substituta de Agnes.

— ¿No ha venido nadie durante mi ausencia? — preguntóla.

— No, señora — contestó ésta.

— ¿Nadie ha llamado por teléfono... ¿Mr. Doyle, mi primo Dick? — insistió el ama.

— Tan sólo una vez sonó el timbre del aparato y contesté yo personalmente. Habló el dueño del almacén para avisar el envío de las provisiones pedidas.

— Muy bien; puede usted retirarse.

Ruth estableció comunicación con su tía, la madre de Dick, inquiriendo por éste.

— El muchacho me telefoneó desde Southfield, anunciándome que salía para Nueva York y que probablemente no regresaría hasta mañana. No me dijo el asunto de su viaje — terminó diciendo la señora Balfour

Acababa de sentarse ante la mesa para dar comienzo a su almuerzo cuando se presentó Doyle en persona.

A la indicación de si quería compartir con ella el lunch, el detective aceptó sin preámbulos, asegurando que poseía un apetito muy grande.

Durante los quince minutos que tardaron ambos en despachar las viandas, ella no quiso distraer su atención. Le observaba comer con notorio gusto y esperó a los postres para entablar diálogo.

— Si me permite usted fumar — solicitó el detective, con la taza del café delante, — se lo agradecería.

— Concedido; vamos a la sala si le parece bien — consintió ella.

— Usted es una notable mujer, señora Reverly — dijo Doyle: — No me ha «molestado» con pregunta alguna hasta ahora.

Sonrió de buena gana ella.

— Acaso no habrá sido por falta, no de preguntas, sino de afirmaciones.

— Bueno; ya hemos almorzado. ¿De qué se trata? — inquirió Doyle envolviéndose en una espesa nube de humo procedente de su pipa.

— Frank Lacy es un expresidiario — dijo Ruth, al tiempo que le alargaba el recorte del diario.

Los surcos de la frente del pesquisante se acentuaron en un gesto de contrariedad.

— Supongo que esta noticia me la da usted en seguida de haberla adquirido. He enviado a su primo a Nueva York para que investigara en la Galería de Culpables si allí se encontraba el retrato y la filiación de Lacy. Hemos perdido el tiempo entonces.

Si Ruth no se hallara acostumbrada a los desplantes de Doyle, cuyas impresiones casi nunca resultaban de acuerdo con lo lógicamente presumible, es indudable que se hubiera indignado ante tal salida descortés; pero, ahora que iba conociendo su carácter externo, con el cual ocultaba el hombre sus verdaderos sentimientos, no era cosa de replicarle por la injusticia que envolvía su comentario.

La inmensa vanidad de Doyle, hasta cierto punto infantil, pero reveladora de altas cualidades y hasta disimuladora, en muchos casos, de sus juicios y propósitos, no la ofendían ya. Por el contrario: parecíale natural que se mantuviera en su «línea» y no abandonara sus brusquedades.

— Traté de ponerme en contacto con usted... antes de adquirir la noticia. Fuí hasta la casa de Jim Armstrong, pero ya usted no estaba allí. Por otra parte, en cuanto regresé de Southfield, apenas subí las escaleras, ya pregunté si alguien había venido. No hace media hora todavía.

— Vamos a ver: ¿qué ha sabido usted? — interrogó, ya más conforme, el original personaje.

Ruth, desde el principio al fin, le contó suscintamente la conversación sostenida con la señora Lesœur, teniendo buen cuidado de no intercalar comentarios.

El detective, sin perder una sílaba, se levantó de su asiento y se dirigió al teléfono, pidiendo comunicación con su oficina de Nueva York.

— Yo soy Patrick H. Doyle — habló con alguien al otro extremo del alambre. — Acabo de enviar a esa a Richard Balfour, de Beaulieu, que llegará en el tren de las cuatro y cuarenta. Le mandé que investigara en la Galería de Culpables. Ya no es necesario. Busquen en los diarios de Nueva York. diarios de la mañana de fecha catorce de diciembre, Estoy seguro de que en el «Courrier» encontrarán, a juzgar por el tipo de la letra... una información acerca de un festival en Sing Sing... segunda columna de la séptima página, con un grabado a dos. Quiero que se complete el «record» de la figura tercera de la derecha. Volveré a llamar a la noche. Avisen a Balfour que regrese inmediatamente. Puedo necesitarlo. Telegrafíenle al tren y por si acaso envíen algunos hombres a su llegada. Descripción: cinco pies con diez, pelo castaño cortado, ojos azules, color tostado, nariz recta, boca grande, una pequeña rasgadura en la barbilla. Lleva sombrero de paja con cinta azul, traje color canela, camisa blanca y corbata gris. Eso es todo.

Colgó el receptor y se volvió bruscamente en tanto que ella le contemplaba con admiración.

Doyle era, sin duda alguna, un hombre de tan reconcentrado poder mental, que podía, en cualquier circunstancia, exteriorizar los más insignificantes detalles al parecer, y Ruth, mientras así pensaba, dábase cuenta de que tales esfuerzos de retentiva determinaban su carácter taciturno.

De nuevo acomodado en la silla, el detective, ya en calma, dijo:

— Ahora puede usted preguntarme todas esas cosas que le hormiguean en la punta de la lengua.

— ¿Qué encontró usted de particular en el «cottage» de Mr. Armstrong? — inquirió Ruth sin hacerse repetir el permiso.

— Nada definitivo — replicó él. — No perdí allí mucho tiempo. Salí a los pocos minutos y me fuí a ver a su marido, llegando justamente cuando usted lo dejaba. Hablé con Mr. Bent y le di mi palabra de que aunque le fuera adverso el veredicto preliminar y prosperara la acusación en su contra, el proceso no llegaría a su fallo sin que yo presentara, para ese día, al criminal verdadero.

Ruth, sin poder contenerse, le miró asombrada para murmurar con creciente ansiedad:

— ¿Usted le aseguró eso?

— Sí — fué la respuesta.

— ¿Conoce usted al asesino?

— Pienso que sí.

— ¿Quién es? — casi imploró ella.

Doyle penduleó su cabeza de izquierda a derecha.

— No hasta que yo consiga meterlo entre cuatro paredes — respondió.

— Pero hubo dos asesinatos — refutó ella.

— Y un solo asesino — afirmó el hombre. — Y ahora no más palabras inútiles acerca de esto. Deseo que usted me acompañe a dar un paseo.

La ansiedad de Ruth por conocer el nombre del criminal hizo que sus movimientos fueran febriles. En vano trataba de dominarse. Quiso emplear la astucia para hacerle hablar.

— Bueno; yo no creo que usted conozca el nombre. Lo que me dijo usted fué para animarme — insinuó.

El detective la miró con el ceño fruncido.

— Yo no soy teatral jamás, señora Reverly; sépalo y no se le olvide. Sin embargo, por

una vez y para convencerla, voy a descender hasta el efectismo.

Se levantó, dirigiéndose a la puerta que comunicaba al pequeño estudio que Ruth llamaba su oficina.

—¿Puedo usar por unos momentos su escritorio? — demandó.

Obtuvo un signo afirmativo y acto seguido se acomodó ante la mesita.

Desde la sala, donde se quedara de pie observándole, Ruth le vió tomar una hoja de papel y escribir con un lápiz algunas líneas. Luego, doblándola cuidadosamente, la metió en un sobre, que pegó, haciendo fuerte presión con el secante.

—Ahora escriba su nombre cruzando bien el cierre, señora Reverly — dijo Doyle avanzando hacia ella y entregándole el sobre y el lápiz.

Con obediente y silencioso ademán, Ruth rasgueó sobre el reverso del papel.

—Esto le garantiza de que lo escrito por mí en la hoja que guarda este sobre no podrá ser reemplazado sin que se advierta. Perfectamente «escénico», ¿no le parece?

Y el extravagante policía particular se guardó en uno de sus bolsillos interiores el curioso documento.

—Dentro de un día o dos se lo podré entregar, señora Reverly: entonces, cuando lo abra, sabrá si soy o no un jactancioso.

No obstante esta escena, Ruth hallábase decepcionada. Al decirle él que, siquiera por una vez, iba a ser teatral, había pensado que le diría el nombre del asesino. Con todo, a pesar de su contrariedad, una dulce confianza le invadía; ya la fe en un cercano y feliz desenlace iba tomando cuerpo en su mente, y su contento era tanto mayor cuanto que, sin haber dudado de la inocencia de su esposo, nunca pensara, sobre todo en las últimas horas, que su liberación se conseguiría en tan breve tiempo. Si Patrick H. Doyle lo «aseguraba» podía abrigarse el convencimiento de que así era en efecto.

—Basta ya de trivialidades — habló Doyle con su habitual arranque de brusquedad. — ¿Quiere acompañarme hasta Dyce's Head?

—Con mucho gusto — contestó ella; — ¿pero a qué?...

—¿Me hace usted el favor, señora Reverly, de no dispararme más preguntas? — refunfuñó, nuevamente ceñudo, el detective. — Me ha obligado usted, hace unos minutos, a verificar una tontería que me está avergonzando. Colocar un papel con un nombre en un sobre constituye para mí una payasada. Lo hice por satisfacer en cierto modo su intrigante romanticismo. Dese por contenta. ¿Vámonos?

Ruth se permitió bromear en su cara.

—¡Ah! Los ladridos de usted son mucho peores que sus mordidas.

—Yo no acostumbro a perder el tiempo con palabrería fastidiosa; yo soy el hombre más silencioso que usted ha conocido, y yo no la entiendo a usted, señora Reverly. Pero no intento nunca entender a las mujeres. Las mujeres no tienen lugar en mi existencia.

Salieron de la casa y se dirigieron hacia los campos del golf.

—Usted es que se «teme» y trata de conservar su valentía — díjole ella por el camino: — Yo creo que usted se enamora fácilmente de todas las muchachas con quienes se trata.

—¿Cómo se atreve usted a provocarme con tan ridícula creencia? — saltó Doyle sorprendido.

—Porque es usted un perfecto sentimental.

—¡Por toda la corte celestial! Yo sí creo que usted padece de insania — apostrofó Doyle. — Yo... yo odio a las mujeres.

—Muy bien; acaba usted de probar mi opinión — siguió bromeando ella. — Solamente los hombres sentimentales como usted son capaces de expresarse así... Bueno; yo pienso escogerle una futura y excelente esposa.

El original investigador detúvose en seco, contemplando con ojos fieros a su compañera.

—Señora Reverly — exclamó; — si no me da usted su palabra de que no me presentará, con intención preconcebida, mujer alguna, ceso en este mismo momento de ocuparme en el asunto.

Ruth reprimió sus ingenuas insinuaciones.

—Se lo prometo, le doy mi palabra — dijo con mansedumbre.

Pareció tranquilizarse el ánimo sobresaltado de Doyle, aunque siguió mirándola con cierta suspicacia, pero no se habló más hasta que llegaron a la base del precipicio de Dyce's Head.

—Su primo Dick me ha contado, como usted sabe, las rebuscas verificadas por Lacy por debajo y por encima de este despeñadero — habló el detective. — Me marcó, tan exactamente como pudo, los sitios por donde el hombre se arrastró en averiguación de algo. Además, la otra noche volvió a sus rebuscas y permaneció largo tiempo sobre estos peñascos, según usted me refirió.

Ambos se detuvieron muy cerca del borde del precipicio. Doyle apoyó sobre un saliente una de sus manos para mejor asegurar su posición.

—Señora Reverly — dijo con suave tono de voz: — tengo una confesión que hacerle. — No puedo estarme en las alturas. Yo bien quisiera escudriñar personalmente, pero me resulta imposible; se me va la cabeza. ¿Quiere usted estirarse sobre el suelo y decirme si alcanza a ver algún lugar donde pudiera haber permanecido Lacy durante el tiempo que usted lo estuvo esperando en vano la noche última? Porque resulta increíble que él haya podido sostenerse largo tiempo en un risco saliente de esos o agarrado a algún débil arbusto de los que ahí se arraigan. Ello requiere no solamente nervios de acero, sino una resistencia extraordinaria, y yo no creo que Lacy posea en tal grado esta última. Mire bien. Debe de haber alguna grieta o hendidura suficiente para resguardar a un hombre como él. ¿Puede usted escudriñar bien?

—Voy a intentarlo — contestó Ruth.

Avanzó como un metro hacia el borde del precipicio y se tumbó boca abajo hasta asomar la cabeza, corriéndose aun unos centímetros para ver mejor en el abismo.

No temía las alturas, pero desconfiaba ante la posibilidad de sentir vértigo, y con notable decisión, pegando bien el cuerpo contra la tierra, comenzó sus investigaciones durante algunos momentos.

Parecíale que nadie podría arrastrarse por aquel cortante y perpendicular declive peñascoso y, no obstante ello, Lacy había demostrado lo contrario

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)



Comentarios.





—Más de dos minutos nunca se detiene
en ninguna parte. Creo que hace mal.
—Ese es su sistema. Viaja e interviene.
¡Qué hombre tan genial!

* * *

—Jorge es una miniatura
y de veneno está lleno.
—¿Y cabe tanto veneno
en tan pequeña estatura?
—Maldiciente empedernido,
nada olvida ni perdona;
el veneno en su persona
está muy bien repartido.

* * *

Igual que muchos otros vocingleros,
un partidario de los más sinceros
de Irigoyen pensaba de este modo:
—Yo a lo que quiera el jefe me acomodo,
y el primero seré entre los primeros
que inclinen la cerviz humildemente
ante aquello que ordene. Es evidente
que debo respetar sus opiniones
y no meterme en necias discusiones.
El desbande ha empezado,
y censuro el desbande.
Seré, ¡ya lo he jurado!
antipersonalista declarado
en cuanto don Hipólito lo mande.

* * *

Es la elegante Elvira
ecuánime en verdad.
Si hace calor, transpira
con ecuanimidad.

* * *



—Erudito de veras
es el doctor Piltrafa.
—¡Qué me dices!
—Conoce cuatrocientas dos maneras
de hurgarse las narices.

* * *

El domingo no sale. La voz cascada
de su esposa le aturde. Come muy mal.
Recibe una visita que no le agrada.
Y, cuando llega el lunes, dice: —No hay nada
como el aburrimiento dominical.

* * *

Un irigoyenista a su manera,
que es un hombre feroz,
ve a Gallo y vocifera:
—¡Me comeré ese Gallo con arroz!

* * *

Con elocuentes razones
que duran un largo rato,
un médico literato
defiende las inyecciones.
Y si dijo alguna vez
una frase inoportuna,
fué porque le dieron una
inyección de estolidez.

* * *



—Se enoja al momento.
No tiene talento;
pero habla por diez.
Da miedo su furia,
provoca e injuria
y es torpe y soez.
Altivo, pedante,
procaz y arrogante
le temen aquí.
—Pues ese ha triunfado.
Le harán diputado
—Supongo que sí.

* * *



—Dígame usted, ¿quién concibe
que a X. le dé por bailar?
—Si baila mejor que escribe,
le deben felicitar.

* * *

Sobre la conveniencia
de la jubilación habla Molina;
Y suele referirse a la inconsciencia
con que algunos la atacan por rutina.
—¡No hay proyecto mejor en la Argentina!
añade: —Y la experiencia
de otros pueblos lo viene a demostrar.
Lo que obliga a un sujeto
a que así le pregunte con respeto:
—¿Y usted, cuando se piensa jubilar?

DIBUJOS DE REDONDO

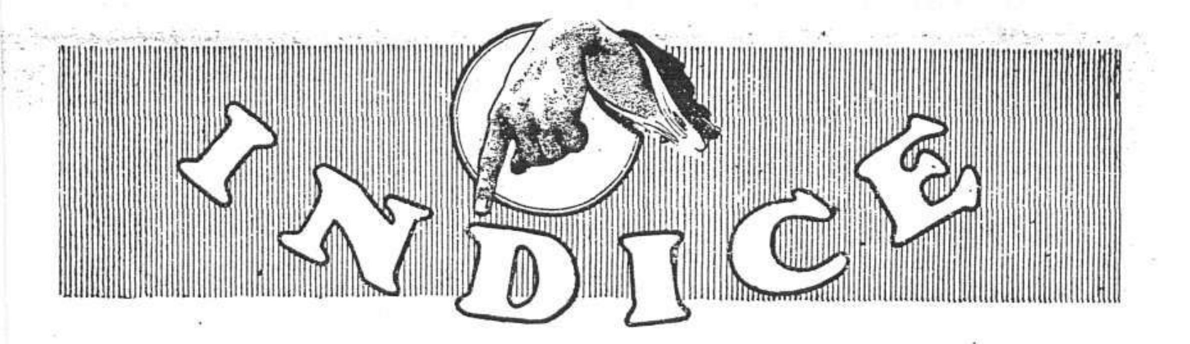
NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Aldea española, por **Fernández Moreno.** Historia extraña, por **Pedro Heredia.** Poemas de otro tiempo, por **Arturo Capdevila.** La última farsa de Jippe nnsha Ikku, por **Ricardo Gutiérrez.** Semblanza y gesto de un jugador de raza, por **Manuel Trigo Viera.** El pensador, por **Roberto Ledesma.** El velo ideal, por **E. Carrasquilla Mallarino.** El pequeño café de la esquina de casa, por **F. Defilippis Novoa.** El suri de Eufrasio, por **Ciro Torres López.** Un peritaje trágico, por **Atilio Chiappori.** Pobre gigante, por **Miguel de Unamuno.** No es una novela, por **Mariano Moretti.** La estrellita, por **Georges Dolley.** Máscaras, por **Frederic Boutet.** La tierra de la verdad, por **E. M. Laumann.** Balada del nadador, por **Manuel Puga y Acal.** Polémica en el colegio, por **Arcadio Avérchenco.** El perro del ciego, por **Galio do Arizonas.** Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.**





AÑO XXVII
SEGUNDO BIMESTRE DE 1924
NUMEROS 1326 AL 1334



DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

COLABORACION

PROSA

GUZMAN SAAVEDRA, GREGORIO. — Don Silvano. 1333.
GUARNIDO, JOSE MORA.—Heroico remedio. 1333.
HEREDIA, PEDRO. — Historia extraña. 1327. — El hijo prestado. 1330.
HAMILTON, H. M. — Hasta el fin. 1329.
HOUSE, GUILLERMO. — Clotilde Gamarra. 1332.
INFANTE, CIRO Z. — Antonio Llorente, el "hombre fiera". 1334.
LA "DAMA DUENDE". — Notas sociales. 1327, 1329, 1330, 1331 y 1333.
LAUMANN, E. M. — La tierra de la verdad. 1327.
LOPEZ DE NEIRA, CANDIDO. — El sabio y el topo. 1326.
"LUZ Y SOMBRA". — Después del veraneo. 1326. — Talle corto y pollera larga. 1327. — La moda al día. 1328. — ¡Hogar! 1329.— Sombreros. 1330. — Hojas caídas. 1331. — El abrigo. 1332. — La maceta luminosa. 1333. — Intimidades. 1334.
LUQUE LOBOS, J. — Un gran señor del espacio. 1332. — La casa del buen amor. 1333.
L'ERMITE, PIERRE. — ¿Demasiado cocido? 1334.
MIATELLO, HUGO. — Semillas de alfalfa. 1326. — Cultivos industriales. 1327. — Ensayos de semillas. 1328. — El ray grass. 1330. — El eucalipto. 1331. — La gran cosecha blanca. 1332. — El desmote del algodón. 1333. — El problema de las patatas. 1334.
MORETTI, MARINO. — No es una novela. 1327.
MACIEL, SANTIAGO. — La enfermedad del viejo Quilques. 1328.
MARTIN, EDUARDO. — El rival. 1329.
MAGNASCO, CONRADO.—Pájaro de tormenta. 1331.
MOLINA, JUAN RAMON. — El trabajo intelectual. 1331.
MANSO, LUIS. — La maestrita. 1331.
MORALES, GUSTAVO. — El collar de perlas negras. 1329.
MORALES, DELIO. — Parientes ricos. 1331.
MANGUDO, CARLOS ERNESTO. — Bravo. 1333.
NUÑEZ DE PRADO, JAVIER.— Palingenesia. 1331.
ORTELLI, ROBERTO A. — Miedo... 1333.
PETERS, GUILLERMO. — Ganadería. 1329, 1330, 1331, 1332 y 1333.
PAGES, EMILIO. — Thaikaa El Kirghiz. 1330.
PAYRO, ROBERTO J. — 5.632. 1331.
PAPINI, GIOVANNI. — La buena educación. 1332.
RADBOURNE ETHEL, M. — Carnaval. 1326.
RAZVAEL, doctor. — Rayos X. 1326.
RIPA, EDUARDO. — La araña. 1326.
RUBIN DE CELIS, A. — La paz de América. 1327.
RICHARD LAVALLE, E. — Dos dómines. 1328.
RUEDA, SALVADOR. — Cuadro húngaro. 1328.
RISCO, A. — Mi señor coronel. 1332.
ROXANA. — Un bello ejemplo de energía. 1333.
ROGGERO EGISTO. — El espejo. 1333.
RODRIGUEZ, RODOLFO FAUSTO. — La bestia. 1334.
RACHILDE. — El ladrón. 1334.
SEAMARK. — ?. 1326.
SOMERS ROCHE, ARTHUR. — Personas desconocidas. 1326, 1327, 1328, 1329, 1330, 1331, 1332, 1333 y 1334.
SICARD, LUCIANO M. — El desquite. 1330.
SOTO HALL, M. — Revelaciones íntimas de Rubén Darío. 1333 y 1334.
TORRES LOPEZ, CIRO. — El suri de Eufrasio. 1327. — El anchí de Doña Daniela. 1331.
TRIEGO VIERA, MANUEL. — Semblanza y gesto de un jugador de raza. 1327.
TINSEAU, LUIS. — El teléfono homicida. 1329.
UNAMUNO, MIGUEL DE. — ¡Pobre gigante! 1327. — S. V. Q. 1329. — Ya se consabe qué... 1330.
URRECHA, FEDERICO. — Yo y yo. 1328.
URIEL, DAVID. — El "marajah" de hombres y fieras. 1334.
VACCARI, doctor A. — El hombre de los terremotos. 1327. — Los abismos de un alma periodística. 1329. — Una mujer que ha freído. 1332. — Los americanos. 1333. — Una visita a la ciudad de Ancona. 1334.
VILLIERS DE L'ISLE, ADAM. — El intersigno. 1328.
VAZQUEZ CEY, ARTURO. — Cartas de amor. 1334.
VILLALOBOS, LUIS DE. — Cómo vendí mi voto. 1333.
VIÑAS, ALBERTO. — El lechuzón. 1333.
WODEHOUSE, P. G. — El colegio de Ukridge para perros. 1333.
YUNQUE, ALVARO. — Un gesto del destino. 1334.
ZAMACOIS, EDUARDO. — El "divino Alejandro". 1326. — Una entrevista en una escalera. 1333.
ZARIN, A. — Un sueño extraordinario. 1332.

VERSO

AMADOR, FERNAN FELIX DE.— Se dice... 1328.
ALMEIDA, ALITANA DE. — El elefante blanco. 1333.
BRAÑA, JOSE M. — Mañana gris. 1329.
BARREDA, ERNESTO MARIO. Bogando. Oriflama. 1334.
BOVEDA, XAVIER. — Bosque druídico. 1334.
CARRASQUILLA-MALLARINO, E. — El velo ideal. 1327.
CAPDEVILA, ARTURO. — Poemas de otro tiempo. 1327.
CRESPO GARCIA, MANUEL. — Abre tu diestra, hermano... 1333.
DIEGO ARBO, CLARISA G. DE. — La luz. 1327. — La ofrenda. 1332.
FERNANDEZ, MORENO. — Aldea española. 1327. — Infancia. 1333.
FRANCO, ALBERTO. — Estampas japonesas. 1334.
GONZALEZ CASTELLU, PEDRO. — Marcha nupcial. 1326.
GARCIA, LUIS. — Egiptólogos. 1326. — ¿Hace falta o no hace falta? 1329. — ¡Salvados! 1330. — A un corcho. 1331. — El nuevo diputado. 1332. — Elementos. 1333. — Allá va la nave. 1334.
GOMEZ HERNAN. — El viento. 1331.
HIDALGO, ALBERTO.—El sastre "simplista". 1329.
HERREROS, PEDRO. — El libro puro. 1329. — El romance del veraneo. Mañana en flores. 1333.
HERNANDEZ, CID. — A el negro Raúl. 1333.
LEDESMA, ROBERTO. — El pensador. 1327.
LOPEZ DE MOLINA. — La fiesta del alma. 1329.
MARTINEZ JEREZ, JOSE.— Canto a muñeca. 1329.
MACHADO, ANTONIO. — Retrato. 1333.
RAXLE ROXLO, CONRADO. — Guignol. Amor feliz. 1332.
OCAMPO, EDUARDO MARIA DE. — Amanecer en la granja. 1330.
PUGA Y ACAL, MANUEL. — Balada del nadador. 1327.

PEÑA, JACOBO. — Madrigal. 1330.
PAZ, CARLOS B. — La aurora. 1331.
ROSSI, EDUARDO R.—El sueño de Margarita. 1327.
REGA MOLINA, HORACIO A. — A la hora del te. 1332.
STORNI, ALFONSINA. — Palabras a Delmira Agustoni. 1328.
VAZQUEZ CEY, ARTURO. — Noche y Otoño. 1326.
VISILLAC, FELIX B.—Haz que esta noche... 1330.

REDACCION

Número 1326. — Demostración al señor Luis Prats. — Festival benéfico. — Visita presidencial a la Bolsa de cereales. — Homenaje a la memoria de Falucho. — En el "American Club".—Demostración al doctor Alberto Costabel. — Partida del personal del Observatorio astronómico de las islas Orcadas. — Actualidad política de Córdoba. — Unamuno. — La pelea Firpo-Lodge. — Un crimen inaudito. — Adulteración de documentos de identidad y buena conducta. — Detención de un famoso ladrón sacrílego. — Ultimas novedades de la moda. — En el Instituto del Cáncer. — La temporada en Mar del Plata.

Número 1327. — El rey de los payasos. — Notas de Carnaval. — Visita del ministro de Guerra a los cuarteles de San Luis. — Los últimos modelos de la moda. — Tres grandes humoristas del lápiz, norteameicanos contratados para "Caras y Caretas". — La temporada en Mar del Plata. — En honor del nuevo ministro del Perú en Bolivia. — Homenaje a don Miguel de Unamuno. — Convención del partido Demócrata. — Firpo-Spalla. — Quintín Romero. — Sangrienta terminación de un baile. — Incendio en un vagón de inflamables. — Efectos del último temporal.

Número 1328. — Demostración al señor Antonio Rilo. Huésped distinguido. — Don Manuel Láinez. — Homenaje al ingeniero Jorge Newbery. — Convención radical. — Comisión del corso oficial. — El nuevo Tesorero General de la Nación. — La carrera automovilística "Gran Premio" del Automóvil Club Argentino. — La temporada en Mar del Plata. — La pelea Firpo-Spalla. — Ultimas novedades de la moda. — Baile en el Tigre Club. — Baile en el Club de Flores. — Corso de Belgrano.— Baile en el Club Atlético San Isidro. — Corso oficial de la Avenida de Mayo. — Baile en el Club Belgrano. — Corso de la Avenida Montes de Oca. — Corso en la Avenida Almirante Brown.— Nuestros pequeños visitantes.

Número 1329. — Escuelas de vacaciones dependientes del Consejo Nacional de Educación. Bachilleres egresados del Colegio Nacional "Mariano Moreno". — Balnearios de moda. — Viaje de la fragata escuela "Sarmiento". — Demostración en Río de Janeiro al doctor Pueyrredón. — Retiro de altos jefes del ejército. — En la cordillera. — Los candidatos Radicales y Socialistas proclamados. — Distinguidos visitantes. — Demostración. — Inauguración de la Exposición de muestras. — Regatas internacionales del Tigre. — All Reich. — Los últimos modelos de la moda. — Alfonsina Storni, frente al mar. — Pescadores y pescados de Mar del Plata. — Maestras egresadas de la Escuela Normal número 6. — En "El Reposo". — El Carnaval en Montevideo. — Trágico suceso en el Palacio de Justicia. — Falsificación de fichas del Club Mar del Plata. — Nuestros amiguitos de provincias. — Nuestros pequeños visitantes.

Número 1330. — Balnearios de moda: Punta del Este. — Mar del Plata. — El doctor Alvear ejerciendo sus funciones de ciudadano. — Las elecciones nacionales. — Duelo, generales Justo - Dellepiani. — Almuerzo de despedida al ministro de Francia. — Demostración.— Sí... no... No... sí...— Huéspedes distinguidos. — El sensacional asunto del petróleo en Wáshington. — El torneo internacional de ajedrez en Nueva York. — Campeonato argentino de ajedrez. — Abordaje de los vapores "Terier" y "Reina Victoria Eugenia". — La página de la moda. — Presentación de la compañía de Camila Quiroga. — Notas de Montevideo. — Nuestros pequeños visitantes.

Número 1331. — El baile en el Círculo Valenciano.— Fiesta en el Club Sportivo Barracas. — Regatas internacionales en el Tigre. — Creación de una cátedra de lectura y declamación. — Conferencia en el Colegio Militar. — Banquete al boxeador Spalla. — En honor del ministro argentino en Francia. — Reunión en la Bolsa de Comercio. — Actualidades de Rosario. — La lucha electoral. — El escrutinio en el Congreso. — Los últimos modelos de la moda. — Torneo de tennis en San Isidro. — En el lejano este. — La lucha contra la hidrofobia. — Nuestros amiguitos de provincias. — Nuestros pequeños visitantes.

Número 1332. — Demostración al doctor M. A. Villarroel. — En el Automóvil Club Argentino. — En honor del nuevo ministro plenipotenciario ante el gobierno de Francia. — Clausura del Congreso del Ejército de Salvación. — En el caja de Jubilaciones, Pensiones y Subsidios de empleados de empresas particulares. — Una feliz iniciativa de la Caja de Ahorro Postal. — En el hogar de enfermeras. — Comisión de indígenas en "Caras y Caretas". — Notas gráficas de Rosario. — La pelea Firpo-All Reich. — Efectos del temporal en Mar del Plata. — El momento político juzgado por los doctores Juan B. Justo, Leopoldo Melo, Alfredo Scarano, Carlos Ibarguren, Joaquín Castellanos y Pedro Podestá. — Final del campeonato de la Asociación Argentina de Football. — Ultimas novedades de la moda. — El ex presidente uruguayo Baltasar Brum en Buenos Aires. — Doctorados en Bioquímica y Farmacia. — Nuestros pequeños visitantes.

Número 1333. — La Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres: su nueva sede.—Demostración al señor Alfredo Gilardoni. — Diputados electos por la capital federal; su proclamación en el recinto de la Cámara. — Jura de la bandera por los aspirantes a oficiales de reserva. — En honor del Encargado de Negocios del Japón. — Demostración a los ganadores del "Gran Premio Automovilístico". — Homenaje al nuevo director del Museo de Historia Natural. — Banquete de la colectividad belga. — Llegadas de los atletas chilenos. — Concurso literario municipal. — Recepción del ministro japonés. Carrera de las 12 horas en el Hipódromo Argentino. — Hugo Stinnes. — Notas de Montevideo. — Sepelio de las víctimas de los sucesos de la Avenida de Mayo. — Rosario social. — Doble homicidio en la Avenida de Mayo. — Sangriento incidente en un conventillo. — Falso sacerdote. — Accidente mortal. — Muerte de una señora y suicidio del criminal. — La página de la moda. — La compa-

ñía dramática de Angelina Pagano. — Egresados de la Academia Nacional de Bellas Artes. — Bachilleres egresadas del Colegio Nacional número 2 de Rosario. — Egresados del Instituto Nacional del Profesorado Secundario. — Nuestros pequeños visitantes.

Número 1334. — Notas varias. — Demostración al doctor Vicente Gallo. — Campeonato interno de tennis en San Isidro. Egresados de la Escuela de Agricultura y Ganadería de Santa Catalina — Una pista modelo. — La solemne procesión del Santo Sepulcro. — V Campeonato sudamericano de atletismo. — Recepción ofrecida por el Encargado de Negocios del Japón. — Proclamación del nuevo senador socialista. — Visitas ministeriales. — La tradicional ceremonia del lavatorio de pies. — Inauguración de las básculas en los Nuevos Mataderos. — En el Club "Marcelo T. de Alvear". — Notas gráficas de Rosario. — Notas gráficas de Montevideo. — Concurso de doma. — Huésped distinguido. — Trágico accidente en el río Paraná. — Grave suceso de tráfico. — Incidente sangriento por un perro. — La página de la moda. — La histórica anexión de Fiume a Italia. — Enrique Borrás. — Profesoras en Letras egresadas de la Escuela Normal número 1. — Maestras nacionales egresadas de la Escuela Normal de Profesores de Rosario. — Nuestros pequeños visitantes.

PROVINCIAS

BUENOS AIRES. — **Avellaneda:** Fiesta en el Club de Regatas "América". 1326. — Fiestas de Carnaval. 1328. — Exposición en la Academia artística "Gobernador Cantilo". 1330. — Kermesse a beneficio del hospital local. 1333. — **Ayacucho:** Comisión directiva y cuerpo médico del hospital. 1326. — **Alberti:** Comisión de las romerías españolas. 1329. — **Alcorta:** Romerías españolas. 1333.— **Arroyo Corto:** Fiestas organizadas por la Sociedad cosmopolita. 1333.—**Bahía Blanca:** Kermesse. 1326. — Picnic. 1327. — Visita de los niños del Asilo Naval. 1328. — Picnic. 1333. — **Bánfield:** Ecos de Carnaval. 1330. — **Bernal:** Fiestas de Carnaval. 1328.—Ecos de Carnaval. 1331.—**Bragado:** Muerte de un famoso cuatrero. 1334. — **Carlos Casares:** Picnic. 1328. — Comisión israelita pro socorros de las víctimas de los "progroms". 1332. — **Carhué:** En el lago Epecuén. — Grupo de veraneantes. 1330. — **Caseros:** Ecos del Carnaval. 1331. — **Cañuelas:** Ecos del Carnaval. 1332. — **Chacabuco:** Baile en el palacio Municipal. 1328. — **Chivilcoy:** Fiesta en el "Club Pellegrini". 1328. — **Ciudadela:** Ecos del Carnaval. 1332.—**Daireaux:** Inauguración del "Prado Español". — Ecos del Carnaval. 1331. — **El Paraíso:** El Club "El Ombú". — Romerías españolas. 1330. — **Haedo:** Picnic. 1328. — **Isla Maciel:** En el club de regatas "América". — Banquete de la Sociedad de empresarios de constructores. 1333. — **Junín:** Apertura de una calle. 1326. — Picnic. 1328. — Incendio del cinematógrafo "Ambos Mundos". — Banquete en el "Prado Español". 1334. — **La Plata:** Homenaje a los caídos en la revolución de 1905. 1326.— **Luján:** Almuerzo criollo. 1331. — **Lanús:** Fiesta campestre. 1327. — Fiestas del Carnaval. 1329. — **Lincoln:** Ecos del Carnaval. 1332. — **Lomas de Zamora:** Ecos del Carnaval. Picnic. 1331. — Festival en el Club de Gimnasia y Esgrima. 1333. — **Martínez:** Entrega del camión-automóvil para primeros auxilios. 1327. — Fiestas de Carnaval. 1329.— Baile en el Círculo Social Argentino. 1333.—**Mar del Plata:** Accidente de aviación. 1333. — **Médanos:** Inauguración de la usina eléctrica. 1329. — **Morea:** Centro sportivo "Juventud Unida". 1329. — **Morón:** Baile en el Club del Progreso. 1331.— **Olivos:** Elecciones provinciales. Socias del Club de Tennis. 1328. — Baile de disfraz. 1329. — **Pehuajó:** Baile en la Municipalidad. Festival campestre. Demostración. 1329.— **Pigüé:** Demostración. 1331. — **Piñeyro:** Ecos del Carnaval. 1330. — **Primera Junta:** Picnic. 1326. — **Punta Chica:** Fiesta campestre. 1327. — **Quilmes:** Fiesta campestre. 1327. — Concurso nocturno de natación. 1329. — Fiesta social. 1330. — En el Club Atlético Alemán de Gimnasia. — Demostración al doctor Elustondo. 1331. — **Quequén:** Ecos del temporal. 1334. — **Rauch:** Inauguración del centro recreativo "Juventud Rauchense". 1332. — **Ramos Mejía:** Ecos del Carnaval. 1333. — **Remedios Escalada:** Inauguración de una capilla. 1327. — Festival en el Club Atlético F. C. S. 1328. — **Rojas:** Picnic. 1326. — **San Fernando:** Demostración a Tiraboschi. 1326. — Comisión Directiva de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos. 1327. — Fiestas de Carnaval. 1329. — Ecos del Carnaval. 1330. — Tardes de moda en el balneario. 1331. — Banquete en honor del señor Remigio Lupo. 1333. — Comisión para recolectar fondos pro "Ambulancia Municipal". 1334.— **San Isidro:** Salida del templo. 1326. — Excursión. 1327. — Baile en el Club Náutico Social. 1329. — En el Club Atlético San Isidro. Ecos de las elecciones. 1330. — Homenaje a la señorita Hárrison. 1334.— **San Martín:** Baile. 1327. — **Santos Lugares:** Banquete. 1334. — **Trenque Lauquen:** Torneo de tennis. 1326. — Fiestas de Carnaval. 1329.—Comparsa "Los hijos del desesperado". 1330. — Banquete en honor de los doctores Pedro y Ricardo Orellana. 1332. — Ecos de Carnaval. 1333. — **Tigre:** Comisión Directiva de la Sociedad "Gloria que Nace". 1326. — Segunda reunión de las regatas de Otoño. 1332. — Fiesta social en el "Tigre Hotel". 1333. — **Tandil:** Banquete al señor Esteban Maritirena. 1328. — **Tres Lomas:** Picnic organizado por la Escuela N.º 7.— Exposición de labores de la Escuela N.º 7. 1328.— **25 de Mayo:** Picnic. 1331. — **Villa Luro:** Festival. 1332. — Fiesta en la quinta del señor Maggiori. 1333. — **Wilde:** Picnic. 1332. — **Zárate:** Kermesse. 1329. — Ecos de Carnaval. 1332.

SANTA FE. — **Capital:** Banquete al doctor Mosca. Te danzante. 1327.— Creación del Instituto correccional de mujeres. 1328. — Baile en el "Club del Orden". Bailes en el Círculo Italiano y Centro Español. 1330. — Banquete en honor del señor José Casenove. 1334. — **Carcarañá:** Romerías españolas. Concierto a beneficio de la Colonia de Vacaciones. 1331. — **Caseros:** Entrega de la Jefatura de Policía. 1334. — Rosario: Comisión Directiva de la Sociedad productores de leche. Enlace en la cárcel. 1326. — Primera comunión infantil. 1327. — Carreras de bicicletas. Fiesta en el Centro Catalá. 1328. — Ecos de Carnaval. Baile en el Club Italiano. Banquete. 1329. — Ecos de Carnaval. Baile en el Club Español. 1330. — Ecos de Carnaval. Baile de fantasía en el Club Alemán. Festival a

beneficio de la Sociedad Anita Gramboldi. 1331. — Notas de actualidad. 1332. — Equipo de 5.a división del Club Córdoba. 1332. — 8.º aniversario de la fundación del Club Newell Old Boys. 1333. — **Rueda:** Primera comunión de niños en la granja "María Teresa". 1331. — **San Lorenzo:** Homenaje a los doctores Aldao y Cepeda. 1329. — **Santa Teresa:** Edificio de la Sociedad Española de Socorros Mutuos. 1326.—**Vera:** Ecos de Carnaval. 1331.

CORDOBA. — Capital: Actualidad política. 1326.— Gran carrera de automóviles Buenos Aires-Córdoba. La llegada de los corredores. 1330. — **Alta Gracia:** Grupo de veraneantes. 1330. — **Balnearia:** Inauguración de la Federación Agraria Argentina. 1329.— **Del Viso:** Descarrilamiento de un tren de pasajeros. 1332. — **General Lavalle.** — Romerías españolas. 1332. — **Río Cuarto:** Demostración. 1327. — Comida ofrecida al doctor Garay. Lunch al doctor Sivori. 1328. — Asamblea de delegados de las Cooperativas de la Provincia. 1332. — Baile de disfraz. 1333. — **Tancacha:** Partidos de tennis. 1326 y 1327. — **Villa de Soto:** Grupo de veraneantes. 1329. — **Villa Constitución:** Picnic. 1329.

ENTRE RIOS.— Concordia: Ecos de Carnaval. 1331. — **Federación:** Picnic. 1327.— Team del "San Martin Football Club". 1328. — **General Campos:** Tennis. Picnic. 1326. — **Nogoyá:** Equipo del Club "San Luis". 1328. — **Villa Crespo:** Baile de disfraz. 1330.

TUCUMAN. — Capital: Miembros del partido Liberal. 1326. — Jira de profesores entrerrianos. Comisin Directiva del "Club Atlético All-Boy's". 1327. — Concurso de natación. Proclamación del doctor Bascary para Gobernador de la Provincia. 1328. — Intervención Nacional. Ecos de Carnaval. 1329. — El juez Federal doctor Benci. presidiendo la junta escrutadora. 1330. — El interventor doctor Gondra y otros. El escrutinio. 1331. — Notas de actualidad. 1332. — Colocación de la piedra fundamental del edificio de la Biblioteca Alberdi. El doctor Campero inicia su jira de propaganda política. Homenaje a Francia. Colocación de una lápida en memoria de los soldados franceses que partieron de Tucumán. 1334. — **Villa Alberdi:** En honor del doctor Campero. 1333.

MENDOZA. —Capital: Carrera de automóviles. 1326. Alumnas egresadas del Conservatorio Musical de Cuyo. El poeta R. Nicolai y personal de la "Quincena Social". 1328. — Banquete. 1330. — **Cacheuta:** Notas veraniegas. 1331. — **Puente de Inca:** Grupo de veraneantes. 1330. — Notas veraniegas. 1332. — **Tupungato:** Inauguración de un templo. 1333.

SANTIAGO DEL ESTERO. — Capital: Manifestación política. 1326. — Festival organizado por la Asociación "El Maestro". 1330. — Notas de Carnaval. Notas de actualidad. 1332.—Banquete. 1333. Demostración en el Internado Modelo de Niños. 1334.—**Herrera:** Fiesta popular. 1327.—**La Banda:** Carreras de bicicletas. 1328.

CORRIENTES. — Bella Vista: Nuevas profesoras de piano y solfeo. 1329.

SAN LUIS. — Capital: Jefes y oficiales del 4.º grupo de artillería de montaña. 1326. — Visita del ministro de Guerra. Homenaje a Falucho. 1327. — Proclamación de candidatos a diputados. 1329.—Ecos de Carnaval. 1331. — Raid automovilístico Chile-Buenos Aires. 1332. — Banquete. Demostración en honor del general Solari. 1333. — Elecciones nacionales. Baile. 1334.

SALTA. — Rosario de la Frontera: Demostración. 1326. — **Nazareno:** Inauguración de la Estación del Ferrocarril. 1329.

JUJUY. — Capital: El comisionado nacional y sus ministros. 1327.

TERRITORIOS

PAMPA. — General Pico: Fiesta campestre. Inauguración del puente "Gobernador Molina". Comisión de damas del Hospital "Felipe Centeno". 1326. — Banquete al doctor Molina. 1327. — Fiestas de Carnaval. Fiestas en la Sociedad Española de Socorros Mutuos. 1329.—Picnic. 1331.—**Hucal:** Picnic. 1333. — **Intendente Alvear.** Escuela "El Hogar Agrícola". 1330.—**Ojeda:** Escuela "El Hogar Agrícola". 1327.

CHACO. — Resistencia: Nuevas profesoras de corte y confección. 1327 y 1331. — Banquete de confraternidad ítaloespañola. 1332.

MISIONES. — Posadas: Hospital regional. 1326. — **Bompland:** Nuevos servicios de autobus. Picnic. 1333.

NOTAS EXTRANJERAS

ALEMANIA. — Berlín: Fiesta en le hotel "Esplanade", organizada por la Asociación pro acercamiento comercial con Sur y Centroamérica. 1330.

BRASIL. — Río de Janeiro: Comisión financiera británica que visita el país. Recepción diplomática ofrecida por el Presidente de la República en el palacio Catette. Inauguración de la radiotelefonía oficial. 1326. — Ceremonia de la entrega del Pabellón Argentino, donado al gobierno brasileño. 1331.

ESPAÑA. — Madrid: Entrega de la bandera al Somatén. Alfonso XIII pasa revista a las fuerzas del Somatén de la primera región. En el Ateneo. 1327. — Los procesos militares. 1330. — Homenaje a Jacinto Benavente. Inauguración del Museo-Instituto de Valencia de don Juan. Campeonato de España de "Hockeo". 1331.

FRANCIA.—Chamonix: Campeonato de "Skis". 1329. — **París:** Descubrimiento de la urna que guarda el corazón de Voltaire. 1330. — Reunión de delegados belgas, franceses y británicos en el Ministerio de Trabajo. Homenaje de Egipto al soldado desconocido. La fiesta, "Mardi Gras". 1333.

ITALIA. — Roma: Firma del tratado de Roma y pacto

de amistad entre Italia y Yugoeslavia. Marinos norteamericanos visitando el Coliseo. Homenaje al soldado desconocido por los estudiantes de Génova. 1330. — Pío XI impartiendo su bendición a los fieles. Sesión de clausura de la Conferencia Internacional pro reducción de armamentos. Proclamación de los candidatos de la lista Nacional. Firma del tratado de comercio italorruso. Firma del acuerdo económico entre Italia y Yugoeslavia. 1333.

RUSIA. — Tchita: Proceso del general Pepeljaev y 25 oficiales. 1331.

URUGUAY. — Montevideo: Regatas internacionales. 1326. — Notas veraniegas. 1327.

DIBUJOS

EN COLOR

ALONSO. — Carátula: Las últimas elecciones. Figura de actualidad: Kokuro Moroi. 1331.—Carátula: Hombre no te enojes. Figura de actualidad: M. Juan Loiseleur des Longchamps. 1332.

ALVAREZ, EDUARDO. — Carátula: ¿Cuál de los dos? Figura de actualidad: Doctor Rogelio Araya. 1326. — Carátula: Carnaval de 1924. Figura de actualidad: Doctor Julio A. Roca. 1327. — Carátula: Preparando el menú. 1328. — Carátula: ...caló el chapeo... Figura de actualidad: Contraalmirante Carlos G. Daireaux. 1329.— Carátula: La pesadilla actual. 1334.

BESARES. — Ilustraciones: El anchi de doña Daniela. 1331. — Don Silvano. 1333.

BONOMI. — Ilustración: El collar de perlas negras. 1329.

CANASI, DANTE.—Composiciones: Rapsodia (óleo). 1330. — La dama del lago (óleo). 1331.

FIORESI, G. — Composición: Dos hermanitos (óleo). 1326.

GRUN JULES. — Composición: Arreglando las flores (óleo). 1332.

LLANACES, J. — Composición: En el mesón (óleo). 1334.

MACAYA. — Ilustración: Historia extraña. 1327. — Figura de actualidad: Doctor Ricardo Aldao. 1328. Ilustraciones: El intersigno. 1328.—S. V. Q. 1329. ¡Yo quiero ver a Roosevelt! 1330. — Un sueño extraordinario. 1332. — La novia muda. 1333. — Antonio Llorente, el hombre fiera. 1334.

REQUENA ESCALADA. — Ilustraciones: El hombre y su máscara. 1329. — Mi señor coronel. 1332.

ROMERO DE TORRES, JULIO. — Composición: Salomé (óleo). 1329.

SIRIO, ALEJANDRO. — Ilustraciones: Las pisadas misteriosas. — 1326. — Poemas de otros tiempos. Aldea española. 1327. — Carátula: El gran match de ajedrez. Figura de actualidad: Doctor Pablo Torello. 1330. — Ilustración: 5.632. Figura de actualidad: Doctores Adolfo Calvete y Carlos Gallegos Moyano. 1331. — Carátula: La línea divisoria. Figura de actualidad: Comm. Alessandro Mondolfi, Hon. Giovanni Giurati, capitán Carlo M. Grenet. 1333.

VILLEGAS, F. — Composición: Amapolas (óleo). 1327.

ZUBIAURRE, RAMON DE. — Composición: En la Romería (óleo). 1328.

ZUBIAURRE, VALENTIN DE.—Composición: Castillo de Mombeltran (óleo). 1333.

EN NEGRO

ALVAREZ, EDUARDO.— Ilustraciones: Apuntes del match Firpo-Lodge. 1326. — La pelea Firpo-Spalla. 1328.

BESARES. — Ilustraciones: La señorita de la renta. 1329. — El encanto de los humildes. — El hijo prestado. 1330. — El hallazgo. 1333.

BONOMI. — Ilustración: Clotilde Gamarra. 1332.

KUPFER. — Ilustración: Aspecto del ring la noche del match Firpo-Lodge. 1326.

LARCO. — Ilustración: Cuadro húngaro. 1328.

MACAYA. — Ilustraciones: El labriego de Vimianzo. Egiptólogos. Dicho y hecho. 1326. — Un peritaje trágico. El suri de Eufrasio. 1327. — Dicho y hecho. La "entente" hispanoitaliana juzgada por Amarrete. 1328. — Dicho y hecho. ¿Hace falta o no hace falta? 1329. — Dicho y hecho. ¡Salvados! Grande es la patria. El desquite. 1330. — Dicho y hecho. A un corcho. Los desertores. 1331. — Dicho y hecho. El nuevo diputado. 1332.—Dicho y hecho. Elementos. Un buen negocio. 1333. — Dicho y hecho. Allá va la nave. Un burócrata. Cartas de amor. 1334.

PALACIOS. — Ilustraciones: El tío que perdió su silla. 1329. — Parientes ricos. 1331.

REQUENA ESCALADA. — Ilustraciones: La tierra de la verdad. 1327. — El claro del bosque. 1330. — La bestia. 1334.

REDONDO. — Ilustraciones: A Sarrasqueta le hacen el cuento de las limosnas (1.a parte). Comentarios. 1326. — A Sarrasqueta le hacen el cuento de las limosnas (2.a parte). Comentarios 1327. — Sarrasqueta acata las ordenanzas. 1328. — Sarrasqueta experto. 1329. — Comentarios. 1330. — Sarrasqueta mus de ocasión. Comentarios. 1331.— Comentarios. 1332. — La honradez recompensada. Comentarios. 1333.—Sarrasqueta y los peligros de la calle. 1334.

ARRINGTON, ERNESTO. 1326.
Alvarez, Antonio. 1326.
Arrastúa, Felipe. 1327.
Acevedo, Angel, Tte. de fragata. 1329
Alvarez, José Luis. 1329.
Andreis, Fernando de. 1329.
Albani, Eugenio. 1329.
Arano, Ercilia. 1329.
Alvarez, Clara. 1329.
Antoñaza, Amalia. 1329.
Algan, Elena. 1329.
Adaro, Esteban P. 1329.
Alekhine, Alejandro. 1330.
Arellano, Enrique. 1330.
Arneodo. Ana. 1330.
Abad Consuelo. 1330.
Aguilera, general. 1330.
Aranguren, Dr. Ramón. 1331.
Avila, Julio E., doctor. 1332.
Amador, Fernán Félix de. 1333.
Anselmetti, Velia. 1333.
Andolfatto, Luisa. 1333.
Amaya, Juan. 1334.
Ambrosoni, Héctor. 1334.
Arzuaga, Miguel. 1334.
Arzuaga, Roberto. 1334.

BASI, JORGE. 1326.
Bianchi, Adolfo. 1327.
Bendandi, Rafael. 1327.
Belloni, Arturo. Tte. de fragata. 1329
Borrachia, Florinda. 1329.
Bidegain, Pedro. 1329.
Bergalli, Héctor. 1329.
Bunge, Augusto, doctor. 1329.
Broggi, Elsa. 1329.
Bertonasco, Irene. 1329.
Barcos, Justo, doctor. 1329.
Barbrani, Fernando. 1329.
Barones de Blumenthal. 1330.
Bogoljubow, E. 1330.
Bouhuir, Carlos. 1330.
Britos, Juan José V., Dr. 1331.
Bravo, Mario. doctor. 1331.
Bonanova, Fortunio. 1332.
Brun, Baltasar, doctor. 1332.
Boerr, Marcelino, doctor. 1332.
Braga, Lucas, doctor. 1332.
Bistoletti, Luis F., doctor. 1332.
Bandoni, Alfredo J., doctor. 1332.
Blotta, Elisa. 1333.
Bartrons, Francisco E., Dr. 1333.
Braña Rodriguez, Antonio. 1333.
Blanco Fiusa, Victorino. 1333.
Braña Rodriguez, Juan. 1333.
Barausse, Lucía. 1333.
Bouza, Obdulia. 1333.
Butterini, Eduardo. 1333.
Blanco, Filomena. 1333.
Berdiales, Betanzina. 1333.
Braña, Blanca N. 1333.
Berdiales, Julia S. 1333.
Blanco, Federico. 1333.
Balza, Justo P. 1333.
Benitez, Juan B. 1334.
Benzo, Santiago. 1334.
Brunetto, Luis A. 1334.
Barroso, Isabelita. 1334.
Barroso, América. 1334.
Barroso, Irene. 1334.
Borrás, Enrique. 1334.

CANEPA, HORACIO. 1326.
Calles Plutarco, Elias, general. 1327.
Cocco, Héctor, contador de 1.a 1329.
Cosentino, Benjamín, Ing. 1329.
Cornell, Ricardo, general. 1329.
Castellanos, José D. 1329.
Carballo, Raúl. 1329.
Coca, Joaquin. 1329.
Carughi, Celia. 1329.
Cámara Ruth de la. 1329.
Capablanca, José Raúl. 1330.
Casares, Olga. 1330.
Cavalcanti y Alburquerque, G. 1330.
Castellanos, Joaquin, doctor. 1332.
Cerrillos, Beatriz. 1332.
Caussade, Carmen. 1332.
Casenave, Juan de. 1332.
Celsi, Santiago A., doctor. 1332.
Craviotto, José, doctor. 1332.
Cattaneo, Angélica. 1333.
Castro, María Esther. 1333.
Capdehourat, Angela. 1333.
Campos, José A. 1333.
Cocito, Alejandro. 1333.
Correa, Lascano R. 1334.
Calderón, Adela. 1334.
Comás, Francisco. 1334.

DIAZ, JOSE. 1326.
Drago, Jorge Santiago. 1326.
Doni, Carlos. 1328.
Diaz, Miguel P., doctor. 1328.
Dickmann, Enrique, doctor. 1329.
Dellepiane, Luis F., general. 1330.
Denby, Edwin. 1330.
Danvila, Alfonso. 1331.
De León, Angel. 1332.
De Prando, Luis, doctor. 1332.
Dujowy, Luisa. 1333.
Daglio, Angélica. 1333.
Ducasse, Francisco. 1333.
Dall Zotto, Angel R. 1333.
Di Bernardi, Juan. 1334.
Dova, Francisco. 1334.

ESTEVEZ, CARMEN R. DE. 1326.
Estrada, Enrique, general. 1327.
Estevez, Raúl. 1329.
Estevez, Eduardo. 1329.
Elicetche, Victoria. 1333.
Eberbach, Wolfgang. 1334.
Eraso, Abel J. 1334.
Enrico, M. H. 1334.
Estevez, Martín David. 1334.
Escobar, F. 1334.

FIRPO, LUIS ANGEL. 1327.
Fragueiro, Alfredo. 1328.
Fuente, Mariano de la. 1328.
Florido, Pedro, Tte. de navío. 1329.
Fablet, Julián, Cap. de fragata. 1329.
Fonrouge, Guillermo. 1329.
Fernández Lima, Elvira. 1329.
Ferrari, Josefina. 1329.
Ferrari, Aurelia S. 1329.
Fagioli, Luis. 1330.
Fernández, León, coronel. 1330.
Frontera, Juan. 1332.
Flores, César, doctor. 1332.
Fontanellas, Amparo. 1333.
Fongi, Amelia. 1333.
Franco, Luis L. 1333.
Funes, Faustino. 1333.
Fonseca, Amalia. 1333.
Ferrario, Florindo. 1333.
Fernández, María del Carmen. 1333.
Franchelli, Honoria. 1333.
Ferrari, Alfredo. 1333.
Fernández, J. 1333.
Ferro, Juan J. 1334.

GARCIA BLANCO, E. 1326.
García, Damián Agapito. 1326.
Giacumbo, Adelina, doctora. 1327.
Gutiérrez, Ricardo M. 1327.
Guillot, Victor Juan. 1329.
Guzzo, Domingo. 1329.
González Iramain, Héctor. 1329.
Güimaraes, Manuel. 1329.
García Velloso, Luz. 1330.
Griffin, Robert S., almirante. 1330.
Goicochea, María. 1330.
García Moreno, general. 1330.
Gutiérrez, Eliseo. 1330.
Giordano, Raúl, doctor. 1332.
González Carbalho. 1333.
Giampietro, Rosa. 1333.
Giménez, María Delia. 1333.
Guitian, Esperanza Arias de. 1333.
Galloni, Elvira L. 1333.
Goldenberg, Luisa. 1333.
Genez, Ireneo Sain. 1333.
Goldenstein, B. 1333.
García, R. 1334.
González Marin, José. 1334.

HUERTA, ADOLFO DE LA. 1327.
Hernández, Manolo. 1332.

IRIART, JUAN C., doctor 1329.
Ibarguren, Carlos, doctor. 1332.
Isaura, Mary. 1332.
Igartúa, Marcelino J., doctor. 1332.

JUSTO, JUAN B., doctor. 1329.
Justo, Agustín P., general. 1330.
Janowsky, David. 1330.
Justo, Juan B., doctor. 1332.

LORENZO, P. DUILIO. 1326.
Láinez, Manuel. 1328.
Laville, Julio A., 1329.
Lecumberry, Modesto. Tte. 1329.
López Carpio, Luis A. Cont. 1329.
Luciani, Olga. 1329.
Landaburu, Laureano, doctor. 1329.
Lasker, Eduardo. 1330.
Lasker, Manuel, doctor. 1330.
Lacanal, coronel. 1330.
Lasala, Antonio. 1333.
Liri, Alfredo. 1333.
Larazón, Alfredo. 1333.
Lara, Humberto. 1334.
López, Arturo. 1334.

MENDEZ, EMILIO. 1326.
Martin, Federico A., teniente. 1329.
Maleva, Luis, Tte. de Frag. 1329.
Mainer, Joaquín, Ing. de Maq. 1329.
Molinari, Diego Luis. 1329.
Mohando, Anibal, doctor. 1329.
Muzzio, Agustin S. 1329.

Molina, Amelia. 1329.
Mulle, Ana M. 1329.
Manfrini, Josefina. 1329.
Marshall, Frank J.. 1330.
Maroczy, Geza. 1330.
Martinez. Delia. 1330.
Moglia, María. 1330.
Martinez Piñeyro. coronel. 1330.
Marenco, Ergasto. doctor. 1332.
Melo. Leopoldo, doctor. 1332.
Martin, Matilde. 1332.
Montany, Manuel. 1332.
Marconi, Jacinto D., doctor. 1332.
Matera, Carlos. doctor. 1332.
Malusardi. Blanca. 1333.
Mascordi, Emilio. 1333.
Maas, Carlos. 1334.
Minetti. Domingo. 1334.
Moreno, V. 1334.
Mesejo, Emilio. 1334.

NUÑEZ, ADOLFO. 1330.
Novero, Anita. 1333.
Newbery, Guillermo. 1334.

OUSTALET. LUIS. 1327.
Oliver Calixto. Tte. de Frag. 1329.
Oddone. Jacinto. 1329.
Olarra, José. 1330.
Oliver. Francisco J.. doctor. 1331.
Orellana, Ricardo, doctor. 1332.
Orellana. Pedro. doctor. 1332.
Oller. Antonio. doctor. 1332.
Olguin, Eleodoro. 1334.

PINI, HECTOR. 1327.

Pelizola. José. 1327.
Pintos, Martin. 1327.
Pallus de Rubito. Rosa. 1327.
Padilla, Ernesto, doctor. 1328.
Pastor Florencio, Tte. de Frag. 1329.
Podestá, Pedro. doctor. 1329.
Poggi. Juan S.. doctor. 1329.
Pena. José Luis. 1329.
Pérez Leirós. Francisco. 1329.
Pracchia. Marta. 1329.
Pinko. Esther. 1329.
Panighini, María. 1329.
Pastor. Reinaldo, doctor. 1329.
Principe de Wittgenstein. 1330.
Principe de Lippe. 1330.
Principe de Karolat. 1330.
Palomba. Ricardo. 1330.
Pérez, Luis. 1330.
Piazza, Pablo. 1330.
Pecanha, Nilo. doctor. 1332.
Podestá. Pedro. doctor. 1332.
Palos. Francisco. 1332.
Ponce. Jorge. 1332.
Pereyra. Flora. 1332.
Pustilnik, Rebeca. 1333.
Pagano, Angelina. 1333.
Patrón. Ana H. 1333.
Padin. María. 1334.
Plaza. Manuel. 1334.

QUIRELLI. CELESTINO. 1326.
Quiroga. Modesto, doctor. 1329.
Quiroga. Alberto, doctor. 1329.
Querencio. C. A., doctor. 1330.
Quiroga. Camila. 1330.
Quintana. Samuel, doctor. 1332.

ROMERO. QUINTIN. 1327.
Revol. Pedro. 1329.
Reich. All. 1329.
Razzetti, María E. 1329.
Russo. Carmen. 1329.
Rufett. José María. 1329.
Rufett. Aida Florentina. 1329.
Robinsón, John K. 1330.
Reti. Richard. 1330.
Ruiz Fornell, coronel. 1330.
Rey, Francisco. doctor. 1332.
Roccatagliata. Atilio, doctor. 1332.
Ré. Lucía. 1333.
Roxlo. Conrado Nalé. 1333.
Romani, Matilde. 1333.
Reossi. Luis. 1333.

SPALLA. HERMINIO. 1327.
Sánchez Guadalupe, general. 1327.
Siches. Jorge. Tte. de navío. 1329.
Serrato. Juan G., coronel. 1329.
Sullivan. Guillermo, doctor. 1329.
Stravon. Silas H. 1330.
Scarcella, Julio. 1330.
Segret. Margot. 1330.
Sirvent, coronel. 1330.
Saro, general. 1330.
Scarano, Alfredo, doctor. 1332.
Solari, Amalia F.. doctora. 1332.
Savazzini, Lilia A., doctora. 1332.
Susso, Nicolás Antonio. 1333.
Shinnes, Hugo. 1333.
Salza. Carlos Emilio. 1333.
Sinisterra, Amelia. 1333.
Savastano, Amalia B., 1333.
Silvert. Pedro. 1333.
Sixto. Emilio E., 1333.
Suaya, Antonio. 1334.

TABOADA. GASPAR. 1328.
Torello. Pablo. doctor. 1329.
Tergano. Juana. 1329.
Tartokower. Savielli. doctor. 1330.
Tomasini. Elvira. 1333.
Todd, sir Joseph White. 1333.
Thomas, Nilo. 1334.

UNAMUNO. MIGUEL DE. 1326.

VACARI. JOSE. 1326.
Villegas. Miguel, Alf. de navío. 1329.
Vélez. Gregorio, general. 1329.
Vidiri. Carmen. 1329.
Vives. Amadeo. 1330.
Vives. Amadeo. 1332.
Villar. Alicia. 1333.
Valeiras. Antonio. 1333.
Vandiero, Héctor D. 1333.
Vitarella. Juan C. 1333.
Vallania. Valerio. 1334.
Vizconde de Pirrie. 1334.

WINKLER. ALICIA. 1329.
Watt Gregory. Tomás. 1330.
Walk, Angel. 1330.

YATES. F. D. 1330.

ZURUETA. TOMAS. CONT. 1329.
Zamora. Antonio. 1330.
Zurini. Blanca. 1333.
Zignano. Fortunato. 1334.

GRUPOS DENOMINADOS

Número 1326. — El doctor Alvear y otros. — El doctor Alberto Costabel y otros. — El doctor Roca y otros. — El ingeniero Daniel T. Gavier y otros.

Número 1327. — El general Justo y otros. — El doctor Guillet y otros. — El general Primo de Rivera y otros. — El señor Osorio y Gallardo y otros. — El señor Elias Bonnemaison y otros. — El doctor Ricardo Rojas y otros. — El general Obregón y otros.

Número 1328. — El embajador de los Estados Unidos, los ministros de Relaciones Exteriores, Marina, Agricultura y otros. — El doctor Zubizarreta, ingeniero Millán y otros. — Señora Ana M. de Figueroa y su hija. — Señora Monte Domecq y señoritas Genés Romero. — Señor Alfredo Catelin y señora. — Señoritas Meinke y Doblas. — Señoritas Arias y William. — Señoras Wuille-Bille, Terzolo y Dufour. — El Jefe de Policía y otros. — Señora Juana C. de Alonso, Consuelo. Juan Carlos y Mercedes Alonso y señora de Caballé. — Señoritas de Ricci. — Señoritas Montes de Oca. Grill y otras. — Señoritas Porcel, Etchecopar y otras.—Señoritas Massa, Berrutti y otras. — Doctor Lijó, Pacia y otros.— Señoritas Sackmann y Albarracin. — Señoritas Hidalgo. Orma y otras. — Familias de Fernández, Montes de Oca y otras. — Familias Giraldi, Cánepa y otras.

Número 1329. — Tenientes coroneles Barrionuevo y Solari. — Señor Macera y familia. — Señor A. de la Vega y otros. — Doctor Ezequiel Ubatuba y otros. — Raúl Silva Castro y otros. — Doctor José Lo-Zito y otros.

Número 1330.— Señoritas de Gutiérrez, Berte y otras. Doctor José Barral y Señor Monte Domecq. — Señorita Rosi y señor Boga. — El ministro del Interior, el Director General de Correos y otros. — Ministros

y diferentes personalidades de los diversos partidos, depositando su voto.

Número 1331. — El doctor Alvear, la señora de Alvear y otros. — El doctor Sagarna, el señor Alfredo G. Villalba y otros. — El doctor Alfredo Fernández Verano y otros.— Wm. Howard y otros.— El doctor Federico Alvarez de Toledo y otros. — Señoritas de Pasman, Méndez, Delfino y otras.—Señoritas Cabred, Diaz, Pettes y otras. — El rey Alfonso, don Jacinto Benavente y otros. — El general Pepeljaer y otros.—

Número 1332. — El doctor Federico Alvarez de Toledo, el doctor José Luis Cantilo, el almirante Manuel Domecq García y otros. — El doctor A. M. Unsain y otros. — El cacique Juan Llanquetruz y otros.

Número 1333. — El general Broquen y otros.—El señor Renzo Sarrada y otros. — El señor Doello Jurado y otros.

Número 1334. — El ministro de Marina, el representante diplomático del Japón y otros. — El doctor Juan B. Justo y otros. — El ministro de Guerra y otros. — El ministro de Relaciones Exteriores y otros. — Monseñor Ezcurra y otros. — El Intendente Municipal y otros.

FOTOGRAFIAS DENOMINADAS

ARROYO. — Visita presidencial a la Bolsa de Cereales. Match Firpo-Lodge. 1326. — La pelea Firpo-Spalla. 1328. — El doctor Alvear ejerciendo sus funciones de ciudadano. 1330. — En honor del ministro plenipotenciario ante el gobierno de Francia. 1332. — Recepción del ministro Japonés. 1333.

ARROYO Y BELL. —Actualidades de la semana. 1326, 1327 y 1334.

ARROYO, BELL Y VARGAS. — V.º Campeonato sudamericano de atletismo.

ARROYO Y VARGAS. — Actualidades de la semana.

ARROYO, BELL, VARGAS Y CHIAVAZZA. — Actualidades de la semana. 1328.

BELL. — Huésped distinguido. 1328. — Solemne procesión del Santo Sepulcro. 1334.

VARGAS. — Las clásicas reuniones en el "Ocean Club" de Mar del Plata. 1326. — Regatas internacionales en el Tigre. 1331. — Proclamación de los diputados electos por la Capital Federal. Carrera de las 12 horas en el Hipódromo Argentino. 1333. — Concurso de doma. 1334.

LOS LIBROS

Número 1326. — "Poemas medioevales", por Manuel Lugones. — "Leyendas aborigenes", por Valentín M. Graciano. — "Tinieblas", por Elías Castelnuovo. — "Un hogar", por Samuel Eichelbaum. — "El jardín secreto", por Evar Méndez. — "Matronas y Maestras", por Alberto Meyer Arana.

Número 1329. — "El árbol, el pájaro y la fuente", por C. Córdoba Iturburu. — "Los senderos de Italia", por José Pacífico Otero. — "El divorcio como institución religiosa", por H. Lartigau Lespada. — "El jardín de mis recuerdos", por Irene Barthalot. — "La senda florida", por José M.a Olmos Cárdenas.— "Gracia y Castalia", por María Angélica Méndez Caldeira.

Número 1331. — "Literatos y tópicos españoles", por Ventura Chumillas. — "Armonías", por Gustavo R. Lenus.—"Una mujer fronteriza", por Gaspar Martín. — "El doctor Francia", por Enrique Wisner de Mongester. — "Es una novia Sevilla", por J. Muñoz San Román. — "El amor como redención", por Fernando Aybor Sobrecasas.

Número 1333. — "Tradiciones históricas", por Bernardo Frías. — "La Saboyana", por Alfonso Danvila. — "Casa de Oración", por González Carbalho. — "Una de ellas", por Carmen Luna. — "España". — "Enciclopedia Espasa".

VARIEDADES

Número 1326. — Un servicio ideal de teléfonos. — Una anécdota de Rodin, contada por Anatole France. — Un nuevo deporte inglés. — Las arrugas de la cara y los espejos. — Lo que valen las perlas. — La aspirina y las flores. — La hoja eterna. — La velocidad del sonido en el agua. — Un aparato visual para *motoristas*. — *Apólogo*. — *Los dementes*. — Estupendo descubrimiento histórico. — La velocidad de los trenes en Inglaterra. — Lo que vale un hombre.

Número 1327. — Luz apagada. — Refranes sobre el amor y la mujer. — La lección de Franklin. — Fortunas hechas con los deportes. — Las anguilas y la destrucción de las *mosquitos*. El *mayor yacimiento* de hierro magnético. — Burros con suerte. — Vieja barca, viejo barquero. — Papel de plantas acuáticas. — El Cristo de Burgos. — Himno al Rin. — Mr. Ford, profeta. — El canto del poeta. — Infeliz de la que nace hermosa. — La nueva enfermedad de la radiomania. — Rayos y sombras. — La radiotelegrafía. — Los "chauffeurs" examinados científicamente.

Número 1328. — *A las mujeres pobres*. — El credo de los Ku-Klux-Klanes. — La maldad. — Lo que sufren los animales para que las mujeres se adornen y abriguen con pieles. — Alambre de aluminio. — Un nuevo procedimiento para conservar la madera. — Curioso fenómeno. — La mujer. — Como el molino.—*Enérgica* campaña contra las actuales modas. — Se medirá la tierra por medio de la radiotelefo-

nia. — Una de las más altas torres. — Lindo modo de iniciar un "flirt". — El secreto. — Un edicto contra la raza de color. — El "año nuevo" judío en New York. — En una reválida de veterinaria. — El bastón de mariscal. — La invención del fósforo.

Número 1329. — Los troncos secos. — Las lágrimas. — Canciones. — ¿Se acabarán los monos? — Las chimeneas más altas del mundo. — El hombre más feo del mundo. — Dedo prehensil para manos dobles. — La marca comercial más vieja que se conoce. — Los diez mandamientos del marido. — Los animales domésticos en la propagación de la tuberculosis. — El consumo de la carne de caballo. — Los indígenas de Australia. — La edad de la tierra. — Sopa de cerveza. — Histórico. — Curiosidades de nuestro calendario. — Nuevo invento.

Número 1330. — Distintos puntos de vista. — El presidente Ebert sólo gana 110 pesos. — ¿Qué significa la risa de un niño? — Hospedería para solteras. — El premio Nobel. — La energía eléctrica. — En favor del sistema métrico-decimal. — La sidra asturiana. — Cómo debe usted sentarse. — Las tres carreras.

Número 1331. — Un ministro modelo. — Antigüedad de las campanas. — La cuerda del ahorcado. — La modestia de Paderevosky. — Un colono. — Un invento que interesa a los automovilistas. — Un amigo femenino. — El mejor oculista. — Canciones. — La misa de nochebuena. — Un incidente curioso. — Se descubrió un nuevo cometa de octava magnitud. — Grandeza del universo. — La calvicie apócrifa. — Un mundo en una cabellera.

Número 1332. — La producción de los Estados Unidos. — Setecientos edificios para un libro sagrado. — Huelga de los sombreros. — El verdadero arte. — Los árboles frutales y las carreteras. — El "trust" de las propinas. — La muerte del amor. — Historia y origen del ámbar. — Camilo Flammarión. — La unión de las iglesias. — Los botines sucios. — El nuevo Abraham. — Igualdad. — El aspirante a académico. — Contraste. — Un tiburón destrozado por una lancha.

Número 1333. — El obelisco de San Pedro. — El ayuno, verdadera panacea. — Un olvido que debe salvarse. — El feminismo en el extranjero. — La obra de Pasteur. — El aporte de América a la literatura. — Para guiar los aviones a través de la niebla. — Casas con resortes. — Justo premio. — El periódico más antiguo del mundo. — Los términos "fuerza" y "potencia" y el signo "HP". — Una estatua célebre. — La radiotelefonía y el culto. — Curioso manuscrito. — El derecho de primogenitura, curioso caso que se presenta en el Brasil. — Los fracasados. — Países sin culebras. — Papel del bazo en el organismo. — ¡Cuidado con las uñas!

Número 1334. — Cómo se salva a las víctimas de la electricidad. — El soldado desconocido. — Una ciudad para el "pibe". — Nombres y apellidos largos. — La caridad. — La evolución del periodismo moderno. — La cárcel. — Método práctico para destroncar un campo. — La industria de los automóviles en los Estados Unidos. — Los hijos de Back. — La población de Nueva York.

ENLACES

Número 1326. — Catalina Bour con Luis Beltrán Neirot. — María Echandía Gullerce con Carlos Derudi. — Erminda Calina con Tomás Jaime. — Teresa Giannini con Alfredo Cipettini.—Taverna-Macagno.

Número 1327. — Ana Rosa Garret con Juan F. Langlois Idalgo. — Amelia Isolina Galimberti con Raúl J. Verdi. — Jorgelina Serra con Francisco Cristiano. — Delia Bianchetti con Mario Gorostegui. — María Ferrero con Lorenzo Maglione. — Bertha Alvarez con Germán Framiñan. — Rosarito Pardo con Enrique M. Yateman. — Susana Labougle con el doctor Alberto Díez de Medina.

Número 1328. — Raquel Dora Schapira con Adolfo Gover. — Elena Estela Rivelli con Horacio E. Cuchetti. — Ana B. Ibarra con Manuel Arbillaga. — Luisa A. Díaz con Dalmiro E. Costa.

Número 1329. — Trini Bonilla con Antonio Pintos Moure. — Margarita Rodríguez Andía con Enrique J. Badaraco. — Ana Angélica Hermann con el doctor Remo Pietranera. — Catalina E. Fonifati con Luis D'Alessandria. — Soto-Lascano. — Anita Pía con Félix Bautista. — Dominga Momi con Ricardo Montes de Oca.

Número 1330. — Carmen Moscato con Checri S. Bunader. — María Fazio con Antonio Scognamido. — Elisa A. Standke con Aziz J. Dib. — Estefanía Elizabaratz con Jaime Gardeyro. — Emma Mijares con Joaquín Manso.

Número 1331. — Obdulia Arce con Alfredo J. Balestrini. — Elsa María Poviña con César R. Torres. — Sara Trapani y Lara con Edelmiro A. Cabello.— Carolina Galán con Roberto R. Ortega. — Podestá-Garavano. — María Adelaida Avaro con Bautista Donadío. — Blanca Ferreyra con Gregorio R. Obregón. — D'Urso-Catrie.

Número 1332.— Juana A. Garré con el doctor Enrique M. Cambre. — María Elena Pretile con William Cairnie. — Nely Teich con Wálter Hahn.

Número 1333. — Julia Elena Schoo Lastra con Rafael López Agrelo.—Eloisa Mulhall con Carlos Alberto Pardo. — Esther Casco con Miguel Alfredo Molina. — María Isabel Casalnuovo con Roque Domingo Cisana. — Sofía W. de Rosemberg con Miguel Rosemberg. — E. Almeida Huerta con Benigno Montes de Oca. — Paulina Paustilnik con David Almaleck. — Palaco-Garrioni.

Número 1334. — Vila Palacios-Méndez. — Sachetto-Jaime. — Sola-Díaz. — Smargioni-Di Prinzio. — Rebuffo-Gianoglio. — Ferrando-Horcada.

BODAS DE ORO Y DE PLATA

Número 1327. — Rosario Palopoli y Vicente Jovarone. Esposos Loiredo.—Luisa Baclo y Lorenzo Ramassa. — Esposos De Vila. — María V. de Guerra y Vicente Guerra.

Número 1329. — Faustino Posse y María C. Posse. — Esposos Molina.—Cándido Mayo y Juana Boullon. Esposos Nutti.

Número 1333. — Nessi-Piccardo.

Número 1334. — Luisa Cogorno y Nicolás Bartgnia. — María Pozo y José Haniranco. — Guillermo y Juana Forta.

NECROLOGIA

Número 1327. — María Angélica Neira. — Nieves Espanza de Betbeder. — Elvira C. de Ciaffone. — Angela F. de Fissito. — Concepción Pérez. — Rafael Meo. — Gabriel Sanfeliú. — José Fernando Renzis. — León A. Durand.

Número 1328. — Ursula de Coup. — Carmen L. de Médici. — Edmundo Piazza. — Angel C. Bocci. — Prudencio Ramón Fredes. — Alfredo Gasti. — Camilo Raffo. — Cirilo Caballero. — Juan Parodi. — Angel Mira.

Número 1329. — Filomena Romana de Carelli. — Sara A. Rayos. — Mariana B. de Nicotera. — Francisco Bertoletti. — Vicente Frezza. — José Orlando. — Horacio Durañona. — Fortunato Hárrison.

Número 1331. — Berta Quinteros Ramos de Prother. — Martina R. de Lanzetti. — Luisa Cordillo de Castrofilo. — Nélida F. Garay Ferreyra. — Inés Binoghi de Carrau. — Emma C. Accinelli.—Andrés Roca. — Patricio Méndez. — Miguel Giordano. — Ramón Cornell. — Silvio Nasurdi.

Número 1332. — Regina Correa de Frigero.—Petrona A. B. de Abraguin. — Silvia Conca. — Filomena Tarantino de Melandra. — Francisco Lojo. — Victorio Trucco. — Luis Felisia. — Cándido Berti. — Isidoro M. Suárez.

Número 1333. — María Gastelumendi de De La Riestra. Sofía De Mayo de Laico. — Lorenzo Bussio. — Sabino Ingratta. — Enrique P. Sargenti. — Ubaldo Acosta.

Número 1334. — Doctor Carlos A. Becú. — Elena Morallee de Cozorno.—Carmen D. L. de Ponzio.— Adela B. de Cobas.—Francisca Mengelle de Milich. —Agostino Raffo. — Ezequiel Rey Varela.—Miguel Michelini. — Bernardo M. Begristein.

GALERIA INFANTIL

Número 1326. — Adolfo y Abel Marrollo Asereto. — Joaquín Héctor Echagüe Pereyra.—Haydée Amelia Alonso.

Número 1327. — Ernesto Mangudo Lascano. — Hilda María Carraro. — Lita Ambrosini Canals.

Número 1328. — María Irene Lesca Galup.—Enrique Cano Torrazza.—María Rosa Fernãndez Bonamino.

Número 1329. — Atilio y Lydia Cimini. — Merceditas Dora Burgos Santillán. — Liria Esther Marguiegui.

Número 1330. — Hebe y Emma Ferrari. — Roberto Amor. — Raúl Julio del Molino Torres Morteo.

Número 1331. — Corina María Calvo.—Niña Mulhall. — Pedrito R. Blanqué.

Número 1332. — Niña Culotta. — Jorge D. López Bacigalupo. — José Luis Fara.

Número. 1333.—Niño Nocetto.—Hipólito E. T. Bonin. — Nélida Carmen Mutis.

Número 1334. — Jorge Ernesto Newbery Hueyo. — Héctor Magdalena. — Noemí Morello.

SECCIONES ALTERNADAS

Comentarios. — En los números 1326, 1327, 1330, 1331, 1332 y 1333.

Auto, Moto y Aviación.—En los números 1326, 1328, 1330, 1332 y 1334.

Ajedrez. — En los números 1327, 1329, 1331 y 1333.

Pasatiempos. — En los números 1327, 1328, 1332 y 1334.

Correo sin estampillas.—

SECCIONES PERMANENTES

En todos los números: Concurso infantil para colorear dibujos. — Concurso de dibujos infantiles.